
Corazón
De Irlanda
LMR

CORAZÓN DE IRLANDA

LMR

© 2023 by Laura Moreno Romero.

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Advertencia, novela de ficción, cualquier parecido con la realidad es una mera coincidencia.

Capítulo 1

Abrí los ojos impaciente y deseosa por empezar el día. Tanto, como el brownie en mi nevera *Meneghini La Cambusa* deseaba que lo terminara. Salí de la cama tres segundos antes de que sonara la alarma de mi iPhone y con el mando a distancia subí las persianas. *Adoro la tecnología.* Gracias a los ventanales todo mi dormitorio quedó expuesto a la luz de la soleada mañana de Boston. *Menudas vistas.* Me lavé la cara, los dientes y me calcé mis deportivas. *Como andar sobre nubes, qué gusto.* Tras beberme el batido que me daría la energía que necesitaba, salí de mi apartamento y veinte minutos después entré en el gimnasio. *No importa lo temprano que sea, siempre está lleno. ¿Por qué? Porque es el más caro de la ciudad. Eso significa que aquí solo entra gente cuyo salario mensual supera las cinco cifras. Lo cual quiere decir: tiburones. Guerreros. Personas que cogen por la garganta a la serpiente que es la vida, le ordenan que les dé lo que merecen y luego se piensan si quieren o no soltarla. La respuesta siempre es no. Aquí no hay espacio para la autocompasión, las quejas, ni nada que no sea el éxito.*

—Ahhh, hogar dulce hogar —murmuré entrando en el vestuario.

Un entreno duro y una reconfortante ducha después, salí con los *Saint Laurent* rojos más caros que tenía, alegrándome de haber escogido la falda negra de tubo porque era lunes y estaba lista para aniquilar todo lo que se me pusiera por delante esa semana. Hice mi parada habitual de las siete y cuarto: *Starbucks*. Salí del establecimiento con un par de bolsas y mi bebida favorita en la mano: caramelo, chocolate, trocitos de galleta y vainilla. *Pero sobre todo caramelo.*

—Buenos días, Rhoger.

Me metí en el vehículo que ya me estaba esperando en la puerta. *He contado tres cuellos rotos girándose hacia mi tesoro de medio millón de dólares. Y eso que lo ven cinco días a la semana, ¿no deberían estar acostumbrados a verlo?* Sonreí saboreando cada éxito laboral que lo había pagado.

—Buenos días, señorita Collymore.

—Ya sabes a donde —dije al hombre de mediana edad que conducía mi coche desde hacía

ya siete años, poniendo la galleta de chocolate *(su galleta de chocolate)* en el elegante posavasos.

—Por supuesto. —Me sonrió desde el asiento delantero y me llevó hasta mi destino.

A penas tuve tiempo de mirar si habían subido mis acciones, pedir la lámpara de araña que mi cocina se merecía y comprar el nuevo libro de Ali Hazelwood que pensaba devorar en cuanto llegara la noche. *En serio, creo que nunca voy a dejar de estar enamorada de Adam Carlsen. Una lástima que los hombres así no existan en la vida real.*

—No hace falta que salgas, puedes quedarte aquí. Seré rápida —dije abriendo la puerta del coche mientras Rhoger desenvolvía su galleta.

—De acuerdo, señorita. Estaré aquí mismo.

Entré en el parque de bomberos como si fuera mi lugar de trabajo y busqué al chico de ojos azules con el que compartía la mayoría de mis rasgos salvo ese. Tuve suerte. Los encontré descansando, jugando a las cartas apiñados en una alargada mesa blanca.

—Dichosos los ojos, Annika Collymore.

—Jared. —Le sonreí y puse las bolsas en la mesa, delante suyo.

—¿Cómo es posible que tengamos tanta suerte?

—No sabría decirte, Lukas. —Me encogí de hombros antes de empujar uno de los suyos.

—¿Tu trabajo te deja algo de tiempo para codearte con la plebe?

—Ya sabes, Aiden, que me gusta dedicar algo de tiempo a la beneficencia —respondí guiñándole un ojo, esquivando una carta que había sido lanzada en mi dirección como un boomerang.

—Cada lunes vienes sin saber si vamos a estar aquí o no —mi hermano, Dean Collymore, se acercó a mí sacudiendo la cabeza—, y aún así te gastas una fortuna en un desayuno que deshecho no vale ni la mitad de lo que cuesta.

—Me gusta el riesgo —dije dándole su café, a pesar de que quien ponía su vida en la línea de fuego todos los días era él y no yo.

Nunca mejor dicho.

—Entonces has venido al sitio adecuado —contestó Dean.

Como siempre, él lo dejó en la mesa y primero me dio un abrazo. Se lo devolví, empujando su cuerpo con la rapidez suficiente como para mantener mi reputación intacta. Estaban

hambrientos, porque sabían que vendría, así que las galletas volaron y las bebidas se vaciaron a una velocidad que haría que cualquier gourmet se llevara las manos a la cabeza. *Lo de saborear no es lo vuestro, ¿eh?*

—¿Te quedas un rato? —preguntó Jared.

—No, a diferencia de vosotros, a mí no me pagan si no trabajo —me burlé alejándome ya de las mesas, sin poder evitar que alguno (Stephan) me tirara una servilleta arrugada.

El sacrificio que hacían los bomberos era algo que, a mi parecer, los colocaba en la cima de pirámide de personas valiosas de nuestra sociedad fría y superficial. *Dispuestos a dar la vida por el resto en todo momento.* Miré a mi hermano. *Te admiro y te quiero tanto que podría atarte a un poste con tal de evitar que volvieras a ponerte en peligro.*

—Uno de los muchos motivos por los que este es el mejor trabajo del mundo —dijo Aiden.

—Me voy —me llevé una mano a la frente a modo de saludo militar oficial y Lukas respondió irguiendo la espalda y diciendo algo gracioso sobre que yo era su comandante.

Entonces sonó la alarma y todos se pusieron en pie. Mis Saint Laurent quedaron clavados al suelo y contuve un gruñido. *Mierda.* Cuando Dean pasó por mi lado me dio un beso en la mejilla y dijo un rápido:

—Gracias por venir.

Asentí y traté de no apretar los labios en una mueca.

—El deber nos llama. —Stephan se colocó los tirantes de los pantalones mientras corría hacia uno de los camiones aparcados fuera.

—Si esta ha sido nuestra última comida, podré irme en paz —soltó Mike lanzándome una mirada cómplice.

—¡Sí, gracias Collymore! —dijo Anastasia dando saltos hacia el aparcamiento.

Humor de bomberos. Ninguna gracia.

—Eh, Annika —dijo Jared—, si Dean no vuelve, tendrás dos motivos para llorar: su muerte y tener que volver a hablar a tus padres.

Le lancé lo primero que pillé y él se fue riéndose. *Capullo.* Salí de allí y Rhoger y yo nos marchamos en dirección opuesta a la que lo hizo la sirena. Me sacudí el miedo de encima y me prometí que no estaría toda la mañana pendiente del teléfono hasta recibir noticias de alguno de

esos elementos, confirmando que todo había salido bien y que habían salvado muchas vidas. Rhoger detuvo el coche y yo esperé a que me abriera la puerta.

—Mañana es el cumpleaños de Layla, ¿no? —Salí al ajetreado Boston, justo frente a la entrada de las oficinas de Ocean Gold.

Un lugar en el que el sentimiento de pertenencia era mayor al de mi propio apartamento.

—Sí, señorita Collymore, cumple dieciséis. —Sonrió todavía sosteniendo la puerta del coche—. Ya es toda una mujercita.

Saqué de mi *Bulgari* rojo las entradas que Donna, mi secretaria, había logrado conseguir después de siete horas en cola virtual.

—No le digas que son de mi parte —le di las dos entradas para el próximo concierto de Taylor Swift—. Sé que podrías cantar *I Knew You Were Trouble* a pleno pulmón, pero por favor, no la obligues a ir contigo. A veces un padre debe saber cuándo dar un paso atrás. —Me alejé intentando que sus palabras de agradecimiento y la forma en la que le brillaron los ojos no me hiciera sonreír.

De nuevo, tengo una reputación que mantener.

Capítulo 2

Me detuve frente al primer ascensor que encontré y aquellos que estaban esperando antes que yo se apartaron e hicieron cola en otro. *Privilegios de tener un currículum como el mío. El tiburón más grande del océano no se codea con peces de menor tamaño. Ellos lo saben, yo lo sé, y así la vida mantiene su equilibrio.* Llegué a la planta treinta y siete.

—Buenos días, Donna. —Pasé de largo su mesa y ella se levantó al instante.

—Buenos días, Annika —dijo siguiéndome hasta mi despacho al mismo ritmo al que caminaban mis zapatos.

—¿Algo relevante?

—La reunión con la franquicia Sanderson a media mañana, la han adelantado una hora porque Olivia Wilsean debe viajar a Tokio a eso de las doce.

—Cancélala. —Dejé mi bolso junto al ventanal y el móvil en la mesa.

—¿Qué?

La miré, dudosa. *Yo nunca repito una frase. Teniendo en cuenta que Donna no es sorda, no suele hacerle falta que lo haga.*

—Perdón —se corrigió—, lo que quería decir es que es una reunión muy importante. La suma del trato es más que cuantiosa y el caso casi está cerrado.

—Nosotros les estamos haciendo un favor al tratar con ellos y mi tiempo vale más que el suyo. Parecen necesitar un recordatorio, así que cancélala. ¿Algo más?

Asintió mientras hacía una marca rápida en el iPad que sostenía. Supuse que tachando a Olivia de mi agenda.

—Dimas a solicitado verte.

Mi jefe. Mi mentor. Un gran hombre.

—¿Cuándo?

—Ahora. —Asintió para más énfasis.

—¿Un lunes a primera hora? Dile que no puedo. —Encendí mi ordenador y empecé a teclear un segundo después.

Casi gruñí al ver la cantidad de mensajes. *¿Por qué la gente no entiende que no me importa cuán relevante crean que es su solicitud? ¿Que al margen de las mayúsculas y los signos de exclamación, seré yo la que decida cuándo contestar a sus mensajes?*

—Ha dicho que era urgente y que debía insistir cuando te negaras —explicó la mujer de vestido azulón ajustado, demasiado bonito como para no desear tenerlo en mi armario.

—¿Cuando me negara? —Uní las cejas—. ¿Sabía que iba a negarme? ¿Y si lo sabía por qué insiste?

—Porque es importante. —Dimas apareció en mi despacho y yo solté el aire con resignación.

Sin duda que no haya puesto los ojos en blanco demuestra lo madura que soy. Donna se fue y yo seguí tecleando.

—¿Más importante que lo que tengo que hacer? Lo dudo —dije al único además de Dean al que, a día de hoy, seguía queriendo hacer sentir orgulloso.

—Eso es porque eres una pesimista.

—¿Disculpa? —pregunté sin interés dándole a enviar al mensaje del multimillonario interesado en comprar nuestra última reliquia de oro encontrada en el fondo del pacífico.

A la venta de exploraciones marinas, a eso me dedico. Ocean Gold busca los tesoros y luego los vende. Yo me encargo de lo segundo. Para mí es la mejor parte, pues no me gusta la idea de ensuciarme las manos con nada. Ni literal, ni metafóricamente hablando.

—No crees en nada que no veas con tus propios ojos.

—Eso es ser realista.

—La excusa de los pesimistas. ¿En qué crees, Annika?

—En la ciencia —descolgué el teléfono—. Donna, por favor, llama a Harvey McCoy necesito saber si tiene en su posesión el mineral de *Thiadne* esmeralda y si todavía está interesado en venderlo. —Harvey era una versión masculina de mí que trabajaba en la competencia.

Me caía bien. *En mi opinión, el juego es tan interesante como competente sea tu rival.*

—Eso no hace más que reafirmar mi sentencia.

—¿Qué esperabas que dijera, Dimas? ¿Que creo en las hadas? No soy Peter Pan. —Giré la cara al escuchar la voz de uno de mis mayores rivales—. Harvey. ¿Cómo sabías que te llamaba para eso? ¿Ahora sabes la clase de mensajes que recibo? Asombroso. ¿Lo has vendido ya? ¿Por cuanto? Cancélalo, te doy el doble. Eso no me importa. Ya, pero sigue sin importarme. Lo que quiero es el *Thiadne*, lo que te hayan prometido a cambio estoy dispuesta a pagarlo. ¿Por qué? Porque tengo un cliente que solo está dispuesto a comprar nuestro hallazgo si tiene el vuestro. —Vi a Dimas acercarse a mi teléfono de mesa y puse la mano interponiéndome en el camino de sus intenciones de cortar la llamada—. Mira, vosotros seguisteis nuestros pasos después de que hiciéramos el descubrimiento, ¿sabes que podría denunciaros por eso? Ya lo suponía. Igual que suponía que no estarías interesado en que se abriera una investigación con tal de comprobar cómo os enterasteis. Ajá. Ajá. Eso me parecía. ¿Ves como podemos entendernos? Saluda a Chad de mi parte, dile que su marido hace lo que puede, que no debería sentir lástima por sí mismo. —Colgué y sonreí—. Qué buena manera de empezar el día. —Volví a mi portátil, pero la tapa se cerró casi pillándome los dedos.

—Necesito hablarte de algo, escéptica. Ahora.

—La palabra que buscas es objetiva. Y «ahora» no me viene bien. —Mis ojos volvieron a caer sobre la pantalla de mi portátil y se abrieron más de lo debido cuando leí el mensaje de alguien de estas mismas oficinas, hablándome de un nuevo descubrimiento.

La cantidad de interesados que estallaron en mi cabeza como fuegos artificiales no fue más que el pico del iceberg monetario que podría llevarme de esa venta. *Los jugosos tesoros que encontramos son el delirio de los multimillonarios aburridos que ya no saben en qué gastar su dinero y devoran las rarezas marinas como yo devoro cada palabra salida de la boca de Aaron Blackford dirigida a Catalina Martín.*

—Leganhyr. —Una voz familiar detuvo el cálculo de cuántos Jimmy Choo podría comprarme cerrando ese trato por todo lo alto.

—¿Acabas de atragantarte? —Uní las cejas mirando a mi mentor que, por algún motivo, seguía allí.

Capítulo 3

—Es un pueblo de costa, en Irlanda.

—¿Y es relevante para mí porque…?

—¿Recuerdas el caso Boyle?

—Ese es un apellido muy común para que haga sonar alguna alarma en mi cabeza, ¿no te parece?

—Flynn Boyle y Adara Boyle, los investigadores que no volvieron a la superficie.

Mi boca se abrió en un breve «ah» sordo. Sí los recordaba. Murieron hace muchos años, Dimas me habló de ellos durante mi época de aprendiz.

—¿Los que pretendían sacarle sangre a un pulpo con tal de venderla a la ciencia? —pregunté y acto seguido sus dedos impactaron contra mi frente, echándomela hacia atrás de forma delicada, pero abrupta. *Una mezcla*—. ¡Eh!

—No era un pulpo, era un cruce entre pez hacha y pulpo de la Patagonia, cuya saliva resultó tener propiedades curativas asombrosas.

—Vale, sí, lo recuerdo. —Resistí las ganas de volver la vista hacia mi portátil, tanto como de preguntar «¿y?».

—Como también recordarás, Flynn y Adara Boyle colaboraron con nosotros en multitud de ocasiones.

—Conmigo seguro que no, teniendo en cuenta que en ese momento debía tener solo… —Carraspeé intentando ignorar esa mirada que aseguraba que mi despido era inminente.

—¿Quieres quedarte sin trabajo? —preguntó el hombre de pelo canoso.

—Estoy segura de que Harvey podría conseguirme algo. —Sonreí con la seguridad de una gladiadora que vive rodeada de sus trofeos de guerra.

—¿Trabajo en la competencia? No me hagas reír. Te odian.

—Dejarán de odiarme cuando les haga ricos. —*Me gusta tanto tentar a la suerte como mi*

perfume de Dior.

—Bien —caminó hacia la salida—. Iré a por los papeles.

—Por favor, continúa. —Me puse en pie convenciéndome de que Dimas estaba de broma, a pesar de que su cara aseguraba lo contrario.

—Los negocios con ellos fueron sin duda una de las bases que catapultó a Ocean Gold al éxito. —Caminó hasta mí como el hombre paciente que era un par de veces al año.

—Eran polifacéticos, sin duda. Entonces, ¿vamos a hacer una gala benéfica en su honor? —pregunté ansiosa por saber el quid de la cuestión.

—Si eso bastara, no estaría teniendo esta conversación contigo. Siéntate —ordenó y lo hice —. ¿Recuerdas el caso de la *Nihafryta* blanca?

¿Y tú recuerdas quién era Albert Einstein? ¿Freddie Mercury? ¿Penny?

—Sí —contesté.

—Es nuestro.

Silencio. Sepulcral y absoluto silencio. Luego:

—Imposible.

—No, es más que posible —aseguró él saboreando cada rincón de mi expresión.

La *Nihafryta* era el diamante natural más caro y demandado de todo el globo terráqueo y solo se encontraba en la costa irlandesa que tocaba el mar Celta.

—Para que Ludovica Ancciatto —una pacifista y conservadora del medio ambiente que pagó miles de millones al país irlandés para que protegiera el diamante de tiburones como nosotros—, rompiera el pacto con el gobierno irlandés tendría que haberse muerto y vuelto a nacer.

—Y eso es lo que ha pasado. Bueno, solo lo primero.

—¿Se ha muerto? —pregunté al hombre con menos tacto de la historia.

Asintió justo antes de contarme que la mujer padecía una enfermedad de huesos que nunca había salido a la luz, pero que la había marchitado poco a poco hasta que se produjo lo inevitable, pese a que ni siquiera había cumplido cincuenta. *Joder, pero si su padre Vinsen Ancciatto se murió hace solo cinco o seis años. Está claro que no le dejó muy buenas cartas, genéticamente hablando.*

—¿Vamos a ir? ¿Vamos a enviar a nuestros investigadores a por la *Nihafryta*? —Me puse en pie, eufórica. Se me iluminaron los ojos—. Te juro que la venderé al doble del precio que puedas imaginar. Al triple. Solo deja que yo me encargue.

Sacudió la cabeza y puso las manos sobre mis hombros.

—No vamos a enviar a los investigadores todavía, sino a ti.

—Mi trabajo es en la superficie, no en el fondo del mar.

—Exacto.

—¿Cómo que «exacto»? ¿De qué estás hablando, Dimas?

—De Darien.

—Adivino, ¿el amante? —Alcé una ceja y vi al hombre trajeado acercarse a la ventana a admirar las vistas que ahora no eran en absoluto relevantes.

—El hijo —dijo tras una irritante pausa.

—Vale, ¿y qué tiene que ver él en esto?

—Tienes que convencerle de que nos deje investigar en sus aguas. Y no solo eso, Darien Boyle está en posesión del *Ressence*, el sumergible capaz de llegar hasta donde necesitamos. El mismo en el que murieron sus padres cuando al colisionar contra unas rocas a seis mil kilómetros de profundidad, quedó dañado de forma permanente… sentenciando su destino.

Esa pausa me dio mal rollo.

—¿Y qué más da? —pregunté olvidándome de lo absurdo de «sus» aguas—. Construyamos otro, una réplica. Apuesto a que tiras un lápiz en la decimoctava planta y cae sobre alguien capaz de hacerlo. O sobre alguien que conoce a alguien capaz de hacerlo.

—Eso costaría mucho más de lo que puedes imaginarte, Annika, y nadie de arriba estará dispuesto a ceder dos tercios del pastel pudiendo quedárselo entero.

—¿Dos tercios? Y una mierda. No puede costar tanto.

—En cualquier caso, ese no es el problema —ignoró mi comentario—. El problema es Darien Boyle.

—¿Hay que matarlo? —Me burlé frustrada.

—Convencerlo —repitió—. De qué arregle el *Ressence* y de que nos deje explorar su territorio.

—Para empezar, ambos sabemos que no es el único que puede arreglar el *Ressence* y convencerle para que nos lo venda sería mucho más fácil. Y en cuánto a lo demás, ¿qué has querido decir con «su territorio»? —Arrugué el rostro cuando no contestó—. ¿Qué estás…? —Mi cara no pudo contraerse más. Al ver la certeza en la suya, me reí—. ¿Estás insinuando que es propietario del mar Celta? —Alcé mucho las cejas.

—De una parcela, sí.

Asentí.

—Ya, claro. No, si lo entiendo, tiene sentido. —Bajé el tono—. Dimas, ¿necesitas que te traiga una pastilla o algo? ¿Una silla? ¿Son achaques por la edad? ¿Es eso? ¿Te encuentras mal?

Dio un paso hacia mí y la seriedad de su rostro me hizo dar un paso atrás.

—¡Eso es imposible! —exclamé, negándome a tomarle en serio—. ¡Ningún país permitiría esa clase de venta! ¡Y lo sabes!

—Leganhyr es prácticamente una pequeña isla contigua, unida al resto de Irlanda por una franja de terreno de poco más de treinta y ocho millas, lo cual siempre ha significado que existen ciertas peculiaridades en sus leyes —explicó—. Casi como si fuera un país colindante. Así que sí, el gobierno de Leganhyr obsequió a Darien Boyle con una minúscula parte del mar Celta como agradecimiento a los descubrimientos científicos de sus padres que, al morir, pasaron a la historia por haber incrementado por mucho la riqueza de Irlanda. Y por desgracia, atravesar esa parcela es la única forma que tenemos de llegar hasta la *Nihafryta*.

No tenía palabras. En serio, cero. Ni una sola. *Posee parte del mar Celta. Darien Boyle posee parte del… No. No me lo puedo creer.*

—¿Cuánto puede valer esa parcela? —Fue lo primero que pregunté.

—No está en posición de venderla, solo de beneficiarse de ella —explicó, como si fuera absurdo tener que hacer esa aclaración—. En tal caso de no querer poseerla en el futuro, tendría que devolvérsela a Irlanda. Si nos la vendiera a nosotros, el gobierno irlandés lo vería como…

—Una amenaza. —Asentí—. Claro.

—Así que tú debes convencerle de que repare el *Ressence* y nos deje cruzar su territorio.

—¿Por qué yo?

—Porque sinceramente, no creo que podamos conseguirlo y cuando creo eso, la única carta

que me queda eres tú.

Sonreí derrochando seguridad por todos los poros.

—Lógico. Pero ¿por qué crees que va a ser algo menos que pan comido? Hasta donde yo sé, era Ludovica el escudo que protegía la *Nihafryta*, no él. —Ni siquiera sabía de la existencia del tal Darien—. ¿A qué se dedica?

—Arregla barcos, reliquias antiguas. Y yo también creía lo mismo hasta que la reciente muerte de Ludovica ha sacado a la luz algunos trapos sucios que se desconocían de la italiana.

—¿Qué clase de trapos sucios?

—Por lo visto estaba dispuesta a comercializar con la *Nihafryta* desde las sombras, pero Darien fue el impedimento.

—¿En serio? ¿Su reputación era una tapadera?

—Sí —sentenció mi mentor.

—Digna hija de su padre —murmuré, pues todo el mundo sabía que Vinsen Ancciatto había sido un mal bicho y que estaba mejor muerto.

—Como el gobierno de Irlanda le cubría las espaldas, nadie ha intentado nunca convencerle de forma violenta.

—Es decir, matarle.

Asintió.

—Pero fueron muchos los que intentaron conseguir lo que nos proponemos nosotros. Y eso que ellos contaban con la colaboración de Ludovica desde las sombras.

Por lo visto, Ludovica pensaba denunciar el robo de la *Nihafryta* y obligar a Irlanda a devolverle su dinero con intereses, por no haber cumplido su parte del trato, por no haberla protegido. Por si fuera poco a ese dinero debíamos sumarle el que conseguiría por vender la *Nihafryta*. *Qué lista. Y a la vez, que tonta por pensar que se saldría con la suya. Intentar estafar semejante suma de dinero es la clase de maniobra codiciosa que lleva a la cárcel a los ricos.* Inspiré profundamente. *Todo esto es como intentar tragarse uno de esos platillos españoles de migas, y hacerlo de golpe y sin agua.*

—¿Cómo te has enterado de algo así? Los trapicheos entre multimillonarios no son algo que salga en la prensa precisamente.

—Mis fuentes no son cosa tuya, Annika. El caso es que si Darien Boyle nunca aceptó las ofertas que le hizo llegar la italiana en vida, y con toda seguridad debió ofrecerle una gran suma de dinero, podemos suponer que será difícil que con nosotros la cosa sea diferente.

—Nosotros no le estaríamos ofreciendo nada ilegal.

—Es cierto, pero tengo la sensación de que ese no es el único motivo por el que se negó. Dicen por ahí que el trauma de la inesperada muerte de sus padres le obligó a abandonar el mundo de los cuerdos hace mucho.

—¿Está loco? —pregunté sintiendo una mano gélida y vieja trepando por mi espalda.

—Dicen, no es seguro. También tienes que tener en cuenta que Leganhyr es un pueblo de pocos habitantes y que en ese tipo de lugares la gente suele ser algo peculiar. Diferente a nosotros.

—Vamos, que está como un cencerro y el pueblo va de la mano.

—En cualquier caso, volarás a Irlanda a eso de las nueve, así que vuelve a tu apartamento y coge lo que necesites. —Miró mis zapatos—. Tal vez algo más útil que eso y de más abrigo.

—¿A eso de las nueve? ¿Estás de broma? ¿Y todo lo que tenía para esta semana?

—Donna se encargará de aplazarlo.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Espero que poco, aunque ni siquiera yo tengo tanta esperanza. —Sonrió—. No vivo de ilusiones como *Ana de las Tejas Verdes*.

Me tragué esa referencia como bien pude.

—No puedo irme sin más, Dimas. —Cuadré la espalda—. A los clientes no les gustará.

—No me importa.

—A mí sí, les he dado mi palabra de que…

—Annika, tenemos la oportunidad de hacernos con la *Nihafryta*. No la desperdicies. Confío en ti. —Dimas salió de mi despacho dejando la puerta abierta como recordatorio.

Para que no olvidara que yo debía cruzarla también. Solté el aire, pero el enfado contenido se me quedó muy adentro. Las libretas, hojas y teléfonos que había sobre la mesa de mi despacho dejaron de estarlo.

Capítulo 4

La temperatura era más fría que en Boston, en eso fue en lo primero en lo que me fijé cuando desembarqué del avión. Dimas tenía razón con lo de que había pocos habitantes, el aeropuerto estaba prácticamente vacío. *Fabuloso. Casi puedo oír mugir a las vacas. Pero no importa, en menos de lo que cacarea una gallina voy a estar de vuelta llevándome de recuerdo un trato multimillonario. Porque soy Annika Collymore y si alguien puede conseguirlo, esa soy yo*.

Salí al exterior y descubrí que allí aún hacía más frío. Me crucé la chaqueta de cuero negra de Versace y bajé por un sendero que hacía eses. Fue inevitable que me quedara embobada por la inmensa y majestuosa montaña a mi izquierda. Tan alta que parecía ser capaz de alcanzar las nubes. *Caray, háblame de rascacielos. Creo que eres lo único que puede hacerme sentir una diminuta hormiga, sin generarme ganas de emprender el camino de la venganza.* Suspiré. La montaña que ocupaba toda la zona oeste era preciosa, muy verde y no se parecía en nada a algo que yo hubiera visto. El pueblo estaba en la zona central, tirando a norte, cerca de la costa. Y al este los acantilados. Todo era tal y como había visto en las fotografías que Donna me había mandado mientras me subía al primer avión. *Supongo que esperar a que venga un taxi a buscarme sería delirar a lo grande.* Tiré de mi maleta alegrándome de haberme puesto mis botas de montaña Louis Vuitton que me compré años atrás y todavía no había tenido oportunidad de estrenar. *¿Por qué será?*

♥

Unos siete eones y medio después, cuando el pueblo ya era tan cercano que casi podía tocarlo con las manos, mi móvil empezó a sonar. A pesar de que me faltaba un poco el aire, sonreí al ver su nombre en la pantalla.

—¿Por qué narices te has comprado un bicho enjoyado para el techo? —preguntó.

Aprovechando su hora de comer, Dean había ido a mi apartamento para aceptar el pedido

que había hecho antes de saber los planes que Dimas tenía para mí.

—Porque mi techo se sentía solo.

—¿No serás tú la que se siente sola? —preguntó masticando lo que, sin duda alguna, era *mi* brownie—. Dicen que cuando compras cosas que no te hacen falta es porque tienes emociones de las que quieres deshacerte.

—¿Además de bombero ahora eres psicoanalista? —Dejé el camino de tierra atrás y entré en otro un poco más estable.

Remarco lo de "un poco". Pese a todo, los riachuelos y la vegetación seguían acompañándome.

—El tuyo es un caso sencillo.

—Bien, bueno, gracias por llamar, me alegra de que sigas vivo, adiós.

—Espera.

—¿Qu-? —Grité.

—Me has dejado sordo.

—¡Quieto ahí!

—No me estoy moviendo.

—¡No! No. No. Quieto ahí.

—¿Estás hablando conmigo?

—Con un cisne.

—¿Un cisne? —preguntó mi hermano, en absoluto preocupado.

Aceleré el paso y el cisne lo hizo también.

—¿Cómo se ahuyenta a un cisne? —Vi que había toda una familia de ellos remojándose en los pequeños ríos. El que más me preocupaba era el que tenía las alas extendidas y abría su pico hacia mí—. ¡Dean! —grité.

—Finge ser un animal más grande.

—¡No! ¡Basta! —le grité cuando su pico se estrelló contra mi maleta—. ¿Sabes lo que estás picoteando? Más de dos mil dólares. ¿Me has oído? ¡Dos mil d-! ¡Basta!

—Un total desperdicio de fondos, si me preguntas a mí.

—Aléjate. Fuera. ¡Para allá! Eso es. ¡Fuera! —Seguí acelerando el paso hasta que estuve rodeada de casas.

—Quería preguntarte algo —dijo Dean cuando dejó de tragar delicias de mi nevera y de

reírse de mí.

Sus pasatiempos predilectos.

—Adelante.

—Jared quiere tener una cita contigo.

—Dime algo que no sepa.

—¿Puedo decirle que sí?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque tengo trabajo que hacer y no puedo dejar de hacerlo para salir con él.

—Mira sé que en la universidad te acostumbraste a que los que eran tus amigos se colgaran de ti y post-rechazo dejaran de serlo. Pero Jared no dejará de hablarte si lo intentáis y no sale bien. No tienes por qué estar siempre sola, Annika.

—Gracias por la charla. Te cuelgo que ya he llegado y tengo que preguntar dónde está mi hostal.

—¿Qué harás cuando te jubiles?

—Dean, tengo veintinueve años, mi carrera acaba de empezar. —*Mentira, pero vale.*

—Ya, pero algún día acabará y lo único que te quedarán serán un montón de lámparas ridículas y caras.

—A mí me vale. ¡Ay, Dios mío!

—¿Acabas de tener una epifanía de lo que es importante de verdad en la vida?

—Acabo de ver un ciervo rojo cruzando la calle. —El corazón me golpeó el pecho con demasiada fuerza—. ¿Existen los ciervos rojos?

—No. ¿Estás segura que ese cisne no te ha picoteado el cerebro?

—Te cuelgo. —*Tengo que buscar un sitio con puerta en el que repasar mi plan.*

Bien lejos de todo ser vivo. No esperé a que Dean contestara. Me guardé el móvil en el bolsillo de la chaqueta y entré en el primer bar que vi. Uno llamado «*Eejit*» fuera lo que fuere esa palabra en irlandés, esperaba que tuvieran café caliente. Tuve que agacharme para pasar por la puerta y luego reprimir una maldición. *Santísimo apuñalamiento visual al estilo y la moda.* Excesivo uso de la madera y del verde, una cantidad exagerada de sillas para tan pocas mesas y una luz anaranjada bastante escasa (supuse para no ver la ausente elegancia en el mobiliario). El bar era mucho más grande de lo que parecía desde fuera, pero si de verdad hubiera querido

hacerle un favor a los habitantes de Leganhyr, no habría existido en absoluto.

—*Hiya* —dijo una voz tranquila de mujer.

Giré la cabeza y la vi sentada junto a la barra, en una silla más baja que el resto.

—¿Disculpe?

—*Hiya* —repitió.

No hice ningún movimiento brusco. Por si acaso. La mujer de pelo blanco y rizado procedió a soltar una serie de frases cortas que tampoco entendí. *Me está hablando en gaélico. Esto puede ser un problema.*

—¿Inglés? ¿Sabe inglés?

—Probablemente mucho mejor que tú, sí —respondió.

¿Y entonces por qué…? ¿Acaso tengo pinta de irlandesa?

—Mi nombre es Annika Collymore, tra…

—Y el mío Cairenn.

Va-le. Ni idea de que eso era un nombre.

—Encantada. Trabajo en Ocean Gold y estoy aquí para hablar con Darien Boyle, tenemos una muy buena oferta para él. ¿Sabe dónde puedo encontrarle?

—Sí.

Esperé. Luego un poco más.

—¿Y podría decírmelo?

—Sí.

Ostia, no serás tú familia lejana de Dimas, ¿no? Voy a tener que usar contigo el mismo sacacorchos que con él.

—Pues, por favor, hágalo.

—¿Para qué quieres ver a Darien? —Estrechó la mirada.

—Como he dicho, —*y eso que yo nunca repito las cosas*—, vengo de parte de Ocean Gold, estamos interesados en hacer negocios con él.

—¿Así lo llamas? ¿Negocios? —Se rió y todo su cuerpo se movió—. Han pasado por aquí muchos carroñeros antes que tú y se han ido más hambrientos de lo que llegaron. Si quieres un consejo, chica, vete por donde has venido.

Este debe ser el cálido y reconfortante recibimiento de pueblo pequeño del que tanto he oído hablar.

—¿Y si no quiero tu consejo? —pregunté sin más, dejando a un lado los formalismos.

—Entonces es que eres una necia.

—Necia o no, sigo necesitando encontrarle.

La mujer se levantó refunfuñando algo y empezó a trajinar con platos y vasos detrás de la barra. Suspiré y me di la vuelta para salir de allí. *Loca no sé, pero se me ocurren unos cuantos adjetivos para…*

—Se está haciendo de noche —dijo antes de que cruzara la puerta.

—Gracias por la actualización que ya me habían dado mis ojos.

—Puedes cenar primero, tu habitación en el hostal de Brianna no estará lista todavía.

—¿Cómo sabes que es ahí donde me…?

—No hay otro hostal.

Claro. Probablemente aquí haya más cabras que personas, algo de lo que por algún motivo me sigo olvidando. Fijo que aquí no llega Amazon. ¿Sabrán lo que son los juegos de realidad virtual? ¿Las películas en 3D? ¿TikTok?

—No estoy aquí para hacer turismo, sino negocios. Y cada segundo que pasa es un segundo que no estoy en… —miré a mi alrededor—, el siglo veintiuno. Gracias por toda esa información útil, la usaré a conciencia.

—*Eejit* —murmuró el nombre del hostal, pero no me quedé a preguntarle por qué.

Y no habría habido nada que Cairenn hubiera podido decir para convencerme de que me quedara… pero entonces oí un estruendo. Justo después de cruzar la puerta. Volví a entrar y vi un plato negro de cerámica hecho añicos en el suelo. Gruñí para mis adentros y me acerqué a los pedazos antes de que Cairenn tuviera tiempo de hacerlo.

—Bien, por un momento pensé haber desperdiciado una obra de arte por nada —dijo sin hacer ademán alguno de agacharse a por los pedazos.

—¿Lo…? ¿Lo has tirado adrede? ¿Por qué?

No contestó. Se giró detrás de la barra y un segundo después puso un vaso con un líquido muy oscuro que no era café, pero tampoco nada que yo conociera. Luego puso un trozo de tarta delante de mí. Intenté no pensar en la última comida del segundo avión que había tenido que coger para llegar hasta aquí, porque había sido penosa. Ni en el agujero que el hambre me había hecho en el estómago.

—Ya te he dicho que no estoy interesada en cenar aquí.

—Esto es un postre, no una cena. Cerveza negra y tarta de chocolate al whiskey.

Vaya mezcla.

—¿Si te lo pago, me dirás dónde encontrar a Boyle?

—Darien trabaja día y noche, todo el pueblo sabe que no debe molestarle. Su dinero ha restaurado más establos de lo que tú podrías imaginar jamás.

—Qué bien. Pero eso no contesta a mi pregunta.

—No quiero tu dinero, chica.

—Annika. Me llamo Annika Collymore y vengo de Ocean…

—Come —ordenó—. Puedes dejar tu maleta aquí mientras te das una vuelta para conocer los alrededores antes de que oscurezca del todo.

—No, gracias.

—Desconfiada, no me sorprende.

—Hasta donde yo sé, este bar podría ser la tapadera de la venta ilegal de productos robados a turistas. —Me levanté del taburete en el que me había sentado sin darme cuenta tras dejar lo que quedaba del plato roto sobre la barra.

—Qué mundo más frío y triste ese en el que vives, chica. —Me miró con lástima y cierta condescendencia.

—Annika. Mira, da igual. —Cogí la maleta y cuando me agaché para salir por la diminuta puerta de la casa de la malvada bruja de Hansel y Gretel, mi cabeza chocó contra algo.

O alguien. Maldije y una voz masculina y profunda lo hizo también. Di un paso atrás llevándome una mano a mi cabeza llena de mechones lisos y negros. Cuando alcé la vista tuve que resistir el impulso que tuvo mi mandíbula por desencajarse. *Dios*. Un par de ojos grises brillaban con la luz anaranjada del bar de un modo imposible. *Es la luz, nadie tiene ese color*. Pero eso no era todo. La forma en que miraban era de lo más demoledora, y sin duda, lo que había clavado mis pies al suelo y me había dejado sin habla. Tal vez los labios gruesos y entreabiertos también tuvieron algo que ver. *Sal de aquí, Annika, lárgate. Es solo un desconocido y un potencial psicópata. Corre.* Mis órdenes no llegaron a tener efecto alguno en mi cuerpo. Ni siquiera me di cuenta de que él también se había quedado parado en el sitio mirándome desde las alturas, hasta que dijo:

—*Hiya*.

Asentí como si supiera lo que significaba. Pecas. Tenía pecas. El pelo oscuro y algo

revuelto. Y mi vista cayó de nuevo en sus labios. Cuando él se dio cuenta carraspeé y me giré hacia la anciana (cuyo nombre había olvidado del todo) con tal de romper el contacto visual. Hablaron en gaélico entre ellos mientras él miraba mi maleta como yo había mirado al cisne. Mis ojos cayeron sobre su cuerpo por primera vez más. Llevaba una camisa blanca, remangada por los antebrazos, bajo un chaleco marrón que no tenía pinta de abrigar demasiado. *Como si en vez de en el veintiuno, viviera en el siglo diecinueve. Saluda a Meg y a Beth March de mi parte.* Estaba en forma. Apostaba a que aquí no estaban familiarizados con los gimnasios, así que el recién llegado debía trabajar de agricultor o algo parecido. *¿Esquilador de ovejas tal vez? ¿Levantador de vacas embarazadas?*

—Viene desde muy lejos, esto es para ella —Cairenn (¡eso, Cairenn!) le dio un manotazo cuando quiso acercarse al trozo de pastel.

—¿Sola? —preguntó en un tono que se movió por mis venas como una serpiente acechando a su presa.

No sonrías. No eres impresionable. Uní mis cejas al preguntar:

—¿Hay algún problema?

Sonrió de manera torcida como si hubiera dicho o hecho algo gracioso. Fue como un golpe de maza directo a los pulmones. Vaciándolos, dejándolos inservibles de por vida. ¿Qué había en el aire? ¿Me estaba ahogando? Lo parecía. *Tranquilízate, ¿quieres? Vive aquí, seguro que es tan poco interesante como la vida de una cabra. Y sabes bien que una cara bonita sin un cerebro que la acompañe es igual que unas bayas de colores llamativos en mitad del bosque: algo que no te conviene meterte en la boca.*

Capítulo 5

—No he dicho que lo hubiera —contestó tranquilo, apoyando un brazo en la barra mientras ladeaba la cabeza al mirarme.

No me fijé en la forma en la que sus mechones oscuros bailaron sobre su frente. Ni tampoco en la electricidad que bailó sobre mi piel como una chinche con zapatos de claqué. Hice una mueca.

—Le gusta ser ella quien haga las preguntas y parece molestarle no obtener respuestas inmediatas. —Le dijo Cairenn inclinándose hacia él, como si fuera un reality show y lo estuviera comentando desde el sofá de su casa mientras coge otra cucharada de palomitas y las unta en su *Häagen-Dazs*—. La impaciencia marca sus gestos y sus palabras.

—¿De dónde eres? —preguntó él tras asentir pensativo un ridículo número de segundos.

—De Boston. —*Apuesto a que no sabes ni situarlo en el mapa.*

Desvió la mirada hacia mis botas sin molestarse en disimular.

—Eso explica mucho.

La ignoré su expresión igual que mis impulsos por contar el número de pecas que rondaban el puente de su nariz. La tenía bonita, por desgracia.

—¿Qué se supone que quiere decir eso? —pregunté.

—Que no pareces el tipo de persona que pasa sus domingos en Blue Hills —dijo para mi sorpresa y acertando de pleno.

—Prefiero la sensación que me produce el éxito laboral a la que me daría ver unos cuantos arbustos —contesté y… Otra vez esa sonrisa.

Me odié por las ganas que tuve de corresponderle. *A nadie le quedan bien las ojeras, ¿por qué a ti sí?* La mujer empujó el plato y este se deslizó por la barra en mi dirección. Dos pares de ojos me observaron detenidamente mientras lo frenaba, sin tener muy claro si las intenciones de la mujer eran de renovar por completo su vajilla. Sabía que no aceptar la invitación a comida gratis sería una ofensa, pero no era eso en lo que pensaba. *Envenenamiento potencial. No me quiero comer eso. Hay una razón por la que todas las películas de miedo suceden en lugares*

apartados, en pueblos poco habitados con gente que dejó atrás la carretera de «ser peculiar» hace años y se adentró en «desconfía y vete» de cabeza.

—Muy amable, pero no tengo hambre —me obligué a sonreír, pero no había ni una polilla de duda en mí de que fue del todo falso. Me sacudí lo que fuera que me estuviera pasando de encima y me acerqué a él, ofreciéndole la mano—. Soy Annika Collymore, trabajo para Ocean Gold y estoy buscando a Darien Boyle.

En cuanto pronuncié esas palabras, se subió un muro entre sus ojos y los míos. La inexpresividad inundó la cara del hombre frente a mí y el aura relajada y cálida que había rodeado su presencia desde el principio desapareció. Aún así, no ignoró el gesto. Me estrechó la mano con firmeza, pero sin apretar demasiado y la sostuvo hasta que yo decidí retirarla.

—Un placer —comentó.

Otro que sabe a qué vengo. Nada, oye, que venir a hacer negocios aquí es lo mismo que ser traficante de órganos. La virgen.

—¿Crees que podrías ayudarme a encontrarlo? —pregunté en tono alegre, ignorando que aún no me había dicho su nombre.

Me recordó a aquella novela romántica que leí sobre dos astrónomos, en la que él era el jefe de ella y tardó tres vueltas de Neptuno en decirle su nombre. ¿Cómo era? ¿Atlas?

—Claro.

—¿De verdad?

—Faltaría más. ¿Quieres ir ahora? —Se levantó dejando que su predisposición me inundara de sorpresa.

—Sí. Sí, por supuesto. Eso sería genial.

—Bien. Puedes dejar aquí tu maleta si quieres, Cairenn te la mantendrá a salvo hasta que Brianna tenga tu habitación lista.

—De verdad solo hay un hostal por aquí, ¿eh? —murmuré.

—Soy Bréagadóir, por cierto.

—Un placer. —*No pienso pedirte que me lo escribas porque una vez encuentre a Darien y cierre el trato, no volveré a verte nunca más.*

Pero reconozco que un nombre impronunciable le añade un plus de interesante a un levantador de vacas embarazadas. Tiré de mi maleta hacia la salida y él detuvo sus pasos en la puerta.

—¿Era un ofrecimiento o una orden? —pregunté, a pesar de que recordaba perfectamente su «puedes».

—Lo primero, pero no vas a poder recorrer este lugar con la maleta a cuestas.

—Soy más fuerte de lo que parezco.

—Apuesto a que también eres más inteligente de lo que estás pareciendo ahora.

Abrí la boca con ofensa, pero él no llegó a verlo porque ya me había dado la espalda y había salido del bar. Miré a Cairenn. *Pensándolo bien, tiene candado y no sé por qué debería fiarme más del hostal de Brianna que de ti.* La coloqué frente a una pared llena de tréboles de cuatro hojas bordados sobre un lienzo en blanco, hice un gesto de despedida con la cabeza y salí de allí.

—¿Entonces te espero mañana por la mañana? —preguntó un hombre de mediana edad, sentado en el porche de lo que parecía una biblioteca.

—Tu puerta estará arreglada antes de que puedas quejarte de las infernales bisagras, Onhir.

—Maeve me dio para ti los apliques que necesitabas.

—Soy un tío con suerte.

Le dejamos atrás y yo aproveché el silencio para hacer memoria.

—¿Puedo hacerte una pregunta… Bréagadóir? —dije haciendo una pausa para coger aire, en un intento de que no fuera necesario pedirle que aminorara la marcha, que entendiera que mis piernas no eran tan largas como las suyas.

No funcionó.

—Dispara.

—¿Qué significa *eejit*?

—Idiota.

—Genial. —*Así que le he dejado mi maleta a la que me ha llamado idiota.*

A la vuelta no voy a tener ni calcetines.

—¿Verdad? —respondió en tono irónico, acelerando el paso si cabe.

—¿Y es algo común por aquí? Lo de poner insultos a los establecimientos.

—No —sonrió y me mordí el interior de la mejilla con disimulo—. Es una broma de Cairenn.

—¿Una de esas tan graciosas que nadie entiende? —pregunté sarcástica.

Se detuvo. Así, sin más, se paró delante de mí con las manos metidas en los bolsillos,

mirándome desde las alturas y casi aterricé en su pecho. Por suerte, no pasó. Una fría brisa voló mi pelo hacia atrás y me obligó a respirar su olor a… (me tomé un segundo), a mar y hojas quemadas. *Vaya suerte la mía.*

—Es algo para nosotros.

—¿Nosotros? —pregunté sin entender, pues no había ningún «nosotros».

—Los habitantes de Leganhyr tenemos que aguantar a muchos turistas a lo largo del año. Personas que vienen de grandes ciudades y tardan, siendo generosos, unos cinco segundos en mirarnos por encima del hombro, a pesar de que quienes son dependientes de un aparato electrónico que sustituye muchas de las funciones que debería hacer su cerebro son ellos. Por no hablar de que no saben llegar a ninguna parte sin *Google Maps.*

—¿Sabes lo que es *Google Maps*?

Alzó una ceja, confirmando que cumplía la lista de prejuicios previamente relatados. Cerré la boca a cal y canto.

—Cada uno tiene su forma de aguantar el hecho de que personas de todas partes del mundo vengan aquí a utilizar un paraíso que no son capaces de apreciar como su «momento de contacto con la naturaleza».

—Lo dices como si el turismo no os reportara nada positivo.

—Tenemos mil maneras mejores de mantenernos, no necesitamos el turismo. —Volvió a emprender la marcha rápida.

—Dime una —pedí cuando tomamos un desvío que supuse era un atajo, pues nos sacó del camino.

—Exportación de alimentos.

—No es estable. —Sacudí la cabeza.

—La agricultura no, pero la pesca sí. Además la lana de nuestras ovejas es una de las más demandadas. Por no hablar de los beneficios que reportan las reparaciones de los navíos de aquellos que trabajan en el muelle. No tenemos una forma de mantenernos, tenemos montones y no nos hace falta la visita de nadie.

—Ya, Cairenn ha dicho que Darien podría mantener todo Leganhyr él solo —dije sin tomarme nada de lo que decía a lo personal—. ¿Por qué caminas tan deprisa?

—Porque va a anochecer y yo puedo volver a oscuras por donde sea, pero dudo que tú puedas.

—Hay farolas.

—Cada cincuenta metros, cuya luz ilumina poco más de quince, y solo en algunas zonas. —No me pasó por alto su tono un poco más seco.

No llegaba a ser arisco, había una pátina de respeto que estaba más que presente en su voz, pero aún así parecía irritado.

—¿Y no habéis pensado en poner más?

—A los animales no les gusta la luz. Este no es solo nuestro hogar, ¿sabes? También es el suyo.

La suela de mis botas resbaló cuando pisé unas piedras falsamente afianzadas en el descenso, pero pude agarrarme a algo. Su brazo. El hombre de ojos grises se había movido más rápido de lo que la escasa luz me dejaba advertir. Sus dedos rodearon mi antebrazo con firmeza, una menos desesperada a la forma a la que se agarraban los míos. Su piel era cálida y suave. No me gustó. Para nada. Y si mis pulmones se vaciaron fue por el susto de ver mi cara arañada contra las piedras. Tiró de mí para ayudarme a recuperar la posición previa.

—Una pena que tus entrenamientos en ese caro gimnasio no puedan agudizar tus reflejos. —Me dio distancia, no sin antes apartarme de la zona de piedras traicioneras.

No hubo brusquedad alguna en su gesto, pero si en sus palabras.

—¿Y tú qué sabes lo que hago?

—Lo sé porque eres como todos los demás.

—Vaya, lo tuyo es hacer amigos, ¿eh? —pregunté, ni de lejos tan irritada como debería.

Supuse que, porque a pesar de todo, me estaba llevando a donde quería.

—No vamos a ser amigos. Te habrás ido de aquí antes de que salga el sol.

—¿Por qué? ¿Vais a hacer un motín? ¿A perseguirme con lanzas y antorchas en llamas?

—Porque cuando te des cuenta de que no hay nada aquí para ti, será la única opción que quede sobre la mesa.

Entonces oí un mugido. O tal vez fue un rugido. Di un bote haciendo un repaso mental de lo que llevaba en mis bolsillos que pudiera ser utilizado como arma.

—¿Has oído eso?

—Sí, es Trinity y sus crías.

—Por favor, dime que Trinity no es una persona —*y que este no es el final de mi película de terror.*

Capítulo 6

—Es una familia de zorros rojos —no le conocía lo bastante como para saber qué le divertía, pero juraría que eso lo hizo—. ¿Estás asustada?

—En absoluto —mentí—. ¿Todos vuestros animales son rojos? —El terreno no fue para nada a mejor.

Las pocas tiendas y casas habían quedado atrás y ahora estábamos rodeados de árboles y de silencio. También había algunos arbustos y montones de piedras en el camino terroso que llevaba al mar. *Voy a morir asesinada por una masa enfurecida y serviré de comida para algún mamífero de piel rojiza mientras Dimas se queda decepcionado y sin el trato multimillonario. Si es que no me parto el cuello antes resbalando en este terreno hecho para vacas.*

—Solo algunos. —Oí agua haciendo eco a sus palabras.

—¿En serio este es el mejor camino?

—Es el que suelo coger yo —dijo y lo que su acento irlandés le hacía a sus palabras curvó un poco las comisuras de mis labios hacia arriba—. Pensaba que tenías prisa por conocer a Boyle.

Entonces lo entendí, resultó evidente: lo había hecho adrede. Creía que la posibilidad de una inminente muerte en manos de la madre naturaleza iba a achantarme. A hacerme huir como un cervatillo asustado. Una descarga de fortaleza y seguridad llegó zumbando a mis venas.

—La tengo. ¿Es amigo tuyo?

—Podría decirse.

Descendimos otra colina y vi el muelle desde la distancia. *Ahí está.* Una ligera chispa de satisfacción calentó mis tensas emociones.

—Entonces, ¿trabajas por aquí cerca? —pregunté después de averiguar que, por lo visto, su trabajo no tenía lugar en las montañas cerca de vacas embarazadas.

—Sí —dijo escueto.

Hice una mueca pensativa. No podía ser pescador porque con toda seguridad no sé pasaba el día sentado esperando a que la vida le diera lo que necesitaba.

—¿Y qué haces exactamente? —Pese a mis peticiones, la luz del sol se marchó sin mirar atrás y la línea entre el cielo y el mar empezó a ser bastante difusa.

—Soluciono problemas. —De nuevo el retintín molesto.

—¿Eres ambiguo como deporte?

—Solo con quien hace demasiadas preguntas.

—Oye, lo cojo, no te caigo bien y no quieres que esté aquí. Pero voy a quedarme hasta que consiga convencer a Darien de que la extracción de la *Nihafryta* es lo más conveniente para todos.

—Lo dudo.

—Tu falta de fe solo me… —No terminé la frase.

La tierra mojada había hundido mis pies (casi engullido, como si fuera la boca del payaso *It*). Por suerte, esta vez no llegué a caerme, solo a mover los brazos de manera bochornosa. Para mi sorpresa, su cuerpo se materializó frente al mío. Como una torre de protección. Esta vez no llegó a tocarme, pero era evidente lo preparado que estaba para… salvarme, si lo necesitaba. Me quedé muy quieta. Sin aliento. Maldije para mis adentros. *¿Salvarme? Tengo que dejar de leer novelas que me hacen pensar en Darcy cada paso que doy cuando la realidad de lo que me encuentro sin duda se asemeja más a George Wickham.*

—Eres de lo más torpe. —Oí cierta recriminación en su voz, además de otras cosas a las que me obligué a no prestar atención.

Como preocupación. *No, no he visto eso.*

—No, qué va. —Di un paso atrás y él se movió conmigo, con una cautela absurda y un tanto halagadora—. Soy lo opuesto a torpe. Lo que pasa es que casi no hay luz, tú vas muy deprisa y yo no conozco este sitio.

Me miró con la más perfecta incredulidad dibujada en su iris y hasta en sus pecas. Segundos después sufrí un cortocircuito, porque sus dedos llegaron hasta los míos y los cogieron con determinación.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté con una sequedad forzada.

¿Por qué me está cogiendo de la mano?

—Si no nos damos prisa no llegaremos antes de que anochezca y no me apetece tener que llevarte al hospital pudiendo haber evitado el accidente.

—Ya, supongo que eso afectaría a tus planes nocturnos de esquilador de ovejas —dije por

lo bajo.

Volvimos a caminar a paso ligero y yo… yo no recordaba la última vez que alguien me había cogido de la mano. *Años.* No solía pararme a pensar en ello, pero no podía evitar hacerlo ahora cuando un cosquilleo intranquilo me retorcía las entrañas. *No es por él. Me habría pasado con cualquiera. Estoy… desentrenada.*

—No vas a convencerle —dijo Bréagadóir—, a Darien. No conseguirás nada.

—Sí lo haré. Tal vez tu amigo tenga una parcela del mar Celta, pero —*yo soy el pez más peligroso de este y todos los demás mares*—, puedo llegar a ser muy convincente.

Miré nuestro agarre durante los segundos que el camino lo obligó a caminar un paso por delante y supe que no se percataría de que la dirección de mis ojos no era el suelo.

—Lo que utilizas en Boston para conseguir lo que quieres aquí no tiene ningún valor —dijo.

La brisa se volvió más fría y mis latidos más rápidos.

—El dinero tiene el mismo valor en todas partes.

—Si de verdad crees eso, es evidente que no hablamos el mismo idioma.

—Eso era evidente desde que intercambiamos las primeras palabras. —Resoplé colocándome a su lado cuando el terreno se volvió más amplio.

—¿Y qué te hace pensar que con Darien la cosa será diferente?

Me reí un poco.

—¿Qué? —preguntó girando la cara hacia mí.

Trayendo consigo esos ojos grises tan inusuales.

—Que aún no has conocido mi versión de trabajo —respondí alzando la barbilla—. La razón por la cual me han enviado a mí, pese a la fama que tiene tu amigo.

—¿Qué fama?

—De caso perdido. De que la tragedia de sus padres le hizo querer alejarse de las profundidades marinas pese a lo que podría sacar de ellas. De que es… peculiar. Ya sabes. —*Loco.*

Silencio. *Madre mía con los silencios. Y encima aquí, en medio de la nada, parece que se magnifican. Nunca pensé que diría esto, pero cuánto echo de menos el ruido del tráfico y de la muchedumbre apresurada.*

Llegamos al muelle. Él me soltó la mano casi al instante, como si en realidad el contacto

hubiera sido un suplicio para él. Como si le hubiera estado dando la mano a la molesta hermana pequeña de su mejor amigo mientras cruzaba la calle y ya hubiéramos llegado a la acera. Me convencí de que no me importaba y le busqué en el muelle, a Darien. Había cantidad de barcos allí aparcados, la mayoría de buques antiguos dignos de un segundo vistazo. Eran enormes. Tuve la sensación de haber llegado a un puerto pirata. En cuanto a otros seres humanos… no había ninguno. Estábamos solos. Me separé un poco de él para tener mejor visión del final del muelle, pero tampoco vi a nadie.

—¿Sabes lo que les pasó a los Boyle?

Me di la vuelta hacia la voz que sonó cerca de mi espalda.

—Naufragaron.

Sacudió la cabeza y me adelantó. Sus zancadas se volvieron más largas. Le seguí acelerando el ritmo y dejamos atrás metros y metros de muelle, adentrándonos más en el mar donde la luz artificial escaseaba. Nos desviamos a la izquierda y cuando se detuvo frente a un inmenso ejemplar antiguo muy parecido a La Pinta, se giró hacia mí.

—No.

—¿Qué quieres decir con «no»?

—A Flynn y Adara Boyle los mataron.

—Eso no es cierto. Fue un accidente. Una catastrófica desgracia como las que ocurr…

—El *Ressence* fue un obsequio.

—¿Cómo dices?

—Un regalo que resultó ser una trampa mortal en la que ambos cayeron de cabeza por culpa de las prisas que el gobierno irlandés tenía de vender los avances médicos de los Boyle al resto del mundo —la recriminación coloreó su tono y sus palabras.

—¿Una trampa de quién?

Se acercó tanto que podría haberle contado las pestañas.

—Si tuviera ese dato, ¿no crees que a estas alturas la noticia ya estaría en los periódicos?

—Lo que dices no tiene sentido, eran grandes investigadores. ¿Quién podría beneficiarse de sus muertes?

—Todos aquellos que querían ocupar su lugar en la historia —contestó tan rápido como quien sabe la respuesta mejor que su nombre—. El regalo fue de Beylan Fond, el inglés y multimillonario que a pesar de su juventud, murió exactamente un año después del supuesto

naufragio. Estas son las opciones, o bien no sabía nada acerca del problema de lo que pasaría con el *Ressence* y quien sí lo sabía se encargó de no dejar ningún cabo suelto, o bien estaba al tanto de todo y la culpa le obligó a quitarse la vida.

Había oído rumores sobre la muerte Beylan Fond que teorizaban sobre que no había sido un accidente, pero jamás nada relacionado con el *Ressence*. Ni con los Boyle.

—¿No vas a dejarme hablar con Darien? —Puse los brazos en jarras—. ¿Es eso? Porque te aseguro que si lo que dices es cierto y sus padres fueron asesinados, Ocean Gold no tuvo nada que ver.

—Beylan estuvo relacionado en múltiples ocasiones con Ocean Gold.

Solté el aire con ofensa.

—Lo que insinúas es asqueroso. —Di un paso atrás.

—Y una posibilidad.

—No, no lo es —dije con rotundidad—. Los Boyle trabajaron con Ocean Gold, nos proporcionaron reliquias cuya venta resultó uno de los principales impulsores que nos lanzaron al éxito. Nadie de mi empresa podría haber tenido el más mínimo interés en matarlos. Por no hablar de que nosotros solo investigamos y comercializamos con hallazgos marinos. Hacemos negocios, no somos de la mafia. —Enfurecida por la forma en la que sacudía la cabeza, gruñí—. ¿No vas a contestar a mi pregunta? —Sin respuesta, solo una mirada que parecía capaz de atravesarme—. ¿Vas a dejarme hablar con Darien o no? Mira he venido hasta aquí, y no me refiero solo a Irlanda, lo mínimo que podrías hacer…

—¿Sabes que significa Bréagadóir en gaélico?

—Seguro que algún otro insulto de lo más irónico e interesante, pero aún así no estoy interesada en una nueva lección, profesor. Sino, en saber por qué me has traído aquí si Darien no…

—Mentiroso.

—¿Qué?

—Significa mentiroso. Encantado de conocerte, Annika Collymore, mi nombre es Darien Boyle. Y ya puedes ir buscándote un vuelo de vuelta con destino a Boston, porque no vas a tener lo que has venido a buscar.

Capítulo 7

«Dicen por ahí que el trauma de la inesperada muerte de sus padres le obligó a abandonar el mundo de los cuerdos hace mucho». «Mantén las distancias y si tienes que elegir entre el trato y tú, no lo dudes y márchate». «Hermanita ten cuidado y no te quedes más de lo imprescindible». Las palabras de Dimas, Donna y Dean retumbaron en mi mente de forma lenta, pero tan letal como las arenas movedizas.

—Eres Darien Boyle —repetí en poco más de un susurro.

—Sí, y puedo asegurarte que no hay nada que puedas decir o hacer para que permita a Ocean Gold, ni ninguna otra organización capaz de ganar millones a costa de lo que hay en el fondo marino, pase por mi territorio —dijo pues era *su* territorio—. Es la única forma de evitar más muertes ya que, como supongo que sabrás, las de mis padres no fueron las únicas.

Habían sucedido numerosos accidentes, sí… pero el avance de nuestra sociedad siempre conlleva un… Eso no importaba. Di un paso atrás sintiendo mi integridad física en riesgo, sudores fríos y una intensa necesidad de echar a correr.

—¿Y entonces para qué me has traído aquí? —*¿Por qué no he aprendido a pelear?*

¿A utilizar la fuerza de mi adversario contra él? Debería haber hecho caso a Aiden cuando me lo ofreció y a Lukas. Soy idiota.

—Para que veas con tus propios ojos que el *Ressence* no está aquí —dijo y lo busqué con la mirada de manera inmediata—. Que lo destruí en cuanto tuve la capacidad de hacerlo. Y que vas a irte de aquí con las manos vacías, igual que has venido.

—No está en la superficie, que yo vea —rebatí con el pulso acelerado—. Pero eso no significa que no esté bajo el agua. O anclado en mitad del mar.

Se rio con genuina diversión. Di otro paso atrás, pero él se cargó mis esfuerzos en una zancada.

—¿Sabes cuánto tiempo duraría así una nave como el *Ressence*? Días. Sé que no tienes ni idea sobre la preservación y el mantenimiento de barcos, sumergibles y similares, pero seguro que encuentras a alguien que sí en tu increíble empresa de Boston.

Se dio la vuelta y empezó a hacer el camino de vuelta.

—Espera —le perseguí—. ¿Y qué hay del hecho de que tus padres hubieran elegido a Ocean Gold una y otra vez?

—Es irrelevante.

—¿Y eres consciente de que su última investigación no tenía relación alguna con nosotros? ¿Que no iban a vender a Ocean Gold sus avances médicos? ¿Que nosotros solo comercializamos con los objetos que encontraron en expediciones pasadas mucho antes de eso?

—De nuevo, irrelevante.

No ver más que sus anchos hombros, ya que no se había molestado en darme otra cosa que no fuera la espalda, me estaba enfureciendo y frustrando más de lo que ya lo estaba.

—Arreglas barcos, reliquias antiguas. No me creo que te deshicieras del *Ressence*. —Una vez más, sin respuesta—. ¿Sabes lo que creo? Que tu necesidad de saber qué había pasado con el *Ressence* fue lo que te llevó a ejercer tu profesión, que fue la primera nave que arreglaste. Que estás convencido de que los asesinaron por lo que encontraste en ella.

Se detuvo en seco y oh, Dios, sus ojos me daban la razón en todas mis suposiciones. Esta vez no tuve tiempo de frenar y choqué contra su cuerpo. Su pecho, en realidad, tan firme como hubiera podido imaginar. Sus manos estuvieron sobre mis antebrazos un segundo después, como si su subconsciente hubiera querido frenarme demasiado tarde. Casi fue una caricia. Igual que el deje de respeto en su voz, en la forma que tenía de tocarme había podido comprobar que había… *nada. Absolutamente nada.* No sabría decir quién de los dos se apartó antes, ambos parecimos igual de desesperados por poner terreno de por medio.

—Viniste a hacer una oferta que acabo de rechazar. No hay nada que puedas darme para que cambie de opinión. Ni lo habrá. Así que no deshagas las maletas y vuélvete a donde sí perteneces. Este no es tu sitio.

Se giró y se alejó dando largas zancadas. No le seguí. Miré a mi alrededor en busca de algo a lo que aferrarme. Una idea. Pero si el *Ressence* había sido destruido estábamos jodidos del todo. Esperaba que no fuera así. Pero aunque no lo fuera, ¿qué narices iba a utilizar con tal de convencerle de que…? De repente, Darien se detuvo y me gritó:

—¿Qué estás haciendo?

No supe qué contestar porque no estaba haciendo nada. *Bueno, es posible que esté haciéndole vudú mental a un muñeco de piel rojiza y el puente de la nariz lleno de pecas, pero*

nada que tú puedas ver. De repente, sus zancadas lo trajeron de vuelta hasta mí y contuve la respiración. Su mano rodeó mi muñeca y tiró de mí para que lo siguiera.

—Tienes una costumbre muy anticuada de tocar a la gente sin su permiso, ¿sabes?

—Demándame.

—¿A dónde me llevas? —pregunté.

En el momento que intenté zafarme de su agarre, él me soltó al instante. Confuso. Mirándome como si le irritara, cuando en realidad lo que lo hacía eran las verdades que había soltado segundos atrás.

—Te llevo al hostal de Brianna —dijo llenando sus pulmones de paciencia.

—Puedo ir sola.

Esta vez su rostro se relajó y una risa breve le movió los hombros.

—Eso sí que me resulta tentador de ver, lo reconozco. —Se hizo a un lado y movió un brazo en dirección al camino—. Adelante, no te cortes. Demuéstramelo.

Él tan interesado en verme equivocarme y yo tan dispuesta a ignorar que el hecho de que no ha querido dejarme aquí a mi suerte. Pasé por su lado ignorando su olor a mar y hojas quemadas, el irritante retintín de su tono y el fracaso que de ninguna manera iba a aceptar. Debía pensar. Así que eso hice los primeros minutos del camino de vuelta. Hasta que oí:

—Por ahí no. —Relajado, Darien habló en algún punto medio cercano a mi espalda—. A menos claro que te apetece visitar los acantilados.

Giré en la dirección opuesta en la bifurcación, estando segura de que habíamos ido por el otro lado al bajar. La farola que encontramos iluminando el camino unos metros después, me ayudó a ver que me equivocaba. Sin duda había visto antes esas flores amarillas sobre las rocas llenas de moho. Tuve un escalofrío. *Esto se parece mucho a esa adaptación que Jared hizo de Crepúsculo unas Navidades, donde Bella lleva a Edward al bosque para decirle que sabe que es un vampiro y él se la come.* Un escaso minuto después volví a oír un molesto:

—Nop.

Me giré deseando ser una Diosa capaz de utilizar el elemento aire y mandarlo a la otra punta del globo terráqueo con un chasquido de dedos. *Sí, también leo fantasía. Y las fantasías que va a protagonizar este acabarán todas con él lanzado bien lejos.*

—¿Por qué no vas tú delante? —pregunté irritada.

—Has dicho que sabías cómo volver.

—He dicho que podía ir sola.

—Ambas son mentira. —Se encogió de hombros.

—¿Por qué no te has ido?

—Mi hospitalidad no se ve afectada por tus intentos de hacer negocios en Leganhyr, Annika. —Sus botas crujieron sobre las ramas al caminar hasta mí—. Además, aquí hay muchos animales. Ellos ya conocen mi olor, saben quién soy, pero el tuyo… —Sacudió la cabeza con suavidad y durante un fragmento de milisegundo creí que estaba a punto de olerme y eso… no me habría importado tanto como debería—. No se parece a nada que hayan olido por aquí. Eso podría atraer su curiosidad y… —su iris gris relució de manera distinta, como la plata—, estoy seguro de que haría falta bien poco para que tu cabeza acabara contra unas piedras. Visto lo visto.

Odioso. Odioso. Odioso. Odioso.

—Eres muy amable —dije, esperando que se diera cuenta de que «amable» sustituía una larga lista de insultos.

Por la forma torcida en la que sonrió, juraría que sí. Empezó a chispear.

—Oh, venga ya. —*En serio, Leganhyr, te estás luciendo.*

Antes de emprender de nuevo la marcha, Darien extendió su mano en mi dirección. Igual que quien pide algo. Uní las cejas hasta que entendí que quería que le diera la mano. *Ni en un millón de años.* Pareció oírme alto y claro porque su pecho se movió con otra risa breve y airosa, grave y demasiado rápida como para estar segura de que había pasado. Le pasé de largo.

—No voy a irme, ¿sabes? —dije rompiendo el silencio unos minutos después de que se creara.

—Bien, como quieras. Bienvenida a Leganhyr. Seguro que puedes buscar empleo ordeñando algunas vacas con Eyna.

—No voy a irme hasta que consiga hacerte entrar en razón, pero tampoco voy a quedarme a vivir en este…

—¿Si?

—Agujero de fauna descontrolada —murmuré.

Esta vez se rió. Una carcajada profunda y melódica que rebotó en mí de una forma que no debería. Que me gustó a un nivel que no debería. Casi curvo las comisuras de mis labios hacia arriba.

—Sin duda, tu ciudad llena de contaminación, superficialidad y egoísmo es mejor a tus ojos, ¿eh?

—¿Egoísmo?

—¿Ahora vas a fingir que si fueras la alcaldesa de Leganhyr por un día no inundarías esto de luz artificial sin pensar en los animales?

Abrí la boca, pero no salió ninguna palabra.

—Ya me parecía.

—Esta luz anaranjada es como no tener nada. Mira allí —señalé al este—, no se ve nada, solo oscuridad. ¡Podría haber un acantilado y yo no lo sabría! Es un peligro. La gente puede perder la vida.

—A esta distancia, más que un acantilado sería un escalón. ¿Sabes lo cerca que estamos del nivel del mar? —preguntó en tono burlón.

—Lo que sé es que el letrero de un *Starbucks* ilumina más que siete de estas farolas. Y perdonad, fauna de Irlanda, pero podríais vivir en otra parte.

—Qué bonito.

—Lo sería. Delimitar una zona para humanos y otra para animales acabaría con el problema. Nadie cruzaría la línea y así ellos podrían tener la oscuridad que por lo visto no les da cerrar los ojos.

—Aquí no hay ningún problema, Annika.

La forma en la que pronunciaba mi nombre no me gustaba. Su voz masculina se volvía más suave durante ese breve segundo y no… no me gustaba nada.

—Podríais vivir mucho mejor que esto —rebatí—. Hay una infinidad de maneras de disfrutar de la vida a un nivel que ni siquiera podéis imaginaros.

—De nuevo, la mejora solo es visible a tus ojos, para nosotros esto ya es perfecto.

No supe qué contestar a eso. Toda mi vida estaba inundada por tecnología. Mi ducha se encendía cuando me acercaba, por no hablar de Steve: el robot que se encargaba de mantener mi apartamento ordenado. O el hecho de que mi nevera me recordaba cuándo debía hacer la compra y que tenía más dispositivos electrónicos que Donna. *Y eso ya es decir porque tiene tres asistentes virtuales y un dron que le trae la compra a casa.* No me imaginaba una vida sin todo lo que me recordaba mi éxito laboral, ni los privilegios que me obsequiaban. *Pero supongo que eso tú nunca podrás entenderlo.*

Capítulo 8

—Venga ya —susurré tragándome lo que veía.

Las paredes de la habitación tenían que ser una broma. *Mi vida en estos momentos tiene que serlo.*

—¡He vuelto! —Brianna, que había ido abajo a buscar el juego de llaves que me permitirían acceder a mi habitación, cruzó la puerta con una amplia sonrisa—. ¿Pensabas que no lo haría? —Me dio con el codo.

—La verdad, esperaba que sí. —Ni siquiera sonreí mientras ella se carcajeaba, había descubierto que no le hacía falta.

La mujer no debía tener más de cincuenta años, llevaba el pelo rubio atado en dos trenzas y su acento marcaba tanto sus palabras que no entendía tres de cada dos. *Sí, exacto.*

—Son tuyas durante el tiempo que decidas quedarte con nosotros. Pero acuérdate de devolvérmelas cuando te marches, ¿eh? —Otro codazo—. Ah, por cierto. La conexión a internet es un poco lenta, pero aquí tienes la clave del wifi —me pasó un papel roto que tenía toda la pinta de ser la esquina de alguna libreta.

Vamos que aquí los mensajes me van a llegar igual que a Dásya Darnon la sensación del despido inminente: de forma intermitente y cuando menos me lo espere. Ojalá estuviera en un resort de lujo y no aquí, perdida en un valle fangoso y húmedo repleto de animales curiosos y/o agresivos. Odio a los cisnes.

—¿Y lo del agua caliente? —pregunté tras darle las gracias.

—Ay, ya sabía yo que se me olvidaba preguntarle algo a Finbar —chistó la lengua con pesar.

¿Ves? Esto es lo que pasa por no poderle poner una reseña. La gente se confía.

—Es que estoy muerta de hambre y no pienso con claridad cuando tengo el estómago vacío.

—Claro, lo entiendo. —*No*—. ¿Podríamos llamarle?

—Finbar no tiene teléfono. ¡Y aunque lo tuviera no respondería! No es muy dado a la

charla si no es cara a cara. Como ya se ha ido a casa tendré que esperar a que venga mañana para preguntarle. Aunque para entonces, supongo que ya lo habrás averiguado tu misma así que, ¡puedes pasarte a contármelo! —Me dio un codazo, acompañado de una nueva y maravillosa carcajada.

Como echo de menos a Donna, su eficacia, su memoria y sobre todo, sus codos distantes.

—Bienvenida a Leganhyr —concluyó tras una serie de palabras no-identificadas.

—Muchas gracias, Brianna. —*Espero poder despedirme de ti muy pronto.*

Eché otro vistazo a la habitación. Los colores que reinaban eran: el verde en las paredes, el naranja en el suelo y el blanco en la cama. *Una patada en la cara para cualquiera que sepa que, a menos que seas Finlandia, lo mejor que puedes hacer con los colores de tu bandera es dejarlos quietecitos donde están.*

—Bien, ¿quieres venir a cenar al *Eejit*?

He cogido mi maleta antes de venir aquí y no tengo intenciones de volver nunca.

—No, gracias, estoy bien.

—¡Hambrienta es lo que debes estar! ¡Solo hay que verte! —aseguró antes de insistir un poco más.

Dejé de contestar. *No quiero ser borde, pero en Boston o en Irlanda, mi paciencia tiene un límite.*

—¿Un último consejo? —preguntó ya desde la puerta—. La ventana, ciérrala cuando te vayas a dormir.

—¿Por qué?

—Los animales pueden verlo como una invitación a entrar.

A pesar de que estábamos en un segundo piso, no hice más preguntas. Cuando Brianna se fue, me acerqué a la ventana para cerrarla y vi el bar de Cairenn desde allí. No estaba lejos. Se oían risas y charlas a un alto volumen. *«Para nosotros esto ya es perfecto»*.

—Mis narices —refunfuñé—. No sabéis lo que os estáis perdiendo. Hay un mundo repleto de culturas alucinantes de las que vosotros no sabéis nada. Por no hablar de los avances que os podrían hacer la vida más fácil y divertida. —Tiré de la cuerda atada a una mitad de la ventana y antes de coger la segunda, mis ojos se posaron en una sombra junto a la puerta del *Eejit*.

Reconocía esa figura a la perfección porque la había tenido delante de mí durante mucho rato. Era imposible para mí saberlo dada la distancia, pero parecía estar mirándome igual que yo

lo miraba a él. Algo se retorció en mi estómago. Tiré de la cuerda y até las dos con un par de nudos. Eché las cortinas y me dejé caer sobre la cama, mucho más mullida y agradable del ladrillo que me esperaba. Aunque la habitación era horrorosa, olía muy bien. A una mezcla de vegetación que no lograba identificar. Solté el aire de forma sonora.

—Te has lucido, Dimas. —Suspiré.

Capullo. Por no haberme permitido prepararme esto como debería. *La presentación de mis cartas debería haber sido mucho mejor.* Gruñí. Me desvestí y me di una ducha *(fría y rápida, muy a mi pesar).* Después me puse el pijama de seda roja y una sudadera de *Yves Saint Laurent* negra encima al darme cuenta de que mi pijama abrigaba entre poco y nada en absoluto. Alguien llamó a la puerta de mi habitación. En dos ridículos pasos llegué a ella y la abrí. Darien suspiró y se apoyó en el marco de la puerta como si fuera su habitación.

—¿Aún sigues aquí?

—¿Esperabas que te abriera la puerta una ardilla? —pregunté y durante unos segundos Darien me mantuvo la mirada, sin hacer comentario alguno.

Lo mismo se carcajea sin parar, que se vuelve una roca sin sentimientos.

—Ten —me ofreció un plato de cerámica con algo rectangular envuelto encima.

—¿Qué es? —Uní las cejas.

—Comida —respondió con sequedad.

—No lo entiendo —admití—. No he pedido nada.

—Se me cansa el brazo.

Me apresuré a cogerlo porque estaba desesperada por comer lo que fuera. *Incluso comida potencialmente envenenada.*

—Gracias —dije, de nuevo sin respuesta, lista para buscar en YouTube «formas de detectar veneno».

Entonces me di cuenta de que Darien no me había mirado. *Si sabes a lo que me refiero.* Llevaba una sudadera grande y mis pantalones cortos (y rojos) de seda apenas asomaban por debajo. No estaba para nada interesada en ver cómo su mandíbula se desencajaba al verme las piernas, pero me sorprendió que ni siquiera las mirara. Toda esa indiferencia inundándole la cara… no, sin duda no estaba acostumbrada a eso. Hacía deporte y mi pijama era precioso, así que lo lógico hubiera sido… *¿pero por qué me importa?*

—¿Quieres dinero? —pregunté, deseosa de cerrar la puerta y acabar con esto.

—Quiero el plato.

Contuve un gruñido porque no iba a darle esa satisfacción. *Quiere el plato. Sí, no vaya a ser que os lo robe y Cairenn se quede sin poder estrellarlo contra el suelo.* Dejé el bocadillo sobre una servilleta en mi cama. Al darme la vuelta, mientras me acercaba a la puerta, vi sus ojos fijos en mis muslos. Fue un breve segundo y no se cargó en absoluto la inexpresividad de su rostro. Pero rayo de satisfacción vibró en mis venas aunque, por supuesto, no lo demostré. Alargué la mano y él cogió el plato.

—Buenas noches.

—Buenas noches, Darien.

Si antes estaba cargada de determinación, ahora iba a inundar el mundo de ella. Encendí el portátil y empecé a enviar correos electrónicos pidiendo algunos favores. *Si este se cree que me voy a rendir tan fácilmente es que no tiene ni idea de con quién está tratando.*

Capítulo 9

Al bajar las escaleras a la mañana siguiente, me sorprendió encontrar el recibidor vacío. Brianna no estaba por ninguna parte. *Qué raro.* Salí al exterior y la fría brisa de la mañana de Leganhyr me dio la bienvenida. Tres segundos después resbalé y mi culo aterrizó en el suelo. Maldije, pero nadie lo escuchó porque tampoco había personas allí fuera. *Un pueblo fantasma. Genial. La cosa mejora por momentos.* Mi móvil vibró con un mensaje de Dimas que, con toda seguridad, había sido enviado hacía horas. *¿El wifi del hostal de Brianna? Tan útil como un bote sin remos o mi corazón sin Jonathan Smith-Turner*. Pero lo que leí me gusto. *Mucho*. Tanto que me acerqué a la tienda de ropa de Finbar. Sí, el mismo Finbar responsable del buen funcionamiento de las tuberías del hostal de Brianna *(que había cumplido su cometido más o menos como el wifi)*, que por lo visto no solo se encargaba paralelamente de reparar vehículos *(puntualizo que no he visto ninguno de momento)*, sino que también tenía una tienda de ropa. Y yo iba a necesitar unas botas más adecuadas si iba a quedarme aquí hasta conseguir mi meta. ¿La pega? La tienda estaba cerrada, con las luces del escaparate apagadas y todo. Miré el reloj. Marcaban las seis y cincuenta y nueve de la mañana. Y un segundo después… las siete.

—Buenos días, Annika. —La puerta de la tienda se abrió de golpe y Finbar apareció sosteniendo el pomo como si hubiera estado esperando tras ella durante horas.

Di un bote y me llevé la mano al pecho como tratamiento para mi infarto. Un coro de buenos días salió de cada tienda, casa y edificación de Leganhyr.

—¡El desayuno está servido! —Reconocí la voz de la mujer antes de que me diera la vuelta para verla: Cairenn.

—¡Qué hambre! —exclamó Brianna saliendo de su hostal, seguida de un montón de gente.

Las calles se llenaron en cosa de un segundo. *Igual que si Tesla estuviera regalando coches gratis, pero en versión pueblo-perdido-en-el-tobillo-del-mundo porque aquí no vive tanta gente.* Cuando le dije a Finbar que quería comprarle unas botas, me dijo que tendría que esperar a después del desayuno y luego procedió a caminar hasta el bar dejando la puerta de la tienda abierta. Le seguí con pura resignación hasta el *Eejit* con tal de ver si daba con Darien. Mi pulso

se aceleró un poco, supuse por todo lo que tenía en juego. *O por el bocadillo.* Había sido un detalle, teniendo en cuenta que quería que me largara. Y uno delicioso. *Pero no soy una persona impresionable, así que voy a ir cortando el rollo.* El bar estaba hasta los topes, pero no vi a nadie que se pareciera a él en lo más mínimo. Decidí probar suerte cuando llegué a la barra vi a Cairenn y a otra chica, de mi edad o algo más joven, ayudándola con los platos.

—¿Sabes dónde puedo encontrar a Darien? —pregunté y lo único que obtuve por parte de la anciana fueron palabras en gaélico. Por cómo se rió la otra chica, supuse que no eran halagos —. Perdón, buenos días, Cairenn, ¿puedo saber dónde encontrar a Darien, por favor? —*¿Esta vez sin mentiras?*

—¿Tanto te gusta? Pues vas a tener que ponerte a la cola guapa, porque hay una larga lista de pretendientas para mi nieto y tú ocupas la última posición. —Se apartó de la barra sobre la que se había inclinado para quedarse con toda mi atención y luego le dijo a la chica—: Llévale este plato a —no pillé el nombre— y rellénale el vaso a —lo mismo pero en versión masculina. Luego me miró—. ¿Aún sigues aquí?

Realmente eres su abuela.

—Sí, Cairenn y no voy a irme. He venido a Leganhyr a hacer negocios, así que no estoy interesada en ser parte de ninguna lista. —*Por ahora solo voy a intentar tragarme el dato de que estáis emparentados.*

—¿No tuviste suficientes negocios ayer? —preguntó sarcástica preparando unas jarras con té, obligándome a apartarme para no mancharme la chaqueta blanca de lazos negros de Chanel.

—¿Por qué no me dijiste que Darien era él? ¿Por qué le dejaste engañarme?

—Era lo justo —dijo como si de verdad lo pensara.

—¿En qué mundo? —pregunté a pesar de que el ruido del bar dificultaba toda conversación.

—Tú ibas a intentar engañarlo a él.

—Eso no es cierto.

Cairenn vertió el agua caliente en cinco garras grandes sin hacer ninguna pausa, ni verter fuera una sola gota.

—Claro que es cierto. Todos vosotros venís aquí con la intención de llevaros algo que no os pertenece y hacer fortuna sin importar lo que le cueste al pueblo de Irlanda.

—¿Lo que le cueste a…? Darien puede ganar millones con el trato que le ofrece Ocean

Gold —bajé el tono—. ¿Tienes idea de lo que podríais hacer en Leganhyr con ese dinero? ¿De lo ricos que os haríais? Por no hablar que la *Nihafryta* no os repercute ningún beneficio en el fondo del mar. Lo único que intento es…

—Márchate chica.

—¿Y si quiero desayunar? —repliqué frustrada ante tanta impasibilidad.

No quería ni acercarme a ese montón de alubias, salchichas, huevos y tantas otras cosas que no se parecían en nada a un desayuno, pero tampoco quería darle la satisfacción de verme irme.

—No hablo de mi bar, hablo de este pueblo. No es tu sitio y no vas a conseguir lo que has venido a buscar, así que vete. Ahórranos gastar saliva tontamente. —Cogió las cinco jarras ella sola y se las llevó como si no pesaran nada.

Me bajé del taburete. *Bien. Pónmelo difícil. Hay un puente entre mis metas y los obstáculos que me encuentro en el camino y ese puente se llama Annika Collymore.* Pero antes de salir del bar me me choqué con alguien. O mejor dicho, un hombre muy parecido a Finbar, pero más mayor, con más arrugas y el pelo rojizo me placó. Dijo algo parecido a *«Gabh mo leithscéal»* o tal vez dijo algo de la aurora boreal y bailar un tango a media noche, pero yo le pregunté de todas formas.

—¿Darien? ¿Sabes dónde puedo encontrar a Darien Boyle?

—¿Darien? —repitió uniendo las cejas. Había mucho ruido a nuestro alrededor. Sobre todo, el que emitían los de su mesa, que se reían tan fuerte que Jared, Lukas, Dean y el resto acabarían escuchándolos—. Él nunca desayuna aquí. ¡Bienvenida a Leganhyr! —Sonrió y tiró de mi brazo hasta que estuve sentada en su mesa.

La sorpresa me hizo no oponer resistencia. Todos los desconocidos que posaron sus ojos en mí a la vez dijeron algo parecido y me obligué a sonreír con tanta educación como encontré en mis bolsillos.

—¿Has venido sola? —preguntó una mujer de unos cuarenta y tantos, con la piel tostada por el sol y el pelo rojo como dos cuartos de los aquí presentes.

—Claro que sí, Márthia, ¿no ves que no hay nadie más? —Dijo otra que, con lo que se parecía debía ser su hermana, dandole en el hombro para que la dejara hablar—. ¿Cómo te llamas? ¿Y cuántos años tienes? ¿Y cuánto piensas quedarte en Leganhyr?

—¿No quieres preguntarle algo más, Eyna? —preguntó el mismo con el que había

chocado.

La que ordeña vacas, es ella, la que dijo Darien.

—Annika, veintinueve y eso todavía está por determinar.

—¡Anda como nosotras! —exclamó otra mujer que parecía incluso mayor que Eyna.

¿Tienen mi edad? No… no lo parece para nada.

—Las que se ocultan del sol envejecen más despacio —dijo uno de los tres señores antes de reírse por lo bajo.

Ganándose que Eyna le lanzara un trozo de pan a la cara. Eran tres hermanas: Eyna, Lyka y Márthia. La primera ordeñaba vacas, la segunda se dedicaba a la agricultura y la tercera era pastora de ovejas. Las tres estaban casadas y la de la barra que había visto antes (que tenía solo doce años) era la hija de Lyka. *Sin duda, la vida aquí funciona de manera diferente. En todos los aspectos.* Los tres hombres se levantaron y acercaron a la barra a pedir una segunda ración de lo mismo y a hablar con Cairenn.

—¿Alguien se ha acordado de llevarle el medicamento a Cillian? —preguntó Eyna mirando a Lyka mientras untaba pan en el huevo y yo, por algún motivo, seguía sentada frente a ellas.

—¿Por qué crees que estoy de mal humor? —respondió Lyka—. He tenido que ir hasta la colina para que no fuera él.

—¿Y las niñas? —preguntó Márthia.

—¿Qué hay de ellas? —preguntó Eyna.

—¿Oisin no iba a enseñarles a cortar leña mientras iban de caza? —preguntó Márthia—, espero que haya afilado las hachas.

—Si no, se las afilamos nosotras con los dientes. —Eyna soltó una carcajada.

—¿Tu sabes cazar? —De repente las tres cabezas pelirrojas pasaron a estar en mi dirección y me di cuenta de que la pregunta había sido dirigida a mí.

—No, la verdad —contesté, todavía sin entender por qué no me había ido.

—Podemos enseñarte, si quieres. —Eyna me cogió las manos—. Aunque tienes unas manos muy suaves, como las de un bebé, sería una pena estropearlas. —Se fueron turnando para toquetearme las manos y no pude evitar darme cuenta de lo ásperas y duras que eran las suyas.

—¿Has visto ya el acantilado? ¿Tienes vértigo? ¿O miedo a los espacios abiertos como Kina?

—No a todo —respondí, a lo que se rieron.

Me miraban como un ejemplar nuevo y raro, un divertimento para los visitantes habituales del zoo. *Es lo que soy, en realidad.* Pero no me molestaba. Había una cercanía en su manera de hablar que me seguía empujando hacia abajo, contra la silla, para que me quedara sentada.

—¿Hay algo que te haga especial ilusión hacer mientras estás aquí, *stór*? —preguntó Eyna.

—¿*Stór*? —repetí.

—Tesoro —respondieron al tiempo.

Ahh.

—M-me gustaría navegar. —*Sí, hacia las profundidades marinas, pero eso mejor me lo guardo.*

Ignoré el calor de mis orejas. *¿Por qué son tan amables? ¿Y cercanas? ¿Porqué no son como Cairenn?*

—Podemos pedir a Patrick que la lleve con su barco, es el más estable. —Márthia se giró hacia Lyka.

—Ya, pero seguro que intentará ligar con ella, lo mejor será que la lleve Alänha —intervino Eyna.

—Uy, no, no, no. Esa mujer no conoce lo que es ir despacio —dijo Lyka—. Encontraría olas que montar incluso con el mar en calma. No queremos matar a Annika, solo que se lleve un gran recuerdo de este paraíso.

—Entonces solo queda una opción —dijo Eyna mientras las tres rebañaban el plato.

Habían comido en el mismo orden y ahora solo les quedaban alubias. No parecían tener intención de comérselas.

—Sí, es evidente —corroboró Mártha.

—¿Cuál? —pregunté ocultando mi diversión.

—Darien —dijeron al tiempo.

Oh, destino, destino. Por primera vez desde que llegué has decidido no escupirme en la cara.

—¿Sabéis dónde puedo encontrarle?

—En el muelle —dijo Eyna—. Siempre está en el muelle.

—No sube aquí hasta que se oculta el sol —dijo Lyka.

—Le gusta demasiado trabajar. —Márthia sacudió la cabeza—. Pero tú oblígale a que te lleve a donde quieras.

—Y si se niega, dile que vienes de nuestra parte —dijo Lyka.

—Hará lo que le conviene si quiere seguir degustando la mejor leche de toda Irlanda —Eyna se pasó el pelo rojo por encima del hombro.

—Y si quiere conservar las piernas. —Lyka sonrió con malicia.

—Las chicas tenemos que cubrirnos las espaldas. —Márthia me guiñó un ojo.

Carraspeé, pero no conseguí tragarme lo que fuera que había en mi garganta.

—Gracias —dije con lo que me gustaría pensar que fue neutralidad. Antes de que pudiera darme cuenta de lo que había puesto encima de la mesa, me levanté—. Va muy bien para el sol y… —Me señalé la cara con el dedo y me fui antes de arrepentirme de haberles regalado el bote de protector solar que había traído conmigo de Boston, ese de más de tres mil dólares que acababa de estrenar esa misma mañana.

Una vez en la calle me percaté de que aunque todos los negocios a la vista estaban iluminados y con las puertas abiertas, no había ni un alma. *Un solo bar en el que desayuna gran parte de este pueblo, sino todo.* Chisté la lengua. *Odio la idea de vivir en un lugar así, tan pequeño e íntimo, donde todos se conocen. Es tan.. personal.* Reprimí un escalofrío. *He nacido para vivir en el mar, no en una charca. Este sitio es asfixiante y tengo que salir de aquí como sea.*

Capítulo 10

Volví al muelle. No supe bien cómo, ni tampoco como me caí una sola vez. Pero lo logré. Había estado con la vista centrada en el suelo así que cuando la levanté y vi el brillo que el sol hacía en el mar, el paisaje me arrancó un:

—Qué barbaridad. —*Los barcos son una maldita obra de arte.* No entendía qué me parecía tan impactante, pues la cantidad de tiempo que había dedicado en mi vida a pensar en ellos era… *no lo sé, un número negativo, seguro.* Sin embargo… Dios, esa vez sí me sentí teletransportada al pasado.

Entonces oí su voz.

Por algún motivo me resultaba más fácil de distinguir entre las demás. *Porque es con quien más he estado en estas últimas veinticuatro horas, nada, (nada), na-da más. De hecho, he escuchado tantas voces graves y profundas como la suya, que no es especial en absoluto.* Cuando mis ojos cayeron sobre él sentí algo extraño en el estómago. Retorciéndose, quemándome desde dentro. *Ergo el bocadillo de anoche sí estaba envenenado.* Darien estaba en la popa hablando a gritos con un hombre mayor que él situado en la proa del barco. La forma en la que su camisa blanca, excesivamente ancha en el torso, resultaba favorecedora era del todo absurda. *A penas podría distinguirse nada de su cuerpo si no fuera por que el viento juega en mi contra. Permitiéndome adivinar con precisión partes de su anatomía que estaba muy a favor de desconocer.* Le había sentido contra mí y eso tampoco ayudaba. Recordaba la firmeza con la que… *aire. ¿Por qué me falta el aire?*

Salí del bucle mental y me acerqué más. Lo bastante como para oír cómo ambos estaban discutiendo sobre la forma correcta de atar un cabo a… no sentí interés ninguno en saber a dónde. *De nuevo, a mi los barcos me importan media zanahoria pese a lo que sea que le esté pasando al órgano disfuncional latiendo de forma arrítmica en mi pecho.* La luz del sol hacía algo en los ojos de Darien, lo vi en el preciso instante en cayeron sobre mí y decidió reducir la distancia. Un millón de cuerdas se tensaron en la parte baja de mi estómago haciéndome enfurecer y provocando una calidez agradable al mismo tiempo. Me di un bofetón mental.

—Reconozco que no esperaba volver a verte —sonrió como si alegrara de hacerlo.

Como si fuéramos un par de amigos que se habían encontrado por casualidad.

—Soy como el as en la manga que te salva la partida cuando crees que todo está perdido.

—Para Ocean Gold tal vez, aunque no esta vez. ¿A qué has venido? —El tono ligeramente exigente y una pizca curioso me gustó más que el otro porque fue más distante.

Vengo a cerrar el trato, Boyle. Le hice un gesto para que bajara hasta mi lugar en el muelle y esperé fingiendo mirar algo en la distancia. *Porque yo no hablo a gritos y si lo hago tiemblan hasta los cimientos del edificio.*

—¿Por qué todos son antiguos? —pregunté cuando estuvo a mi lado, mientras imaginaba cómo sería la vida de pirata.

—No te dejes engañar por su aspecto, muchos tienen piezas de ingeniería moderna ocultas en su esqueleto.

—¿El tuyo tiene?

—No, el mío no —contestó ocultando cierto orgullo detrás de sus pestañas.

—Nadie navega con ellos, ¿verdad? Los reparáis, ¿y luego qué? ¿Forman parte de alguna exposición?

—Claro que navegan —unió las cejas extrañado, pero sonrió. Señaló a lo lejos—. El tercero del bloque derecho es el que utilizó la última pareja que se casó en Leganhyr para su viaje de novios a España.

—Qué bonito. ¿Eran parientes? —me burlé y él estrechó la mirada—. Lo siento —alcé las manos en señal de disculpa—, es que sois muy pocos, no es una locura pensarlo.

—No somos tan pocos y sí es una locura pensarlo. Parte de Leganhyr vive cerca de los acantilados.

—Creí que…

—¿Que todo Leganhyr estaba en el bar de Cairenn esta mañana?

Asentí y él no pareció sorprendido, lo cual me molestó. Carraspeé y decidí ir al grano.

—Tienes el *Ressence* en tu posesión —no fue una pregunta, lo afirmé rotunda.

Su mandíbula (esa que alguien había debido esculpir con esmero) se tensó y luego negó con la cabeza. No me sorprendió.

—Puedes buscarlo si quieres —dijo—. No encontrarás nada.

—Eh, lo tengas o no, tienes pleno derecho a no vendérmelo o dejar que lo utilice.

—Lo sé.

—Entonces, ¿por qué no me dices la verdad? ¿Qué te impide ser sincero?

—No me gusta que me persigan, ni que me insistan a algo para lo que ya he dado una respuesta clara. Ni siquiera me gusta que tengas curiosidad, ni que hagas preguntas.

Llegó el momento de la verdad. Toca poner toda la leña en el fuego.

—Tienes mi palabra de que, si después de esta conversación decides que no estás interesado, me marcharé y no volverás a verme nunca más.

Sus ojos grises se quedaron sobre los míos unos largos segundos. Lo más probable era que estuviera barajando si decidía o no creerme, pero deseé que los apartara cuanto antes.

—Sí, tengo el Ressence en mi posesión.

Sonreí y mi corazón también lo hizo.

—¿Y crees que podrías arreglarlo?

—No.

La decepción seguida de confusión me atravesaron como un ancla atraviesa la superficie del océano: imparable, a gran velocidad y causando un estruendo final.

—¿No? —repetí dejando que mis hombros cayeran con el peso de los problemas que eso me traería.

—*Sé* que podría arreglarlo.

Solté un gruñido que más bien sonó como un jadeo ahogado. *Vale, gracias por la arritmia cardíaca, capullo.*

—Bien, en ese caso tengo una oferta para ti.

—A pesar de que sabes que no voy a aceptarla. Reconozco que eres perseverante. Como Santiago con la búsqueda del alquimista.

¿Co-conocía *El Alquimista*? ¿Darien? Estrechó la mirada como si hubiera escuchado alto y claro mi *«¿pero tú sabes leer?»*.

—Escúchame primero, por favor —pedí y él asintió como si le estuviera robando unos preciados segundos de vida—. Tú arreglas el *Ressence* y firmas un contrato conforme permites a Ocean Gold bajar ahí a extraer la *Nihafryta*. Nos repartimos los beneficios y a cambio… —hablé deprisa cuando vi su negativa bailar en la punta de sus masculinos y llenos labios—. Te ayudo a averiguar qué pasó de verdad con tus padres.

Primero frunció el ceño. Luego soltó algo así como una risa incrédula. Si no fue una risa,

fue una prima cercana.

—No puedes hacer eso.

—Sí que puedo.

—No, nadie puede —la rotundidad en su voz y la seriedad en su iris mandaron al cuerno su preciada inexpresividad—. ¿Te crees que no fui a la policía?

—La policía a la que tú tienes acceso tal vez no puede averiguarlo, pero…

—Esto no es cuestión de contactos, Annika. —Se acercó y odié lo bien que sonó mi nombre en sus labios y después lo imponente que me resultó su presencia—. Alguien poderoso pagó mucho dinero con tal de que lo encubrieran.

—Sí, conozco los métodos de la policía corrupta y eso sigue sin ser un problema —admití tranquila.

—¿Y qué pretendes?

—Contratar a alguien que esté acostumbrado a lidiar con casos así. A alguien que esté al tanto de los quehaceres de aquellos que fueron cortados por el mismo patrón. —*Para cazar a policías corruptos necesitas policías corruptos.*

—¿Conoces a alguien así?

Sonreí. Lo hice de verdad, porque su comentario me produjo mucha ternura. *No tienes ni idea la de basura humana con la que he tenido la obligación de tratar.* Me limité a asentir.

—¿Y no te perjudicaría? ¿Acaso Ocean Gold estaría de acuerdo? Además, ¿lo que estás pensando no es ilegal?

Mírate. Te ofrezco tener lo que siempre has querido y tú preocupándote por mí. Joder. Realmente tengo que largarme de aquí cuanto antes. Y eso significa cerrar el trato a la de ya.

—No, sí y no —respondí—. Puedes caminar por la cuerda floja sin caerte al estanque de cocodrilos si vas con cuidado.

—¿Quién es tu contacto? ¿Trabaja para Ocean Gold?

Sacudí la cabeza. Antes de pronunciar las siguientes palabras, creí que se me caería la garganta al hacerlo. Una de las principales razones por las que no había podido quitarme esa gélida sensación de encima desde que mi cerebro me había asegurado que esa era la única manera.

—Mis padres.

—¿Tus…?

—No hagas preguntas sobre ese tema. —Le corté en tono arisco—. ¿Tenemos un trato o no?

No contestó. Solo tendió su mano en mi dirección y yo la estreché. *Empieza la cuenta atrás. Boston, espérame, no tardaré en volver a casa.*

Capítulo 11

Darien tenía trabajo y yo también. No íbamos a pasar el día juntos ni nada parecido, pero para poder decirle a Dimas que teníamos un trato debíamos firmar un acuerdo. Y a eso íbamos. Mientras recorríamos un sendero nuevo para mí, mucho más vertical que los anteriores, añadimos una nueva cláusula al contrato:

—Si resulta que fue alguien de Ocean Gold quien estuvo detrás de todo, no habrá trato.

—Hecho.

—¿Así de fácil? —preguntó sorprendido.

Joder, si resulta ser alguien de Ocean Gold quien estuvo detrás de ese mal funcionamiento potencialmente provocado, puede que dimita. Pero eso era algo que no me atrevería jamás a decir en voz alta, así que me limité a asentir. *Mis principios van delante de todo lo demás.* Eso era algo que había demostrado con creces: sin ir más lejos, esa era la razón por la que Dean y yo no podíamos ni mirar a nuestros padres a la cara.

A veces no entiendo cómo he tenido tanta suerte de tener un hermano como él. Juro que si no le tuviera conmigo mi vida no tendría color alguno, sin importar las lámparas de araña que me comprara. Por no hablar de todo lo que Dean aportaba a mi vida. El resto del parque de bomberos me había acogido como una más y desde hacía años pasaba Acción de Gracias y Navidad con ellos. Tal vez debería empezar a demostrar cuando alguien me importaba de verdad de una forma más clara, pero esa siempre había mi asignatura pendiente. *Dean dice que es por el trauma de haber visto a nuestros padres escoger al dinero antes que a nosotros una y otra vez. De que una vez mi corazón se encontró con el vacío tan grande que dejaron, que decidió llenarse de cosas superficiales y bonitas. Dean insiste en que debería vaciarlo del todo, dejarlo libre, para que pudiera llenarse de algo real. Pero yo no quiero hacer eso.* Las cosas estaban bien como estaban. Cuando me di cuenta de que mi vista se había vuelto borrosa, alcé los ojos para distraerme con el paisaje, pero Darien tenía los suyos fijos en mí.

—¿Estás bien?

Abrí la boca, pero volví a cerrarla. *¿Acaso sientes las emociones ajenas? ¿Eres algo así*

como el que susurra a las ovejas? ¿El que sana a las ardillas? ¿Un tío tántrico con piedras mágicas que odia a los piscis?

—Más que nunca —rompí el contacto visual y me centré en la hierba húmeda que inundaba la montaña que estábamos subiendo sin pausa y con prisa.

El paisaje inundado de vegetación era capaz de encandilar a cualquiera. El sonido de los pájaros me resultó más agradable esa mañana. Sobre todo si lo comparaba con el habitual y taladrante sonido de los cláxones. *Porque es evidente que presionar ese botón muchas veces te hace ir más de prisa, así que a tope con ello, tío.* Entonces pasó lo que menos esperaba: Darien se resbaló. Cuando giré la cabeza, sus manos estaban muy cerca del suelo listas para el impacto. Rodeé su antebrazo con una mano y tiré con fuerza, pero no sirvió de nada. Bueno sí, sirvió para que mi culo acabara en el suelo por tercera vez esa mañana y el cuerpo de Darien *(tierra trágame)* parcialmente encima del mío. Había tirado de él hacia mí, más que hacia arriba, solucionando nada en absoluto. La frustración por mi torpeza me arrancó una maldición. Una carcajada grave y profunda llegó hasta mi oreja izquierda.

—¿De qué te ríes? —Uní las cejas.

Había caído sobre tierra blanda y no había piedras así que no me había hecho daño. Suponía que él tampoco. Pero tampoco era como para partirse.

—¿Eso ha sido tu intento de salvarme? —Sus ojos (y sus labios) estaban demasiado cerca de mi cara.

Mis mejillas se sonrojaron. Incluso mis orejas lo hicieron.

—¿Dis-disculpa? ¡He hecho lo que he podido con…! ¡Con lo rápido que te has movido! ¿Y desde cuando tú…?

—También podrías haberme empujado ladera abajo. —Se rio más.

Le pegué en el hombro, ignorando lo fuerte que había sonado su acento irlandés esta vez. Solo le pasaba algunas veces, cuando bajaba la guardia.

—Quítate de encima, desagradecido —le pedí al mismo cuyos brazos estaban a ambos lados de mi torso, sin llegar a tocarme—. ¿No se supone que tú no te caes? —exigí saber cuando no emitió ningún sonido.

—¿Y eso quién lo dice? —Ladeó la cabeza.

Uh. Mala idea. Gírala. O vete. Apártate y pon una montaña de distancia.

—Se supone que vives aquí, ¿no? —pregunté deseando que esa argumentación digna de

una niña de siete años bastara por ahora.

Alzó las cejas. *No, no ha bastado.*

—Vivir aquí no evita que te caigas. Hace que aprendas a caerte mejor.

No dije nada. No tenía nada más que decir y podía contarle los diferentes tonos de gris que había en su iris. Tarea que no me parecía ni de lejos tan aburrida como debería. *Pero. A mí. Qué narices. Me pasa.*

—Aún así, estoy muy agradecido por el intento.

—¿Entiendes el inglés? —Estreché la mirada.

—Eso creo, sí.

—¿Y entonces por qué no te has apartado todavía?

No dijo nada, solo me miró. Como si fuera un jeroglífico que acaba de empezar a leer y no quisiera dejarlo. Como si él fuera Lucas Martín y yo Rosie Graham. *¿Pero qué digo?*

—Estaba barajando mis opciones —salió de su boca, una eternidad después.

—¿Qué opciones?

—Es evidente que pasar tiempo contigo me va a traer problemas y que lo inteligente sería dar un paso atrás. Ahora.

—Voy a ayudarte a saber la verdad, ¿no es eso lo que quieres?

Mi cerebro había aceptado la nueva realidad con relativa facilidad y no quería que él la cambiara ahora. Pero el miedo a perder el trato no fue lo que me impidió llenar mis pulmones con la respiración profunda que necesitaban. Sino saber que, al hacerlo, estaríamos todavía más cerca. Sus ojos viajaron de mis mejillas a mi nariz, subiendo por mi cara hasta mis ojos y luego… analizándome el rostro sin molestarse en disimular ni siquiera un poco.

—Sí —respondió, una vez más guardándose un centenar de explicaciones para sí mismo.

Levanté una mano de las que tenía enterradas en el barro y me dispuse a ponerla en su pecho cuando me di cuenta de lo mucho que eso mancharía su camisa blanca. En Boston, con cualquier otro ser humano, no me habría importado. De hecho, lo habría apartado de un rodillazo y luego empujado para que se revolcara en la suciedad como se merecía por desagradecido. Pero mi mano se quedó en el aire y la frustración no fue ni de lejos la emoción predominante. *Annika. Reacciona.* Pero no hizo falta. Darien se levantó y cogió mi mano con la suya, igual de sucia, y tiró de mí poniéndome en pie sin esfuerzo.

—Gracias —dije con sequedad.

—A ti por… —ladeó la cabeza y su mirada sonrió—. No sé muy bien cómo terminar esa frase.

Lo maldije con la mirada y luego le di un codazo en el pecho, pero solo le divertí más.

—¡Ya pensaba que tendría que bajar a ayudaros!

Me giré buscando al dueño de la voz y vi a un señor tan mayor como un árbol milenario, con un bastón y un perro en mitad de la subida que nos quedaba por delante.

—¡No será necesario, señor Callaghan! —gritó Darien.

—¿Quién es? —Saludé al señor por compromiso, ya que seguía mirándonos desde la distancia—. ¿Tengo que temer por mi vida?

—¿Qué?

—¿Es ahora cuando empieza la película? —Leí entre líneas—. ¿Cuando se revela el futuro de Ada? ¿Cuando ella descubre que Andrew no es solo su profesor de piano?

—¿De qué estás…?

—¿Vamos a morir todos? Porque yo no pertenezco a ninguna raza de vampiro, solo soy una mera humana, y te advierto que mi historia no da para una película. Más bien para un trailer.

Otra vez una pausa observadora. *La leche, ni que fueras Sherlock Holmes. Qué intenso.*

—Es el pastor.

—Márthia es la pastora —le corregí a la vez que unía las cejas con incredulidad respaldada de pura certeza—. No podéis tener tantas ovejas como para necesitar dos pastores.

—¿Cómo sabes eso? —su cruda curiosidad cosquilleó mi piel.

Durante un fragmento de segundo la mano de Darien tiró de la mía para que empezara a andar, luego me soltó. *Menos mal.*

—Aprendo deprisa —dije para nada dispuesta a revelar mis fuentes de conocimiento.

Se rio. *Como odio y lo opuesto esa risa.*

Capítulo 12

—Para tu información el señor Callaghan se encarga de las vacas, los burros y animales más grandes que las ovejas.

—Porque una especie no era bastante, ¿eh? —pregunté de forma retórica. Sonrió un poco antes de contarme que hasta hace unos meses también era el alcalde del pueblo—. ¿Y cuáles son tus oficios? ¿Eres peinador de cisnes? ¿Cepillador de dientes de caballo? ¿Bailas alguna danza tradicional para entretener a ovejas exhaustas?

Me miró de una forma extraña. Sin darme muchas pistas si estaba más cerca de qué-graciosa-eres-tía o de ves-cancelando-el-trato. *Igual no estoy siendo muy profesional. Tal vez debería estar guardando las distancias. Es culpa de este entorno, me despista.* Sacudió la cabeza. *¿Solo un no no-verbalizado? ¿Esa es la respuesta que voy a obtener a mis ocurrentes comentarios? Ya sabía yo que tú y yo no íbamos a poder ser amigos.* No tardé en ver que estaba apretando los labios en una mueca rara, mientras aceleraba el paso. *Un segundo.*

—¿Te estás riendo? —intenté pillarle, pero sus piernas eran más largas que las mías.

Oí un ruido. ¿Una risita?

—Solo los barcos —la repentina dureza en su voz me confundió todavía más—. Es lo único de lo que me encargo.

—Debe ser que Finbar tiene todos los demás oficios cogidos —murmuré—. Bueno, a excepción de Brianna, que se encarga de su hostal y de dar codazos a tiempo completo.

Darien se detuvo de golpe y di un bote en el sitio para no chocar contra él.

—Para —pidió.

No, más bien fue una orden.

—¿De hablar? —resoplé—. En este pueblo no tenéis filtro, ¿eh? Os sale la sinceridad sin condimentos, ni aderezos. Al menos a Cairenn y a ti.

—No de hablar, de… —Cerró la boca antes de darme alguna pista—. Tenemos muchos puntos para que nuestro acuerdo no llegue a ninguna parte. Muchas variantes que pueden llevarnos a que al final esto quede en nada.

—¿Y qué tiene que ver eso con…?

—No quiero que seamos amigos. Sino será mucho más difícil para mí hacer lo que tengo que hacer.

—Pfff, débil. Yo podría hacerlo sin pestañear —mentí, tragándome la amargura que se había acumulado en mi paladar.

—Pues yo no —su tono serio me caló hasta los huesos—, así que mantengamos esto de un modo profesional.

—Quieres decir distante.

—Quiero decir profesional.

—Genial. —Me encogí de hombros con indiferencia fingida—. Tampoco hacía falta que te pararas para decir eso. Ni que fuera algo importante. —Endurecí la mandíbula cuando pasé delante y supe que él no vería el gesto.

Por si se me había olvidado las ganas que tengo de irme de aquí, ya estás tú para recordármelo.

♥

En lo alto de la montaña había una casa pequeña, tenía el típico tejado triangular de piedra gris oscura, con las paredes también de piedra gris pero en un color mucho más claro. Una que no vi durante nuestro ascenso desde el muelle. Tenía forma de «L» y por dentro era mucho más espaciosa de lo que parecía desde fuera. Y ahí estaba. Le había pedido que necesitaba verlo con mis propios ojos antes de cerrar el trato y él me había traído hasta… el *Ressence.* El sumergible con forma de diente de ballena que llevó a la muerte a dos de las mentes que más aportaciones otorgaron a la biología marina. Sus padres. Los mismos científicos que hallaron tesoros del pasado perdidos en el fondo del mar. Pensar que lo recuperaron, junto con lo que había dentro, me dio escalofríos. *Esto también significa que he podido ver más allá de tu mentira.* ¿Debía buscar otro significado a lo que acababa de pasar entre nosotros? *No, claro que no.*

—Nunca pude demostrar que los daños en el *Ressence* estaban ahí antes de que mis padres iniciaran el descenso, que no fueron producidos durante el impacto magulló el casco —admitió en tono bajo, casi para sí mismo—. Por eso no me deshice de él.

—¿Cuántos años tenías cuando pasó?

—Catorce.

Me inundó la tristeza. Esa era una edad muy temprana para perderlos. *Sobre todo, teniendo en cuenta que todo apunta a que te querían, que el amor era más que recíproco.* Ahora, a sus treinta y cuatro, parecía tener la situación bajo control. Pero eso no significaba que nada de esto fuera a ser fácil para él.

—Siento tu pérdida —me limité a decir, en vez de hacer todas las preguntas cuya respuesta deseaba saber.

—Gracias.

Había algo flotando en el ambiente. Yo había mantenido la vista en el suelo o en el *Ressence* pero podía verlo. Sentirlo, más bien. Entonces sonó su móvil.

—Vaya, hubiera jurado que no tenías uno de esos.

—Y que me comunicaba, ¿cómo?

—Por carta, sin duda —contesté, a lo que su lengua empujó el interior de su mejilla poniéndome muy difícil no desviar la vista hacia su boca—. Tienes que darle al botón verde para contestar —señalé la pantalla de su móvil.

Me lanzó una mirada asesina y sonreí. *Oh, amigo, has rechazado a la Annika simpática demasiado pronto.* Me dio la espalda antes de decir:

—Darien.

—Pfff —resoplé y tuve que alzar las manos cuando me lanzó otra mirada—. Perdón, shérif —susurré.

En ese momento mi teléfono vibró el bolsillo de mi pantalón y ¡sorpresa! La pantalla estaba rota. Mis ojos se abrieron con horror. Debí haberme apoyado en él en alguna de mis muchas caídas. Un par de insultos y gruñidos después, descolgué el teléfono. Le conté las novedades a Dimas, que iba camino a la oficina y me dijo que me enviaría un contrato provisional, para que el trato fuera vigente desde ya y toda la información que pusiéramos a disposición de Darien no pudiera volverse en nuestra contra.

Resultó que quien había llamado a Boyle era su abogado. *De ambos, ha dicho en un ofrecimiento que he rechazado de la forma más altiva posible.* Terminamos poniendo ambos teléfonos en manos libres y hablando los cuatro como si estuvieran allí. Por lo visto, esta casa era uno de los lugares con mejor cobertura de todo Leganhyr. *Así que después de cenar si quiero ver vídeos de gatitos metiéndose en boles de ensalada tendré que subir hasta aquí arriba.*

Estupendo. El trato quedó sellado enseguida. El contrato sería vigente desde hoy hasta que se alcanzaran los objetivos propuestos o una de las partes decidiera romper el acuerdo por alguno de los motivos descritos.

Siento que los grilletes acaban de cerrarse alrededor de mis muñecas. Los mismos que están atados a un ancla que ya han tirado al mar. Por desgracia, otra parte de mí se muere de ganas de ver lo que pasa.

Capítulo 13

DARIEN

Dos días después de cerrar el trato.

—¿Cómo puedes perder una pieza de más de dos metros? —preguntó con su tono cantarín habitual—. Es absurdo.

Gruñí para mis adentros sintiendo tentaciones de apagar el *walkie-talkie* que le había dado. *Un error monumental, sin duda.*

—Como ya te he explicado esta mañana, tuve que enterrar el *Yheken* para aislarlo y protegerlo. Para evitar que la capa de *Seenghar* que lo recubre no se echara a perder. —*Y en honor a la verdad, una gran parte de mí nunca esperó desenterrarlo.*

—Ya, ya y ahora no sabes dónde lo enterraste. ¿No es gracioso? Eres un pirata que ha perdido su propio tesoro. ¿No te expulsarán del club por eso? —Su risa se cortó a mitad, pero bastó para hacerme sonreír en contra de mi voluntad.

La voz de Cairenn llegó a mi cabeza. «Se va a ir. Esa chica no está hecha para Leganhyr». Eso era evidente para cualquiera que la mirara. Y aún así lo que fuera que Eyna, Lyka y Márthia hubieran visto en ella, yo también lo veía. Que había mucho bajo la superficie que se empeñaba en ocultar. *Por qué, eso es lo que me gustaría saber a mí.* Eran las seis de la tarde, Annika estaba en la casa con el *Ressence* y un montón de fresas que había conseguido… no tenía ni idea cómo, pero estaba contenta a un nivel del todo desmesurado. Seguí buscando con el detector de *Seenghar* que emitía pitidos constantes (igual que los mensajes de Annika).

—No soy ningún pirata —dije en tono seco cuando volvió a hacer un chiste que deshizo todos los muros que había conseguido construir.

—Tienes un barco en el muelle que dice lo contrario —comentó todavía divertida.

—No es mío.

—Sí lo es, temporalmente.

Hinché los pulmones y estuve a punto de preguntarle si no tenía trabajo que hacer, a pesar

de que sabía que estaba en su breve descanso porque, por lo visto, no se le daba bien trabajar y comer a la vez. Eso explicaba por qué los brazos de la adicta al trabajo eran como un par de *spaguettis*. Aunque el resto de su cuerpo no era tan delgado. Annika estaba… bien.

Muy bien, de hecho.

La curva de sus caderas era pronunciada, pero no la única de su anatomía. La imagen que se manifestó frente a mis ojos me obligó a soltar lo que tenía entre manos. *A estas alturas podría dibujarla y no me costaría ningún esfuerzo.* Verla caminar delante de mí era una distracción. ¿A quién pretendía engañar? Ella lo era. Y a pesar de que me obligaba a no mirarla no lo conseguía todas las veces. La dulzura de su rostro y la sensualidad de sus labios eran un jodido martirio. Ojalá se hubiera marchado ya.

Annika era una experta en mantener las distancias y había estado cumpliendo mi petición de tener un trato únicamente profesional. Pero en ocasiones como ahora, si estaba muy enfocada en algo que no fuera el trabajo, su voz adquiría un tono más melódico y se reía con más facilidad. Incluso bromeaba. *Y se ríe de sus propias gracias, lo cual debería ser molesto. Pero es adorable. Suerte la mía de no tenerla delante, porque no me gusta nada la forma en la que le brillan los ojos.* Esos marrones que tenían pequeños toques rojizos que jamás había visto en ninguna otra persona y que eran capaces de detener mis pasos el tiempo suficiente como para olvidar lo que estaba haciendo. La presencia de Annika también venía acompañada de otro problema: su olor. Seguía sin ser capaz de entender por qué olía así. Dulce. Y sobre todo, por qué tensaba mi cuerpo de una forma que no debería. *Me hace verla de un modo que… sin ir más lejos, es el verdadero motivo que ha acabado obligándome a salir de la casa.* Sabía que Annika se iría sin mirar atrás y yo la olvidaría y seguiría con mi vida como hasta ahora. Mi atracción hacia ella no era más que física, sexual, esa que era fácilmente substituible por otra persona. Todo acabaría pronto y las cosas volverían a la normalidad.

—¿Darien? —preguntó rompiendo el silencio de forma repentina.

—¿Sí, Annika? —Centré mi vista de nuevo en la tierra y cogí lo que había soltado.

—¿Tienes algún nombre especial como Billy el Botas? ¿O Jack Sparrow?

Lo siguiente que llegó a mis oídos fue una carcajada. La mía.

—Caray, eso lo he oído sin necesidad del *walkie-talkie* —dijo—. Va a resultar que soy tan graciosa como Ariel, Tauriel y Doriel —dijo con ligera sorpresa mencionando a otro de sus libros.

Parecía ser la única forma que tenía de comunicarse. *Aunque no es así como ha tratado a Dimas las veces que los he oído hablar. Con él es todo lo que debería ser conmigo. Profesional, sin chistes, amable, pero distante.* Un segundo después estaba en la cornisa de la puerta, comiendo fresas con ese maldito brillo en los ojos. La luz de la tarde tampoco le hacía ningún favor. Anaranjaba su piel de un modo que… horrible. Sí, era horrible.

—¿Y bien? ¿Lo tienes?

—No.

—Pues qué decepcionante.

No sonrías. Ignórala, ya se irá.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó.

A pesar de que le daba la espalda, podía sentir sus ojos por todas partes. Con un interés muy diferente al mío.

—No, vuelve dentro.

—«No, vuelve dentro» —me imitó por lo bajo, pensando que no la escucharía.

Pero muy a mi pesar, lo hice. Dejé salir el aire cuando se fue y sonreí al escucharla hablar sobre mi débil masculinidad «en caso de que sea ese el motivo por el que no quieres ayuda». Sonreí más. *Dudo que haya alguien en Leganhyr que pudiera rechazarte por esa razón.* Me obligué a no pensar en la clase de personas con las que se relacionaba para que esa hubiera sido su primera suposición. *Esa desconfianza en tus ojos también dice mucho. Me hace querer saber más. Todo, en realidad. Pero no es cosa mía.*

No eres cosa mía.

♥

Mucho después, entré en la casa tras recoger todas las herramientas y fui a lavarme las manos. La oí acercarse a mí mientras hablaba por teléfono. Había una pequeña nevera cercana a la mesa que había ocupado Annika con su portátil y demás. Sacó una taza y la dejó junto a mi *walkie* mientras hablaba con una mujer llamada Donna a la que parecía estar dándole instrucciones.

—¿Qué es esto? —pregunté en voz baja tras mirar el interior.

—Tu parte —susurró—. Sí, ya lo sé, Donna, pero no importa, les hicimos un favor

entonces y ahora tendrán que devolvérnoslo.

Fresas. *Me ha guardado fresas.* Dejé caer los hombros. *Mierda.*

Capítulo 14

DARIEN

Cuatro días después.

Tenía los músculos doloridos. Eran más de las ocho de la tarde y estaba hecho polvo después de todo el día trabajando sin descanso. Dieciséis horas tal vez eran demasiadas, pero había acabado con el *Emblema*, el navío español del coleccionista Carlos Gracia que vendría a recogerlo en los próximos días. El aprecio por el *Emblema* del hombre se sesenta y cuatro años que había entregado su vida a la historia de su país me hizo coger el trabajo incluso con más ganas. Recordé lo destrozada que estaba la toldilla cuando me lo trajeron. Por no hablar del espolón. Recuperar el nivel de detalle que merecía había sido difícil, pero había merecido la pena. Miré los adornos que había conseguido salvar de la base del palo de trinquete y no pude evitar sonreír. *Definitivamente, tengo el mejor trabajo de todos.* Ese par de ojos rojizos aparecieron en mi cabeza cuando dejé el timón a mi espalda y miré hacia la inmensidad del mar que tan atrayente me había resultado siempre. *Si he dedicado todo el día a esto, ha sido para poder acabarlo y centrarme en nuestro proyecto juntos de ahora en adelante. Así pasarás menos tiempo aquí y las cosas serán más fáciles para mí. Por eso no aceptaré ningún otro encargo hasta entonces.*

—Así que esta es la Perla Negra.

Un latigazo de electricidad rebotó en mi columna vertebral al reconocer su voz. Venía del muelle. Lo supe antes de girarme y comprobarlo con mis propios ojos.

—¿Qué haces aquí? —Caminé despacio hacia ella.

—Vaya, eso no es muy amigable por tu parte —hizo una mueca y me mordí la lengua.

Qué graciosa.

—Disculpa, buenas noches, Annika. ¿Qué haces aquí y no en el pueblo?

Se encogió de hombros, como si eso fuera suficiente respuesta. Luego se acercó más.

—¿Puedo subir?

—¿Para qué? —pregunté a la defensiva.

—Para verlo.

—¿No lo ves ya desde ahí? —Casi fui incapaz de ocultar la diversión que me producía ver cómo su cara se iba arrugando más y más.

Sentí un cosquilleo en el estómago.

—No eres muy simpático, ¿te lo han dicho?

—Alguna vez. —*Tú, ayer sin ir más lejos.* Me acerqué a ella y me apoyé en la barandilla —. ¿Ves eso? —señalé con la mano y la mirada lo que había abajo.

—¿El agua?

—¿Sabes que es muy probable que acabes ahí si intentas subir?

—¿Y cómo subes tú?

Me reí.

—Para mí es fácil, pero para ti no lo va a ser. Pero si quieres intentarlo estoy dispuesto a ayudarte. —Me moví, a sabiendas que había un tablón en alguna parte que podía utilizar para que no le hiciera falta saltar. Uno que no pensaba mencionar—. ¿Qué me dices? —No había ni un ápice de mí que creyera que Annika me cogería la mano. Las opciones eran: gruñir, insultarme e irse o irse y pasarse el camino haciendo la otra parte. Pero me equivoqué de pleno con ella. *Una vez más.* Su mano agarró mi antebrazo y tuve el tiempo justo de agarrar el suyo antes de que saltara. Tiré de ella con fuerza y acabó chocando contra mí. Di un paso atrás intentando no perder el equilibrio, la sujeté por la cintura con el corazón acelerado por la sorpresa de su valentía (o inconsciencia) y luego no fui capaz de soltarla. Sus ojos subieron hasta los míos despacio. Tenía su cuerpo contra el mío y podía sentir algunas de sus curvas contra mí, derritiéndome de un modo demasiado intenso como para poder moverme un milímetro. Incluso puede que mi mano, esa que seguía en su espalda, la atrajera más hacia mí. Ella no se apartó y yo no quise despegar la vista de ese iris rojizo hipnótico, distinto a todo y cargado de un peligro del que debería huir, pero que deseaba hacer mío.

—Vaya, parece que no me he caído al agua —dijo en voz baja, con una altanería que ocultaba orgullo merecido y diversión.

—Pura suerte —logré decir.

No lo había sido. De hecho, una parte de mí dudaba si lo habría conseguido ella sola, sin mi ayuda. Parecía más que probable.

—Darien —dijo, entonces me di cuenta de que era la segunda vez que pronunciaba mi

nombre.

Durante un segundo creí que sus mejillas se habían vuelto rojas, eso me despistó.

—¿Qué, Annika?

—¿No vas a soltarme?

Lo hice de inmediato y quise pegarme por no haberlo hecho antes. La intrusa deambuló por la popa mirándolo todo con una curiosidad a la que no iba a prestar atención. Ni tampoco al hecho de que lo tocaba todo. Como si necesitara inspeccionar cada rincón del *Emblema.* Le di espacio. Llegado un punto le di incluso le di la espalda. Pero de alguna forma, mis ojos siempre volvían a ella.

—Es una obra de arte, no lo toquetees —gruñí.

Se llevó las manos al pecho y luego a la espalda.

—Perdón.

Su tono me dolió en el estómago. *Quería que te enfadaras, o al menos, que dejaras de mirarlo todo con ese cariño que… joder.* Annika se paseó algo cohibida y sentí que me ataban un ancla al cuello y me empujaban al mar. *Estoy siendo un imbécil.*

—Era una broma —pasé por su lado.

—No me hace falta tocar nada.

—Pero puedes hacerlo —insistí y me miró con cierta desconfianza.

Una merecida. Le di un toque en el hombro, acto seguido maldije para mis adentros. *¿No me prometí ayer que no volvería a tocarla? ¿Justo después de quedarme embobado viendo cómo comía y quitarle, sin querer, una miga de la mejilla? Se me está dando de pena cumplir mis restricciones.* La llevé hasta el timón y asentí cuando me miró dudosa. Lo cogió y cuadró la espalda. Me coloqué detrás de ella justo antes de que fingiera ser Elizabeth Swann. Annika me estaba convirtiendo en un maestro en el arte de las risas silenciosas sin siquiera saberlo. Me tapé la boca cuando se llevó una mano a la frente y fingió ver algo interesante en la lejanía. *Preciosa.* De repente se giró hacia mí y no tuve tiempo de apartar la mirada. *Mierda.*

—¿Cuánto falta para que termines con él? —preguntó con una expresión extrañada.

Me ha visto.

—Ya está terminado —respondí con total seriedad y el corazón golpeándome el pecho de forma arrítmica.

Volvió a mirar el navío y soltó un «caray» por lo bajo que me hizo sonreír. Por suerte, esta

vez si tuve tiempo de borrarla de mi cara antes de que sus ojos se toparan de vuelta con los míos.

—Eres todo un artista.

Fingí desconfianza mientras me ponía ridículamente contento. *Patético.*

—El *Emblema* ya era una obra de arte cuando me lo trajeron. No he hecho gran cosa.

—Te cuesta aceptar un cumplido, ¿eh?

Solo los tuyos. Le mantuve la mirada deseando que tuviera algún motivo para volver a tocarme. O para marcharse.

—En fin, ¿tienes hambre? Tal vez deberíamos ir ya a cenar.

—Ahora lo entiendo —admití, estrechando la mirada mientras observaba la imagen que formaban todas las piezas del puzzle.

—¿Entender el qué?

—No has venido a verme a mí.

—Claro que sí.

—Se va a hacer de noche —señalé el cielo.

—Eso es inevitable, pero no contesta a mi pregunta.

—No sabes cómo volver. —Sonreí, permitiéndome expresar lo que sentía por primera vez.

—¿Disculpa? —preguntó con una ligera tonalidad rosada marcando sus pequeñas orejas—. Ya llevo muchos días aquí, me conozco esto como la palma de mi mano.

Las miré. *Unas manos muy bonitas, sin duda, pero poco acostumbradas al entorno que les rodea.*

—Refréscame la memoria, Annie, ¿no te puse ya a prueba? ¿Y acto seguido, no fallaste esa prueba?

Alzó mucho las cejas.

—Para empezar —puso los brazos en jarra—, mi objetivo era llegar al pueblo y llegué. Y para seguir, no vuelvas a llamarme Annie.

—Llegaste, pero con mi ayuda —me crucé de brazos y sus ojos fueron a parar a ellos.

Una breve distracción que me gustó, y a mi ego todavía más.

—Si el viento decide alzar mi cometa, ¿quien soy yo para rechazar esa suerte? —preguntó poco después.

Me reí y pasé de largo. *Estar solos aquí no nos conviene.* A medida que la conocía era más y más consciente de que la distancia era lo único que podía salvarme de ella.

—¿A dónde vas?

—Te llevo a casa.

—¿Solo a mí? —resopló—. ¿Acaso tu no pensabas cenar?

—Sí, aquí. —Era una especie de ritual. Cenar algo rápido y luego tumbarme a mirar las estrellas. Mi despedida cada vez que terminaba un trabajo—. Pero supongo que puedo retrasarlo para hacerte de niñera.

—¿Y no…? —No terminó la frase.

—¿Qué? —La miré expectante.

—¿No tienes comida para los dos?

Algo me atravesó el pecho. *Oh, no. Ni de coña.* Haberla dejado subir aquí, cuando eso era algo que jamás había permitido a ningún turista, ya había sido un error muy grande. *Pero, ¿dejarla formar parte de mi ritual? No.*

—Aunque la tuviera, ¿cómo narices piensas volver cuando el cielo esté completamente oscuro? —*Eso no ha sonado tan a negativa como pretendía.*

Fallo mío. Se encogió de hombros y sacó su móvil.

—¿Con mi linterna? Además, tú también tendrás que subir, digo yo. ¿Dónde vives? Apuesto a que tu casa se ve desde el hostal de Brianna. Allí tiras una piedra y cae encima de alguien —murmuró por lo bajo.

—Vivo en el acantilado —*eso no es técnicamente cierto.*

Tenía una casa en el pueblo, cerca de la de mi abuela, pero cuando necesitaba pasar tiempo lejos del ruido me iba al acantilado. La idea no fue mía, sino de Cairenn. Cuando la ausente justicia que siguió a la muerte de mis padres me hizo insoportable seguir oyendo las palabras de lamento de todo Leganhyr. Funcionó entonces y seguía funcionando ahora, cuando necesitaba estar a solas. Pero no era allí donde pensaba pasar la noche, sino en el *Emblema.*

—Ahhh —su boca se quedó abierta unos segundos después de que el sonido terminara. Sus labios habían sido algo difícil de pasar por alto desde el primer día, pero en ese instante me pareció imposible—. Claro. Por eso no suelo verte después de… ya. Qué tonta. Bueno, nos vemos mañana. —Se dio la vuelta.

—¿Cómo dices?

—No quiero que me acompañes —dijo sus manos casi tocando mi pecho cuando me acerqué.

—¿Y eso por qué?

—Porque habías planeado cenar aquí y luego dormir en otra parte.

—¿Y qué tiene eso que ver contigo?

—He venido a por ti porque pensaba que… pero no, así que da igual. De verdad que no necesito ninguna niñera, así que quédate tranquilo.

No la toques.

—Annika, espera. —No lo hizo. Volví a llamarla. *Mierda.* La cogí por la muñeca—. No puedes ir sola.

—Ya hemos tenido esta conversación, Darien. —Miró el agarre y me vi tentado a soltarla, pero no lo hice. No estaba haciendo ninguna fuerza, así que ambos sabíamos que podría soltarse fácilmente. Pero no lo hizo—. No busco la protección de nadie.

Apuesto a que no. Apuesto a que tampoco dejas que nadie te la proporcione. Solo tú. Y por lo poco que me has permitido ver, no lo haces demasiado bien.

—Pero hay…

—Antes de que empieces a contarme historias sobre animales ficticios y peligrosos que andan sueltos y se verán atraídos por mi olor extraño e inusual, ahórratelo. Eyna ya me ha dicho que no hay nada aquí que pueda matarme.

A mí en cambio…

—Parece que te has hecho muy amiga de esas tres.

—No les he pagado para que lo sean, si es lo que insinúa tu tono.

Sonreí un poco, por la situación. Me sorprendió ver que ella también sonreía. La solté.

—De acuerdo, vete si quieres. Pero puedes quedarte.

—¿Dónde?

—Aquí. Es donde voy a pasar la noche, en realidad. —Me di la vuelta, esperando que resoplara y se fuera moviendo las caderas con ofensa y ese aura de lujo de ciudad que no lograba despegársele de encima ni aunque estuviera llena de barro.

He podido comprobarlo en numerosas ocasiones.

—¿Hablas en serio?

—Sí, acabo de recordar que tengo algo más de comida de lo que pensaba. Y hay unos aseos en el muelle en los que podrías ducharte si lo necesitas. Aunque tendrás que quedarte con la misma ropa, no tengo nada que dejarte aquí. —*De nuevo, eso es cierto solo en parte.*

No tenía nada para ella, pero sí tenía algo de recambio. De hecho, en todos los barcos contiguos habría algo de recambio para ambos. Pero no pensaba decírselo. *Oh, no*. No quería verla con *esa* ropa. Mucho menos si era mía. Fijo que le quedaría fatal y estaría del todo ridícula. *Parecería pequeña, incluso a pesar de que es una chica alta. Con unas piernas que…*

—¿Hablas en serio? ¿De verdad puedo quedarme?

¿De verdad quieres quedarte? La incredulidad no me impidió encogerme de hombros con indiferencia.

—Si, pero si roncas puede que te tire por la borda.

—No ronco —arrugó el rostro y le di la espalda a sabiendas que esa sonrisa no podría ocultarla.

Diez minutos después de que la viera encogerse con la primera brisa, le di mi jersey. Lo más sensato habría sido a por el de Aoife o el de Patrick, cualquiera que no fuera mío. Pero verla con él, fue sin duda la mejor y peor decisión de mi día.

Capítulo 15

Llevábamos un buen rato mirando las estrellas, tal vez más de dos horas, pero sentía que necesitaba hacerlo unos minutos más. Y luego unos minutos más. La belleza que se alzaba ante mí era inmensa y capaz de enmudecer a cualquiera. Un regalo para el que lo presenciara. ¿El único problema? El frío. *El condenado frío.* Un edredón de los grandes hubiera sido una buena idea. Pero no. Estábamos solos, a la intemperie y tal vez Darien Boyle estaba acostumbrado a esto. Puede que su cuerpo estuviera hecho con la fortaleza necesaria para ignorar el frío, pero el mío no.

—¿Vas a estarte quieta en algún momento? —preguntó.

Había ido a buscar más ropa de abrigo después de que yo me hubiera quedado con la suya, pero no era suficiente para esa brisa que parecía dispuesta a volver mis huesos cubitos de hielo alargados. No quería que fuera a por más porque la iluminación era escasa y no quería que acabara en el agua. Además, sabía que otro jersey no cambiaría mucho las cosas. Así que para disimular mis temblores había empezado a mover las piernas al ritmo de una música imaginaria. Como si tuviera el tic nervioso de alguien que tiene mucha prisa. Pero tuve que detenerme ante su atenta mirada. Maldije para mis adentros mientras intentaba pensar cómo disimular mis temblores.

—¿Estás incómoda? —siguió cuando no contesté—. ¿Quieres que busque una almohada?

Ah, sí. No lo había dicho, pero tenía una dolorosa faceta de su personalidad del todo servicial. Una que se empeñaba en ocultar con comentarios ariscos que solo conseguían hacerme muy difícil no sonreír.

—No, estoy muy cómoda, gracias.

—Eso díselo a tu cuerpo —lo señaló con la mirada.

—Cállate, no oigo las estrellas.

—¿Estás segura de que no quieres algo más de abrigo?

La necesidad fue lo que impulsó las palabras a salir de mi boca.

—Acércate, Darien.

—¿Cómo dices?

Le toqué las manos. Fue durante un breve instante, pero tuve la sensación de que le sobresaltó el gesto. Aunque tal vez lo que vi en él solo fue una proyección de mis propios sentimientos.

—Tú también tienes frío —remarqué ante su mirada expectante mientras volvía a tumbarme a una respetable distancia—. Podríamos solucionar el problema de una manera sencilla y adulta. —*Mentira, de sencillo esto no tiene nada, pero estoy desesperada en mayúsculas y con letras de neón.*

—¿Estás segura de eso? —Alzó una ceja lanzándome una mirada interesante que me generó un mar de ideas del todo inapropiadas.

—Eh, no va con segundas intenciones —aseguré a lo que asintió incrédulo al tiempo que su sonrisa se ampliaba—. No sonrías así.

—¿Así cómo?

—Como si te hubiera propuesto que te desnudaras y me hic… —carraspeé—. Cosa que no he hecho. Solo quiero que me des calor.

—¿Que te de calor? —repitió con un tono seductor desconocido hasta el momento.

Uno que envió descargas vibrantes a mi columna vertebral y que me derritió la parte baja del estómago convirtiéndola en lava volcánica. Uno que deseé volver a escuchar.

—Que nos demos calor. Un favor mutuo —dije, empeorando aún más las cosas—. Olvídalo. —Puse los ojos en blanco y volví a mirar al cielo.

—Solo para estar seguros, ¿no hay ningún empresario de éxito esperándote en Boston que sintiera el impulso de venir a partirme la cara porque fuera a “darte calor”, no?

—No, no lo hay —contesté ignorando las comillas—. Si lo hubiera no te lo habría pedido.

Sus ojos sonrieron.

—Entonces admites que tienes intenciones ocultas conmigo.

—¿Qué? No. No. Claro que no. Es solo que, bueno, no sería del todo apropiado si… pero no porque fuera a pasar nada, sino porque estaría mal que yo… —Oí su risa y sin necesidad de mirarle la cara supe que su luz me calaría muy hondo.

Por eso no le miré.

—Está bien saberlo —dijo poniendo una mano en mi vientre, acercándose a mí.

—¿Tú tienes a alguien aquí que podría enfadarse por esto? —pregunté cuando tiró de mí

para ponerme de lado y estar cara a cara.

Mala idea. Podría haberle contado las pestañas o las pecas impresas en el puente de su bonita nariz. Y desde luego podría haberme perdido en ese iris único que nadie debería mirar tan de cerca.

—No —respondió y la masculinidad de su voz me hizo cosquillas en el oído.

Hubiera deseado recibir una respuesta más detallada. Con los motivos pertinentes y todo eso. Pero no pregunté.

—Bien. —Me acerqué más y a pesar de que me sentí rara al hacerlo, coloqué un brazo sobre su costado, igual que había hecho él. *Así la cosa no funciona. Tenemos que estar más cerca. Mucho más cerca.* Incapaz de pedírselo, cerré los ojos, contuve un gruñido e intenté dormir. Pero no pude, por una larga lista de razones—. ¿Vas a mirarme mientras duermo?

—Puede.

Abrí los ojos y contuve una maldición.

—¿Por qué haces todo tan difícil? —pregunté y él se movió deprisa.

Un instante después, tenía la cabeza apoyada contra su pecho y Darien me estaba… *(ay, Dios)* abrazando la mitad del cuerpo.

—Duérmete —ordenó.

Pero mis ojos estaban muy abiertos. El latido de su corazón era fuerte y hermoso y… no había ni una sola posibilidad de que me durmiera en estas condiciones. Mi piel se volvió caliente bajo la gruesa tela que me envolvía y mi garganta se secó. Lógico, teniendo en cuenta de que me había dejado boquiabierta. Me estaba abrazando. De una forma que resultaba de lo más reconfortante. *No molesta, ni rara, ni mucho menos repulsiva. No me hacía sentir incómoda, ni deseosa de evitar el contacto. Quería más.* Tampoco podía ignorar el hecho de que su pulso era más acelerado del que debería para una persona que estaba tumbada a punto de dormirse. Alcé la cabeza y busqué su mirada. Ahora el que había cerrado los ojos era él.

—¿Vas mirarme mientras duermo? —preguntó.

No contesté. Sus labios estaban muy cerca. Demasiado. Y eran sin duda los más hermosos que hubiera visto nunca. *Esto no ha sido una buena idea.* Debía apartarme, sin pensar en el frío (ese que ya no sentía ni por asomo) o acabaría haciendo algo de lo que con toda seguridad me arrepentiría. Un instante después Darien agachó la cabeza y sus ojos me atravesaron brillantes a la luz de la luna. Ninguno dijo nada. Entonces pensé en el carril de doble sentido que era el

hecho de que, igual que yo había podido oír su corazón, él podría sentir el mío. A pesar de que sus brazos eran fuertes, su abrazo fue suave, por eso pude moverme con facilidad cuando decidí que darle la espalda era lo más sensato.

—¿Qué estás…?

—Tu corazón es de lo más escandaloso. Así no puedo dormir —dije lo más cortante que pude con tal de disimular que estaría oyendo ese sonido en mi cabeza durante mucho tiempo.

A pesar de que eso fuera contra toda mi voluntad. Darien no dijo nada, pero pude oír su sonrisa en el silencio. Estaba por todas partes. Incluso dentro de mí. ¿El problema? El espacio que se había generado entre nosotros. Ahora el frío se colaba de nuevo en mi cuerpo, pese a que uno de sus brazos seguía sobre mi cintura.

—¿Darien?

—¿Sí, Annika? —Y ahí estaba, la diversión que no había visto, pero que dibujaba del todo sus palabras.

—Gracias por enseñarme esto. Es increíble. —Lo era.

El *Emblema*, las olas del mar, la calma, las estrellas… Leganhyr tenía su encanto, debía reconocerlo. Pasó un largo instante y cuando creí que no iba a contestar oí un:

—No hay de qué.

Acto seguido un temblor sacudió mi cuerpo. Esa vez no tuvo que ver con él, ni con el agradable peso que ejercía su brazo sobre mi costado, sino con la maldita brisa marina que iba a acabar provocándome una pulmoní… dejé de respirar. Darien se acercó a mi espalda y me arropó con todo su cuerpo. *Con-todo-su-cuerpo.* El mundo dejó de girar. Esa vez no tuvo nada que ver con la anterior. *Oh, no.* Mi estómago se contrajo con dureza al imaginar las irrelevantes barreras de telas que separaban ahora mi cuerpo del suyo. El deseo me oprimió el pecho. Mis ojos quedaron muy abiertos, igual que mis labios que lo habían hecho en un jadeo sordo.

—Si quieres que me aparte, solo tienes que pedirlo —susurró cerca de mi oído.

Pero mi corazón se sentía arropado. Sabía que nada de esto era real, que solo era un momento de debilidad por lo que la fría noche irlandesa le estaba haciendo a mi cuerpo y al suyo. Pero cedí de todas formas. Pasé el brazo por encima del suyo y acaricié brevemente el dorso de su mano.

—No quiero que te apartes, Darien. —Lo más probable era que mis palabras me sorprendieran más a mí que a él—. Gracias.

Sentí su cabeza acomodándose junto a la mía de un modo que me retorció algo por dentro, en un sentido peligroso y cursi. No pude evitar pensar si el aceite que había utilizado para el pelo, ese que olía a caramelo, seguiría surgiendo su efecto. Esperaba que sí. *Qué ridiculez. ¿Y eso qué narices importa, Annika?* Me obligué a cerrar los ojos a pesar de que mi corazón golpeaba mi pecho con demasiada fuerza. Era una experta en el control de mis propias emociones. Una karateka con cinturón negro. Esa fue la única razón por la que no hice nada. Por la que no me moví contra él. Por la que no le besé, ni hice todo lo que en mi mente parecía una buena idea, pero sabía que no lo era.

Aun así, no pude evitar soñar con aquello que no me permitía tener.

Capítulo 16

Habían pasado algo más de dos semanas desde que Darien y yo cerramos el trato. *Hoy tengo que hacer algo que no me apetece nada y he estado evitando, pero siguiendo los pasos de la Annika del pasado, pienso ignorarlo hasta que llegue el momento inevitable.* Darien tenía otros quehaceres *(ya que todo el pueblo lo necesita con urgencia y de manera constante)* a parte de arreglar la nave en la que murieron sus padres. *Intento no pensar en ello de esa forma. Lo que él sienta no es cosa mía y no debería centrarme en algo que dificultará mi trabajo.* En cualquier caso, pasaba gran parte de la mañana sola y toda la tarde con él. Lo bueno era que me había vuelto una experta en subir y bajar la montaña. *Yo. Sí. En serio. ¿Increíble, verdad? Bueno, es que las botas que me vendió Finbar son mucho mejores que las que yo había traído. (No en apariencia, pero sí a efectos prácticos). Además de que, evidentemente, soy alucinante.*

—Tenemos preguntas. —Lyka, Márthia y Eyna aparecieron en la barra del bar de Cairenn mientras esperaba la comida que le había encargado.

Mi corazón se encogió un poco al verlas y las comisuras de mis labios se curvaron casi al instante. El bar estaba lleno hasta los topes y dos de los hijos de Eyna, junto a la hija de Lyka estaban ayudando a Cairenn con las mesas. Pero yo solo tenía ojos para las tres.

—Adelante —pedí.

—¿Tienes más de ese líquido blanco protector de olor dulce? —preguntó Eyna.

Shock. Cortocircuito. Infarto. No puede ser.

—¿Y-ya lo habéis gastado?

—Sí, es que olía demasiado bien.

—Y hace que nos brille la piel como nunca.

Contestaron Eyna y Lyka respectivamente.

—No, no tengo más —admití sintiendo que el color de la cara me había desaparecido y también la sangre de las venas.

Lo único que me quedaba era una base con protector solar. *Las mato. Las mato de verdad.*

—¿Y puedes encargar más? —preguntó Lyka.

—Pero tal vez cuando llegue ella ya no esté aquí —le dijo Márthia.

—O tal vez sea muy caro —dijo Eyna por lo bajo dándole un codazo a Lyka.

—¿Cuánto creéis que tardará en llegar si lo encargo hoy? —pregunté.

—Tres meses, más o menos.

El alma se me cayó a los pies al oír las palabras de Márthia. *Definitivamente, no lo pensé muy bien cuando lo hice.*

—No debimos ponérnoslo también en las manos —dijo Lyka por lo bajo.

Un jadeo salió de mi garganta evitando que lo hiciera mi corazón entero. *Ese protector facial tenía perla de… y oro con… era una edición limitada y tan (tan) cara que… Respira, Annika, respira.*

—¿Estás bien? ¿Tienes calor? —preguntó Márthia—. Estás un poco roja.

—¿Te has quemado? ¿No tienes de ese protector para ti? —preguntó Eyna.

Cuando hice las maletas pensaba que estaría aquí un par de días, a lo máximo. Si hubiera sabido que me quedaría tanto tiempo me habría vacunado. Sacudí la cabeza. No, no tenía otro protector solar.

—¡No! ¿En serio? —Lyka se tapó la boca con las manos que de tanto trabajar la tierra estaban llenas de pequeñas heridas—. Bueno, no pasa nada. Niall nos trae algunos de vez en cuando. Aunque no huelen tan bien como el tuyo —admitió por lo bajo.

—Ni tampoco funcionan, ¿has visto cómo tiene la cara? —Eyna alzó tanto las cejas que casi se le salieron de la suya—. Antes, en su juventud, no era naranja.

Ay, Dios.

—Pero él solo lo vende, no lo utiliza —argumentó Márthia.

—¿Y eso no te parece sospechoso? —Eyna estrechó la mirada.

—Encargaré el protector hoy mismo —las interrumpí, convencida de que mis nervios no deberían escuchar ni una palabra más del tema.

—¿Estarás aquí tanto tiempo? —preguntó Eyna con una chispa en los ojos que ignoré.

Caray, espero que no. Mis ojos deambularon por el *Eejit*, sintiendo que alguien nos observaba, pero no encontré nada.

—Esté o no, es para vosotras —dije.

Tendré que hablar con ese tal Niall, a ver si tiene un parche con el tapar el agujero que yo misma he creado en mi tienda de campaña y que ahora me moja la cara. En serio, la vida sin la

inmediatez de las compras online es algo que hubiera preferido no experimentar nunca jamás. Explicaron que el pueblo más cercano estaba a siete montañas de distancia. *Sí, han usado esa unidad de medida. La verdad, no necesito saber más.* Entonces pasó algo que no me esperaba. Lyka me pegó. Un poco fuerte, de hecho, en el hombro.

—Eres un poco cruel Annika Collymore —dijo después.

—¿P-por qué? ¿Qué he hecho?

—Estás obligándonos a cogerte cariño y vas a irte —dijo Eyna, que ya no sonreía.

—Los demás turistas tienen la consideración de no hacer eso. —Los ojos de Márthia demostraron una tristeza que sí iba acompañada por una leve sonrisa.

—¿Vosotras también vais a pedirme que sea estrictamente profesional? —por algún motivo esas palabras me dolieron al salir de mis labios.

—No —dijo Eyna arrugando el rostro.

—¿Quién te ha dicho eso? —preguntó Lyka en una mueca de asco y enfado.

—Nadie —sacudí la cabeza.

Soy una persona cerrada. Hasta el punto de que si un tercero sabe algo de mí, ya sé quién se lo ha contado. Así que no había ni una neurona en mi cabeza que barajara delatar a Darien. Pero la cosa fue, que no hizo falta.

—Darien —Márthia chistó la lengua y sacudió la cabeza como una madre que finge tirar la toalla con su hijo rebelde.

—No, no ha sido Darien —insistí ignorando *esa* chica.

Era ella. La de la esquina. La misma que me miraba como si le hubiera robado su juguete favorito desde hacía rato. Sus ojos esmeralda eran taladrantes en el mal sentido incluso desde la distancia. *Queda claro que mi mera presencia no es del agrado de todos en Leganhyr.* Eyna me trajo de vuelta a la conversación, ignorando mi afirmación.

—Discúlpale, su corazón es frágil y está rodeado de un muro de espinas electrificadas.

—No hay nadie en todo Leganhyr que no lo sepa —dijo Lyka—. Lo que le pasó marcó su corazón de tal forma que ahora lo custodia un escudo de hierro.

—Pero fingimos que no es así —dijo Eyna.

—Como quien guarda el secreto de la Navidad. —Márthia me guiñó un ojo.

Eyna se coló tras la barra y colocó unas galletas en una servilleta. Tenían forma de trébol de cuatro hojas y llevaban un glaseado verde por encima. *Sobra decir que la masa es de color*

naranja y lleva azúcar glass espolvoreada encima, ¿verdad? Al cuerno, me gustan, son bonitas. Lo cual solo puede significar una cosa: ya me han infectado.

—Son sus favoritas. Dudo que con esto se ablande, pero tal vez haga tu trabajo más soportable.

Hice una mueca. Leganhyr era un pueblo muy curioso. Todos sabían a qué había venido aquí. Estaban al tanto de mis intereses y de las negativas de Darien. Y aún así, todavía no había oído a nadie inmiscuirse o juzgar su decisión. *¿No va esto en contra de lo que significa la palabra «pueblo»?*

—Por cierto, queríamos hablarte de algo —Lyka bajó el tono.

—Sí, ¿ha vuelto a aparecer ropa tuya en mitad de la calle, Annika? —preguntó Márthia.

Sentí un retortijón mientras negaba con la cabeza. Desde que había llegado aquí habían pasado algunas cosas raras en el hostal de Brianna. La ventana de mi habitación había sido (mágicamente) abierta varios días y tal y como me dijo Brianna, los animales lo habían visto como una invitación. *Sí, algunas noches todavía siento a las ardillas corretear por encima de las sábanas y no, no me gusta ni un pelo.* Pero ese no fue el único incidente. Una mañana mientras desayunaba en el *Eejit,* las ventanas se volvieron a abrir y la mitad de mi ropa acabó en la calle. *Imagina lo que le pasa a un vestido azul pastel de Hermès cuando conoce por primera vez lo que es el asfalto húmedo con algunos regalos de fango y otros misterios a identificar.* Me convencí de que mi armario no se vería resentido, que podría ponerle solución en cuanto pusiera un pie en Boston. Pero el problema no se solucionaba con eso.

—¿Brianna ya te ha arreglado la venta? —preguntó Eyna, a lo que no contesté de inmediato.

¿Por qué? Porque a mi ventana no le pasaba nada. Alguien tenía que haberla abierto, el viento no podía deshacer tres nudos él solito. *Que no ha habido un huracán, ¿sabes?* Aún así asentí, porque ya les había hablado de mis sospechas y me habían tratado de loca, no sentía necesidad de repetir la experiencia. No, cuando una gran parte de mí notaba que era su manera de protegerme de la verdad, que había algo que no querían compartir conmigo. *Como, no sé, un club de odio hacia los turistas. En cualquier caso, llegaré al fondo de ese asunto por mi cuenta.*

—¡Dichosos los ojos, marinero! —Lyka sonrió a alguien a mi espalda.

No fue la única. Podría asegurar, sin exagerar lo más mínimo, que todas las mujeres y algunos de los hombres se giraron a mirar en la misma dirección y que lo hicieron con corazones

en los ojos. Me di la vuelta y encontré frente a mí un hombre joven de mandíbula cuadrada, con barba de dos o tres días y cejas gruesas que cargaban su rostro de determinación. Pelirrojo, con mechones lisos que le daban un aspecto bondadoso que se cargaba esa mirada castaña un tanto desafiante.

—¿Pero no volvías de aquí a tres semanas? —Eyna alzó una ceja mucho menos feliz por el recién llegado.

Intercambiaron algunos saludos más y entonces se acercó a mí

—No tengo el placer de conocerte —tendió una mano en mi dirección—, por favor, dime que tu avión no sale esta tarde.

—Oh, no, Annika todavía no tiene billete de vuelta —le contestó Márthia.

—¿Annika? —repitió como si fuera algo que no había oído jamás y le resultara tan bonito como la primera nevada del año.

Desconfianza. Fue lo primero que me saltó a la cara. *Vamos que usas todos tus encantos para el mal, como si lo viera. ¿Prejuiciosa yo? Dame tiempo.*

—Sí, Annika Collymore, un placer.

—Khëd McCarthy, el placer es mío. —Se inclinó hacia delante y juraría que sus intenciones eran de besar el dorso de mi mano, pero no llegó a hacerlo.

Eyna le dio un manotazo, obligándole a soltarme.

—A esta ni olerla —le ladró.

—¿Por quién me tomas, Eyna?

—Por el mismo que rompió el corazón a Kássia a conciencia y luego hizo lo mismo con su hermana Isya.

—Eso pasó hace mucho tiempo, éramos unos críos.

—No fue hace tanto tiempo. ¿Y qué hay de Zhaxia y su madre?

—Te regalo mi barco si te callas —pidió Khëd endureciendo la mandíbula, arreglándoselas para mirarme de forma seductora de todas formas.

—¿Y para qué iba a querer yo ese montón de madera apilada sin sentido alguno?

—La comida está lista —Cairenn llegó de la cocina interrumpiendo la batalla Eyna-Khëd —. Tu parte puedes dárselas a los ciervos, pero asegúrate de que Darien coma.

Ah, ya. No hay novedades en este frente, Cairenn sigue queriendo que me vaya. Yo le pido café por la mañana y ella me sirve cerveza negra. Yo vengo a comer y cenar aquí y ella me

cocina y con suerte no escupe en mi comida. Es un ritual maravilloso.

—Me gusta tu comida, Cairenn.

—Eso dices. —Su labio superior lleno de arrugas se frunció aún más en una mueca.

—Es la verdad.

—De nuevo, eso dices. —Empujó la bolsa hacia mí y yo saqué el dinero, añadiendo el de las galletas.

Mis intentos de caerle bien se debían única y exclusivamente a que ella era la única que hacía comida decente por aquí. Sí había otros, pero mi paladar no quería tener que volver a pasar por esa experiencia. Nunca más.

—Algunos huesos son más duros de roer que otros —dijo Lyka por lo bajo.

—Sí, no es nada personal —dijo Márthia.

—¿Y vosotras no tenéis trabajo? —Les preguntó Cairenn con una dureza que no cuadraba con la mesa que les había preparado antes incluso de que yo llegara.

—Sí, pero también tenemos hambre. —Eyna me dio un beso en la mejilla y se alejó—. ¡*Slán*, Annika!

—¡*Slán*! —dijeron las otras dos antes de seguirla hacia la mesa.

—*Slán* —respondí intentando devolverles la calidez recibida.

Ve seguro. Eso era lo que significaba. Me parecía una bonita manera de despedirse. Volví sobre mis pasos. Había unos nubarrones oscuros en el cielo (como todos los días), pero no llovía, lo cual era un punto.

—Annika. —La voz de Khëd detuvo mis pasos.

Le había perdido de vista cuando Cairenn entró en acción, así que me sorprendió verlo ahí fuera.

Capítulo 17

—Hola, ¿ocurre algo?

—No quería que te llevaras una mala impresión, después de lo que ha dicho Eyna de mí. —Ladeó la cabeza posando sus ojos en mí—. Soy un alma pura y noble.

—¿Sabes? Eso es algo típico que diría alguien que no lo es.

—¿Dudas de mi palabra?

—Todo parecía verdad —admití sin filtro encogiéndome de hombros.

Ya lo dicen, sinceridad para acabar con quien no sabe ni qué color tiene.

—En mi defensa, una verdad sacada de contexto —rebatió divertido antes de pasarse una mano por el pelo rojo oscuro.

El movimiento dejó al descubierto lo que había estado tapando la camisa gris que vestía, tan ancha como las de Darien: tatuajes. El mar en una peligrosa tormenta inundaba todo su antebrazo izquierdo. Definitivamente Khëd tenía todos los atractivos posibles. *Y aún así, lo único que siento es rechazo.*

—¿Te gustan? —preguntó con cierta sensualidad ronca arrastrando sus palabras.

—No —mentí—. No es nada personal, dibujarse en la piel no tiene sentido para mí —de nuevo, *falso*.

Pero sentía la necesidad de no coincidir con él en nada, para que no tuviera nada a lo que aferrarse. Así terminar la conversación sería más fácil.

—En ese caso, supongo que el buque que tengo en la espalda no será de tu agrado.

Traté de sonreír.

—Entonces, ¿te dedicas a la exportación? —pregunté en un intento de apartar su mirada peligrosa de la mía.

—A la importación —explicó contento por mi interés—. Pero solo de piezas, recambios y accesorios para la restauración de barcos.

—¿De todo el mundo?

—Italia y España, principalmente. Por eso los viajes son bastante largos.

—¿Y no existen otras formas más rápidas de traer aquí lo que necesitáis?

—No compramos las piezas que necesitamos a cadenas de supermercados, ¿sabes? Muchas son encargadas con años de margen y son puras obras de arte.

—¿Y qué tiene eso que ver con el transpor…?

—¿Sabes qué comparten todos aquellos que han dedicado su vida a los barcos? La pasión por ellos. Puedo asegurarte que no conseguiría cerrar la mitad de los tratos si fuera en patinete eléctrico, llevara una gorra con el logo de TikTok y les hiciera firmar en una tablet.

Asentí mientras volvíamos a andar. Había trabajado con gente de ese palo, pero no tuve tiempo a pronunciarme.

—Echas mucho de menos Boston, ¿eh?

Me sentí rarísima al no contestar que sí de inmediato. *¿Pero a mí qué me pasa hoy?* Intenté digerir la sorpresa mientras repetía el movimiento de cabeza.

—Eso tiene fácil solución —me tendió la mano—. ¿Quieres enamorarte del mar celta? ¿Que te muestre la cara de Irlanda que todavía desconoces?

Las imágenes de la noche en el *Emblema* se sucedieron en mi cabeza en contra de mi voluntad. *Ya conozco más de este lugar de lo que me convendría.*

—No, gracias.

—Oh —se llevó la mano al pecho, en un gesto dramático—. ¿Acabas de rechazarme? Creo que acabas de batir un récord de la chica que más rápido me ha partido el corazón.

La seguridad marcaba su tono y cada una de sus palabras, sus movimientos eran relajados y naturales, por no hablar de que sus ojos seguían sonriendo como si no hubiera dejado de halagarle en ningún momento. Khëd era la personificación de la confianza en uno mismo. Teniendo en cuenta quién era yo en Boston, sabía hasta qué punto su personalidad era solo fachada.

—Lo mío es tierra firme, no es nada personal.

Se rio. Fue tan melódico y agradable que casi sonreí. Me fijé durante un breve instante en las marquitas cercanas a la boca que se le dibujaron. Esas que harían que cualquier abuela cariñosa se viera tentada a cogerle las mejillas.

—Una chica dura y bonita. —Se acercó un poco y su olor fresco me rodeó. Igual que ese aura que desprendía de que nada podría llegar a preocuparle ni remotamente—. ¿Y si te digo que tu vida no volverá a ser igual una vez lo pruebes?

—Ah, bueno, entonces de acuerdo.

—¿Sarcasmo? —Se detuvo delante de mí.

—Desde luego.

Arrugó la frente, agachó la cabeza y bajó el tono como si estuviera a punto de revelar un secreto que todos desearían conocer.

—Me caes bien, Annika. —Pura bondad se reflejó en su rostro, como si no hubiera roto un plato en su vida—. Avísame si cambias de opinión.

—No lo haré. —Me alejé intentando no pisar ningún pedazo de vajilla rota—. Pero gracias.

—Según me han dicho, tengo tiempo de hacerte cambiar de idea —alzó la voz, pues sus pasos no siguieron los míos que me llevaban hacia la casa y el *Ressence.*

Me di la vuelta caminando hacia atrás, sin llegar a detenerme.

—Estoy aquí por trabajo, Khëd. Nada más. No cambiaré de opinión.

—¿Ese es tu propósito? —Me dedicó una amplia sonrisa como si él también fuera de Massachusetts, no soportara el aire fresco y eso nos hiciera almas gemelas—. ¿Irte en cuanto puedas?

—Sí, lo es —dije dando la conversación por terminada.

—¿Estás segura de que ese es tu camino?

—¿Qué quieres decir? —Uní las cejas.

—Si puedes ver tus siguientes pasos dibujados delante de ti con absoluta claridad, entonces no es tu camino, sino el de otro —afirmó metiéndose las manos en los bolsillos—. El tuyo lo crearás al andar, sin tener jamás la certeza de qué será lo que vendrá después.

Se dio la vuelta y yo dejé de reprimir los escalofríos. Me veía en él y eso no me gustaba. Lo que más me había atraído de Leganhyr había sido lo distante que era de esa parte fría de mi vida en Boston. Me obligué a dejar de pensar en él. Y a mis ganas de volver. Porque a pesar de lo que le hubiera pasado a mi cerebro cuando Khëd había preguntado, quería volver. Más que nada en el mundo. Necesitaba recuperar mi vida y cuanto antes. Este no era mi sitio y no podía olvidarlo.

Diez minutos después saqué mi móvil del bolsillo. Desde hacía unos días había iniciado un ritual en el que Beyoncé estaba implicada. Y *Crazy in Love*. Miré a ambos lados del camino, nadie.

—Os pediría perdón —dije mirando a los pájaros grandes y negros que había ocultos entre ramas de un verde oscuro e intenso muy por encima de mi cabeza—, pero en realidad vosotros

tendríais que darme las gracias.

Le di al play, pero tuve que pausarlo antes de que empezara la mejor parte cuando un ruido salió de entre los arbustos a mi derecha. No tenía una visión clara y no sabía qué tipo de animal podía ser, así que encendí la linterna del móvil a pesar de que aun era mediodía. No sirvió, puesto que la luz no atravesaba las hojas. Sin ralentizar en absoluto el paso, puse a todo volumen el rugido de oso que me había descargado de internet mi tercer día aquí. El animal que me seguía tras los arbustos se detuvo. Dejé de oír el movimiento de las ramas.

—Eso es, eso es —murmuré—. Quédate ahí mismo, no te necesitaré mientras trabajo seas lo que seas, adiós, muchísimas gracias.

Antes de que pudiera dar un paso atrás, el animal se movió más rápido que yo y apareció frente a mí. El grito no llegó a salir de mi garganta, fue un infarto silencioso que me fundió hasta el alma.

Capítulo 18

Me llevé una mano al pecho, donde mi corazón latía con fuerza y mis ojos se dedicaron a atravesar al que los tenía grises y parecía una mezcla recién hecha de satisfacción horneada y una pizca de preocupación.

—Vaya, además de torpe, tus nervios son de lo más delicados. ¿Estás bien? Ni siquiera he dicho «uh».

—Darien. —Contuve una serie de insultos variados, al tiempo que la respiración.

—¿Pensabas ponerle música a las ardillas? —Soltó una carcajada melodiosa y bonita.

—Piérdete. —Eché a andar.

—¿Y qué hay de ese rugido de oso? —Me siguió.

—¿Sabes? —Lo fulminé con la mirada—. Algún día serás un *Sluagh* y entonces yo me reiré. —Lo dejé atrás, no sin antes fijarme en que su iris se iluminó con…

Argh. Sin duda una sorpresa agradable de un modo supremo. Excesiva, incluso. *Nadie debería ser tan agraciado. Nadie. (Y no me refiero a agraciado tipo Khëd, sino más bien a agraciado tipo espasmo de corazón llamad a emergencias. Porque cada palabra que dice Darien es real y pesa tanto que al entrar en mi cuerpo me clava un poco más al suelo). Lo odio. Y a él. Todo esto. Ojalá pudiera irme a casa. Boston, lugar preciado inundado de escaleras y ascensores que te llevan a donde quieres. Donde estás a un clic de distancia de la protección solar que mereces. Donde tu corazón palpita como los tres primeros segundos de Back in Black de ACDC y no como los tres últimos segundos segundos de The Trooper de Iron Maiden, ¿sabes a lo que me refiero?*

—¿De qué conoces tú a los *Sluagh*? —preguntó Darien por segunda vez, o tercera.

—¿Qué? —Le miré por encima del hombro—. ¿Acaso tengo que ser irlandesa para saber algo sobre los espíritus de los muertos sin descanso? ¿De aquellas personas malignas que han sido rechazadas por los dioses celtas y por la Tierra?

—Es inquietante que sea esa la parte de nuestra cultura con la que hayas decidido familiarizarte —remarcó caminando a mi lado a buen ritmo como si no le costara nada, sin

demostrar falta de aliento en ningún momento.

El muy insolente.

—Quería informarme sobre el lugar al que te mandaba constantemente en mi cabeza.

—¿Al infierno?

—Sí, pero resulta que tenéis una opción incluso mejor que el infierno. —Sonreí, disimulando que mis pulmones eran dos diminutas olivas rellenas de carne a la italiana, sin espacio para el O2—. Aunque no sé de qué me extraño, solo llevo aquí unas semanas y ya se me ocurren toda clase de torturas similares.

—¿Qué es lo que odias tanto de todo esto? A parte de la ausencia de iluminación excesiva.

—Para empezar —me detuve—, lo aislada que estoy todo el tiempo.

—Estoy contigo, no estás sola.

El órgano en mi pecho hizo lo que quiso con esas cinco palabras, pero por suerte mi mente tenía las riendas del carruaje en el que iban montadas las mías.

—No puedo comprar nada de lo que necesito, ni beber lo que me gusta, ni comer lo que le va mejor a mi cuerpo. Lo cual es una mierda monumental.

—La gente no necesita tantas cosas como cree —se metió las manos en los bolsillos mientras me miraba desde las alturas—, podrías pedirle a Cairenn que te preparara algo especial si te ganaras su aprecio y, disculpa, pero la comida de aquí le da mil patadas a la que comías tú en Boston.

—Y es todo tan antiguo —seguí, ignorando sus argumentos.

—El mundo lo es.

—No, el mío no. Mis persianas se suben solas, con un botón, no tengo que hacer esfuerzo.

—Guau, ¿y qué haces con todas las horas libres que has ganado al dejar de hacer esa ardua y larguísima tarea? —preguntó en el tono más sarcástico de la historia.

—Por no hablar de que yo sí que sé lo que es el agua caliente, no como vosotros.

—¿No lo sabemos? —Esta vez se rio, demostrando que le había pillado desprevenido.

Ese sonido se quedaba en mi cabeza muchas horas después de que hubiera atravesado mis oídos. (*Como el graznido de un cisne, pero peor. Más aterrador, aunque de un modo distinto).* Así que maldije para mis adentros al mismo tiempo que una calidez se derramaba por mis venas en contra de mi voluntad.

—Vuestra definición de caliente es tibio, y la de tibio es frío como la calle.

Sus manos llegaron hasta mis mejillas. Las cogieron como si tocarnos fuera algo natural entre nosotros y yo me quedé ahí petrificada, sintiendo cómo la piel bajo sus manos se me calentaba con rapidez.

—¿Lo notas tibio? —preguntó con curiosidad ajena a lo que me estaba haciendo.

No. Claro que no. Me estás quemando por un millón de razones a cada cual más inadecuada.

—La ducha sí lo está. —Di un paso atrás.

—Eso podría ser un problema de las cañerías. Hablaré con Finbar.

—¿Y qué hay de los libros? —pregunté al tiempo que echaba a andar, con urgencia por dejar ese tema atrás y a él de paso.

—¿Qué hay de ellos?

—¿Cómo vas a enterarte de que la vida de Katy Swartz va convertirse en un huracán descontrolado en el momento en que se mude a Virginia Occidental? ¿Leyendo el tronco de un árbol?

—Es cierto que ahí es donde escribimos toda la información relevante.

—¿Y cómo se supone que voy a trabajar? ¿A hacerlo de verdad, si no tengo acceso a nada?

—Hay internet en Leganhyr —señaló lo alto de la montaña a la que nos dirigíamos.

Me detuve incrédula.

—Sí, pero tal vez yo no sea una de esas personas a las que les apasiona tener la vida de Katniss Everdeen con tal de leer un par de correos electrónicos y hacer algunas llamadas.

—¿Sabes? Tus gustos literarios no concuerdan en absoluto con la imagen que te empeñas en dar de ti.

Una jarra de agua helada se coló por mis venas. Tenía razón. Mi muro de cristal se había resquebrajado de arriba a abajo. A Donna jamás le había hablado de mis lecturas y sin embargo con Darien no parecía ser capaz de cerrar la boca. ¿Y lo que sucedió en el *Emblema*? Jamás había pedido ayuda a un desconocido como lo había hecho con él. Y eso solo era la punta del iceberg. Sentir el deseo de ir a buscarle y ceder ante él había sido un error recurrente en el que no me había parado a pensar hasta ahora. Por no hablar del hecho de que había utilizado el *walkie-talkie* que me había dado para charlas personales y despropósitos similares. Ese que habíamos perdido misteriosamente, pero que estaba segura de que él había escondido.

—Eh, ¿estás bien? —La seriedad había ganado terreno en su rostro sin que me diera

cuenta.

—¿Cómo se supone que voy a trabajar tanto como podría si tengo que pasarme tres horas al día subiendo y bajando esta maldita montaña? —pregunté en tono distante y gruñón.

—La vida no es solo trabajo, Annika.

—Es muy hipócrita por tu parte decir eso.

—¿Perdona, basado en qué? —preguntó sin un ápice de molestia.

—Todo Leganhyr sabe que lo único que haces es tener la cabeza hundida en los barcos.

—Eso es cierto solo en parte.

—¿Qué se supone que quiere decir eso?

—Que también ayudo a la señora O'Gara cuando se le estropea el andador —rebatió con lo más poderoso que tenía: la pura verdad—, a hacerle una nueva caña de pescar a Cillian cuando pierde la suya por quedarse dormido mientras espera a que los peces piquen y llevo el bar de Cairenn cuando llega Navidad y le asusta estar sola porque a pesar de que Sean se fue hace ya ocho años, ella sigue sin acostumbrarse a su ausencia, porque se querían de verdad. Pero es imposible que no te hayas dado cuenta ya.

—Entonces me das la razón. Tú haces tus negocios y yo hago los míos —dije deseando acabar con la conversación cuanto antes.

Maldigo a Dimas y su «creo en ti». Tengo los Louboutin hechos polvo. ¿Y total para qué? Una vez cerrado el trato podría haber vuelto. Esa era una realidad en la que me había obligado a no pensar. *Podría volver a Boston, seguir investigando desde allí. Volar a Leganhyr de nuevo en caso de que sucediera lo menos pensado o cuando hubiera algún conflicto que resolver. Podría hacerlo, sería lógico que lo hiciera. Pero aquí sigo.*

—No, Annika —dijo trayéndome de vuelta, en contra de mi voluntad—, yo mantengo relaciones reales con personas que me importan. Tú tratas con desconocidos en los que no pensarás si después de cerrar el trato no vuelves a ver en toda tu vida.

—¿Sabes lo que pasa? Que yo estoy aprovechando mi vida al máximo. Sé que el concepto de vida rural en el que tan cómodo estás te dificultará entenderlo, pero haciendo lo que hago siento que estoy viviendo mil vidas en una. Me siento eufórica, plena y realizada.

—¿De verdad?

—Claro que de verdad.

—¿Y entonces a qué viene esa barrera?

—¿Qué barrera?

—Esa que evita que nadie se acerque a ti. Esa que te mantiene aislada en un lugar que no te beneficia en nada, pero que es cómodo para ti porque llevas tanto tiempo en él que ni siquiera recuerdas lo que es estar en el exterior.

Sentí ardor en la garganta porque nuestra extraña amistad era lo más vulnerable que me había atrevido a ser con alguien en mucho tiempo y parecía no darle ninguna importancia. *¿Amistad? ¿Qué amistad?*

—¿Y lo dices tú, después de pedirme que nuestro trato fuera exclusivamente profesional? —La irritación me arrancó una carcajada carente de todo humor—. ¿Es una maldita broma?

—Yo sé por qué tengo una barrera contigo, pero no la tengo con el resto de Leganhyr. Ni la tendría contigo si te quedaras.

La idea golpeó mi pecho con fuerza como una maza en la puerta de un castillo tras una declaración de guerra.

—Jamás me quedaría. Odio este lugar. —Hice hincapié en la primera de mis últimas tres palabras.

—No te creo. Y si tú sí, es que estás tan acostumbrada a engañarte que ya ni distingues qué es real. Porque esto sí lo es.

«Esto».

—Da igual, tu opinión no cambiará mi verdad, Darien —dije intentando controlar mi pulso, sin querer tratar de averiguar qué quería decir con «esto»—. Tú y yo somos muy diferentes. Puede que tu sitio este aquí, pero puedo asegurarte que el mío no. Aquí no hay nada para mí. —Dicho esto, seguí subiendo sin mirar atrás.

Deseando dar con algo que me permitiera alejarme de la voz que ya se había colado en mi cabeza. No era la suya. Era otra. Una que se parecía mucho a la mía y que aseguraba que todo lo que había oído era verdad.

Capítulo 19

La mujer al otro lado del teléfono me hizo cerrar los ojos con fuerza.

—Siempre creí que la próxima vez que escuchara tu voz sería de aquí a veinte años, para hablar de tu herencia, mientras mi cuerpo intentara aferrarse a la vida en una lujosa cama de hospital.

—¿Y dónde estaría yo? —preguntó mi padre de fondo.

—Muerto, por supuesto —contestó mi madre—, pero no te preocupes, seguro que consigues vivir más que tu hijo.

Endurecí la mandíbula sintiendo el ardor en el estómago al tiempo que mis nudillos se volvían blancos de tanto apretar el puño.

—¿Sabe Dean algo de esto? —preguntó mi padre.

No, claro que no. Él es la prueba viviente de que puedes ser el paquete perfecto y aún así ser enviado a la dirección equivocada. Donde no te valoran, aunque seas un puto diez. No, desde luego que Dean no va a sufrir esto conmigo.

—No, ni lo sabrá —respondí—. Leísteis el contrato.

—Me hizo gracia que lo escribieras en el acuerdo —dijo mi padre al tiempo que oía el encendedor.

Él y sus puros. De pequeña solo recordaba ese olor en casa. *Bueno, y a whiskey.*

—¿No podríamos cenar los cuatro algún día? —preguntó mi madre con el interés con el que Dimas ojearía una revista de moda—. Sois nuestros hijos, deberíamos saber algo de vosotros.

Podríais haberos comportado como nuestros padres, pero no fue así. Nunca. A estas alturas habéis perdido la posibilidad de serlo y sinceramente, hace mucho tiempo que dejé de engañarme de que quisierais lo contrario, así que podríamos dejar ya de fingir.

—¿Alguno se ha casado? —siguió mi madre—. ¿O tenéis hijos?

—Esta no es una llamada personal —arranqué la tirita de golpe—, ¿cómo veis que nos centremos en el tema que nos atañe? Genial, todos de acuerdo. —Era muy difícil para mí obtener

respuestas útiles de ambos, ya que eran como un libro cerrado y con candado. Así que empecé con las preguntas concretas, pero no llegué a realizar la tercera—. ¿Cuándo vais a contactar con…?

—No vamos a darte esa información todavía, Annika —me cortó mi padre—. Las cosas no funcionan así. Cuanto menos sepas mejor para ti. Tanto del ámbito científico, como en el de inversores de la causa, había muchos interesados en que fueran otros quienes ocuparan el lugar de los Boyle.

—¿Y ya está? ¿Eso es todo lo que vais a darme después de dos semanas? ¿Acaso os habéis olvidado de cómo hacer vuestro trabajo?

—Tenemos claro que Vinsen Ancciatto —intervino mi madre después de su típico «no hace falta que la protejas, ya es mayorcita»—, padre de Ludovica, intentó en numerosas ocasiones firmar acuerdos con los Boyle. Acuerdos que, como poco, se encontraban en la línea difusa de lo legal.

Vaya, háblame de patrones. Eso se parece mucho a lo que Ludovica intentó pactar con Darien. Será cosa de familia.

—Pero los Boyle no lo hicieron, no llegaron a firmar nada, ¿cierto? —pregunté bajando el tono, mirando en dirección a Darien en la otra punta de la casa.

El concepto de espacio abierto hacía que la privacidad fuera inexistente. Sentí tentaciones de salir a fuera. *Así sería más fácil hablar con ellos. Demostrar de qué parte estoy, lo mucho que necesito saber la verdad de los Boyle.* Pero poco después de terminar de comer, había empezado a llover. Volví a centrar la atención en mis padres. Los Boyle nunca realizaron acciones ilegales, tal y como esperaba. Muchos nombres fueron pronunciados en esa conversación, algunos de los cuales mencionó el contacto del FBI que había conseguido Dimas en la última llamada. *Técnicamente ese contacto no está trabajando para nosotros, pero nos ayuda desde las sombras.*

Incluso entonces, después de todo lo que había pasado en mi carrera y mi vida, me sorprendía el poder que tenía el dinero. Estábamos ofreciendo grandiosas sumas, pero puerta tras puerta, la mayoría se nos cerraban en la cara.

—Entonces, ¿creéis que es posible que no fuera un accidente? —pregunté aprovechando el ruido de las herramientas de Darien.

—Sacar conclusiones precipitadas es típico de personas como tú, que no saben nada de este ámbito —dijo mi madre—, por suerte, nos estás pagando para que nos encarguemos de eso por

ti.

—Es evidente que tenemos un concepto distinto de lo que es la suerte —contesté bien alto para que me escuchara.

—¿Esa lengua aún no te ha hecho perder el trabajo? —Se rió—. ¿Qué? ¿Acaso has aprendido a utilizarla bien?

Damas y caballeros, resulta que sí se puede caer más bajo de lo que pensábamos. Mis tentaciones de colgar el teléfono fueron grandes, pero estaba más que acostumbrada a pasar por alto lo que deseaba, con tal de conseguir lo que quería.

—En el hipotético caso de que el accidente hubiera sido provocado —siguió mi padre—, saber cuál era el objetivo del asesino no será fácil dado el tiempo que ha pasado y el evidente interés de muchos en guardar silencio. La parte positiva de esto es que ya contábamos con ello. Ah, y que las fotos del *Ressence* junto a los informes de Darien han sido de utilidad a nuestros especialistas. Pero esto solo es la punta del iceberg.

Mis padres habían conseguido escalar en la pirámide de poder a gran velocidad. Eran muy buenos en lo suyo, averiguando aquello que los peces gordos querían mantener bajo la alfombra. Y aún así, habían pasado dos semanas y no tenían nada. La frustración me arrancó un gruñido.

—El resto de documentación era del todo adorable —dijo mi madre en un tono frío y desagradable.

—Sí, parece un policía de pueblo con aspiraciones de trabajar en la ciudad —corroboró mi padre.

Me tuve que morder la lengua para controlarme. Separé los labios para decir, no sabía muy bien qué, pero nada agradable, cuando mi padre intervino:

—Pensando con lógica, el primer supuesto sería que se tratara de una cuestión de dinero, porque siempre lo es —concluyó mi padre—. Pero al no haber bajado allí para extraer ninguna reliquia, sino un avance para la medicina, las ramificaciones de lo posible aumentan. Lo cierto es que una causa emocional sería lo más sencillo de suponer, teniendo en cuenta que quien estuvo detrás de esto tenía millones y pocos estarían dispuestos a arriesgarse con la cárcel solo por un poco más de fama y fortuna. Pero este caso ya ha sido estudiado por conocidos nuestros y a la conclusión que se llegó fue a la oficial: el caso Boyle fue un naufragio.

—Eso no significa que estén en lo cierto, pero nos da que pensar —dijo mi madre—. Tal vez no tengamos caso.

—Te llamaremos cuando tengamos noticias, mientras tanto, no nos molestes. —Y entonces colgaron.

Miré el teléfono sintiendo un vacío en el pecho, uno que hacía que mis latidos retumbaran con eco. Mi padre siempre se había comportado como si fuera la electricista que visitaba su empresa durante una mañana ajetreada: alguien de menor posición que se queda con parte de su atención, una que no estaba dispuesto a regalar. Pero aún así, incluso a pesar de que a mis veintinueve años ya debería estar más que acostumbrada, sentaba como un puñetazo en el estómago. Dejé el teléfono encima de la mesa y seguí trabajando. Un estruendo me hizo levantar la cabeza del portátil inundado de malas noticias y caminos sin salida. Vi a Darien tratando de levantar una pieza blanca de medio metro que parecía pesar cinco toneladas. Me levanté de inmediato para ayudarle, pero antes de que llegara hasta él, la puso en pie. Por miedo a que supiera por qué me había levantado de la mesa, fui hasta el baño. El único lugar con puerta de toda la casa.

—No me afecta —le dije a mi reflejo, en voz tan baja que casi no lo dije—. No son nadie para mí y no me definen. —*Que ellos no me quieran, no significa que Dean no lo haga. Que no me lo merezca que otros lo hagan también.* Hice una serie de respiraciones profundas y cuadré los hombros—. Incluso en mi peor momento puedo ganarles en el mejor de los suyos. No importa lo difícil que me lo pongan. —*No están en mi vida. No van a volver a ella. Esto solo es temporal. Es por una buena causa y no voy a dejar que me afecte. Saber qué les pasó a los Boyle es lo único que importa*—. Son negocios, nada más. No son mi familia. Dean ni siquiera va a enterarse, dentro de nada esto será un trago amargo que quedará en el pasado. Nada más. —Solté el aire que había vuelto a contener.

Cuando salí de allí, Darien ya no estaba junto al *Ressence*, sino junto a mi mesa.

—¿Necesitas algo? —pregunté a su espalda.

A sus hombros anchos, que cuando se enfocaban en mi dirección casi sentía que me arropaban. *Algo que debería impulsarme a que me aleje, pero no lo hace.* Un trueno sonó en la lejanía.

—No, solo venía a dejarte esto. —Se dio la vuelta y pude ver lo que había dejado en la mesa—. No quería interrumpirte. Te lo habría dado antes si no fuera porque has tardado una eternidad en hacer una pausa.

—¿Qué es? —pregunté, a lo que Darien se encogió de hombros como primera respuesta.

—Dijiste que te gustaban las bebidas con caramelo —contestó después—. Lo han traído hoy desde Italia. Está mezclado con café puede que te guste.

Algo se retorció en mi estómago, debilitándome.

—No fue eso lo que dije. Dije que me gustaba beber cualquier cosa de *Starbucks* que tuviera caramelo —le corregí, a la defensiva—. No me van las cosas naturales.

Me senté de nuevo en mi sitio bordeándolo. En un claro «ahora si me disculpas, puedes irte» educado y silencioso. *Vale, es posible que no fuera educado.* El que aparentemente no tenía sangre en las venas, sino paciencia, se limitó a ponérmelo en la mano.

—No hay nada parecido a eso por aquí —dijo su voz grave, masculina y melódica.

—¿No me digas? No me había dado cuenta.

Ladeó la cabeza y esta vez suspiró dejando que sus hombros cayeran hacia abajo.

—¿Puedes probarlo al menos?

Algo en su tono resquebrajó algo en mi pecho. Estaba siendo una imbécil. Esa versión de mi personalidad que tan explotada tenía en el trabajo. Miré el brik moviéndolo con cuidado entre los dedos. Me obligué a dejarlo en la mesa a pesar de que se me había secado la garganta con ganas de probarlo.

—Tal vez luego. —*Querías distancia profesional. Bien, ahora yo también la quiero. No, la necesito. Tanto como el aire que me falta cuando estás así de cerca. Así que piérdete. Vete lejos* —. Tengo mucho que hacer todavía, Darien, así que…

Él asintió, alejándose sin pronunciar esas palabras que casi vi dibujadas en sus labios. Cuando creí que podía volver a respirar tranquila, él rompió el silencio:

—¿Es por tus padres?

—¿Disculpa?

—Tu enfado. ¿O es por lo de antes?

—De nuevo, vivimos en mundos distintos, Darien. Porque en el tuyo tienes que elegir entre esto o aquello, pero en el mío puedes tener las dos cosas.

Endureció la mandíbula y volvió hasta mí. *Mierda, no.* Se agachó frente a mí y a pesar de que yo estaba sentada, eso dejó su cara a un nivel algo superior a la mía. *Qué alto.* Maldije en olor a mar y hojas quemadas.

—¿Qué? —pregunté incapaz de seguir soportando la forma en que su mirada gris me atravesaba entera.

Nunca me ha gustado el gris. Nunca. Y eso no va a cambiar. Es el peor color, lo sabe todo el mundo. No es blanco, ni es negro, ni es nada.

—¿Cómo alguien tan valiente puede ser tan cobarde?

Capítulo 20

—¿Perdón? —Subí todos los muros a sabiendas que lo que venía iba a doler.

—Todo lo que has conseguido en tu carrera, lo trabajadora que eres y lo terca, que hayas venido hasta aquí, que hayas dejado tus absurdos zapatos a un lado y te hayas puesto esas botas, que hayas contactado a tus padres pese a lo difícil que es vuestra relación, no hace otra cosa que demostrar que estás dispuesta a todo con tal de conseguir lo que quieres. Eres valiente, atrevida y no tienes límite. Pero la carta es muy diferente si le das la vuelta. Si hablamos del ámbito personal y no del laboral. Si la giras, ya no tiene color, ni dibujos, ni nada.

—Un insulto muy elaborado, eso tengo que reconocértelo —dije mordiéndome la lengua con fuerza.

—No es un insulto, Annika, es la verdad. Tu vida está vacía y es culpa tuya que así sea.

Me levanté. Preferiría que alguien dejara caer el *Ressence* sobre mi cabeza antes de que él me viera llorar. Pero joder, iba a ponérmelo difícil.

—No deberías hablar así a alguien en cuyas manos está descubrir lo que le pasó a tus padres —dije dándole la espalda.

—Ellos no están aquí. Tú sí.

Atónita. Me dejó del todo atónita.

—¿Qué quiere decir eso? ¿Que te da igual? —Me acerqué dejando que la ira inundara mis pasos—. ¿Acaso esto es una broma para ti? ¿Sabes lo que estoy teniendo que soportar para conseguir averiguar la verdad?

—Pues déjalo.

—¿Qué?

—Esto no lo haces por mí, Annika, lo haces por ti. Por la *Nihafryta*. Por el dinero. Ese es el quid de la cuestión.

—No tienes ni idea de…

—Te convences de que tus sentimientos no importan —habló encima de mí—, de que no son relevantes si el fin te compensa.

—Eso significa ser un adulto, Darien.

—No, en absoluto. Eso significa que no te han querido y que no has aprendido a hacerlo tú sola. Porque tú deberías estar por delante de todo eso.

Dije algo. Puede que un insulto. Todo pasó muy deprisa. Casi arranqué el pomo de la puerta de sitio. Lo siguiente que supe fue que los truenos sonaban mucho más cercanos y que la lluvia me mojaba la cara. Mi estómago se encogió con un sollozo, pero no lo dejé salir. Lo contuve. Como había hecho tantas otras veces.

—Annika, por favor vuelve dentro. ¡Annika! —Su tono alarmado casi detuvo mis pasos, pero la rabia que me dio reconocérmelo me hizo acelerar aún más, amortizando cada uno de los dólares que le había pagado a Finbar. Una mano firme y cálida rodeó mi muñeca—. No puedes bajar ahora, es muy peligroso.

No fui capaz de contestarle. Había insultos de todo tipo en la punta de mi lengua esperando a ser pronunciados, pero mi fuerza era un colchón deshinchado a punto de tocar el suelo y fundirse con él. Intenté poner distancia, pero su agarre nos mantuvo cerca. Volvió a detenerme y si las miradas mataran, la mía… probablemente no le hubiera hecho ni un solo rasguño.

—Te mereces mucho más de lo que te das. Tu vida no tiene por qué ser así. Tú importas más que tu trabajo.

—Suéltame —dije tan flojo que probablemente no me escuchó.

Los truenos tampoco ayudaron.

—Boston no te está haciendo ningún bien. —Sus ojos emanaban un sentimiento tan poderoso que quise arrancarme de su agarre, dispuesta a quitarme la piel con tal de alejarlo de mí —. Si tienes que estar ocupada desde que abres los ojos hasta que los cierras otra vez, sin un solo fragmento libre, es que estás huyendo. Y lo entiendo, créeme. Pero no tienes que seguir así para siempre, si no quieres. Puedes tener una vida llena de personas que vean la clase de chica que eres y sepan valorarlo. Personas con las que compartir tu…

—¡He dicho que me sueltes! —Le grité y lo hizo de forma inmediata.

Incluso dio un paso atrás. O dos. Sus labios se separaron varias veces buscando las palabras adecuadas, pero no parecía dar con ellas. Las gotitas caían sin freno por sus mechones, mojándole la cara.

—No tienes ningún derecho a opinar sobre mi vida, Darien. —Mi pecho se hinchó con odio cuando me di la vuelta y me alejé.

Mi ropa cada vez pesaba más y más.

—No llegarás al hostal de Brianna —me siguió—, no diluviando así. Por favor, vuelve dentro. No tenemos que hablar si no quieres.

—Ni siquiera voy a pasar por el hostal.

—¿De qué estás hablando?

—Me voy de Leganhyr. Es evidente que esto ha sido un error. —Caminé en dirección sur, hacia el aeropuerto.

Tal vez cuando llegase habría dejado de llover.

—¿De qué estás hablando?

—Yo no soy policía, tú no estás interesado en saber nada, ¡y es evidente que todos estamos perdiendo el tiempo a lo grande!

—Lo siento.

Lejos de calmarme, su disculpa me dolió más. Hizo la herida más profunda.

—¿Qué sientes? —le encaré—. ¿Haber hecho perder el tiempo a una mujer de negocios insensible, impersonal que solo piensa en el dinero?

—Yo nunca he dicho eso. —Lo afilado que se volvió su rostro cuando la seriedad acompañada de la rotundidad lo inundaron todo, podría haber cortado cristal sin esfuerzo.

—Oh, cierto, disculpa, una carta vacía, eso es lo que has dicho.

—No me estás entendiendo. No es lo que pienso de ti.

Capítulo 21

—Sí lo es. Es lo que desprende tu cuerpo cada vez que estamos cerca. Es evidente lo que piensas de mí sin siquiera decirlo, pero es que resulta que sí lo has dicho.

Eso lo enfadó, pero por algún motivo pareció querer controlar ese enfado. Como si no quisiera discutir tanto como yo deseaba.

—Tú te obligas a ser algo que no eres. Te obligas a callar lo que sientes, a priorizar superficialidades que jamás te harán sentir plena, Annika. Eso es a lo que me refería con lo de la carta. Quería hacerte ver que tu vida puede ser mucho más de lo que es, porque tú eres mucho más de lo que te permites ser.

—¡¿Y quién eres tú para opinar sobre cómo debe ser mi vida? —grité.

¿Y por qué me importa más de lo que debería que lo hagas? Grité todavía más fuerte para mis adentros. Caminé dejándolo atrás, sintiendo que el enfado me quemaba hasta las palmas de las manos. Darien me alcanzó, esta vez sin tocarme. Estaba tan empapado como yo y parecía importarle igual de poco. A pesar de que hacía frío. A pesar de que la sensación era desagradable y probablemente acabáramos cogiendo una pulmonía.

—¿Puedes darme un segundo y no caminar tan deprisa? Te vas a caer.

—¡No hagas eso! No finjas que te preocupas, es repugnante —eso le dolió y saboreé tanto el momento que por poco sonreí—. Y deja de seguirme. Lo que haga no te incumbe ni a ti, ni a la maldita tormenta. Soy una mujer adulta que puede hacer lo que le venga en gana y lo que me apetece hacer ahora ¡es ceder ante lo que llevo queriendo desde que pisé este maldito pueblo!

—No piensas lo que dices.

—Sí, sí que lo hago. Porque aunque tú no lo creas sé muy bien quién soy. —Me detuve sin poder ignorar que todo mi cuerpo ardía con la necesidad de convencerle—. Igual que sé que a la hija de Rhoger le gustan los cómics, Taylor Swift y que va a ser bioquímica a pesar de que solo tiene dieciséis y lo lógico sería que estuviera mucho más confundida y que fuera mucho menos interesante. Pero ha salido a su padre, un hombre que conquistó al amor de su vida a pesar de que la vida no se lo había puesto nada fácil y que la suerte no sabía la dirección de su casa ni

remotamente. ¿Y me odia por tener que hacerme de chófer todos los días? Joder, no lo sé, tal vez sí. Igual que, quizá, Donna tampoco me soporte. Lleva prometida a Jheyson casi desde que la conozco y va a invitarme a su boda, pero es posible que piense esperar a entonces para llevar a cabo su vendetta. Ya sabes, gritarme una vez llegue al altar por todas las veces que nos hemos quedado trabajando hasta mucho después de las dos de la madrugada, ¿y para qué? Ella ni siquiera cobra lo que yo. Pues claro que debe odiarme. Pero tú tienes a Cairenn, sangre de tu sangre. Que te quiere tanto como apuesto a que te querían tus padres. ¿Y qué tengo yo? A mi hermano y al resto del parque de bomberos con los que paso las Navidades desde hace años. Porque puede que mis padres nos dejaran sin un hogar, pero Dean se encargó de hacerse uno nuevo, porque es mucho mejor persona que yo, le quieren allá donde va y ha tenido la delicadeza de dejarme formar parte de ese mundo. Aunque puede que tú no creas que me lo merezca en absoluto porque solo pienso en el dinero y nada más. ¿Y quién sabe? Tal vez tengas razón. Pero si tan vacía te parece que estoy, podrías apartarte de mi puto camino ¡y dejar que me vaya!

La plata se había vuelto líquida, candente y dolorosa. Tanto que mi corazón se dio la vuelta y arruinó todos mis esfuerzos por contener las lágrimas. Pero Darien no lo vio, porque cerró los ojos en el preciso instante en que sus labios chocaron contra los míos. El beso fue intenso desde el primer segundo. De la clase que te desarma incluso cuando todos tus caballos han sido entrenados para ganar la competición opuesta. Su mano alcanzó mi mejilla y limpió las lágrimas al tiempo que inclinaba mi cabeza. No apartó ni una sola gota de lluvia, solo mis lágrimas. Dejé de luchar. Le devolví el beso, tanto como deseaba, y eso fue lo peor que pude hacer porque el nudo en mi garganta se volvió insoportable y la necesidad me hizo atraerlo más hacia mí. No fui consciente de quién profundizó el beso primero, pero sentí que acabaría por devorarle. En mi corazón había una guerra entre todo lo que dolía y aquello que más poder tenía para sanar. Entre la verdad que se había desatado y mi puro terror a perder el control. Pero sus manos llegaron hasta mi cintura y tiraron de mí hacia arriba, le rodeé con las piernas y entonces dejé de pensar. Sus labios eran así de poderosos. Sus manos me sostenían con una firmeza que aseguraban protección eterna, empujándome contra sí como si la idea de tener espacio fuera del todo inadmisible. Por eso no me di cuenta cuando nos movimos y la lluvia dejó de caer sobre nosotros con la fiereza con la que nos besábamos, ni si llegamos a cerrar la puerta de la casa.

Nunca me habían besado así.

De hecho, Darien me hizo pensar que realidad, nunca me habían besado. No de verdad.

Jamás había sentido ese placer que provocaba un espasmo directo en mi alma, electrificando todo lo que tenía dentro, arrollando y derritiendo todo lo que encontraba a su paso. No a un nivel que creía que acabaría haciéndome polvo de un modo por el que moriría una y mil veces. Jadeé saboreando sus labios. Su lengua. Incapaz de sentirme saciada. Una duda me asaltó. Ni cama, ni sofá, ni ninguna variante. *Mierda*. Un segundo después mi espalda dio contra su lugar de trabajo y supuse que podría valer. Algunas herramientas estaban ahora en el suelo y a pesar de que estaba segura de que esa estantería metalizada no aguantaría mi peso, ninguno de los dos hizo nada al respecto. Bueno, Darien se apoyó contra mí y casi gruñí. Era tan perfecto. No fui capaz de pensar en nada más que el calor que desprendía su cuerpo y en la firmeza que viajaba de sus hombros a su abdomen, sin olvidarse de su pecho. Había mucho más de su anatomía que quería sentir, pero la posición no me lo permitía. Las gotitas que caían de su pelo me mojaban las mejillas, pero lo único en lo que podía centrarme era en lo que me oprimía el pecho. Contacto directo a mi corazón. Se había hecho con la llave, esa que creía perdida, y ya no había nada que pudiera hacer para quitársela.

Darien inclinó mi cabeza regalándonos un mejor ángulo y la forma en la que hizo lo que hizo fue obscena. Gemí en sus labios y él gruñó y se tensó como reacción. Eso me volvió líquida. Necesitada de una forma tan salvaje que me obligó a ver las estrellas demasiado pronto. No entendía la clase de poder que tenía sobre mí, pero me dominaba. Habría sido capaz de regalarle todas mis pertenencias y luego darle las gracias. Entonces Darien se detuvo y me miró, con la respiración agitada y los labios tan rojos como suponía que estarían los míos. Durante unos segundos su mano permaneció en mi mejilla y ambos nos quedamos muy quietos. Si hubiera tenido que apostar hubiera jurado que lo último que quería Darien Boyle era que fuera a alguna otra parte. Bajó la cabeza y su frente se apoyó con suavidad contra la mía. No quería hablar, pero quería escucharle. Quería escuchar todo lo que tuviera que decir.

—Tú lo eres todo, Annika. Y es eso lo que te mereces.

Un escalofrío doloroso me recorrió de arriba abajo y el nudo en mi garganta se hizo muy difícil tragar. Pero no aparté la mirada.

—Si de verdad quieres irte porque no eres feliz aquí, de acuerdo —siguió—. Pero creo que puedes serlo como nunca lo has sido en tu vida. —Bajó el tono y acarició mis labios con los dedos, luego mi cuello hasta detenerse en mis hombros—. Dime si aquí te resulta más difícil que allí ocultar tu preocupación por aquellos que te importan.

Asentí, ganándome otra caricia.

—Dime si te costaría más ser esa versión de ti que te has acostumbrado a ser, que oculta todo el dolor con el que has estado cargando desde hace años.

Las lágrimas descendieron por mi rostro silenciosas, pero eso no me impidió asentir de nuevo. Darien se había cargado mis barreras y había llegado hasta mi verdadero yo. Ya no había vuelta atrás. Había dado voz a una verdad que sabía desde hace años, pero que con mucho esfuerzo había ignorado. No dije ni una sola palabra, pero supe que no hacía falta. Él ya lo sabía. No tenía ni idea de en qué momento había leído cada suceso de mi vida como un libro abierto. Pero no importaba.

Apreté un poco mi agarre en sus caderas, porque tenía miedo a demasiadas cosas. A que se alejara ahora que sabía la verdad, a que se arrepintiera de haber dado el paso, a que acabara viéndome como un corazón roto, a que no fuera suficiente… Sus labios volvieron a estar sobre los míos y me besó, como si quisiera apartar cada pensamiento doloroso. *Y de qué forma.* Mi espalda pasó a estar contra la pared segundos después y los rayos fuera de la casa, que iluminaban la estancia de forma intermitente, dejaron de existir. La forma en la que bebía de mí… Darien parecía necesitarme incluso más de lo que yo le necesitaba a él. Aún así percibí cierta reticencia. ¿Era su forma de mantenerse bajo control? ¿O era algo más? Los besos se volvieron más lentos y profundos. Calentando mi sangre y también mi alma. Susurrando las palabras más hermosas de este mundo, esas que nunca me había permitido escuchar. Hasta ahora. Lo atraje hacia mí. Como si no pudiera resistirse, su cuerpo se presionó contra el mío y… *joder. Sí. Sí, por favor.* Esa vez pude sentirle con todo detalle. Permitiéndome saber que su deseo era tan fuerte como el mío. Mis pulmones no parecían tener suficiente oxígeno. La pasión a punto de ser explorada que latía en mi pecho a toda velocidad, borró a todos aquellos con los que había compartido algo similar, pero cuyos colores no se parecían en nada a Darien. *No tiene competencia. Nunca la ha tenido.* Gemí y cuando me moví contra él impaciente, le arranqué un sonido delicioso desde lo más profundo de su preciosa garganta. Entonces se separó y como si fuera un tesoro preciado me depositó en el suelo con delicadeza mientras yo me agarraba a sus hombros. Incapaz de soltarle y de comprender por qué seguíamos vestidos. Entonces lo dijo.

—No debería haber hecho eso. —El rayo retumbó en mi interior, a pesar de que fuera había dejado de tronar. Mi cuerpo se tensó y me obligué a soltarle. Darien dejó salir un suspiro al tiempo que sus hombros bajaban un poco—. Pero necesitaba hacerte entender lo que siento.

—N-no lo entiendo. —Si había algo que sentía por mí, ¿por qué se arrepentía?

—Necesitaba hacerte ver que siento lo opuesto a desprecio por ti y que si dejaras de ponerte en un segundo plano verías que la lista de personas a las que les pasa lo mismo es muy larga.

—Y entonces, ¿por qué…? —*Palabras. Sí. Me faltan*—. ¿Por qué has parado? Porque yo no lo habría hecho —admití demasiado rápido.

¿Qué te parece? Ahora solo sé hablar en vulnerabilidad. Darien se tomó un momento. Su pecho se hinchó con una respiración profunda. Mirando mis labios, quemando la piel de mi cara mientras subía hasta mis ojos. Pero los suyos habían vuelto a tener ese toque triste y lo odiaba.

—No me conoces todavía.

—Eso es culpa tuya y tus intentos de mantener esto de forma estrictamente profesional.

—Porque sabía que esto pasaría.

—¿Por qué? —Alcé una ceja—. ¿Soy tu tipo?

Sus ojos hablaron tan alto que me arrancaron las ganas de tomarme esto a broma de un plumazo. *Esto va mucho más allá de la apariencia física. Ya lo sé. Pero no olvides con quién estás hablando.* Sacudí la cabeza y quise pedirle perdón, pero no tuve tiempo.

—Nunca me acostaría contigo así, Annika.

—¿A-así? —repetí sintiendo calor por haberle oído pronunciar esas palabras. Sin poder frenar mi imaginación, ni las imágenes que se reprodujeron en mi mente. Era evidente para mí que no se refería a una casa sin una cama, ni nada parecido. Lo que no estaba diciendo iba más allá, era sobre él y sobre mí, *«no me conoces todavía»*. Pasé por encima de mis emociones con tal de poder articular palabra—. Entonces permíteme conocerte.

Sus ojos brillaron de forma distinta esta vez. Tenían luz propia y resultaba imposible apartar la vista de ellos. Mi corazón habló alto y claro: *el gris es mi color favorito.* Entonces Darien puso su condición.

—Solo si existe una posibilidad, por pequeña que sea, de que no te vayas.

Un jadeo salió de mi garganta.

—Darien, yo…

—Ya lo sé —intervino—. Sé que tu vida está allí, pero eso puede cambiar. No le has dado una oportunidad a este lugar. Ni a mí. —Lo cerca que estaba todavía de mis labios era tentador, doloroso, me quemaba la piel y me sacudía por dentro—. Si de verdad estás dispuesta a

considerarlo aunque sea remotamente, de acuerdo. Pero si no, lo siento. —Se apartó un poco. Pareció ganar altura demás de distancia, y volverse aún más grande. Supe que no iba a dar su brazo a torcer en ese aspecto—. Tengo que pensar en lo que quedará aquí cuando te vayas —dijo, aunque en realidad oí «lo que quedará de mí», pues fue eso lo que juraron sus ojos.

Una voz en mi cabeza aseguró que Darien perdería el interés más pronto que tarde. Pero esa voz femenina no era la mía. Esa voz era la misma que había oído por teléfono hacía no demasiado. Me sentí como una vela encendida en plena tormenta, incapaz de verse afectada por la lluvia. Algo que hablaba de mi propia fortaleza, que me aseguraba que todo había estado haciéndome a mí misma debía parar. Pensar que Darien hablaba en serio en cuanto a la idea de quedarme aquí era una maldita locura. Mi vida estaba en Boston, junto a mi personalidad entera. Pero esa frialdad agarrada a la espalda que me acompañaba a todas partes en Boston, no estaba aquí conmigo ahora. Y no importaba que estuviéramos en una casa alejada en una montaña perdida en Irlanda, no me sentía sola. *Y eso solo es la punta del iceberg.* La adrenalina zumbaba en mi interior mientras le tendía la mano que puede que también me temblara un poco, como el resto del cuerpo.

—Hola, soy Annika Collymore. Encantada de conocerte.

La miró. Como si fuera todo lo que quería y a su vez, algo de lo que deseaba alejarse. Entonces su mirada plateada se alzó hasta la mía y el contacto fue casi instantáneo, la calidez abrasadora y lo que se nos venía encima, algo contra lo que ninguno de los dos parecía dispuesto a luchar.

—Darien Boyle. Un placer.

Capítulo 22

Fui a por mi desayuno al *Eejit* cuando faltaban unos diez minutos para las siete. *Ya sabes, antes de que Leganhyr se convierta en la representación irlandesa de «mi aldea» de la Bella y la Bestia y yo tenga que verlo.* No había ni un resquicio de esperanza en mí de encontrarme al motivo por el que no había podido pegar ojo en toda la noche. Pero ahí estaba. Mi corazón dejó de latir. *Así no empezamos bien. No voy a vivir ni una semana.*

—Darien, ¿qué…? —murmuré.

—Hiya —dijo en tono suave.

La luz cálida del local hacía maravillas con su rostro, pero el aura que desprendía… oh, eso era todo cosa suya. Me acerqué a la barra en la que estaba apoyado tras devolverle el saludo a él y a la mujer que trajinaba con tazas vacías.

—¿Qué haces aquí?

—Cairenn necesitaba ayuda, la hija de Lyka se ha puesto enferma, nada grave. Pero no podía ayudarla hoy así que…

Así que te has levantado antes para ayudarla. Claro. Obviamente no era por mi, ¿en qué pensaba?

—Hace quince minutos que ya no eres necesario aquí —intervino Cairenn sin mirarnos a ninguno—, no mientas a la muchacha a la que estabas esperando.

Mis labios no pudieron contener más la sonrisa. Creí que Cairenn me serviría la habitual cerveza negra (ya que seguía sin servirme café por mucho que yo se lo pidiera) y que tendría que pagarlo aunque no bebiera ni un sorbo. Pero se llevó dos tazas vacías a la cocina así que me ilusioné porque tal vez hoy sería el día predilecto (y también porque nos dejó a solas). Quería besarle y todas las células de mi cuerpo se retorcían con necesidad de que él me besara. Pero no me moví del sitio. *«Nunca me acostaría contigo así, Annika»,* sonó de nuevo en mi cabeza. *Ahora somos amigos, dos personas que están empezando a conocerse. Contrólate.*

—¿Y cuál es el plan para hoy? —le pregunté, pues a pesar de que había acabado con el *Emblema,* todo Leganhyr parecía necesitarlo para esto y aquello—. No podemos pasar todo el

día juntos —*no me concentraré nada*—, acabaría odiándote.

Sonrió como si hubiera oído lo que no había dicho. *Au. ¡Au!* Ninguna sonrisa debería ser así de radiante, en consideración por aquellos que se toparan con ella. Las pecas de su nariz también tendrían que cortarse un poco. A nadie deberían quedarle tan bien las camisas blancas, cada una un tanto diferente entre sí, pero solo a ojos de quien de verdad se fijara. ¿Y esa especie de corbata anudada en su cuello de forma despreocupada de la que me apetecía tirar para besarle? *Esto de ser amigos se me va a dar bastante mal.*

—Esta mañana voy a ayudar a Niall con unas existencias que llegan desde Francia.

—Vaya —solté demasiado rápido, a lo que él unió las cejas—. Qué bien. Era un «vaya» bueno —cambié la entonación a una más alegre pero seguía siendo un «vaya»—. Niall estará muy contento.

Darien se mostró un tanto inexpresivo y yo odié no poder leerle con la facilidad con la que lo hacía con mis clientes. *En casa todo es más fácil. Cada persona de Leganhyr es un mundo desconocido.* Mi móvil empezó a vibrar con un montón de mensajes nuevos. *De hace horas, seguro, pero que me llegan cuando les apetece.*

Dimas: llámame cuando leas esto. No importa la hora que sea.

Volví a guardarme el móvil intentando mostrarme tan inexpresiva como él.

—¿Todo bien? —preguntó.

No. Sí. ¿Puede? Había una posibilidad: que Dimas hubiera descubierto algo. Me había prometido a mí misma que si al final el resultado de nuestra búsqueda no era bueno, encontraría la forma más delicada de darle la noticia a Darien. Esperaba que no hubiera llegado el momento.

—Me echan de menos en casa, nada importante.

Cairenn apareció antes de que ninguno dijera nada más. Puso la taza frente a mí y había… *Café. Es café. Sí lo es.*

—No te lo he traído para que lo mires, sino para que te lo bebas —soltó Cairenn empujándome para salir del trance de inmediato.

Cogí la taza y el sonido que emitió mi garganta no pudo hacer justicia al gusto que sentí en el momento en que el caramelo inundó mi lengua, caliente y mezclado con el café. Darien se rio por lo bajo.

—Cómprate un protector solar en el mercado cuanto antes, chica —añadió Cairenn dejándome muda.

—Oh, ¿pero qué…? —pregunté, pero Cairenn se fue antes de que mi cerebro consiguiera procesar la situación—. Esto es cosa tuya.

Darien negó con la cabeza, pero pude leer a través de su mentira.

—Es como el que me preparaste ayer —dije poniendo las cartas sobre la mesa—. Le has pedido que me lo haga ella.

Sus labios se quedaron abiertos unas milésimas de segundos. Lo suficiente como para que mi mirada cayera sobre ellos. Tan masculinos y gruesos. *Llenos. Atractivos.* Con una peca cerca del borde inferior, tan clara que casi pasaba desapercibida. Apartó la mirada y ordenó:

—Bebe. Tenemos que irnos antes de que vengan todos.

—¿Por qué? —pregunté sin pasar por alto el hecho de que había hablado en plural.

—Tú bebe.

Como alguien a quien le obligaban a terminarse su algodón de azúcar acepté sin hacer (más) preguntas. Cuando nos levantamos faltaba cosa de un minuto para las siete. Saqué el dinero tan rápido como pude, pero Darien puso el suyo sobre la barra, cogió mi mano y tiró de ella. Mi boca se abrió para decir muchas cosas, pero no dije ninguna. *Hace mucho que nadie me invita a nada.* Era posible que tuviera algo que ver con que la única persona con la que solía salir a comer era Donna y siempre invitaba yo por las razones evidentes. Traté de contener la sonrisa, pero no pude. Su agarre era firme y cálido, como la delicia que acababa de beberme. *No, ¿qué digo? Mucho mejor.* Darien no aminoró el paso hasta que estuvimos fuera del camino, como si pensáramos bajar a los muelles. Oí los habituales intercambios de buenos días de Leganhyr en el preciso momento en que sus labios estuvieron sobre los míos. El beso estuvo cargado de emociones demasiado fuertes para ser tan temprano.

Como si él lo hubiera estado deseando tanto como yo ahí dentro.

Como si él tampoco hubiera podido pegar ojo en toda la noche.

No entendía por qué me acariciaba así. De esa forma tan delicada y dulce que hacía que mi cuerpo tuviera espasmos y amenazara con rendirse ante él para siempre. No sabía que alguien, (no, que él) podría tener un lado tan… ¿tierno? ¿Vulnerable? ¿Íntimo? Todo lo anterior, sin duda. Pero lo que menos hubiera podido imaginar era que Darien abriría esa puerta para mí y que yo la cruzaría. *Esto es una maldita locura.* Justo en el epicentro de mis terminaciones nerviosas,

ahí parecía estar jugando con su lengua. Pero estaba moviéndose solo en mi boca y yo… ya era suya. Nunca había deseado tanto a una persona. Su mano me atrajo hacia él de un modo que quise fundirme contra su cuerpo. El frío a nuestro alrededor dejó de existir y las llamas nos rodearon desde dentro. *«Tú lo eres todo, Annika. Y es eso lo que te mereces»*. Me estremecí. Su voz me calaba muy adentro, a estas alturas ya sabía que viviría para siempre en mi cabeza sin necesidad de pagar alquiler. Eso me hizo arder a un nivel peligroso. Tuve que bloquear la voz del miedo cuando aseguró que era demasiado, cuando amenazó con traerme de vuelta a una realidad en la que ya no quería vivir. *Aquí. Justo aquí. En ningún otro lugar, ni momento.* Cuando nos separamos, ninguno de los dos habló de inmediato. Su respiración agitada y sus labios a los que yo había afectado eran una visión demasiado perfecta como para romperla con palabras. Apartó un mechón corto que no me llegaba hasta la oreja y lo puso detrás de esta con suavidad. *Podría acostumbrarme a esto tan (tan) fácilmente. Pero no debería. Porque cuanto más alto vuele más dolerá la caída y siempre hay una caída.* Esa caída prometía no hacerme rasguños, sino romperme todos los huesos del cuerpo.

—¿Por qué no vienes? —Sus dedos subían con suavidad por mis brazos y luego volvían a bajar.

Calmando mi mente aterrada. Deseé que el contacto fuera directo y no hubiera un jersey interponiéndose.

—¿A dónde?

—Al muelle.

Me hubiera gustado formar parte de lo que fuera en lo que él estuviera involucrado. *Cualquier cosa, en serio, sea lo que sea.* Pero tuve que negarme porque debía hablar con Dimas. Esa línea de pensamiento que estaba evitando a toda costa enfurecía las bases de mi raciocinio. Pero a lo grande. Así que quedamos en vernos más tarde.

—Gracias —le dije mientras caminábamos uno al lado del otro.

—¿Por qué?

—Por el desayuno y… por todo lo demás.

—¿Te refieres al beso? —su rostro se volvió peligroso.

—No, no te daba las gracias por el beso. —*Aunque debería.*

Y tal vez hacerte preguntas. Muchas. Montones. Y pedirte que vuelvas a hacerlo. O que no dejes de hacerlo nunca.

—Me siento dolido —se llevó una mano al pecho.

—Siempre puedes intentar ganarte ese agradecimiento.

Esperaba que me besara, pero no lo hizo. Sus ojos brillaron de una forma insana y luego su voz ronca dijo:

—*Tá tú go hálainn,* Annika.

—¿Qué significa? —quise saber.

Pero no contestó. Sin darme cuenta ya habíamos llegado a la bifurcación en la que nos separábamos. Darien se dio la vuelta no sin antes dedicarme una sonrisa fanfarrona e irritante del todo espléndida. *¿Tá…? ¿Tá tú…?* Tras unos segundos embobada mirándole alejarse de mí, subí hacia la casa con la única compañía del *Ressence* tan rápido como pude.

♥

Cuando llegué arriba la única palabra que recordaba era *hálainn. Hermosa. Significa hermosa*. Como no tenía motivo alguno para guardar las apariencias sonreí y puede que me riera como una idiota. Pero mi teléfono me recordó con su presencia que tenía trabajo. Así que hice lo que Dimas me había pedido: llamarle fuera la hora que fuera. Que respondiera con tanta rapidez ya demostraba lo malo que era el asunto.

—¿Qué han hecho? —Fue lo primero que pregunté.

Capítulo 23

La voz de Dimas empezó a narrar la forma en la que mis padres habían encontrado un vacío legal en nuestro acuerdo por el que sacarnos dinero. Dos millones de dólares nada menos. «Calderilla para vosotros». Eso fue lo que le dijo mi madre a Dimas cuando le llamó para pedirle explicaciones. Si no fuera la reina en cuanto a ocultar emociones se refiere, habría gritado hasta quedarme afónica.

—¿Cuál es el plan? —pregunté—. ¿Sabemos si quieren romper el acuerdo? ¿Acaso han descubierto algo y quieren venderle la información a otra persona?

—No, no quieren romper el acuerdo —dijo Dimas a lo que solté un suspiro de alivio—. Solo lo hacen para obtener un poco de financiación extra. —Resopló—. Me fascina la forma que tiene esta gente de robarnos en la cara y atreverse a sonreírnos después.

—Lo siento mucho, Dimas.

—Esto no es culpa tuya, Annika. Es del abogado al que he despedido por no haberlo visto venir. Por cierto, nos han demandado.

—¿Cómo dices?

—La compañía de Ludovica Ancciatto. Por lo visto nuestro interés por el caso Boyle se ha filtrado a la prensa y su compañía dice que estamos intentando destruir la imagen de la recién fallecida sacando a la luz el pasado.

—¿Perdón?

—Dicen que lejos de interesarnos por Adara y Flynn Boyle, cuyo caso está más que cerrado, lo que pretendemos es buscar la forma de demostrar que Ludovica llevó a Leganhyr no sé qué equipos con tal de robar la *Nihafryta*.

—¿Es cierto? ¿Los trajo?

—No, claro que no. Ni siquiera se presentó personalmente en Irlanda, eso habría llamado demasiado la atención. Ya que, visto lo visto, todo se acaba sabiendo.

—No tienen caso, ¿verdad?

—La línea es algo difusa. —Dudó—. Si nos encontramos con un juez que tenga simpatía

por las causas que Ludovica apoyaba de forma pública, tal vez nos retrase o algo peor.

—No lo entiendo, no estamos haciendo nada ilegal.

—No, pero la demanda por daños y perjuicios nos obligaría a hacerlo todo de forma secreta, lo cual en nuestro idioma se traduciría por…

—Atarnos las manos a la espalda.

—Exacto.

—Mierda.

—Por suerte, tus padres van por libre.

—¿Suerte dices? —*Procede a gruñir una larga y rápida lista de insultos.*

—Escucha, tú ya estás haciendo más de lo que debes quedándote ahí, así que déjame que yo me ocupe de esto, ¿de acuerdo? No tienes de qué preocuparte.

—Pero acabas de decir que…

—Solo te lo he contado para que lo supieras —intervino—, y para que estuvieras aún más alerta con tus padres, nada más. ¿Annika?

—¿Qué?

—Sé que debe estar siendo muy difícil, pero aguanta un poco, ¿de acuerdo?

—Voy a llegar hasta el final de esto, Dimas. Cueste lo que cueste. —Si alguien había encubierto la verdad detrás del naufragio de los Boyle, y lo parecía teniendo en cuenta lo mucho que nos estaba costando encontrar gente dispuesta a hablar del tema, era el momento de destapar la verdad, de hacer justicia y de dar a su hijo lo que merecía.

—Y decidir a quién vender la *Nihafryta* será un privilegio solo tuyo —dijo recordándome el motivo por el que había venido a Leganhyr.

A pesar de que no fue la *Nihafryta* lo que me hizo marcar el número del diablo una vez colgué con Dimas. Ni fue la *Nihafryta* lo que me lo hizo más fácil que nunca. A pesar de la hora que era, sabía que responderían. *La gente como ellos no tiene horarios, ni límites. Por eso consiguen lo que quieren. Por eso han perdido a tantos por el camino.*

—Ya puede ser importante —dijo mi padre.

—¿Esta es vuestra sutil manera de hacernos entender que no sabéis cómo hacer vuestro trabajo? —pregunté en tono arisco—. ¿Nos robáis porque solo sabéis hacer eso?

—¿Quién es? —preguntó la voz de mi madre.

Ambos sonaban cansados, pero no parecía haberles despertado.

—Nadie, llama a Volkov tenemos que averiguar lo de Strauss antes del mediodía.

—¿No estáis dándole preferencia al caso de los Boyle? —La indignación marcó mis palabras.

—Las cosas no solo dependen de nosotros, Annika. Y no es nuestro estilo quedarnos de brazos cruzados a esperar a que un caso avance. No os hemos robado, hemos entrado por una puerta que teníais sin candado y créeme cualquier persona que conozca no se habría contentado con dos millones de estar en nuestra posición. Ahora lo sabéis y no volveréis a cometer ese error.

—Entonces supongo que debería darte las gracias.

—No, no deberías —oí unas puertas correderas cerrarse y un rayo me atravesó al pensar que eran las de nuestra antigua casa. Esa en la que ambos contaban con un despacho individual en los cuales sus hijos tenían terminantemente prohibido entrar. Sin importar que eso supusiera no poder utilizar la entrada principal de la casa. *Hogar dulce hogar*—. Pero sí tenemos noticias. El inglés Beylan Fond y la italiana Ludovica Ancciatto se conocieron a una temprana edad y tenemos motivos suficientes para afirmar que mantenían una relación romántica. Sabemos que fue Beylan quien hizo el obsequio a los Boyle, pero también hemos descartado la posibilidad de que Fond estuviera al tanto de lo que le pasaba al *Ressence*. —Me gustó la forma en que dio por hecho que lo que Darien había creído durante toda su vida, que la nave estaba dañada mucho antes de sumergirse, era cierto, pero aun así pregunté.

—¿Cómo lo sabéis?

—John-Luke Person, es un especialista en…

—Le conozco. Ha trabajado con Ocean Gold en muchas ocasiones.

—Bien, pues como sabrás, ha construido tres de las cinco mejores cápsulas de investigación submarina…

—Sí, lo sé —volví a interrumpir para que agilizara la charla.

—Opina firmemente que fue provocado. No cree que una ingeniería tan avanzada como el *Ressence* sufriera un fallo general por la colisión. De hecho, asegura que un choque lo bastante fuerte como para haberlo dañado irremediablemente, habría tenido que acabar en una explosión tan grave que Flynn y Adara Boyle hubieran quedado carbonizados al instante. Pero no fue eso lo que pasó, el fallo solo los dejó sin oxígeno en el fondo del mar. Así que en su opinión, fue cosa del control de mandos. El quid de la cuestión está en que, por seguridad, las misiones se programan desde la superficie, así que para que este hubiera sido afectado…

—Habría tenido que ser antes de la inmersión.

—Exacto. Pero John-Luke asegura tener que ir a ver el *Ressence* en persona y hablar con Darien.

—¿Por qué con él?

—Sabe que está reparándolo, pero dado que el hijo de los Boyle siempre ha documentado todos los pasos que ha seguido en las modificaciones al *Ressence*, le interesa hacerle algunas preguntas. Annika, debes saber que la sentencia profesional y objetiva de John-Luke podría ser considerada válida como prueba en un juicio. Así que más vale que no le hagáis enfadar y le deis todo lo que os pida.

—De acuerdo. Entonces… es cierto que fueron asesinados.

—Según John-Luke, sí.

—Vale, y si el principal sospechoso no es Beylan Fond, ¿quién es? ¿Y por qué habéis descartado que sea él el culpable?

—Porque tenía veinticinco años, una cuenta bancaria a rebosar y su mayor interés era Ludovica Ancciatto. Además, John-Luke asegura que quien lo hizo fue una mano experta, algo que Beylan desde luego no era.

—¿Cómo es posible Beylan que no supiera nada? No lo entiendo.

—Era un ingenuo y lo engañaron, ¿qué hay que entender? Cuando falleció el abuelo de Beylan, quien había estado custodiando la herencia que habían dejado sus padres al joven Fond, este se volvió un multimillonario a una más que temprana edad. Es bien sabido que el éxito ganado con esfuerzo construye un carácter fuerte y que el logrado de forma fácil y rápida, solo ego. ¿Es que no te he enseñado nada?

Sí. A no buscar la felicidad donde la perdí y a agradecer al universo que Dean y yo seamos mellizos. Poder irnos de casa a la vez fue lo mejor que nos pudo pasar. ¿A parte de eso? No, nada. Decidí centrarme en el tema.

—Tal vez Beylan a sus veinticinco, no sabía el modo de dañar el *Ressence* de una forma que alguien como Flynn y Adara Boyle no se dieran cuenta, pero conociera a alguien que sí.

—No —dijo rotundo, demostrando con solo dos letras que no iba a perder el tiempo en explicarme por qué creía lo que creía.

Sabía que presionarle conseguiría dejarme sin otras respuestas, así que no le presioné.

—Entonces, ¿se suicidó por el sentimiento de culpa? —Ya que falleció un año después a

pesar de no haber dejado constancia de tener enfermedad alguna. Sí, sin duda, el suicidio había estado sobre la mesa desde casi el principio—. ¿Y qué papel juega Ludovica en todo esto? ¿Y qué hay de la persona que manipuló a Beylan?

—Esas son preguntas cuya respuesta no te incumbe por ahora.

—¿Y habéis averiguado algo más?

—Sí, existía una relación entre Vinsen Ancciatto y Adara Boyle.

—¿Qué clase de relación? —Arrugué el rostro convencida de que no iba a gustarme su respuesta.

—Romántica. Pero de ese tema todavía tenemos mucho que descubrir. No vuelvas a llamarme a menos que sea para darme información útil, no eres nuestra jefa y si no te gusta como trabajamos contrata a otros. —Y colgó.

Capítulo 24

Corría montaña abajo. El atardecer estaba cerca y había mucho que necesitaba hablar con Darien. Habían pasado varios días desde nuestro primer beso y por desgracia no habíamos podido pasar mucho tiempo juntos. Hubo algunos problemas con las existencias que llegaron hasta nuestros muelles. Por ese motivo esa mañana habían salido algunos barcos en dirección a comercios cercanos con tal de tener las provisiones suficientes para el invierno. *En serio, el día que Amazon haga su aparición estelar vais a flipar. Será como cuando Netflix se unió a los dramas coreanos.* Pensé en todas las comodidades de Boston y por algún motivo ese diamante no me pareció tan brillante. Corrí más y, justo ahí, en medio de la nada, me di cuenta de que por primera vez había dos deseos en mi interior, uno personal y otro laboral, y que eran muy contradictorios. Una de esas casillas había estado vacía tanto tiempo que casi no recordaba la sensación de que hubiera algo ocupándola. Darien tenía razón en muchas cosas. Pero no estaba preparada para reconocer ninguna de ellas en voz alta.

Cuando llegué al muelle, tenía las palmas de las manos arañadas por una casi-pero-no caída y estaba sin aliento, pero por lo demás: era una experta excursionista.

—Hiya, Cillian. ¿Qué tal tu pierna? —pregunté al pescador al que una mala caída hacia las rocas le costó su rodilla izquierda y unos dolores de por vida que se amenizaban con la medicación

—Hiya, Annika. Esta está lista para la celebración de esta noche, —se golpeó la pierna como haría un pirata con una pata de palo—. ¿Lo estás tú?

—Desde luego, ya tengo preparada la boina y la camiseta a rayas azul y blanca —dije pensando en la chaqueta de Finbar que pensaba llevar encima de mi elegante espíritu parisino.

—¡Ya eres una de los nuestros! —Cillian soltó una carcajada y como siempre me ofreció un tentempié de pescado crudo que tuve que rechazar sin hacer muecas.

Por lo visto, a los habitantes de Leganhyr les gustaban mucho las celebraciones culturales y una vez al mes decoraban las calles con las banderas de un país y las mesas se llenaban de comidas típicas del país. *Estoy lista para los croissants.*

—No sería de aquí ni aunque se pasara el resto de su vida en Leganhyr —dijo la chica de ojos verdes que siempre estaba en el *Eejit* cuando iba a por mi comida y la de Darien.

La misma que me atravesaba con la mirada sin dirigirme jamás una sola palabra.

—Perdónala, Annika, a Lucy le cuesta acostumbrarse a las caras nuevas —dijo Cillian antes de volver a lo suyo.

La chica (cuyo rango de edad no me atrevería a determinar) se había quedado parada en mitad del camino como si pretendiera ser un impedimento físico entre mi objetivo y yo.

—Sobre todo la de gente como tú —dijo por lo bajo.

—¿Tienes algo en contra de Boston? ¿O es el color de mi pelo? —Esto lo último lo dije un poco en broma porque ella lo tenía igual.

Ahí se acababan las similitudes entre ambas porque su nariz era mucho más pequeña que la mía y tenía los labios más gruesos. Aun así, lo afilada que era su mirada se cargaba la dulzura que podría haber desprendido su rostro de un plumazo.

—Más bien con la forma en que las personas que viven en él lo masifican todo —contestó estrechando la mirada, con un acento mucho más marcado que el de Darien que me dificultaba entenderla—, en cómo contamináis el planeta sin preocuparos de nada salvo de vosotros mismos, ¿y todo para qué? Para tener horribles edificios que más que hogares parecen cajas metálicas de cerillas del todo impersonales. Sois fríos e independientes, igual que vuestras relaciones.

Nada de lo que había dicho era mentira. Al menos, en mi mundo, la cosa iba así. A pesar de que lo había dicho con aparente intención de ofenderme, no conseguía que me molestara. Porque podía ver lo que ocultaban sus palabras y podía entender su posición.

—Lo siento —*Siento si Darien fue tuyo de alguna forma en el pasado y ahora ya no lo es.*

Sus ojos esmeralda se abrieron con confusión y más ofensa. Como si las palabras que no había dicho hubieran dado en el clavo.

—Darien se dará cuenta, y lo hará más pronto que tarde, de que para ti Leganhyr no es más que trabajo y un pasatiempo turístico. Igual que él. Entonces te dará la espalda como te mereces.

—Él no es ningún… —No terminé la frase, Lucy pasó por mi lado y con ella un viento gélido.

La Annika de Boston sin duda (s-i-n d-u-d-a en mayúsculas y con luces de neón) la habría empujado al agua por eso. O por menos. Tal vez solo por mirarme con esa altanería que tanto se parecía a la mía. Pero no sentí la necesidad de hacerlo. Ni tampoco volví a pensar en ella en el

preciso instante en que vi esos ojos grises.

Pero la cálida emoción se volvió fría y llena de espinas cuando entendí la escena que tenía ante mí.

Capítulo 25

Estaba herido. Había sangre en el dorso de su mano derecha, extendiéndose hasta su muñeca y más arriba. Tenía toda la pinta de ser de las que dejan cicatriz. El hombre a su lado le daba instrucciones con seriedad o quizá le estaba regañando, no estaba segura. Crucé la pasarela y me subí al barco de Niall ni supe bien cómo. Fue como si me teletransportara.

—¿Qué ha pasado? —pregunté en un tono tan agudo que casi no reconocí mi voz.

—Que Maeve casi queda marcada de por vida y Darien lo ha evitado, como siempre arriesgándose demasiado —dijo Niall regañándome mientras señalaba al que realmente iba dirigido su enfado—. Eres un peligro para ti mismo.

Unos veinte o veinticinco años mayor que Darien, Niall era fuerte (como un armario de dos puertas). De la clase de persona que tu instinto de supervivencia te alertaba de no enfadar. *Pero es de los que se preocupan por todo y todos, y no pueden ocultarlo aunque lo intenten.*

—¿Querías que la dejara a su suerte? —preguntó Darien, sin un ápice de arrepentimiento en su rostro—. Al final no ha pasado nada, ¿no podrías quedarte con eso?

Darien apartó el paño y entonces vi que el corte de cerca. Mi estómago se encogió con espanto. Le había tenido que doler un montón. A pesar de que parecía estar bien, estaba segura de que… maldita sea, esa herida tenía que ser un imán para las emociones desagradables. Empezó a faltarme el aire.

—¿Y el médico? —pregunté a Niall—. ¿Viene de camino? —Había visto un par de lanchas a motor aparcadas por ahí, estaba segura de que en este lugar histórico y viejo tendrían alguna alternativa a la ambulancia en caso de emergencia.

O algo que te llevara de vuelta al pueblo. ¿Un helicóptero, tal vez?

—El médico está ayudando a Loria a dar a luz —me explicó Darien por lo bajo.

No entendí que tenía eso que ver. Hasta que lo hice.

—¡¿Quieres decir que solo hay un médico?! —pregunté alzando tanto las cejas que casi se salieron de mi cara.

Darien dio un bote, como si le hubiera asustado.

—No somos un pueblo enfermo, chica —Niall me miró extrañado—, ¿para qué querríamos más?

—¿Que para q…? —No tenía palabras.

Niall miró a Darien con la maldición tensándole la garganta.

—Deberías ir a verle cuando pasen las horas y haya descansado un poco. Mientras tanto iré a por unas gasas. Intenta no clavarte nada en mi ausencia. —Y entre gruñidos Niall se bajó y alejó de su barco en dirección al muelle.

—¿Estás bien? —me preguntó el irlandés irresponsable y del todo inconsciente.

—¿Cómo ha sido? —ignoré su pregunta, igual que el nudo en mi garganta.

Darien se mostró algo reacio a contestar, al menos de inmediato. Como si contarme la verdad no fuera su mejor carta. Debió ver que no iba a dar mi brazo a torcer y asintió, lo que no entendí fue la ternura con la que me miró porque yo estaba furiosa.

—Como sabes este galeón llegó dañado del viaje y necesitaba muchos arreglos —empezó como si no supiera a qué había dedicado su tiempo—. A pesar de que, como de costumbre hemos tenido cuidado, trabajábamos con algunas dificultades añadidas —señaló la madera bajo nuestros pies hasta ayer agujereada. Por no hablar de la débil lluvia constante, que había parado hacía poco más de una hora, y el hecho de que las herramientas que utilizaban estaban siempre por todas partes—. El caso es que no hemos visto que uno de los cabos había sido dañado. Y, bueno, digamos que ha tenido complejo de látigo al romperse —su tono intentaba quitarle importancia a algo que tenía mucha—. A pesar de que han dado el aviso, Maeve no se ha dado cuenta de que estaba en la trayectoria.

—¿Y te ha dado a ti cuando la has apartado?

—No —contestó aliviado—, es una suerte que no haya dado a nadie. Sin duda, esa herida hubiera sido mucho más grave que esto.

Abrí los ojos con horror y mi mente voló imaginativa. Casi me doblé hacia delante llevándome la mano al pecho. Darien carraspeó como si se arrepintiera de haberme dado tanto detalle.

—El caso es que, al apartarla, me he cortado con un *Nhojer*. No ha sido la mejor de mis caídas —arrugó la frente, sus mejillas riñéndose con ligera vergüenza.

—¿Qué es un *Nhojer*? —pregunté demasiado furiosa como para lanzarle una mirada asesina.

Tal vez estaba algo más que furiosa. Algo que hacía presencia en mi garganta.

—Un cuchillo de sierra.

—Maldito seas, Darien —gruñí, arrodillándome frente a donde estaba sentado—. Eres un completo idiota.

—No es nada —aseguró mientras intentaba apartarle con suavidad el paño que tapaba su herida.

—Es mejor que no lo veas —endureció un poco la mandíbula.

—Ya la he visto antes.

—Entonces es mejor que no la veas otra vez.

—Aparta la mano, Darien —pedí y jadeé al ver lo profundo que era el corte—. ¡Oh, Dios mío! —mi voz casi fue un susurro.

—Estoy bien.

—Vas a necesitar puntos —mi visión se volvió algo borrosa cuando me levanté de golpe incapaz de aceptar lo que Niall y él habían asumido—. Tiene que verte un médico.

—Annika.

—Y si el de Leganhyr no puede atenderte, entonces iremos a otro. Yo conduzco.

—Estoy bien. —Su mano buena soltó el paño y me atrajo de nuevo hacia él—. Esto es algo normal por aquí. Los accidentes pasan.

Asentí y en tono suave dije:

—Darien, levántate.

Lo que vi en su mirada me sacudió el corazón.

—El pueblo más cercano está a siete montañas de distancia, preciosa. Y ningún coche podría llevarte hasta allí, solo caballos. Y para eso necesitarían descanso y buena alimentación durante un par de días previos, para que no se resintiera su salud y…

—¡Maldigo sea este lugar del demonio! —grité apartándome de él con un gruñido fiero—. ¿Cómo os puede gustar vivir así? ¿No veis que es peligroso? —Dejé de mirarle—. ¿Un condenado médico para todo Leganhyr? ¿Es que me tomas el…? —Cuando me di la vuelta y vi que estaba justo ahí me detuve en seco por miedo de hacerle daño.

—Eres preciosa, ¿lo sabías? —El fuego encendió mis ganas de llorar cuando sus palabras cosquillearon mi espina dorsal.

Aparté la mirada porque seguía herido y eso significaba que mis ganas de bromear habían

saltado por la ventana. O por la borda. Así que no podía seguirle el juego.

—¿Por qué no has tenido más cuidado? —le recriminé y no fue para nada algo dulce y agradable, así que una vez más, su expresión debería haber sido muy distinta.

Pero me miraba como Aragorn a Arwen. Aplastándome las emociones contra el pecho con una fuerza bruta sobrenatural.

—Lo tendré.

—Deberías. —No, las ganas de llorar no disminuyeron cuando Darien dejó el paño sobre su mano herida y me atrajo hacia sí en una caricia—. Deberías llevar protecciones y no una estúpida camisa blanca, ¿sabes? —Puede que una lágrima cayera por mi mejilla—. ¿Quién te crees que eres? ¿Will Turner? Corta ya el rollo y ponte algo que te proteja, idiota. Que eres un id… —Dejé de hablar cuando sus labios me lo impidieron.

El beso fue lento, dulce e intenso. Darien se movió en mi boca probablemente en un delicioso intento de calmar mi preocupación. Cuando creí que iba a apartarse, se lo pensó mejor y me besó de nuevo. Esta vez profundizando el beso, volviendo mis rodillas débiles y dejándome el alma temblando.

—Vaya, yo me sé de alguien que ha encontrado algo mejor para las heridas que las gasas. —La voz de Niall me sobresaltó.

—Después iré a ver a Zheian —me dijo en voz baja, solo para mí, mientras nos acercaba a Niall.

—¿Quién es Zheian? —pregunté.

—El médico de Leganhyr. Y no es cierto que solo tengamos un médico, su hija también ejerce —me explicó cuando nos paramos frente a Niall.

—Entonces te llevaré con ella —dije—. De inmediato.

—No —hizo una mueca—, si puedo elegir, me fío más de Zheian de momento.

Niall se rió.

—¿Y qué justificación me das a eso? —estreché la mirada—. ¿Es porque es mujer? ¿Es esta la mentalidad chapada a la antigua que tanto esperaba encontrarme aquí?

Ambos me miraron como si hubiera empezado a hablar en hebreo.

—Todo el mundo sabe que las mujeres son mejores curanderas —dijo Niall por lo bajo sacando unos botes para limpiar la herida de Darien, y luego aún más bajo añadió—: más delicadas.

—Es porque todavía es muy joven —explicó Darien que hizo una mueca cuando Niall vertió un líquido azulado y desconocido para mí en su herida.

—¿Cuántos años tiene? —pregunté para distraerle, apretándole la mano buena como si la historia fuera al revés.

—Siete.

—¡Darien! —quise pegarle, pero no pude dadas las circunstancias.

Se rio y luego gruñó un poco.

—Pero promete, es toda una listilla.

—Doy fe de que es cierto —corroboró Niall.

—Te odio —murmuré, esta vez fulminándolo con la mirada.

—Es curioso —dijo Niall poniéndole la gasa.

Como curar un hueso roto con una venda para esguinces o poner una tirita sobre una herida abierta. Esto no tiene sentido.

—¿El qué? —le preguntó Darien, sin apartar la mirada de la mía.

Respondiendo a mi maldición con una pureza que iba a ganarme el pulso.

—Aquí o al otro lado del charco, las mujeres dicen lo contrario a lo que sienten en cuanto a amor se refiere.

Me quedé sin palabras. Roja, seguro. Aparté la mirada y no volví a decir nada hasta que nos quedamos solos, en un intento de calmarme. Cuando Darien se acercó a mí, mi pulso (que tanto se asemejaba a una ardilla drogada, hasta arriba de bebidas energéticas) confirmó que la misión había sido un fracaso total. Entonces dijo:

—Te estás llenando de pecas.

Reprimí un gruñido, pero mi cara lo expresó de todas formas. *Mira no me lo recuerdes que me pongo mala. Tanto conocimiento sobre el cuidado de la piel, ¿para qué? Ya podría haberme pasado las noches jugando al frontón.* Darien se rio un poco de esa forma airosa que casi no era nada. Me encantaba. Excesivamente. Por supuesto, no lo demostré lo más mínimo.

—Te quedan bien —añadió,

Oh, no. No estaba dispuesta a ir por ahí. Por la integridad y preservación del órgano en mi pecho que latía de forma frenética y espasmódica. Porque estaba a una piedra de distancia de empezar a tallar su nombre y el mío en todas las superficies que encontrara, justo antes de escribir en la puerta de algún baño lo bien que me sentía a su lado. *Y yo necesito volver a*

recuperar el control.

—No estoy conforme con la espera, Darien —dije con total seriedad—. Deberíamos hacer algo. Ahora.

—Lo que ha hecho Niall servirá por ahora.

—No me parece que…

—Créeme, ha pasado más veces. Aguantará hasta que vaya a ver a Zheian.

«Hasta que vaya», qué iluso pensando que iba a dejarle ir solo. La forma en la que me miraba me obligó a cambiar de tema. *Puesto que dudo que sea capaz de arrastrarte hasta el pueblo en contra de tu voluntad, supongo que es lo único que puedo hacer.*

—¿Para qué son esos botes? —pregunté señalando los que había en fila un par de barcos más allá, que no había visto durante mis semanas aquí.

—Eso es para la *réaltaí oíche.*

—¿Para la qué?

—La noche de las estrellas. —Contuvo una sonrisa, pero sus ojos no—. Una vez al año nos adentramos en el mar a media noche para mirar las estrellas. Es una tradición en honor a los dioses celtas. Se llenan los botes de velas y… —carraspeó—, es bonito.

—¿No es peligroso? ¿Poner algo de fuego sobre algo de madera que es cien por cien responsable de tu supervivencia una vez estés ahí fuera? —pregunté y él soltó una carcajada—. ¿Acabas de reírte de mí?

Capítulo 26

—No, disculpa. Si algo así sucediera, las contiguas podrían intervenir. Además, no nos alejamos tanto de la costa.

Sip. Se sigue riendo de mí. Estreché la mirada.

—Era una pregunta lógica. —Me crucé de brazos y desvié la mirada.

—¿Quieres ser mi acompañante? —preguntó dejándome muda.

Recibiendo una seriedad repentina al toparme de nuevo con su iris. Durante un largo instante solo hice eso, mirarle. Sin saber si seguía tomándome el pelo. *¿Darien y yo en una barca iluminada con velas mientras miramos las estrellas?* La idea era muy romántica.

Más que nada que yo hubiera hecho nunca.

—Como una cita —añadió aclarando todas mis dudas sobre cuánta gente podría caber en esos botes—. Solos tú y yo.

Me miré las botas de Finbar para no sonreír como una tonta y asentí unas ciento cuarenta y siete veces.

—Sí, vale.

—Bien —Darien iluminó todo a mi alrededor.

Se inclinó hacia delante y me besó en la mejilla. Fue rápido. Tanto que dudé si sus labios llegaron a estar allí. *Teniendo en cuenta todo lo que no paro de imaginar, créeme, tengo motivos para dudar.*

—¿Y cuándo dices que es esa noche? —pregunté mordiéndome el labio—. ¿Pronto?

—No falta demasiado, no —dijo ambiguo, disfrutando de mi sufrimiento—. Por cierto, ¿tanto me has echado de menos?

—¿Perdón? —pregunté incapaz de lidiar con la idea de decir la verdad.

—Aún es pronto para ir a cenar y estás aquí. ¿Es porque me echabas de menos? ¿O venías a decirme algo?

Me tragué la mueca. Había venido a tener una conversación difícil con él, pero no podía. Ahora no. Sacudí la cabeza y le acaricié el brazo. Él entrelazó su mano con la mía y no opuse

resistencia. No se me daba bien mostrar mis emociones, donde estaba cómoda era en el hemisferio opuesto, el de la frialdad y las máscaras. Pero aquí… *Leganhyr. ¿Qué me estás haciendo?* Le miré a los ojos al que parecía tener mi respuesta.

—Mentirosa —dijo acariciando el dorso de mi mano.

Preguntó de nuevo, pero yo volví a sacudir la cabeza. Su expresión se volvió seria. Dura incluso. Su mandíbula se tensó y yo aparté la mirada de ese remolino de posibilidades en el que se metió de lleno su mente. Siempre veía a través de mí y no quería que eso pasara ahora.

—¿Tienes que irte? —preguntó y que esa fuera la primera hipótesis a la que diera voz me habló alto y claro de lo que más le importaba.

Qué sin sentido. Qué despropósito. Nadie tenía la cabeza donde se suponía que debía tenerla, pues a mí la *Nihafryta* me importaba cada vez menos y había podido comprobar con creces como saber la verdad de sus padres no era lo primero en la lista de Darien. Y yo eso seguía sin entenderlo.

—Annika, por favor, dime algo —su voz sonó suave con un deje de necesidad que no pude ignorar.

—No —respondí de inmediato saliendo del trance—, no es eso. No tengo que irme.

El alivio cruzó su rostro y sentí ganas de llorar por un motivo distinto. *Joder.* Me contuve.

—¿Y entonces qué es? —volvió a preguntar, pero no pensaba dar mi brazo a torcer.

—No quiero hablar de trabajo ahora. Más te valdría distraerme para que no te arrastre de vuelta al pueblo.

—Está bien, entonces empezaré yo. He recibido una oferta.

—¿Una oferta?

—Una carabela portuguesa del siglo dieciséis.

—¿Cómo es posible? ¿Acaso ha venido una gaviota mensajera o algo así? —pregunté tratando de no sonar molesta.

—No, Maeve me trajo el mensaje al llegar a Leganhyr. Por lo visto, donde desembarcaron había muchos interesados en nuestras reparaciones. No soy el único que ha recibido una oferta.

Pero sí la más cuantiosa, seguro. Darien hacía un trabajo exquisito. Era delicado y detallista. Había visto al resto trabajando y podía asegurar que no eran como él. Darien me habló sobre lo avanzadas que estaban las reparaciones del *Ressence,* y que si todo seguía como hasta ahora, nuestro proyecto conjunto no sufrirá ningún retraso por su culpa. Pero en lo que pensé no

fue en eso, sino en que pasaría menos tiempo en esa casa y conmigo. Sabía que no tenía el más mínimo derecho a pedirle nada, pero había atesorado los momentos cotidianos juntos. Todos y cada uno de ellos. Así que no pude evitar odiar esa carabela, a la rapidez de Darien en aceptar el trabajo y al hecho de que me entristeciera.

—Es genial.

—¿De verdad lo crees?

—Sí, ¿por qué no iba a creerlo?

—Porque eso significará que tendremos que hacer algunos cambios de planes.

—¿A qué te refieres?

Se acercó, bajó el tono y sus labios acariciaron mi mejilla.

—Para compensar algunas de las tardes que no estaré contigo, podríamos recuperar el tiempo después de cenar en el *Eejit*. —Su expresión era neutra cuando traté de analizarla. No daba pista alguna sobre qué clase de planes tenía en mente para esas noches, pero aun así mis mejillas se pusieron rojas—. Eh, no sé en qué estás pensando, pero yo me refería a hablar de trabajo.

—Eso es evidente —dije después de resoplar, sin dejar de mirarme los zapatos.

Su mano llegó hasta mis mejillas y alzó mi barbilla en una caricia.

—Igualito a un cisne.

—¿Disculpa?

—Una peligrosidad que solo oculta miedo, tal y como creía. —Beso la punta de mi nariz —. Aquí ya no tienes que mantener la guardia alta, Annika. Esta guerrera puede deshacerse ya de su escudo.

Ojalá fuera tan fácil para mí abrirme a los demás como lo había sido siempre para Dean. Entonces hice algo que jamás hacía: dar voz a mis sentimientos.

—Me gustaría pasar más tiempo contigo. Que vayas a trabajar en otra cosa es todo un fastidio.

Mi estómago se contrajo retorciéndose de placer ante su mirada. Mis emociones estuvieron cerca de salirse de mi cuerpo. Era demasiado, quería bloquear lo que parecía capaz de matarme y a su vez quería más. Su voz grave retumbó en mi pecho cuando dijo:

—Ya me cuesta bastante concentrarme en nada, ¿y tu quieres ponérmelo más difícil?

—Es lo justo. Teniendo en cuenta lo que me has hecho.

—¿Y qué te he hecho, Annika Collymore?

Te has colado donde nadie había llegado, pasando olímpicamente de todas las señales de «prohibido el paso» y en estos momentos no se si soy capaz de salir de este lío. Ni de si quiero hacerlo. ¿A quién pretendo engañar? No quiero hacerlo.

—Me acojo a la quinta enmienda. —Me limité a responder.

—Ahora estás en Irlanda.

—Eso no cambia que siga siendo americana —dije, pero lo siguiente que oí no fue su respuesta.

—El pobre huérfano vuelve a ingeniárselas para ser el protagonista. —Una voz conocida sonó desde el muelle. Un instante después, Khëd se estaba subiendo al barco de Niall—. Hola, bonita —añadió cuando sus ojos repararon en mí.

Entonces sucedió algo que no me esperaba. Darien dio un paso al frente para colocarse delante mí, tan alto y fuerte como una torre. Oí la risa de Khëd.

—Guau, menudo recibimiento.

—El que te mereces. ¿Cuándo dices que vuelves a irte? —preguntó Darien en tono arisco y distante.

La primera persona de Leganhyr con la que no le veo ser un caballero de blanca armadura. ¿Qué nos dice eso de Khëd? Yo diría que mucho.

—Pues lo cierto es que estaba pensando quedarme aquí una temporada —vi cómo se acercaba a nosotros, pues la espalda de Darien no me tapaba por completo—. Formar una familia y todo eso.

—Bien, ¿has empezado ya a beber? —preguntó y el ambiente se cargó de un aura gélida casi palpable.

La sonrisa confiada y seductora de el hombre de cabello oscuro y rojizo desapareció por una peligrosidad intimidante. Una que no parecía afectar en absoluto a Darien. Pero cuando sus ojos marrones cayeron de nuevo sobre mí, se las ingenió para parecer más relajado.

—¿Cómo te va, Annika?

—No puedo quejarme —acto seguido miré a Darien—, ¿debería dejaros a solas? —Era lo último que quería hacer, pero si necesitaban tener privacidad yo…

—No será necesario, él ya se iba —contestó sin desviar la mirada del recién llegado.

Khëd se rió, pero me resultaba difícil de creer que fuera sincero.

—Como verás la amistad entre Darien y yo es algo ajena a las muestras de afecto.

—Cillian perdió su negocio por tu culpa. ¿Y te paseas por aquí como si nada? Tienes agallas. —El enfado salía del cuerpo de Darien en forma de calor y me vi obligada a coger la parte trasera de su camisa para mantenerlo junto a mí, porque no tenía todas conmigo en cuanto a qué dirección iba a tomar la conversación.

—Eh, la bolsa es algo arriesgado en lo que involucrarse, ambos lo sabíamos. Y además, le ayudé a recuperarse.

—Sí, siempre tienes una curiosa manera de volverte imprescindible. De asegurarte de que todos te ven sujetando la cuerda para sacar a la persona del hoyo en el que tú mismo le has empujado.

Khëd se pasó una mano por la mandíbula apretada y asintió silenciosamente mientras se alejaba de nosotros.

—Ha sido un placer volver a verte, Darien.

Y de nuevo, sin respuesta. Cuando nos quedamos solos no hubo forma de que me contara la historia que había detrás de su enemistad. Su herida era más importante que mi curiosidad, así que utilicé todas mis armas de convicción para conseguir lo que más necesitábamos.

Capítulo 27

DARIEN

El viento de la mañana era más frío cada día y me hizo añorar el verano. *A ella le habría gustado verlo.* Crucé la entrada del *Eejit* cuando todavía era muy temprano. Me colé detrás de la barra vacía y mientras esperaba a que apareciera, llené algunas jarras. Tras un escueto buenos días, la mujer de cabello blanco y mirada inteligente arrugó el rostro en esa mueca que tan bien le salía y preguntó:

—¿A qué has venido? Hoy no necesito tu ayuda.

—Solo quería ver a mi persona favorita —me encogí de hombros.

Ella me quitó la jarra de las manos, me señaló un taburete al otro lado de la barra y dijo:

—Entonces vas a tener que ir hasta el hostal de Brianna.

—Qué graciosa —dije aunque su expresión aseguraba que no bromeaba.

Oí ruido en la cocina. Supuse que los cocineros ya estaban a punto de acabar la faena.

—¿Sabes lo que estás haciendo, chico? —preguntó y no pude evitar pensar en el acento tan marcado que a Annika tanto le habría costado entender.

Por miedo a que cruzara la puerta y escuchara la conversación, hablé en gaélico.

—¿Con mis barcos? —cogí el vaso de té caliente que me sirvió—. Siempre.

Poniendo dos dedos en mi frente me empujó la cabeza hacia atrás. Esa era la máxima violencia que Cairenn había ejercido conmigo.

—Sabes que va a volver a Boston, ¿por qué juegas con fuego?

Decidí que ya había aplazado lo bastante esa conversación.

—Puede que no se vaya.

—«Puede» no te asegura nada, chico tonto.

—La vida es un riesgo.

—Te romperá el corazón y para cuando lo recompongas ya será tarde para que encuentres a nadie. Hay una larga lista de mujeres irlandesas que beben los vientos por ti, elige a una de ellas.

—Puede que no se vaya —repetí despacio y ella me miró como una maldición, una cruz

con la que debía cargar.

—Si de verdad crees que eso es posible, es que la vida no te ha dado suficientes palos todavía y sigues siendo muy ingenuo.

—Podría haberse ido. Si esto fuera verdaderamente insoportable para ella, Annika…

—Está pasándoselo bien, sí. Pero nada más —dijo, pero no me molestó porque sabía que no era cierto.

No, después de haber visto sus ojos llenos de lágrimas al ver una herida que no era para tanto. De haber oído en su preciosa voz la necesidad de que fuéramos a ver a Zheian para que me curara. Sí, «fuéramos» en plural. Era tan dulce, tan tierna. Y estaba poniéndome a prueba cada segundo porque la deseaba hasta tal punto que acabaría por volverme loco. ¿Escapar de Annika? Imposible. Ya era tarde para mí.

—Ni siquiera tendría que dejar su trabajo —dije cuando terminó de hablar sobre alguien que no se parecía en nada a Annika—. Solo mudarse.

—¡Esa chica no pertenece a este mundo! —alzó la voz dando un golpe contra la barra—. Cualquiera puede verlo y tú también.

—No, no es eso lo que yo veo.

—¿Y qué ves? —preguntó, no como si quisiera oír mi respuesta, sino como si necesitara algo más que rebatir.

—Qué puede ser feliz aquí. Que ella necesita esto tanto como… —*yo la necesito a ella.*

Cairenn soltó un largo suspiro y puso sus manos sobre las mías.

—Que quieras que se quede no hará que lo haga, Darien.

—Lo sé.

—No puedes cambiar quien es.

—No quiero cambiarla. —*Quiero hacer justo lo opuesto a eso.*

Quiero conocerla tal y como es. Saber lo que quiere y lo que sueña, todo. Formar parte de su vida. Quiero verla permitiéndose ser tan feliz como sea posible. Quiero que me elija a mí como yo ya la he elegido a ella.

—Escúchame, Darien, esa chica llegó aquí con una mochila a su espalda cargada de prejuicios hacia nuestro mundo y una larga lista de necesidades que nosotros no podemos satisfacer. ¿Es que acaso te gusta sufrir? ¿Acaso no has tenido ya bastante?

Me levanté, sabiendo que no encontraríamos un punto en común, que Cairenn estaba muy

lejos de querer entrar en razón. Pero no podía enfadarme con ella. No, cuando era el miedo a que volviera a salir mal parado lo que la hacía ponerse así. Que no se rendiría, ni cejaría en su empeño, a pesar de que cada día le resultaba más difícil mantenerse distante con Annika porque era una criatura capaz de ganarse el corazón de quien tuviera. Ambos lo sabíamos.

—Las fotos de la fiesta de Francia, ¿las tienes? —pregunté ganándome una serie de insultos suaves: descerebrado, alcornoque, cerebro de paja y similares.

Cairenn rebuscó bajo la madera en la que yo apoyaba los codos, eso sí, sin dejar de refunfuñar. Las puso encima de la mesa con un golpe.

—Podrías darle una oportunidad a…

—No —le interrumpí antes de que pronunciara el nombre de alguna mujer de Leganhyr.

—¿Por qué te empeñas siempre en escoger el camino difícil? Igual que con ese maldito *Ressence* que, si me preguntas a mí, es la causa de todos tus problemas. Si te hubieras deshecho de él como te pedí hace años, ¡no tendrías que pasar por esto! —gritó antes de marcharse a la cocina, malhumorada.

No elegí quedarme con el *Ressence*, simplemente no pude hacer otra cosa. Cairenn lo sabía igual que yo, así que no vi necesidad de remarcarlo. Pasé las fotografías una a una.

—Tampoco he elegido a Annika. Intenté mantenerme alejado de ella, pero incluso entonces supe que era inevitable. —Mis dedos se detuvieron ante la que, sin duda, era la mejor fotografía de todas.

La doblé y me la guardé en el bolsillo. Faltaban diez minutos para que Cairenn abriera sus puertas, pero Zheian me había pedido que fuera a verle antes, así que allí fue donde me dirigí. Lo último que esperaba era encontrármela a ella en la puerta. Estaba mirándose los pantalones a rayas, distraída. Obligándome a fijar la vista en sus piernas, en la curva de sus caderas, subir hasta su cintura y recorrerla con la mirada de arriba abajo sin poder evitar preguntarme cuánto tiempo me duraría la suerte. Tuve que preguntar.

—¿Qué haces aquí?

Capítulo 28

DARIEN

Sus ojos sonrieron al verme, pese a que el sueño todavía estaba presente en su rostro.

—No tenía claro cuál era tu casa… —empezó—. Sí, ya sé que me lo has dicho varias veces, pero tienes que reconocerme que todas se parecen.

No se parecían en nada. En lo más mínimo. Pero sonreí incapaz de ignorar la luz que desprendía.

—¿Necesitabas algo de mí? —pregunté acercándome a los tres escalones de la entrada, intentando que la alegría por la inesperada sorpresa no se me notara mucho.

—No, solo venía a acompañarte. Me gustaría haberte ido a buscar, pero supongo que mientras esté ahí dentro ya vale.

—¿Cómo dices?

—Hoy Zheian te quita los puntos.

Asentí. No conseguía hilar su razonamiento.

—Pues vamos —dijo ladeando la cabeza hacia la entrada.

—¿*«Vamos»*? —repetí.

Annika unió las cejas como si no entendiera cuál era mi problema, luego tiró de mi mano buena y mis andares se vieron obligados a seguir a los suyos. *Esto no está pasando.* En shock. Estaba en shock, por eso no opuse resistencia, ni dije ninguna palabra. *¿Esto de verdad está pasando?* Se había recogido la mitad superior del pelo en una trenza que le apartaba los mechones largos de la cara, pero que dejaba el resto suelto a su espalda. Estaba preciosa. *Y ha venido a acompañarme. A mí. No puedo permitirlo.* Por suerte, conseguí detener mis pasos frente a la puerta de la consulta.

—No quiero que entres ahí —dije lo más rotundo que pude.

—¿Qué? ¿Por qué no?

Triste. Su expresión, su mirada, su tono, todo en ella se transformó en una versión apenada y deseé pegarme un puñetazo en el estómago. «¿Por qué no?». *Buena pregunta. Puede que*

porque si te vuelvo a ver tan afectada por mi dolor como aquel día no sea capaz de volver a soltarte. Porque tiene toda la pinta que esa sería la perfecta gota que colmaría el vaso y quiero darte espacio.

—Va a ser desagradable de ver —afirmé.

—No me importa —sentenció, todavía sosteniendo mi mano.

De esa forma firme, pero suave, que me estaba licuando por dentro. Annika inclinó la cabeza hacia arriba con una mirada ligeramente desafiante, expectante por si tenía algún otro motivo.

—No hace falta que pases por eso —dije en un débil y último intento.

—¿Ves esto? —Annika alzó mi mano buena, señalando mi piel en buen estado. *Si no contamos las cicatrices antiguas*—. Bien, pues cuando la otra tenga este aspecto, hablamos. Mientras tanto… —se dio la vuelta y abrió la puerta de la consulta de Zheian—. Buenos días, Doctor Zheian.

—¿Te ocurre algo, Annika? —preguntó sorprendido, puesto que yo me había quedado en el pasillo.

Entré en la consulta y el médico de ojos azules y gafas cuadradas me lanzó una mirada cómplice que me hizo más difícil fingir que no pasaba nada. Se lo pasó bien a mi costa, sin duda. *Capullo.* ¿En cuanto a la actitud de Annika? Eso lo sobrellevé como pude: de puta pena. Para cuando Zheian terminó de poner una gasa protegiendo de futuros golpes la piel curada de mi muñeca y mano, besarla no habría sido capaz de saciarme en absoluto. Necesitaba atraerla hacia mí y hacerle todo lo que ella me estaba haciendo sin darse ni cuenta. Lamer cada rincón de su cuerpo y tocarla como solo me había atrevido a soñar una ingente y vergonzosa cantidad de veces, con la esperanza de hacerlo lo bastante bien como para convencerla de que se quedara.

—¿Y no debería llevar algo más? —preguntó, acercándose más a nosotros para tener una mejor visión de mi piel.

Annika se había apropiado de uno de los taburetes y se había acercado tanto a mí que su rodilla daba contra mi pierna. Aunque quisiera, no habría sido capaz de apartarla.

—¿Como qué? —preguntó Zheian ligeramente divertido.

Ese era el efecto que la verdadera Annika causaba en cualquiera. Cuando se dejaba ver por quien era, podía hacer lo que quisiera contigo.

—Como las protecciones que utilizan los patinadores —argumentó con una mueca que me

resultó difícil no morder.

Joder. Necesito que esto se acabe. Y darme una ducha.

—No será necesario —intervine.

—¿Pero y si se da un golpe? —insistió ella, ignorándome—. ¿No se le abriría la herida?

—Tal vez sí, si es fuerte. —Zheian balanceó la cabeza.

—Buscaremos unas protecciones que ponerte —dijo Annika, decidida.

Pero yo había oído las palabras que no había pronunciado Zheian: que un golpe fuerte en cualquier otra parte del cuerpo me haría el mismo daño, que la herida ya estaba curada y que a menos que pensara comprarme un traje de protección de pies a cabeza, podíamos ir saliendo de su consulta.

—Muchas gracias, Zheian —dije tras ponerme en pie y empujar a Annika hacia la salida con suavidad y distancia.

—Espera —pidió Annika—, ¿él no tendrá nada que podamos comprarle mientras buscamos algo definitivo…?

—Saluda a tus dos tesoros de mi parte —le dije a Zheian, que me saludó con un movimiento de cabeza.

—Ay, Darien, espera un segundo, todavía tengo más preguntas.

No esperé. Cerré la puerta de la consulta y mis labios estuvieron sobre los suyos un desesperado segundo después. La empujé contra la pared más cercana, aprisionándola con mi cuerpo, y me hundí en su boca. Annika se estremeció y un sonido delicioso salió de su garganta. Estuve a punto de perder la puta cabeza. Pese a la sorpresa inicial, sus manos llegaron hasta mi cuello y me devolvió el beso de la mejor forma que nadie podría responder a algo así. Era evidente que la necesidad no me había permitido pensar esto muy en detalle, porque el delirio que zumbaba en mi cuerpo, el anhelo por tener el suyo y el poco control que me quedaba encima, dificultaron mucho admitir que estábamos en un lugar público y que Zheian probablemente iba a ir a desayunar dentro de p… Oí el característico sonido de la puerta corredera de la consulta y dejé de empujar a Annika contra la pared. Se sorprendió al vernos allí, pero no demasiado. Cuando se fue, me obligué a recuperar el aliento y a darle espacio. Vi que una mano se movía a mi lado haciendo movimientos rápidos en el aire. Annika se estaba… abanicando.

—Me he abrigado demasiado, sin duda —dijo por lo bajo—, no le pillo el truco a este clima.

Mi corazón sufrió un espasmo de felicidad. Se contrajo y se encogió como nunca lo había hecho por nadie.

—¿Haces algo esta noche? —pregunté.

—¿Esta noche? —Pensó un instante llevándose las manos a las mejillas un tono más rojas que de costumbre—. No, nada. ¿Por qué?

—Hoy es la *réaltaí oíche.*

—Oh, ¿es hoy? —preguntó fingiendo que no lo sabía.

Que Eyna, Márthia y Lyka no habían estado hablando del tema sin parar. ¿Era su forma de no dar por hecho que mi invitación seguía en pie? *«Cálmate, respira hondo»*, me dije, pero las imágenes se sucedían en mi cabeza sin parar. De los dos. De la forma en la que…

—¿Darien?

—Sí, es hoy. Y mi invitación sigue en pie.

Sonrió, mucho. Tanto que tuve que apartar la mirada.

—Vale —dijo—, acepto. —Se acercó, se apoyó en mis hombros y me dio un beso en la mejilla.

Teniéndola tan cerca no pude resistirme y volví a besarla. *No soy de piedra.* Aun así me contuve tanto como pude, porque sabía que era lo correcto. *No llegará al trabajo si no la dejas y sabes que se pone ridículamente triste cuando no da todo lo que puede y más.* El peso del mundo estaba sobre sus hombros y esa era una realidad que Annika había aceptado con gusto. Había visto su necesidad de llegar al fondo del asunto de mis padres. *Pero una vez más, eso me hace querer desvestirla y hacerle entender que su presencia en Leganhyr me ha dado más paz que nada en muchísimo tiempo. Que hace semanas que no tengo pesadillas y que ya está haciendo más de lo que nadie ha hecho por la memoria de mis padres. Así que sí, esto es un círculo vicioso, sin duda.*

—Deberíamos irnos —dije cuando pude, tras una larga pausa que demostraba que mi cuerpo tenía quince años.

Por suerte, mi cerebro no.

—Sí, hoy tienes que reportar los avances que has hecho en las lombardas de la carabela.

Sonreí para mis adentros por todas las palabras que soltaba de vez en cuando, que me aseguraban que se había descargado un diccionario náutico a pesar de que ella lo negara categóricamente. Por todas sus preguntas a cerca de las diferencias entre una nao, un galeón y

una carabela… su interés me licuaba por dentro y Annika no se daba cuenta hasta qué punto.

—Cierto —asentí entrelazando su mano con la mía mientras nos acercábamos a la salida.

Una exquisitez esa carabela, sin duda. Pero también algo que no miraría dos veces teniéndote a ti delante. Intenté mantenerme firme en mi decisión. Fue difícil.

Casi imposible.

Capítulo 29

Después de acompañar a Darien al médico, subí hasta el que había sido mi lugar de trabajo desde que llegué a Leganhyr. En estos momentos, estaba segura de que iba a acabar por darme un calambre de tanto mover la pierna en un espasmo nervioso. Pero lo cierto era que había tenido una nube oscura sobre mi cabeza desde hacía demasiados días y tenía que poner fin a la situación. Sabía que lo correcto hubiera sido contarle la verdad a Darien, haber tenido ya *esa* conversación. *Pero sé que le voy a hacer mucho daño y no…* No quería, a pesar de que debía. Por otra parte, había dejado de recibir noticias de mis padres. A estas alturas ni siquiera estaba segura de que siguieran investigando nada acerca de los Boyle. Fue una suerte que el contacto que Dimas tenía en el FBI sí nos diera respuestas, y una desgracia las que encontró. Un montón de piedras en el estómago. En eso se había convertido lo que sabía.

♥

A media mañana, justo después de terminar una larga videollamada con Dimas que solo hizo que reafirmar lo que ya sabíamos, la puerta de la entrada se abrió.

—¿Qué haces aquí? —pregunté y la primera respuesta que recibí fue una sonrisa radiante.

—Necesitaba algunas herramientas —se encogió de hombros, pero pasó de largo el *Ressence* y todo el instrumental que estaba utilizando para devolverle a la vida y se detuvo frente a mí—. Hola —dijo en un tono más íntimo que la culpabilidad no me dejó disfrutar.

—Hola. —Mi voz sonó rara y por la cara que puso, supe que mi expresión también lo había sido.

—¿Qué te pasa, Annika? —Su mano acarició mi pelo de un modo que no me merecía.

Así que me levanté para poner algo de distancia.

—Tengo que decirte algo. De hecho, tenía que habértelo dicho hace días, pero no he sido capaz. Pero no puedo esperar más porque —solté el aire de golpe—, mañana un especialista vendrá a ver el *Ressence* y a confirmar que sus teorías son ciertas.

Su expresión se volvió seria y asintió una vez con la cabeza en un «adelante» sordo. Le pregunté si conocía el nombre de John-Luke y no me sorprendió cuando me dijo que así era. Una vez Dimas supo que mis padres habían contactado con él, le pareció oportuno mantenerle con nosotros.

—Está de acuerdo contigo en que el fallo que dejó al *Ressence* inservible en el fondo del mar fue provocado —solté—. Dice que el hecho de que no estallara en mil pedazos evidencia que el impacto no fue tan fuerte como los informes aseguraban y que eso solo puede significar una cosa: que alguien de mucho poder quiso encubrirlo. También habló de un fallo en el control de mandos y cómo esas cosas se revisan antes de iniciar la misión… —a medida que fui dándole detalles su rostro se volvió de piedra—, en cualquier caso, él te dará todos los detalles mañana. Al ser un especialista sabrá hacerlo mejor que yo —dicho esto Darien se apoyó en mi mesa de trabajo y yo dejé de pasearme frente a él de forma nerviosa—. ¿Estás bien?

—Sí. —Hubo una pausa que dejó claro que esto era demasiado que tragar—. Es extraño oírlo de la boca de otro —admitió dejando caer un poco los hombros de un modo que se me hizo casi imposible no arroparlo en un abrazo, besarlo y mucho más. Pero la historia no había hecho más que empezar—. ¿Hay más? —preguntó y cuando asentí, pidió que siguiera.

—Sí. Yo… debería habértelo dicho antes. John-Luke necesitará que le prestes los informes que has detallado durante estos años. —Inspiré hondo una vez más intentando cargarme de valentía, pero lo sentí como un millar de agujas directas al alma.

Carraspeé. *Joder*.

—¿Fue alguien de Ocean Gold? —preguntó cuando yo no pude seguir—. ¿Por eso te cuesta tanto decirlo?

—No.

—¿Y entonces? —Se acercó y sus manos estuvieron sobre mis antebrazos un instante después—. Eh, cuéntamelo. ¿Qué ocurre?

Después de saborear la sensación que necesitaba, me obligué a dar un paso atrás y romper el contacto.

—Mis padres han dejado de darnos noticias desde hace días, pero el contacto de Dimas del FBI ha averiguado algo —dejé de mirarle, porque sabía que era la única forma de hacerlo. Una parte de mí quería hacerse un ovillo y llorar, porque iba a hacerle daño, porque iba a romper el recuerdo que tenía de sus padres y porque por mucho que lo deseara, no podía cambiar la verdad.

Pero hice lo que mejor sabía: bloquear mis emociones. Y lo solté—. Adara Boyle mantuvo durante años una relación romántica con Vinsen Ancciatto antes de que conociera a tu padre. Y lo cierto es que… no solo es antes. —Exhalé con manos temblorosas y un nudo en la garganta—. Nuestro contacto ha demostrado que Adara volvió a retomar la relación con Vinsen pocos años después de que se casara con Flynn Boyle. Y que juntos… —mi voz sonó débil y aguda, casi irreconocible—, que juntos planearon la muerte de tu padre. Adara no debía estar en el *Ressence,* no debía formar parte de la misión porque era ahí donde Flynn iba a perder la vida. Todavía desconocemos los motivos que provocaron que ella acabara ahí abajo, pero sea por el motivo que sea, no cambia los hechos: que fue Vinsen quien manipuló el *Ressence* y que fue ella quien le ayudó a encubrirlo todo.

Silencio. Cuando me atreví a alzar la vista hacia Darien vi que se había quedado blanco. Su rostro estaba descompuesto y su cuerpo tan inmóvil que casi parecía una fotografía.

—¿Darien?

—¿Qué pruebas hay de eso?

—Muchas —admití—, montones. Existen conversaciones telefónicas, fotografías de ambos juntos, emails…

—Enséñamelos —pidió con voz firme.

Fui hasta mi portátil y lo encaré en su dirección. Darien estuvo leyendo durante al menos diez minutos. Para entonces ya había derramado un montón de lágrimas silenciosas.

—Aquí no hay pruebas de que mi madre ayudara a planear lo que dices —rebatió evitando pronunciar las palabras—. Y en cuanto a la relación romántica que parece que mantenían, los emails han podido ser modificados y las conversaciones ser antiguas, de su pasado juntos.

Negué con la cabeza.

—Es el FBI, Darien, saben cómo, cuándo y dónde se produjeron.

Exhaló despacio. Pasó un largo instante.

—Bien, estaban juntos a espaldas de mi padre, ella lo engañó durante toda mi vida. Pero no era una asesina.

—Existen… —me ardía la garganta y a pesar de que estaba clavándome las uñas en la palma de la mano, mi visión se volvió borrosa igual—, existen algunas acciones que se han catalogado como incriminatorias. Tendrás que firmar unos documentos para poder leer esos informes, pero básicamente son salas que Adara visitó, algunos documentos que revisó a pesar

de que no tenía los permisos necesarios para acceder a ellos, herramientas que no tenía sentido que alguien como ella solicitara… una serie de situaciones que inconexas no significan nada, pero que dan una imagen clara cuando te alejas. —Le di la espalda cuando le emoción fue demasiado—. Darien… —Quería decirle que lo sentía, pero no llegué a hacerlo.

La puerta de la entrada se cerró de un portazo. Le vi a través de la ventana.

—¡Darien!

—No, Annika —dijo sin dejar de darme la espalda.

Una orden, una muy clara. De que no le siguiera, de que ya había dicho bastante. Así que no lo hice, no le seguí. Esperé a que volviera, pero no lo hizo.

♥

Llamé a Dimas, por primera vez me escuchó hablar entre lágrimas. Algo que Darien había hecho casi desde el principio. *«Necesita espacio. Dáselo. Esto no va contigo, Annika. Sé que te importa, pero lo que acaba de descubrir de su madre… tardará en aceptarlo. Y no será fácil».* Su madre, la mujer a la que tanto había querido y añorado, había resultado ser alguien despreciable capaz de acabar con la vida de su padre. Incluso a mí me costaba creerlo. Pero había motivos de sobra. Para empezar, si Flynn moría en la expedición, los descubrimientos conjuntos que realizó el matrimonio pasarían a ser solo de ella. (Patentes y fondos incluidos). Eso significaba que Adara sería la única que podría utilizar esas bases para futuras teorías e investigaciones y también la única que podría venderlo a quien quisiera. Y a todo esto, Adara contaba con un multimillonario a sus espaldas capaz de comprar a quien fuera para que guardara silencio. El plan perfecto.

Vinsen se quedaba con la chica y la chica se quedaba con todo.

Y si tiene lógica y está respaldado por numerosas evidencias, ¿por qué me cuesta tantísimo creerlo? Sabía que de alguien podrido podía salir pura luz, Dean era la prueba. ¿Acaso Darien había corrido con la misma suerte que nosotros, sin saberlo? Horas después fui al muelle a buscarlo, pero no le encontré. Tampoco en el *Eejit.* Ni en su casa en el pueblo. Solo quedaba una opción: el acantilado. Pero si había ido allí, era evidente que no quería compañía. Me rompía no poder aliviar su dolor de alguna forma, pero en realidad, no podía. Los hechos eran los que eran. Su madre fue una asesina. Lo único que me quedaba era esperar que viniera a mí. *Por favor, por*

favor Darien, hazlo.

Capítulo 30

El corazón me pesaba tanto que no sabía cómo no se me había caído del pecho. Sin noticias de Darien solo podía llegar a una conclusión. Era probable que no volviera a hablarme. Si creía la investigación realizada por nuestro contacto, sería la chica que le hizo ver algo que ningún hijo querría ver. Una verdad que le quitaría el sueño durante mucho tiempo y que le causaría más dolor del que ya había soportado. Y si no la aceptaba, sería la chica que insultó a su difunta madre con mentiras, solo para sacar dinero del fondo del mar. En cualquier caso: no volvería a hablarme.

Pero me obligué a bloquear todo eso de mi cabeza para soportar la espera y por ellas tres. Lyka, Eyna y Márthia estaban en mi habitación y por supuesto, no sabían nada. Esta noche era la *réaltaí oíche* y les había oído decir que no tenían nada especial para ponerse, así que les había ofrecido mi ropa. Yo no iba a ir, evidentemente, aunque todavía no se lo había dicho. No quería estropear la diversión que les generaba probarse mi ropa esparcida por la cama o sobre la maleta abierta. Había algo que llevaba rondándome muchos días, así que cuando vi la oportunidad saqué el tema. Las tres hermanas parecieron mucho más predispuestas a hablar de Khëd que Darien. Esperaba poder hallar respuestas por fin.

—De pequeños eran muy amigos —empezó Márthia, perdiendo un poco la alegría típica en ella—, pero todo cambió cuando…

—Cuando los padres de Darien murieron —terminó Eyna doblando una camiseta con el logo de Versace, dejándola de nuevo sobre la cama.

—Lo cierto Annika, es que después del suceso, la prensa estuvo viniendo a Leganhyr durante semanas. Ya sabes, para intentar averiguar algo más sobre lo ocurrido, ver el lugar del que procedían los Boyle y escribir un par de páginas al respecto para sus lectores —explicó Lyka —. La cosa es que cuando eso ocurrió, Khëd se hizo pasar por Darien.

—¿Qué hizo qué? —pregunté alarmada—. ¿Para qué?

—Para conceder entrevistas y sacar tajada —dijo Eyna con una expresión de asco.

—¿Qué hizo Darien cuando se enteró?

—Partirle la cara —contestó Eyna con orgullo, uno que dejaba entrever que puede que ella se la terminara de arreglar después.

—Eran muy buenos amigos, pero ese día dejaron de serlo —dijo Márthia.

—Si cualquier otro ciudadano de Leganhyr lo hubiera hecho, habría sido asqueroso. ¿Pero saber que fue Khëd, la mano que debía tenderse en beneficio de Darien la que acabó por clavarle un puñal? —Eyna soltó el aire con dificultad, como si la falta de lealtad de Khëd le oprimiera el pecho—. Después de que la familia Boyle siempre lo acogiera, él…

—¿Lo acogieron? —pregunté—. ¿Por qué?

—Khëd tenía "problemas familiares" —dijo Lyka.

—Eso es quedarse muy corta —dijo Márthia.

—Los Boyle incluso intentaron hacerse con la custodia de Khëd —siguió Eyna—. ¿Y qué hizo él cuando Darien perdió a sus padres? ¿Cuando por primera vez era él quien lo necesitaba y no a la inversa? Intentar sacar dinero a su costa. —Sacudió la cabeza y procedió a decir una lista de insultos en gaélico que ya empezaba a sonarme familiar.

—Pero ambos eran unos críos —dijo Lyka—, y no podemos olvidar que el padre de Khëd no se lo estaba poniendo fácil. Solo tenía catorce años y quería dinero para irse lo más lejos que pudiera lo antes posible. Para que no acabara matándolo de una paliza.

—El padre de Khëd era alcohólico —dijo Márthia viendo que necesitaba más información —. Un borracho de mucho cuidado.

—Y le pegaba —dijo Eyna—, le daba palizas de las gordas.

—¿Y su madre? —pregunté.

—Los abandonó cuando Khëd tenía poco más de siete años —dijo Lyka—. Su marido no solo pegaba a su hijo, a ella también, y decidió salvarse. Largarse sin mirar atrás.

—Qué hija de puta —murmuré a coro con Eyna.

—Por suerte para él, su padre se murió antes de que lo matara a golpes —dijo Márthia.

Era demasiado que digerir tan de golpe.

—Pero haberlo tenido difícil no justifica lo que le hizo a Darien —aseguró Eyna.

—Cierto —dijo Márthia.

—Ni lo que este pueblo le permite —siguió Eyna—. Khëd ha jodido a mucha gente.

—Pero siempre encuentra la forma de arreglarlo —dijo Lyka.

Eyna sacudió la cabeza. Como si dejar el tema fuera la única opción para no discutir, pues

no iban a ponerse de acuerdo. El tema de conversación viajó a lugares menos oscuros y las hermanas recuperaron la luz en el rostro. Eligieron una falda cada una y luego me pidieron que les eligiera la parte de arriba. Intenté sonreír tanto como pude, pero al final las tres pusieron los brazos en jarras y me miraron desde las alturas.

—¿Vas a seguir mucho más sin sacar el tema? —preguntó Lyka alzando una ceja.

—¿Qué…? —pregunté sentada en la cama.

—Darien y tú —dijo Márthia—, habéis discutido, ¿verdad?

—¿Ha sido por Khëd? ¿Por eso nos has preguntado? —intervino Lyka—. Ya te dijimos que es un libro cerrado. Debes ser paciente.

—No ha sido por Khëd. —Moví la cabeza en negación.

—Cuéntanoslo, *stór* —pidió Eyna sentándose a mi lado.

Pero no podía. ¿Cómo hacerlo? Eso era algo que solo Darien podía decidir a quién contar y cuando hacerlo.

—No puede haber sido una discusión tan mala —dijo Márthia agachándose frente a mí, apoyándose sobre mis rodillas.

—Ha sido bastante mala —dije y todo volvió a repetirse en mi cabeza.

El dolor en sus ojos. La desesperación en su voz por encontrar algo a lo que aferrarse, algo que asegurara una posibilidad distinta a la historia de madre. Me mordí la lengua con fuerza. *Luz inofensiva que acaricias pensando que será cálida y te curará. Se colará bajo tu piel y te herirá desde lo más hondo. Tendría que haberme ido de aquí cuando tuve la oportunidad. No haber revuelto el pasado. Así no habría hecho daño a Darien. Así todo sería más fácil.*

—No me gusta nada ver esa tristeza en tus ojos —dijo Eyna apartándome le pelo de la cara.

—No os lo toméis todo tan en serio —dijo Lyka.

—Créenos, como las tres mujeres casadas que somos, podemos asegurarte que las discusiones entre enamorados son de lo más pasionales, breves y comunes —dijo Márthia sonriendo, haciendo que fuera difícil para mí no corresponderle.

Enamorados. Ni siquiera tuve fuerzas para negarlo. Sí, estaba enamorada de Darien Boyle. Pero ahora esa verdad se clavaba en mi corazón como una espada, atravesándolo de lado a lado, lista para hacerlo añicos. Por otro lado, ni siquiera había sido una pelea. Darien se había ido. Se había cerrado en banda y me había echado de la partida sin tan siquiera…

—Sabemos que no ha vuelto a los muelles desde esta mañana y eso solo puede significar

una cosa —Eyna se señaló el pecho—, que te has colado bien adentro. Puedo asegurarte que ese cabezota no falta al trabajo a la ligera.

—Ni siquiera cuando hay tempestad —dijo Márthia—, eso pone enferma a Cairenn.

Me restregué los ojos al sentir que el peso sobre mis hombros me hundía más sobre la cama. La mano de Eyna me acarició la espalda.

—La chica que va a ganarse la enemistad de todo Leganhyr por quedarse con el soltero de oro debería tener más claro el poder que tiene entre manos —dijo Lyka.

—Oh, eso ya me lo he ganado y Lucy lidera ese club, sin duda —murmuré para mí, pero por lo visto, no tan flojo como pensaba.

—¿Lucy? Oh, no, Lucy rema en el lado opuesto del barco —explicó Márthia—, de hecho se declaró a Lyka cuando era una cría.

Uní las cejas y aunque separé los labios, no salió de mí ni una sola palabra. *Entonces, ¿no es por Darien? No salieron juntos.*

—Me supo tan mal tener que decirle que no —Lyka hizo una mueca y decidí dejarlo estar, porque sinceramente, pensar en esa chica era lo último que me apetecía.

—Hablando de confesiones, Eyna. Cuéntale a Annika cómo Dhéz te pidió matrimonio —Márthia le dio con el codo a su hermana, moviéndola en mi dirección.

—Sí, eso le vendrá bien como ejemplo de lo que decíamos antes —corroboró Lyka.

—No fue nada del otro mundo —aseguró Eyna, pero cuando la miré interesada (casi desesperada porque el tema se centrara en algo que no fueran mis problemas) asintió—. Dhéz y yo fuimos amigos durante meses. Solíamos salir con ellas y sus, en aquel entonces, novios.

—Ahora maridos —intervino Lyka con una gran sonrisa.

—Una tarde, Dhéz vino a casa y me pidió que bajara porque quería hablar conmigo a solas antes de vernos con los demás.

—Eyna creyó que iba a cortar con ella —explicó Márthia por lo bajo.

—La muy tonta, estaba convencida del todo —se rio Lyka.

—Él llevaba unos días raro, distante —Eyna se llevó la mano al pecho, igual que quien es capaz de sentir la preocupación y confusión del pasado—. Lo único de lo que quería asegurarme era de que siguiéramos siendo amigos. Si él decidía que no quería volver a besarme nunca más, lo aceptaría.

—Sí, como si hubierais hecho solo eso —murmuró Lyka recibiendo un golpe de Eyna y

una carcajada de Márthia, todo a la vez.

—El caso es que le vi bajando la calle cuando yo ya estaba fuera y llevaba dos rosas rojas en la mano —continuó Eyna.

—¿Dos rosas rojas? —pregunté sintiendo que la sonrisa curvaba las comisuras de mis labios hacia arriba—. ¿Eso significa algo?

—Eso fue lo que yo le pregunté. Le dije, ¿por qué dos? Como no contestó de inmediato y estaba algo nerviosa, quise tomarle el pelo y añadí: si hubieran sido tres hubiera significado «te quiero». Algo que, por cierto, llevaba semanas listas para decirle. Pero él no contestó. Y cuando tras una larga pausa, lo hizo, dijo: casémonos.

Estallamos en gritos. Lyka y Márthia lo celebraron conmigo como si no hubieran estado pegadas a la ventana de su casa escuchándolo todo cuando ocurrió.

—¿Y qué hiciste? —pregunté sintiendo que la emoción del momento amenazaba con nublarme la vista.

—Nada, me quedé petrificada en el sitio. —Eyna abrió mucho los ojos, tapándose las mejillas que se le habían vuelto rojas, con el reverso de la mano.

—¡Y encima Dhez lo terminó de arreglar con su «quiero pasar el resto de mi vida contigo. Eyna»! —exclamó Márthia emocionada, abanicándose.

—¿Y qué le contestaste? —insistí en ascuas.

Eyna me miró mordiéndose el labio y dijo:

—Que las flores de la boda tendrían que ser parejas de rosas rojas.

Sentí algo estallar en mi pecho. No nos dieron las caras para sonreír más. Me hubiera encantado conocer también las historias de Márthia y Lyka, saber si eran tan románticas e inesperadas como la de Eyna, pero nuestro tiempo había llegado a su fin. Había llegado el momento de irse.

—Llevas todo el rato diciendo «luego» cada vez que te decimos que te vistas —dijo Márthia—. ¿De verdad crees que vamos a dejarte aquí?

—Ni hablar, *stór* —Lyka sacudió la cabeza con rotundidad—. Tú te vienes con nosotras.

—No pasa nada. No me hacía tanta ilusión. Además no estoy de humor.

—No importa —dijo Eyna—, lo estarás cuando veas lo precioso que es todo.

Eyna se levantó dispuesta a encontrar algo para mí en el armario y yo me visualicé agarrándome a las patas de la horrible y comodísima cama.

Entonces llamaron a la puerta.

Capítulo 31

Mis labios quedaron sellados y mi corazón dio un vuelco al pensar en las posibilidades. En la única que deseaba que respondiera ante la pregunta de Eyna.

—¿Quién es?

—¿Eyna? —preguntó la voz de Darien.

Era él. ¿Qué hacía aquí? Sentí miedo, terror y pánico. Porque viniera a poner final a todo lo que en el fondo yo ya sabía que había acabado. Lyka y Márthia se acercaron a mí y mientras una me pellizcó las mejillas, otra me arregló el pelo. Una vez le hicieron la señal a su hermana, Eyna abrió la puerta. Cuando sus ojos tristes llegaron hasta los míos, se endulzaron al instante. La tristeza seguía allí, pero de alguna forma la calidez inundó su rostro.

—¿Podemos hablar? —preguntó y en su voz percibí que esperaba que dijera que no.

Tal hubiera sido lo lógico. Nadie quiere que le pisen el corazón justo después de que se lo hagan pedazos. Aún así asentí. Por una razón: necesitaba saber si estaba bien. Si iba a estarlo cuando me fuera de Leganhyr mañana por la mañana.

—Sí, nosotras ya nos íbamos —dijo Lyka empujando a Márthia.

—Por supuesto —dijo Eyna—, esperaremos abajo. Para ir hacia el muelle. Todos juntos —añadió sin dar su brazo a torcer.

Darien no dijo nada y yo me limité a centrar la vista en mis manos porque el corazón me dolía con cada latido y no quería ponerme a llorar. No cuando el que tenía todos los motivos para hacerlo era él. Oí un «gracias» suave por parte de Darien antes de cerrar la puerta y nos quedamos solos. Darien caminó con sus largas piernas hasta la cama y se sentó a mi lado, justo en el lugar que había ocupado Eyna segundos antes.

—¿Cómo estás? —pregunté sin mirarle más que un par de segundos—. Lo siento, es una pregunta tonta. Seguro que no puedo ni empezar a hacerme una idea de lo que sientes y desde luego no tienes por qué explicármelo. ¿Qué…? ¿Qué querías decirme?

Su mano alcanzó la mía y un segundo después quedaron entrelazadas. Las miré, escuchando cómo mis latidos se aceleraban con una ridícula esperanza. Una que mi cerebro

aseguraba que se convertiría en unas escaleras desde las que caerme muy pronto.

—Siento haberme ido así esta mañana. —Su voz sonaba más rasposa y grave.

¿Había estado llorando? *Joder, claro que sí.* Eso me hundió los pies en la arena un poco más. No haber estado allí y que no me hubiera permitido estar allí. No tener el más mínimo derecho a recriminarle nada y entender que necesitara espacio. Había demasiadas emociones contradictorias en mi cabeza.

—Quería darte las gracias —añadió, a lo que le miré sin entender, preguntándome si era sarcasmo, si sería tan cruel para algo así.

—¿Por qué? —Inspiré como pude mientras no apartaba la mirada de su rostro.

—Sé lo difícil que ha sido para ti contármelo —agachó la cabeza y su otra mano cayó sobre las nuestras unidas—. Y te lo agradezco.

—¿De verdad?

—Quería saber la verdad, Annika. Sin importar lo dolorosa que fuera. Tú me has dado lo que llevaba toda la vida buscando y aunque no… —se detuvo y tragó con dificultad. Su pecho se hundió con pesar y mis ojos se llenaron de lágrimas—. Aunque no esperaba que fuera de este modo, me alegra saber la verdad. El lugar que ocupó realmente mi padre en la vida de mi madre. Me gustaría leer esos informes, igual que hablar con vuestro contacto del FBI. Tengo muchas preguntas que hacerle. Pero me gustaría que tú estuvieras presente.

Esas últimas siete palabras me hicieron polvo. Porque trajeron consigo otras siete tan puras y hermosas como su corazón: no vas a apartarme de tu lado. Su fortaleza dejó mi corazón tiritando. Estaba tan acostumbrado al dolor que él podía… soportar esto. Pero yo no.

—De acuerdo —respondí, pero para entonces mis hombros ya se movían con los sollozos silenciosos que no conseguía controlar.

Sus brazos me rodearon de forma inmediata.

—Por favor, no llores.

Pero en el instante en que me acunó dejé salir todo lo que había estado conteniendo. El dolor por su pérdida, por la traición de su madre, porque la muerte de su padre se hubiera vuelto aún más dolorosa, porque tuviera que cargar con esa historia sobre sus hombros, porque necesitara tener una casa en los acantilados…

—Lo siento tanto, Darien —sollocé—. Lo siento.

Se separó de mí con los ojos rojos y brillantes y una tristeza demoledora cruzándole el

rostro.

—Para —su mano apartó las lágrimas de mi mejilla—, por favor, deja de llorar así. —Una súplica en toda regla.

Pero mi cuerpo suplicaba volver atrás. Arrancar ese dolor que veía en su iris para siempre de su corazón y su mente.

—No debería haber venido —solté al fin—, no debería haberte ofrecido ningún trato. Tú no te mereces esto. Tú no te mereces a esa madre. Y yo… yo no debería…

—Escúchame, Annika —tiró de mí, acercando nuestros rostros un poco más—, tú me has dado lo que necesitaba. Nunca hubiera podido pasar página sin saber la verdad.

—Pero yo no quería hacerte tanto daño, Darien. —Y sabía que se lo había hecho.

Igual que Eyna, Lyka y Márthia lo sabían.

—Mi precioso cisne, tú no me haces daño —me acarició con dulzura—. Tú me haces fuerte.

Lloré más porque no sentía que fuera cierto. Lo que veía en sus ojos era dolor, mucho dolor. Uno que no estaba ahí antes. Uno que yo había encendido. La culpa oscureció la sangre en mis venas.

—Me iré de aquí mañana —sacudí la cabeza deseando que lo que me oprimía el pecho cesara un poco. Que de alguna forma mis palabras lo aliviaran y por ende, a mi también—. Me iré de Leganhyr mañana.

—No —sentenció rotundo, su mirada volviéndose cristales de plata afilados y certeros—. No lo harás.

Asentí porque no tenía palabras. Iba a hacerlo. Esta vez de verdad.

—Annika, escúchame.

—No, para —agarré su muñeca, en un principio para apartar su mano y después apartarme yo. Pero en el instante en que mis dedos tocaron su piel, no pude soltarle—. Estarás mejor sin mí, es evidente. Cairenn tenía razón. Lo único que hago aquí es remover un pasado que no te dolía tanto como ahora. Una herida que aunque no fuera a curarse nunca del todo, no estaba abierta y sangrando como ahora. Por mí. Por mi estúpida insistencia y la maldita *Nihafryta* y yo…

—Te quiero.

Dejé de respirar. O quizá no. Mi pecho subía y bajaba de forma abrupta, pero no sentía que el oxígeno llenara mis pulmones en absoluto.

—Darien, ¿q-qué…?

—Te quiero, Annika —repitió con una facilidad y una naturalidad que vació mi pecho de toda oscuridad.

Desearía haber podido pausar ese momento. Grabarlo y repetirlo para siempre. O meterlo en un frasco. O todo a la vez. Sentí que mi vida estallaba por los aires. Que la adrenalina golpeaba mi corazón mucha más fuerza que antes. Con un tipo de dolor distinto.

—Puedo repetírtelo mil veces más si lo necesitas —sus ojos aseguraban que así era.

—¿Por qué? —*¿Por qué a mí?*

—Porque alguien tiene que cuidar de ti y no pienso permitir que sea otro. Quiero ser yo el que te ayude a ver que no hay un solo gramo de maldad en ti. El que te cubra las espaldas siempre que lo necesites. Quiero ser a quien abraces cuando tengas miedo y el que evite que te caigas en terreno fangoso, a pesar de que siempre te ayudaré a levantarte si lo haces. Sin duda, eres el mayor tesoro que jamás he visto y te quiero. Y puedo imaginarme lo difícil que ha sido para ti guardar el secreto y desde luego, sé por qué lo has hecho. Por el mismo motivo por el que me arrastraste a la consulta de Zheian. Por el que no te has dado por vencida con Cairenn. Por la misma razón por la que me dejaste que te detuviera aquel día cuando quisiste marcharte de aquí y olvidarte del trato. Lo sé y no hace falta que lo digas. Porque tus actos lo gritan a cada paso que das.

Oírlo era abrumador. La verdad daba mucho miedo porque traía mucho poder consigo. Igual que el amor. Uno de esa clase, tan puro, tan capaz de hacerte polvo y reducirte a cenizas. *Esa clase de amor no puede ser ignorado.*

—Claro que te quiero, Darien —admití sin poder dejar de llorar. La forma en la que su rostro se rompió en una calidez demoledora me aseguró que no me equivocaba—. Te quiero.

Su pecho se hundió como si le hubiera golpeado con fuerza y un instante después me besó.

Capítulo 32

Darien alcanzó mis labios arrollándolos de la misma forma que había hecho con mi corazón. Ese que le pertenecía y había dejado tiritando y a su vez, latiendo con más fuerza que nunca. Las ganas de llorar no desaparecieron del todo, pero sus labios me ayudaron a deshacerme del miedo. Le besé en un intento de darle lo que se merecía. Deseé poder protegerlo del pasado y del futuro. En ese preciso momento me prometí que encontraría la manera de hacerlo.

Yo seré tu escudo.

Cualquier otra posibilidad quedó descartada. Darien me atrajo hacia sí con determinación y deseo, y el único momento en el que fui lo bastante fuerte como para alejarme un par de milímetros de él fue para deshacerme de la tela que cubría la parte superior de mi cuerpo. Darien no fue directo a mis labios, primero besó mis hombros, luego mi cuello y en cuestión de segundos, su amor estaba impregnado en mi piel, por todas partes. Ambos queríamos mucho más que eso, el ambiente estaba cargado de pura necesidad. Le besé por todas las veces que había deseado hacerlo y no había podido. Me hundí en su boca y el gruñó de un modo distinto a los anteriores porque habíamos bajado todos los muros, esos que ambos teníamos, así que en cierto modo nos estábamos besando por primera vez. Y la lista no iba a acabar ahí. Sabía que esta vez no nos frenaría porque no había motivo: ahora ambos sabíamos lo valioso que era aquello que nos unía. *Sé que tengo tu corazón en mis manos igual que tú tienes el mío.* Jadeé en parte por el placer de tenerle para mí y en parte por la frustración de la distancia, dejándole claro que "ninguna" era la máxima que quería entre nosotros. Él lo entendió a la perfección porque un instante después Darien me colocó sobre su regazo. Me cogió sin aparente esfuerzo. Sonreí hasta que me posicionó de tal forma que pude sentirle contra mí de una forma que… *Joder.* Si hubiera estado de pie podría haberme caído al suelo con facilidad. Pero el deseo de Darien se presionaba contra mí de un modo insano y satisfactorio. Perfecto. Mientras sus palabras se repetían en mi cabeza una y otra vez amenazando con acabar conmigo. *Te quiero.* Tiré de su camisa hacia arriba y él se la quitó. Mis manos exploraron su piel firme con algunas cicatrices cuyas historias

desearía saber. Mis labios estaban dispuestos a guardarse cada rincón en mi memoria para siempre. El calor que emanaba su cuerpo era halagador a un nivel extremo, pero nada que ver con lo que sentía contra mí. Eso que me pedía con urgencia acabar con todas las barreras. Me deshice del sujetador y cuando intenté volver a besarle no me lo permitió. Sus mejillas estaban más rojas que de costumbre y su mirada algo vidriosa.

En trance.

La forma en la que Darien me miró… la forma en la que pasó la lengua por su labio inferior dejando la boca entreabierta… fuego. Me convirtió en fuego.

—¿No vas a besarme? —Mi voz sonó como si alguien me estuviera cogiendo por la garganta.

Así me sentía porque respirar era un lujo que ya no podía permitirme. No hubo respuesta por su parte. Su mirada siguió recorriéndome despacio, como si estuviera ordenándose las ideas. Como si hubiera demasiado que deseara hacer conmigo. Acelerando mis latidos. Provocando que me retorciera expectante. La espera… oh, dios, había merecido la pena. Solo por tenerle mirándome así ya habría vendido mi alma.

—Darien, bésame, por favor —supliqué al hombre que me convertía en lava a una velocidad asombrosa, demostrando tener un poder sobrenatural sobre mí.

Entonces él dijo algunas palabras en gaélico. Unas las reconocí, «preciosa», «hermosa», «mía», pero otras no. Aun así, no me hacía falta. Sabía que todo lo que salía de sus labios iba a demolerme el alma, así que intenté alcanzarlos con tal de preservar la vida. Pero él no me dejó. En vez de eso me tumbó sobre la cama y colocó mis brazos por encima de mi cabeza. Obligándome a cederle un control que ya era suyo. Succionando donde no debería. Justo en el abismo de lo deliciosamente intolerable. *Dios. Dios, sí. No entiendo cómo este tesoro es solo mío. Cómo he podido llegar hasta aquí, ni cómo he tenido tanta suerte.* Hubiera deseado expresarlo, pero mi vocabulario se había reducido a jadeos y gemidos. Le rodeé las caderas con las piernas y lo atraje hacia mí. Le besé y todo fue inundado por las llamas. Pero nada que ver con lo que hizo él. Oh, no. Darien abrió un mundo nuevo para mí en el instante en que se hundió en mi boca.

Dispuesto a devorarme.

Como si la necesidad le estuviera nublando el juicio.

Y a mí eso me encantaba porque quería tenerle sin restricciones. El gemido que me arrancó

todavía teniendo su boca contra la mía fue sin duda el más fuerte, porque una de sus manos se había colado entre nosotros y ahora se encontraba inspeccionando mi cuerpo de un modo que… *sí, sí, por favor.* Me encantó poder comprobar hasta qué punto le gustaban esos sonidos. Ver que me tenía a su merced. La forma en que su cuerpo reaccionaba meciéndose contra mí de un modo más salvaje y perfecto que juro jamás había sentido. *Pero tampoco sé de qué me extraño. No hay nadie como tú. Lo has demostrado con creces y más de mil veces.* Mis manos acariciaron su rostro en el breve instante en que nos apartamos para respirar. Pareció tener dificultades para formular la siguiente frase. Pero lo hizo.

—Si quieres parar, creo que ahora sería un buen momento. —Su voz sonó ronca, espera y más grave que nunca.

Su corazón golpeaba el mío con fuerza. Sentía su deseo casi contra el mío, si no fuera porque seguíamos vestidos de cintura para abajo. Y aun así… *pues claro. Es Darien.* Sonreí y mis manos llegaron hasta sus mejillas. No besarle en ese preciso instante hasta aspirar su alma fue, tal vez, lo más difícil que hice en la vida.

—Me alegra que me frenaras entonces porque no sabía a quién tenía delante. No de verdad, como ahora —logré decir y él asintió expectante, paciente, todavía un poco en trance como si le costara prestar atención—. Pero, por favor, no lo hagas hoy. No pares esto.

Sus ojos me atravesaron con una fuerza abismal. Una flecha directa al corazón. Sabía que le estaba dando todo el consentimiento que podía darle. Y aún así, Darien preguntó:

—¿Qué quieres de mí, Annika? —Sus labios llegaron hasta el punto de mi cuello más cercano a mi oreja y allí me besó con la boca bien abierta.

Me olvidé de cómo se articulaban las palabras y de todo lo demás. Bueno, de todo salvo de él y de la necesidad que latía en zonas muy concretas de mi cuerpo. Una creciente que estaba a punto de matarme en vida.

—Dímelo, mi amor —pidió antes de morder la parte más sensible de mi oreja.

La forma en la que se curvó mi espalda contra él casi me hizo cruzar el límite. Fue como si el placer se materializara dentro de mí y amenazara con darme un empujón y tirarme al abismo.

—Todo —susurré en sus labios. Intenté hablar más alto, sacando fuerza de donde no la tenía. Estaba echa un desastre, débil, temblando, cálida y líquida, y aun así me sentía más bella que nunca—. Quiero cada beso y cada caricia que quieras darme. Quiero cada rincón de tu cuerpo que me permitas tener. Te quiero a ti, Darien.

El peligro se materializó en su mirada y mi estómago se encogió y se contrajo con anticipación. Se movió despacio obligándome a soltarle de mi agarre, aunque con cierta reticencia. Sin apartar la mirada, sus dedos llegaron hasta el botón de mis pantalones. Lo desabrochó despacio y se deshizo de ellos sin esfuerzo, como si mi piel no fuera su lugar y estuviera devolviendo el orden al mundo. Sus dedos tocaron mi piel y luego siguieron hasta llegar a la delicada tela que me quedaba puesta. *Dios.*

—Eres tan preciosa que podría perder la puta cabeza. —El roce fue suave, pero tan intenso que empecé a ver borroso.

Círculos. Los círculos nunca habían sido tan maravillosos. Mis súplicas, que tanto se parecían a su nombre, cada vez eran más fuertes. Igual que sus movimientos, que cada vez eran más rápidos. Darien estaba consiguiendo que mis terminaciones nerviosas se volvieran locas. Me retorcí contra él y mientras tanto, él no apartó su mirada de mí. Lo cual me sonrojaba todavía más, haciendo las cosas más difíciles y a la vez… mejores. Creí que iba a torturarme toda la eternidad, estaba casi segura del todo, pero algo de lo que vio debió dejarle sin alternativa. Y quedé expuesta. Por completo. ¿Puede un animal salvaje ser delicado? ¿Puede la más absoluta lujuria dejar espacio para algo mucho más profundo y hermoso? *Sí. Sin duda, sí.* No había ni un solo rincón de mi piel que sus ojos no mirasen como tierra sagrada y eso me estaba haciendo volar muy alto. Ver lo que sucedía bajo la ropa que le quedaba… la forma que él intentaba lidiar con ello… me estaba matando. Y dándome mucha sed. Tenía la garganta seca y el pulso acelerado. Deseaba tener su cuerpo tanto como anhelaba cuidar su corazón. Era mío, tanto como yo era suya. Leganhyr o Boston, el mundo ahí fuera daba igual. Solo me importaba él. *Quiero tenerte, mi amor. Por favor. Quiero tenerte.*

—No lo pidas por favor, Annika. Te daré todo lo que quieras de mí. —No pareció ser consciente de que lo siguiente lo decía en voz alta—: Al fin y al cabo, lleva tiempo siendo tuyo.

Darien se deshizo de su ropa y el primer contacto superficial hizo estallar luces en la oscuridad, extendiéndose por todo mi cuerpo. Entonces lo dije, que estábamos seguros, protegidos, que tomaba anticonceptivas. Pero lo que me sorprendió fue cuando admitió que también estaba limpio, pues hacía tiempo que no lo hacía. Sabía que no había abierto su corazón a nadie, pero no esperaba… *Dios. Soy todavía más afortunada de lo que pensaba.* Dudé si llegué a decirlo en voz alta porque él soltó una risita antes de regalarme un beso a la altura del hombro.

—Se me ocurren un par de ideas de recuperar el tiempo perdido —mordió mi labio inferior

y luego besó mi mandíbula.

Hubiera sonreído a lo grande, pues la idea de compensar una vida separados en el menor tiempo posible me parecía deliciosa y hacía a mi corazón el órgano más feliz de la faz de la tierra. Pero no pude. Porque Darien se presionó contra mí de tal forma que la siguiente vez que movió las caderas, me perdí en él. En el placer que estalló dentro de mis células. Crucé el límite y él me sostuvo cada vez. Aceleramos el ritmo de nuestros movimientos y nos dejamos llevar cediendo el control de forma alterna el uno al otro.

Su mano entrelazada con la mía.

Mis ojos fijos en los suyos.

Dejando que cada beso repitiera aquello que ya nos habíamos dicho.

Este momento nos pertenecía solo a nosotros.

Capítulo 33

DARIEN

Perdí la noción del tiempo y ni por todo el oro del mundo habría podido asegurar cuánto llevábamos en esa habitación. Lo único que tenía claro era que quería que siguiéramos justo donde estábamos. Teniéndola tumbada a mi lado las preguntas no paraban de llegar a mi cabeza. *¿Cómo de lo más terrible que marcó mi vida para siempre ha podido salir algo como tú? Tan bueno y tan dulce. Tan preciosa.* Estaba tumbada boca arriba, con mi brazo cruzando su torso y mi camisa puesta de vestido. Uno que se le subía con facilidad cuando se movía, y que a mí me dejaba sin aliento. *Necesitado.* Se la había puesto como broma, hablando de nuevo de esa película de piratas con la que solía comparar mi vida, pero le quedaba tan bien que… le pedí que se la dejara puesta. *Otra fantasía a tachar de mi lista.* Incapaz de mantenerme lejos, lamí su lengua. Despacio, intentando saborearla. Pero no tenía suficiente. Me aparté para mirarla. Para capturar la imagen de tenerla aquí, en la cama, conmigo. Intentando asimilar que esto estaba pasando. Quería todo de ella, su olor, sus caricias, sus besos, su precioso corazón y su cuerpo… ese sensual, seductor y digno de admiración mar de curvas perfectas en el que quería hundirme como un maldito animal que ya no sabía cómo mantenerse a raya.

—Si sigues mirándome así no voy a poder respirar —dijo.

Sonreí y agaché la mirada como un crío al que pillan haciendo algo que no debería. Incluso percibí las mejillas y las orejas un poco más calientes de lo que debería. *Como un crío. Espabila, Darien.* Pero entonces sus dedos llegaron hasta mi pelo, sumergiéndose en un caos de mechones oscuros y mirándome de esa forma que… hizo imposible que no la besara. Intenté ir despacio. Lo preciosa que era me lo puso fácil porque quería besarle por toda la cara. Su nariz, sus mejillas, su barbilla… Pero cuando se rio y mis manos llegaron hasta sus costillas en un intento de prolongar las carcajadas, el ambiente se volvió distinto. Mi nariz acabó en su cuello e inhalé con fuerza, haciendo que se retorciera contra mí mientras mis pulmones se llenaban de su esencia. Podría haberme muerto de necesidad en ese momento. Mi cuerpo se tensó y se endureció contra la cama. Había tanto que quería hacer, *hacerle*. Colé mis manos bajo la camisa

y subí por su piel en una caricia. Un jadeo separó mis labios al recordar que no llevaba sujetador, que se lo había quitado, *para mí*. La rodeé con las manos y mi cuerpo se movió en piloto automático. Tiré de ella para colocarla en el centro de la cama y besé su estómago, trazando una línea ascendente hasta que mi camisa quedó a la altura de sus delicados hombros. Podría haber bebido de sus gemidos el resto de mi existencia y habría sido el hombre más feliz del planeta. Entonces la besé de verdad y su cuerpo se arqueó contra el mío sacudiéndome con descargas de puro placer que no tenía claro que me mereciera. Que alguien pudiera merecerse. Ni a ella. Era perfecta. Preciosa de un modo celestial. Utilicé la lengua, los labios y los dedos. Pero *yo* no tenía suficiente. Y supe en ese preciso instante, que nunca lo tendría. Mi fortaleza había sido más que puesta a prueba desde que ella llegó a Leganhyr, sin duda. Había perdido la cuenta de las veces que había deseado hacerla mía. Pero antes no lo era y esto no hubiera cambiado las cosas. Ahora, en cambio… todo era distinto. Me quería, tanto como yo a ella. Recordármelo me volvió peligroso. Demandante. Pero Annika no quería distancia. Lo sabía por la forma en la que seguía atrayéndome hacia sí, con una desesperación similar a la mía.

—Dios, Darien —gimió y mi columna se deshizo.

Su cuerpo era tan suave, líquido y cálido bajo mis manos que parecía un maldito sueño. *Tá mé i ngrá leat.* «Te quiero». Volví a besarla, a saborearla. *Is tú mo rogha.* «Eres mi elegida, la dueña de mi corazón».

—Sigue —pidió con voz necesitada y sensual a un nivel que estaba más que dispuesto a explorar. Pensé que hablaba de lo que le estaba haciendo, pero entonces añadió—: Me encanta cuando hablas en gaélico.

Sus palabras me hicieron muy feliz. Tanto que una sonrisa no sería suficiente. Al tiempo que mis labios subieron hasta los suyos, mis manos descendieron por su cuerpo en una serie de caricias peligrosas que consiguieron que se sacudiera y mi sangre amenazara con hervir en mis venas. Mis dedos exploraron su piel como si fuera la primera vez. En cosa de segundos, la tuve justo donde la quería. *Dios. Vas a acabar conmigo, Annika Collymore, te lo aseguro.* La forma en la se mordía el labio inferior en un intento de mantener el control de la situación era todo un aliciente para emplearme a fondo y verle perderlo. *A quién pretendo engañar, toda ella es el mayor aliciente de la historia. Me vas a volver loco.* Aceleré el ritmo de mis movimientos sintiendo que yo también estaba al límite. Que solo verla ya podría haberme hecho terminar y yo no quería que eso pasara, no podía permitirlo. Había mantenido las manos lejos de mi cuerpo por

una razón: si quería más, quería ser capaz de dárselo. De dárselo todo. Así que me centré en ella. En escuchar lo que quería. Una ola de placer la sacudió haciéndome trizas a mí también y poco después lo hizo una segunda. Besé su cuello y su hombro, a medida que ralentizaba el ritmo. Podría haber empezado otra vez y haber disfrutado viéndola hasta el final de los tiempos, pero su mano llegó a mi antebrazo en una caricia que entendí rápido. Había tenido suficiente.

Intenté recuperar el aliento antes de hablar. Pensar en algo que no fuera lo mucho que la deseaba. Tratar de no mirar demasiado su cuerpo desnudo junto al mío. Ni recordar lo que le había hecho. O lo que quería hacerle. Ni prestar atención a cómo la forma en la que las curvas de sus preciosos… No se me dio del todo bien. *Para nada.* Entonces me di cuenta de que había dicho algo. Dejé de acariciar su rostro y me centré en lo que decían sus labios. Mi nombre. Solo fue eso, pero resultó ser más que suficiente porque jadeó obligando a su cuerpo a moverse con una breve sacudida airosa. Cuando mis ojos encontraron los suyos y vi en qué parte de mi cuerpo habían quedado fijos, mi estómago se contrajo y me tensé todavía más. No quería que se sintiera presionada a hacer nada, pero por la forma en la que se lamió el labio inferior no me pareció que así fuera. El deseo que brilló con fuerza en su iris también me dejó las cosas bastante claras. Gruñí en un intento de mantener el control, porque sus ojos volvían a estar sobre los míos y había un mundo de posibilidades reluciendo en ellos. Necesitaba que me dieran un momento, que dejaran de hablar durante un instante, pero a su vez, deliraba con puro deseo de que me dieran todo lujo de detalles. Quise calmarme con mi mano, ponerlo todo en pausa un segundo, pero ella llevó la suya hasta la mía, evitando que lo hiciera. Frenándome. Mi autocontrol salió por la ventana en cuanto la apartó y su piel estuvo en contacto con la mía. Mi cuerpo se contrajo. *Oh, jooder.* Latía con una brusquedad desmesurada. Igual que la descarga de placer que me sacudió quemándome las vertebras en el preciso instante en que Annika empezó a hacer movimientos lentos, pero constantes. Conseguía intensificar cada maldita sensación por mil, por un millón. Se acercó más y soltó otro jadeo como si la situación fuera a la inversa, como si fuera yo quien la estuviera tocando. Entonces empezó a hacer preguntas. Preguntas a cerca de lo que me gustaba. De lo que quería. Acompañadas de la sentencia de que ella lo haría por mí. Entonces descubrí el poder que tenían sus palabras, porque estuvieron a punto de acabar conmigo.

—Lo que sea que quieras hacerme, hazlo, Annika. Lo que quieras —admití sincero en un tono que casi no reconocí como mío.

Estaba desesperado por tenerla. Ella asintió despacio y tragó con dificultad. Como si

estuviera llevándola al límite.

—Dios, me encanta verte así —otro sonido salió de su garganta, casi arrancado.

Gruñí incapaz de controlar lo que hacían mis caderas. Deseando que nunca se apartara de mí. Bebiendo de la forma en que me miraba y me tocaba. Deleitándose. Todos mis músculos se tensaron y supe que estaba en sus manos.

Capítulo 34

DARIEN

Había pasado al menos una hora desde que tuve intención de sacarnos de esta habitación. ¿O quizá más? No podía estar seguro, pero quería repetirlo todo otra vez. *Esto puede ser un problema. Creo que nada volverá a interesarme nunca lo más mínimo. Vas a ser lo único que desearé el resto de mis días. Tú. Nosotros, juntos.*

—Annika. —La acaricié mientras sus manos jugaban con una de las mías entrelazando los dedos y sonriendo cuando desordenaba lo que conseguía.

—¿Sí, Darien?

Tardé en responder porque quería que me mirara. Porque la seriedad de mis futuras palabras lo requería. Lo solté en cuanto lo hizo.

—Quiero que te quedes aquí en Leganhyr conmigo —dije con la seguridad más absoluta que había pisado mi cuerpo—. Pero si las persianas automáticas son algo demasiado difícil a lo que renunciar para ti, me mudaré a Boston.

Ojiplática y un poco roja, así se había quedado. Y muy quieta. Casi inmóvil. Pero apostaba que su corazón latía tan rápido como el mío.

—P-pero… —se atascó con las palabras de esa forma tan tierna que le pasaba cuando se ponía nerviosa. Para mí era algo así como una estrella fugaz: algo que atesorar y desear ver de nuevo—. Pero tú arreglas barcos antiguos.

—No importa, arreglaré otras cosas. —Tiré de ella hasta que pude distinguir con claridad las franjas rojizas de su iris. *La distancia perfecta*—. Donde sea, pero juntos. Ese es el trato.

Sonrió como nunca lo había hecho. Mi corazón sufrió un espasmo al ver que sus ojos volvían a llenarse de lágrimas.

—Donde sea pero juntos —repitió—. Suena increíble.

Solté el aire aliviado. Tenía claro lo mucho que me faltaba el oxígeno si pensaba en separarme de ella lo más mínimo y que a ella le pasaba algo muy parecido, pero no hasta qué punto estaba dispuesta a… Annika se abalanzó sobre mí al tiempo que la comprensión de sus

palabras se afianzaba en mi cabeza. La coloqué encima de mí dejando nuestras piernas entrelazadas y me besó la punta de la nariz. Su forma de mirarme me desarmaba. Lo hacía con cierta incredulidad y una pizca de miedo. Uno que pensaba quitarle a besos. *O a mordiscos, según se dé.*

—Te quiero —dije y su cuerpo se tensó entre mis brazos.

La acerqué ya que sabía que ella no podría moverse en unos largos segundos y la besé. Lentamente. Con la dulzura que se merecía. La forma en la que respondió, cómo sus manos buscaron mi cuerpo mientras se presionaba contra mí… bueno, digamos que podría haber sucumbido con facilidad a la necesidad de tenerla de nuevo. *O digamos que tuve luchar con todo lo que tenía con tal de no sucumbir.* Pero no lo hice. Porque ella se merecía una noche perfecta y no iba a esperar un año entero para tenerla. *Oh, no en mi guardia.* Me incorporé sin soltarla. Primero dejándola en mi regazo, luego levantándola conmigo. Casi pude oír todas las ideas que se le ocurrieron. Solo tenía que ver la forma en la que se agarró a mi cuello con las mejillas algo más enrojecidas y curiosidad en la mirada. Puede que me riera un poco.

—¿Darien?

—No hay nada que me guste más que la idea de quedarme aquí metido contigo una semana. O un mes entero. Tal vez más —dije antes de besar con fiereza sus labios (*porque oh, joder, por todo lo que es santo, deseaba quedarme aquí con ella*), luego besé su mandíbula y por último su cuello—. Pero tenemos que irnos.

—¿Qué? ¿Ahora? ¿A dónde?

—Todavía podrás verlo. No es demasiado tarde.

—¿E-estás…? ¿Estás hablando de…?

Sonreí. *Otra estrella fugaz.*

—No, imposible —siguió.

Pero le pedí que se vistiera, esta vez con su ropa. Y lo hizo. Salimos de su habitación poco después, con las manos entrelazadas.

Capítulo 35

De vuelta en la montaña dejamos atrás la casa del *Ressence* y caminamos hacia la zona norte de Leganhyr desde el oeste. No había tenido ocasión de ponerme nada especial, solo lo que había llevado durante el día. Aunque la clase de felicidad que zumbaba en mis oídos sentaba mejor que comprar todas mis posesiones juntas. *Muchísimo mejor*. La luna brillaba con tanta fuerza que apenas necesitábamos la linterna del móvil de Darien. *De hecho, él no la necesita, la enciende solo por mí. Lo cual es todo un detalle. Uno que me hace querer llevarlo de vuelta a esa habitación.*

—¿Te pesa tanta belleza? —preguntó ladeando la cabeza, sin poder ocultar la diversión en sus ojos.

—Cállate —le pegué en el brazo con la mano libre—, tú tienes las piernas más largas que yo. Juegas con ventaja.

Soltó una risita que curvó mis labios al instante. *Maldito.*

—Si es un intento de conseguir que te coja en brazos, créeme, está funcionado.

—Oh, ¿de veras? —pregunté en tono burlón—, por fin tanto esfuerzo va a dar sus frutos.

Darien se detuvo en seco. Me soltó la mano solo para cogerme de nuevo esta vez de forma muy distinta. Sus brazos me elevaron del suelo y tuve que agarrarme a su cuello como un gato a punto de caerse desde muy alto sobre un charco de agua.

—Da-darien. ¿Qué haces? Era broma.

—No se aceptan devoluciones de solicitudes —dijo con la vista al frente, impasible—, vuelva el próximo lunes.

—Darien —repetí, sin poder evitar percatarme de que sus pasos ahora eran muy lentos.

Como si quisiera disfrutar de esto. Alargarlo. Saborearlo. Derretirme un poquito más, si cabe. Entonces me miró y sus ojos sonrieron. Inspiró profundamente, luego hizo un «mmm» perezoso y dijo:

—Voy a acostumbrarme a esto muy rápido.

—¿A qué? —pregunté con la piel de gallina.

—A tenerte así de cerca —afianzó su agarre—. A cuidar de ti.

—¿Sí? —pregunté deshaciéndome en sus brazos—. Pues prepárate, porque esa carretera es de doble sentido.

—Lo sé. —Sonrió más.

Tanto que se hizo de día. Besé la comisura de sus labios. Decidí que si no iba a soltarme, podía aprovecharme de la situación. Besé su cuello, su mandíbula y luego llegué hasta su boca. Todo fue genial hasta que una de sus manos llegó hasta mis costillas en una clara amenaza, alertándome de que si no paraba de torturarle, no íbamos a poder llegar. (Porque en algún momento Darien había detenido sus pasos y yo no me había dado ni cuenta). Mi cuerpo ardió con deseos de averiguar a qué se refería. A recibir toda clase de detalles sobre lo que tuviera en mente. Pero me contuve. Porque se estaba esforzando mucho, por mí. Y era delicioso verle intentarlo.

No tardamos en llegar. Aunque claro, todo lo que fuera menos de una maldita eternidad me hubiera parecido poco… Darien me depositó en el suelo con delicadeza y me colocó delante suyo cerca del borde, pero rodeándome el cuerpo con los brazos a modo de protección. *Una medida de seguridad deliciosa.*

—Abre los ojos —me pidió y no tardé ni medio segundo en hacerlo.

—Oh, venga ya… —musité.

Decenas, sino centenares de luces, inundaban el mar. Los botes que tan pequeños se veían desde nuestra posición, formaban una imagen preciosa. A esta distancia parecían estrellas. *No ves algo así en Boston, desde luego.* Las pequeñas olas mecían los botes y el reflejo de las llamas en el agua formaba un paisaje hipnotizante. Algo mágico. Pero aun así, sentí ganas de pegar a Darien otra vez.

—¿No dijiste que no se adentraban tanto en el mar?

—Ya, sobre eso —balanceó la cabeza—, puede que en Leganhyr nos guste más el riesgo de lo que suelo admitir.

Estreché la mirada en una maldición silenciosa, pero también saboreé su sonrisa. *Sip. Sin duda, una sana competencia a la réaltaí oíche. ¿A quién pretendo engañar? Eso es una mentira tan grande como una catedral. Tú no tienes competencia. No existe. No la hay. Ni la habrá.*

—Deja de hacer eso —pidió.

—¿Hacer el qué? —pregunté curiosa.

—Decir cosas bonitas con los ojos. Me distraes.

Me reí un poco y volví la vista hacia la hermosa Irlanda que se presentaba ante mis ojos. Suspiré con gusto. Entonces me permití oír hablar a una voz que había mantenido amordazada en un rincón de mi cabeza. *No me quiero ir de aquí.* Acaricié su antebrazo mientras las pequeños botes se movían con lentitud, de vuelta hacia los muelles y él me estrujó alguna que otra vez. Haciendo lo mismo con mi cuerpo que con mi corazón.

Cuando los botes llegaron al muelle y las luces se apagaron, Darien y yo volvimos a la casa. Hacía frío fuera y le pedí si podíamos quedarnos allí un poco antes de descender hasta el pueblo. *Tal vez entonces tenga el valor suficiente como para pedirte que duermas conmigo esta noche. Como para decirte que sí, que quiero quedarme en Leganhyr. Quiero de verdad, al cien por cien, siempre que sea contigo.*

—¿Tienes hambre? —preguntó nada más cerrar la puerta tras de sí.

—Me muero de hambre, hoy casi no he… —dejé de hablar antes de soltar la verdad.

«Casi no he comido nada en todo el día». Raro en mí, pues jamás me saltaba comidas, (n-u-n-c-a), sin importar lo atareada que estuviera. Era algo sagrado, un ritual delicioso, una recompensa convertida en el motor de mis pasos. Pero después de lo que había pasado con Darien… bueno, mi estómago había decidido hacer una excepción.

—Yo tampoco —dijo dejando que un largo silencio tuviera su momento entre nosotros—. Pero vamos a solucionarlo. —Abrió la pequeña nevera y sacó una bolsa que reconocí del *Eejit*, pero que no recordaba haber metido ahí.

—¿Qué es? —pregunté.

—Tú pruébalo —dijo recordándome a la otra vez.

Cuando rechacé su regalo. Cuando estaba dolida. Entrelacé su mano con la mía y cogí una galleta. Eran similares a las favoritas de Darien, pero se les había añadido un extra de caramelo. *A petición de ya sé bien quién.* Una salvajada increíble y escandalosamente rica que, sin ninguna duda, era algo fuera de este mundo. *Existen muchas formas de decir te quiero, esta es una de ellas.*

Sonó su teléfono y uní las cejas.

—Después de la tradición en el muelle, hay una pequeña cena al aire libre en el pueblo —explicó levantándose de la mesa, chupándose un dedo, regalándome una imagen que trajo mil más consigo. Darien unió las cejas al ver la pantalla—. Qué raro, creí que sería Eyna. —Antes de

que Darien contestara, mi teléfono empezó a sonar—. Tal vez esa sea Eyna.

Sonreí y descolgué para toparme con las dos voces que podrían cargarse un buen momento en cosa de segundos. Mis padres. Y eso no fue lo más extraño. ¿Lo que sí lo fue? El nombre que oí pronunciar a Darien al descolgar: Lucy.

—¿Estás ahí? —preguntó mi padre.

—Sí, sí estoy aquí. ¿Qué queréis?

—Tenemos noticias, ¿o acaso te has olvidado de que nos contrataste?

—El caso ya está resuelto —respondí—, así que podéis ahorraros…

—Lucy habla más despacio, no te oigo bien y no te entiendo —dijo Darien antes de salir de la casa—. ¿Puedes ir a un lugar más tranquilo?

—¡Annika! —gritó mi madre haciendo que diera un bote en la silla.

—¿Qué? —repliqué—. Ya sabemos toda la historia. Tenemos un contacto en el FBI que ha hecho el trabajo que vosotros no. —Uní las cejas mirando a través de la ventana el ceño fruncido de Darien. Necesitaba saber más de esa conversación, pero para eso necesitaba terminar esta—. Ahora si me disculpáis…

—Es imposible que sepas lo que sabemos nosotros —afirmó mi padre, rotundo.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Porque tenemos las pruebas físicas en la mano y por ende, tú no.

—Si hablas de los informes, ya los he leído. Existen copias.

—Hablo de las cartas.

—¿Qué cartas? —pregunté—. Mirad, no es un buen momento, ¿de acuerdo? Lo sabemos todo. Que Vinsen y Adara estaban juntos, que planearon la forma de asesinar a Flynn Boyle y que por algún suceso irrelevante que tal vez sea el karma o haber querido evitar la cárcel, Adara acabó metida en el *Ressence.* Ahora si me disculpáis…

—Adara no mató a Flynn Boyle —dijo mi madre—, ni planeó asesinarlo.

—Lo único que hizo fue intentar salvarlo. Y arriesgó su vida hasta el último segundo con tal de conseguirlo, aunque por desgracia no saliera victoriosa.

—Fue Vinsen quien planeó el asesinato de Flynn Boyle y lo hizo a espaldas de Adara.

—Podría decirse que la vida de Vinsen acabó al enterarse de que la mató por accidente. Porque sí, la amaba —sentenció mi padre—, y estaba dispuesto a todo para tenerla.

—¿De qué estáis hablando? —pregunté ojiplática con la vista fija en la mesa, como si ella

tuviera todas las respuestas a mis preguntas.

Acababa de abrirse la caja de Pandora.

Capítulo 36

—Adara y Vinsen salieron juntos cuando ella era muy joven, casi menor de edad —dijo mi padre—. Pero cuando los años pasaron, él la dejó.

—¿Por qué? —pregunté.

—Nosotros apostamos por la idea de que él buscaba a alguien más joven —explicó mi madre—. Alguien con problemas con la figura paterna como Adara, cuyo padre la ninguneó por ser mujer desde que nació. El mismo padre que aseguraba que las mujeres no deberían ser científicas y que consiguió que su hija se lanzara a los brazos de un hombre mayor que sí vio en ella un gran potencial académico. El mismo hombre que se convirtió en su mecenas y que ella consideró el amor de su vida. Quien la amó durante un tiempo y la dejó cuando su relación captó la atención de algunos accionistas y sus negocios se vieron perjudicados.

—A pesar de que la versión oficial insista en que el futuro de ella era tan brillante que él no quiso convertirse en su lastre, parece poco probable —dijo mi padre—. En cualquier caso, Adara conoció a Flynn Boyle, se enamoraron, se casaron y tuvieron a Darien Boyle. El problema llegó cuando Vinsen volvió a aparecer en la vida de Adara. No es de extrañar, ya que los descubrimientos científicos de ese matrimonio de biólogos marinos eran conocidos en el mundo entero. ¿Y cómo podría un tiburón como Vinsen dejar pasar la oportunidad de aprovecharse de ello?

—Adara se resistió cuanto pudo, pero volvió a caer en sus brazos porque lo amaba. Con toda seguridad, más de lo que él la amaba a ella.

—Lo que decís no tiene sentido —intervine—, ¿por qué iba Adara a seguir con Flynn si amaba a Vinsen? Existía el divorcio. ¿Y por qué iba Vinsen a arriesgarse a perderlo todo solo por matar a Flynn Boyle? Esto es absurdo.

—Tú y tu costumbre de hablar antes de que terminemos de contarte la historia —gruñó mi madre—. Me das dolor de cabeza.

Sí, es uno de los poderes que tengo. Aunque por desgracia, solo me funciona contigo.

—No entiendo como Dimas no te ha despedido ya con esa bocaza —concluyó mi madre.

—Nosotros ya hemos hecho el trabajo, Annika, recibiremos el cheque utilicéis o no la información. ¿La quieres? —preguntó mi padre.

—Sí, ¡sí! Claro que la quiero —alcé la voz paseándome nerviosa por la casa.

Obligándome a cerrar la boca con tal de que no me colgaran.

—Adara los amaba a ambos, pero hubo algo que le impidió dejar a Flynn —dijo mi padre —. Sus hijos.

—¿Hijos? ¿Por qué hablas en plural? Darien no tiene hermanos.

—Ya lo sé, pero lo hubiera tenido —soltó mi padre dejándome sin aliento, pasando por alto mi interrupción y la queja sonora de mi madre—. Adara se enteró de que estaba en cinta poco tiempo antes de que Vinsen le diera un ultimátum: elegir entre él y Flynn Boyle.

—Pero Vinsen Ancciatto era un hombre tan poderoso como peligroso y ella lo sabía. Lo había podido vivir en sus carnes —explicó mi madre—. Después de su ruptura, todo se hizo más difícil para Adara en el mundo laboral, hasta que conoció a Flynn y él la ayudó a volver a las mesas donde se tomaban las decisiones importantes. La gente creía que la verdadera razón por la que su mecenas la había abandonado era que había dejado de ver a Adara como un diamante en bruto. Que después de escarbar, se había dado cuenta de que era simplemente una piedra. Tuvo mucho que demostrar con tal de hacerse un sitio, un nombre.

—¿Y aún así, volvió con él? —pregunté—. ¿Y encima lo hizo traicionando a Flynn?

—Los motivos por los que ella lo amaba, los desconocemos —intervino mi padre—, tal vez fue porque Ancciatto fue el primero que creyó en ella de verdad, el único que se arriesgó y apostó por su futuro…

—O porque fue su primer amor —dijo mi madre—. Pero de que ella sabía cómo era Vinsen Ancciatto en realidad, estamos seguros del todo.

—Al fin y al cabo, esa fue la razón por la que le prometió a Ancciatto que se alejaría de Boyle tras dar a luz a su segundo hijo, que renunciaría a los dos amores de su vida con tal de que sus hijos quedaran al margen de todo.

—Adara sabía que la única forma que tenía Vinsen de aceptar su negativa, era si Flynn Boyle tampoco podía tenerla. Ella decidió cargar con esa cruz, ya que aunque él nunca lo sabría, ya le había hecho mucho daño a Flynn.

—Fue una pena que al final no surgiera efecto, pues Vinsen no estaba dispuesto a renunciar a ella. Era un ganador y creía que si sacaba a Flynn de la ecuación, Adara no tendría motivos

para no caer en sus brazos.

—¿Cómo es posible que sepáis todo esto? —pregunté.

—Adara dejó unas cartas para sus hijos contándoles toda la verdad. Cartas que ahora tenemos en nuestra posesión.

—No puede ser… —murmuré.

—Adara no pensaba subirse al *Ressence* estando embarazada —siguió mi madre con la sensibilidad de un ñu enfurecido, sin darme tiempo a ordenar mis preguntas, ni a asimilar todo lo que estaban diciendo—. A pesar de que estaba de pocas semanas, hubiera sido un riesgo para el feto. Vinsen lo sabía y por eso arremetió contra él.

—¿Y por qué lo hizo Adara? ¿Por qué se subió al sumergible? —pregunté.

—En las cartas no pone nada más —sentenció mi padre—. Pero tenemos una teoría dada la información que hemos recogido hasta ahora —soltó el aire probablemente cargado de humo de uno sus puros—. Teniendo en cuenta los datos que consultó Adara poco antes de morir…

Ambos empezaron a hablar sobre todo aquello que el contacto del FBI de Dimas había visto como incriminatorio. Todo lo que nos había llevado a pensar que Adara Boyle había planeado el asesinato de Flynn, ahora no eran más que pruebas que apuntaban a todo lo contrario. *Estaba intentando salvarlo.* Para saber qué le pasaba al *Ressence*, tuvo que hacer los mismos cálculos que Vinsen, seguir sus pasos para después poder dar marcha atrás. Un jadeo de alivio sordo salió de mi garganta.

—En cualquier caso, lo hizo a escondidas de su marido, claro. Flynn no podía saber lo que había hecho Vinsen, ya que su ignorancia de todo el asunto era lo que le había mantenido con vida —explicó mi madre—. De haber ido a la policía, o haber intentado hacerlo público de cualquier forma, Flynn habría acabado muerto. Adara lo sabía, por eso lo mantuvo al margen.

—Por eso intentó arreglar el *Ressence,* ella sola, por su cuenta —concluyó mi padre—. Se adelantó a los pasos de Vinsen y averiguó qué le había hecho a la nave antes de la noche de la misión. Pero no llegó a solucionar el problema a tiempo.

—¿Estáis insinuando que…? —No terminé la frase.

—Flynn, que sabía que Adara estaba embarazada, no esperaba encontrársela dentro del sumergible. Lógico. Por eso cerró la cabina e inició el descenso, sin saber que al hacerlo, estaba sellando el destino de ambos.

—Lo que suponemos que pasó fue que debido a los daños, no pudieron volver a la

superficie. Que una vez el *Ressence* se sumergió, ambos quedaron sentenciados a muerte.

—Aunque tal vez lo que pasó fue que Boyle se enteró de que Adara le había engañado con Ancciatto, puso en duda que el futuro hijo de Adara fuera suyo y quiso acabar con su vida en un arrebato de ira —puntualizó mi madre en un tono divertido y macabro—. Que se encerró con ella en el *Ressence* para acabar con todo.

Tuve un escalofrío.

—Flynn Boyle era un científico por encima de todo, resultaría poco creíble que hubiera optado por quitarse la vida y dejar a medias las investigaciones a las que había dedicado su vida, solo porque ella lo engañara —dijo mi padre, como si fuera una nimiedad irrelevante—. Por no hablar de que hubiera dejado a Darien huérfano de forma voluntaria y eso no concuerda en absoluto con la visión pura y bondadosa que Adara daba de Flynn en las cartas. Algo que, por cierto, no hace en ningún momento con Vinsen.

—Ya lo sé, era broma. Para quitarle hierro al asunto. —Oí como destapaba una botella de cristal, probablemente de whiskey. Lo único que le gustaba beber a mi madre—. La verdad es un poco trágica y odio este tipo de dramas.

—Tengo una pregunta —intervine con una pesadez en el pecho por todo lo que acababa de escuchar—. ¿Qué hay de Beylan Fond?

—Ah, ya, nos olvidábamos de él. Tan irrelevante en vida como muerto —murmuró mi madre.

—Fue un títere. Vinsen lo engañó para que regalara el *Ressence* a los Boyle cuando todavía estaba en perfectas condiciones, sabiendo que sería el arma idónea, en caso de que Adara lo rechazara. Porque ella no sospecharía que era Vinsen quien estaba detrás de todo. Era bien sabido que Beylan admiraba el trabajo de los Boyle profundamente, así que coló al principio.

—El pobre tonto —mi madre soltó una risita—, pagó millones por lo que luego resultó ser una cárcel letal para el matrimonio. Lo mismo que causó que el sentimiento de culpa fuera tan grande que tuvo que quitarse la vida.

—Lo cual demuestra que las desgracias nunca vienen solas —dijo mi padre.

—Lo cual demuestra que Beylan financió su propia muerte —dijo mi madre.

—Un segundo —pedí—, ¿Ludovica Ancciatto y Beylan Fond no estaban enamorados?

—Sí —contestó mi padre y la línea se quedó en silencio un largo rato.

—¿Algo más? —preguntó mi madre.

—¿Estáis diciendo que Vinsen usó y engañó a la persona de quien su hija estaba enamorada? ¿Que él fue el motivo por el que el bienintencionado Beylan Fond se quitó la vida un año después?

—Sí. —De nuevo silencio.

Quería gritar de horror, pero no me salía la voz. *Qué grandísimo hijo de puta.*

—Supongo que ahora entiendes por qué Adara quería mantener a Flynn al margen de esto a toda costa —dijo mi madre—. Pero las cosas no son blancas o negras. Seguro que Vinsen Ancciatto también tenía cualidades maravillosas capaz de encandilar a una inocente científica en la flor de la vida. Y de volver a hacerlo muchos años después.

Mi padre chistó la lengua ante el tono frío de mi madre y luego dijo:

—Enviaremos las cartas a tus oficinas en Boston, Annika. Esperamos el cheque con la mayor brevedad posible.

Y después colgaron. Me quedé allí, muy quieta. Incapaz de recordar cuándo había vuelto a sentarme. El más absoluto silencio pesaba sobre mis hombros mientras mi cabeza intentaba asimilar toda la historia. No funcionó. *Adara no mató a Flynn, intentó salvarlo desde las sombras porque esa era la única manera de protegerlo. Salvarlo del Ressence para conseguir que lo mataran poco después no habría tenido sentido. Sin la ignorancia, Flynn habría muerto. Adara estaba dispuesta a renunciar a ambos con tal de sacar a sus hijos de la zona de peligro. Darien habría tenido un hermano si Vinsen no hubiera entrado en la ecuación, si Adara hubiera sido lo bastante fuerte como para no permitírselo. Joder. Jo-der.* Creí que no sería capaz de volver a moverme del sitio en horas… Hasta que me di cuenta de que ya no oía la voz de Darien. Miré fuera y no le vi.

—¿Darien? —pregunté y cuando no obtuve respuesta, salí a buscarle. Encontré su teléfono, estaba en el suelo. Él, en cambio, no estaba en ninguna parte—. ¿Darien? —le llamé, pero no hubo respuesta.

Cogí el teléfono e hice lo único que se me ocurrió: llamar a la última persona con la que había hablado.

Capítulo 37

Atrapada. Así se sentía Lucy en Leganhyr. Una madre castradora que la había tenido atada aquí toda su vida le había hecho creer que no podía tener lo que quería: vivir en una gran ciudad.

Por eso había abierto la ventana de mi habitación tantas noches, obligándome a ahuyentar a ardillas, conejos e incluso un frailecillo cuyo pico todavía me generaba pesadillas.

Por eso mi ropa había acabado en la calle tantas otras.

Por eso me miraba con desprecio.

Quería que me marchara cuanto antes porque era un recordatorio de todo lo que quería tener, pero se había obligado a aceptar que era imposible para ella. Pero Eyna y las demás se dieron cuenta, por eso la interceptaron tratando de hacerle ver que su deber como hija era ser feliz y no obligarse a contentar a su madre. Por eso dejaron de pasar cosas con mi ventana. Por eso Lucy me contó la verdad cuando la llamé, en vez de colgar nada más oír mi voz. Era evidente que seguía cayéndole mal, pero también que estaba intentando hacer algo al respecto. *«Khëd no ha participado en la réaltaí oíche. Por eso me ha extrañado verle bajar hacia el muelle cuando todos llegábamos al pueblo»*. Corrí montaña abajo, utilizando la linterna del móvil para no tropezar con ninguna roca, rezando porque mis botas no resbalaran con la tierra húmeda. Siempre húmeda. *«Dudo que haga algo a la carabela de Darien, pero he creído que debía advertirle. A Khëd los negocios no le han ido bien en el sur. He oído que va a tener que empeñar su barco para poder vivir aquí muy humildemente»*. El corazón me iba a mil por hora. ¿Y si ya le había hecho algo a la carabela, pero no era ese su verdadero objetivo? ¿Y si quería hacer daño a Darien?

Vi el humo aunque a penas se distinguía debido a la noche cerrada. Pero el fuego sí. La vela de gavia de la carabela estaba en llamas, igual que el mástil mayor. Pero no vi a Darien por ninguna parte. Me acerqué más y más a mi destino, pero mis pasos se detuvieron justo antes de que cruzara la pasarela y subiera a la carabela en llamas del siglo dieciséis. Mis ojos no daban crédito a lo que veían. El sudor frío me heló la sangre.

No podía haber resucitado.

Ni vuelto de entre los muertos.

Pero ahí estaba.

Ludovica Ancciatto tenía un arma apuntando a la cabeza de Darien. Él estaba herido y parecía aturdido. Poco después vi la sangre que resbalaba de su frente hasta su barbilla. Estaba esposado y de rodillas, y aun así Ludovica le seguía apuntando como si fuera una amenaza inminente. Obligué a mis pies a moverse, a agacharme junto a unos barriles decorativos sobre los que Darien solía colocar sus herramientas.

—Creí haber redactado el contrato con claridad y haber especificado que el barco debía estar a una considerable distancia del muelle. Pero desde que llegué aquí, no lo has movido ni una sola vez —le recriminó alzándole la barbilla con el cañón del arma mientras yo miraba a mi alrededor en busca de algo con lo que golpearla.

—¿A qué has venido? —preguntó Darien, pero su voz no sonaba bien.

Parecía adormilado. ¿Era del golpe? ¿Le había dado en la boca? ¿O le había hecho algo más? El corazón me latía con tanta fuerza que casi no veía lo que tenía delante de mí. El alma se me cayó hasta los pies cuando vi que los grilletes que rodeaban sus muñecas estaban atados a algo grande y pesado. Un ancla. Distraer a Ludovica para que él se escapara estaba fuera de lo posible. Debía encontrar las llaves. U otra pistola. Con manos temblorosas y los pulmones llenos de agujas de pánico, salí de mi escondite y bajé a la bodega. Con toda seguridad ese había sido el escondite de Ludovica este tiempo. Era posible que allí quedara alguna herramienta de Darien que pudiera utilizar como arma. Tal vez Lucy avisaría a Eyna y al resto de que algo pasaba, tal y como le había pedido, y quizá llegarían antes de que nos quemáramos vivos.

—Tú eres la razón por la que lo he perdido todo —oí decir a Ludovica—. He venido a devolverte el favor.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Darien.

—No te hagas el tonto conmigo —dijo ella unos instantes después, parecía que le costaba seguir el hilo de la conversación, pues hacía pausas entre sus respuestas. Tal vez sí estaba tan perjudicada como parecía—. Sabes que Adara fue la culpable de todas las muertes.

Lo primero que vi al llegar abajo fue una celda. Dentro había varias cadenas ancladas a la pared y fuera, una arandela de hierro con un grupo de llaves. *Tienen que ser estas, ¿no?* Las probabilidades de que Ludovica cogiera las esposas de ahí abajo eran elevadas. Pero si de verdad había estado ocultándose en el barco, ¿Darien no la habría encontrado? ¿Acaso la falsa fallecida

había contado con otro lugar en Leganhyr en el que refugiarse? Dejé de pensar en todas las posibilidades y busqué a mi alrededor rezando por encontrar un hacha, una espada o una sierra. Fui rápida, tanto como mis pulsaciones. En un segundo ella podía quitármelo todo. No habría vuelta atrás. Casi no podía respirar, pero encontré algo. Un martillo, solo un martillo. *Valdrá.* La adrenalina zumbaba por mi cuerpo a tal velocidad y fuerza que ni siquiera me planteé lo que iba a tener que hacer con él. Solo puse un pie delante del otro y volví a las escaleras en total sigilo cuando caí en la cuenta de que había una manera mucho mejor que salir ahí fuera sin más. Podía oír la conversación de Darien y Ludovica desde aquí, y mi teléfono seguía en mi bolsillo. Eso me daba una mejor oportunidad. Entonces algo detuvo mis pies.

Un sonido breve, casi imperceptible: el de un arma cargada.

—Suéltalo. —La voz de Khëd retumbó en mi pecho.

Capítulo 38

—No hagas ninguna estupidez, Annika.

—Así que además de ser un traidor, también eres un asesino. —El sudor frío corrió por mi espalda.

—Suelta el martillo —me repitió desde detrás.

Me di la vuelta despacio con las manos en alto, pero no lo solté.

—¿Vas a dejar que lo mate?

—Eso no depende de mí —habló en voz baja—. No era esto lo que creí que me ofrecía cuando me pidió que le hiciera llegar el trato a Darien. Pensé que solo quería hundir su carrera como venganza personal, pero la cosa se ha complicado.

—Eso no te hará menos asesino que ella.

—No seré yo quien apriete el gatillo.

—Serás su cómplice.

—No es cosa mía interponerme en sus problemas familiares.

Tuve ganas de vomitar.

—Acabarás en la cárcel —dije en un último intento.

Sonrió de forma genuina, como si le hiciera gracia. Me puso los pelos de punta.

—Cuando todo termine yo seré rico y lo que pase con Darien ya será historia. Ahora baja ese martillo.

No. No podía. Si lo hacía, Darien estaría muerto. *Por culpa de un pasado que se propone arrebatárselo todo una vez más. No*. Mi brazo no podría haber bajado el arma ni aunque mi cerebro le hubiera gritado la orden. Cosa que no iba a hacer. Pasé la vista por la tormenta impresa con tinta en el antebrazo de Khëd y no me detuve hasta llegar al cañón del arma. *Si de verdad no eres un asesino, tal vez eso me dé una oportunidad.*

—Sé que Darien no te importa lo bastante. Que nunca lo ha hecho. Pero mira a tu izquierda. —Fui la primera en ladear la cabeza. Vi por la ventana de la cámara del capitán cómo los botes se estaban viendo afectados por las llamas—. ¿No ves que cuando este incendio se

descontrole Niall, Maeve y todos los demás perderán su trabajo y se endeudarán de por vida para intentar pagar los daños? ¡¿Es que acaso no te importa nadie más que tú?! —grité en susurro mascando las palabras.

—¿Dónde estaban ellos cuando mi padre estuvo al borde de matarme? —Sacudió la cabeza con rostro impasible—. El incendio los mantendrá ocupados.

—Khëd.

—Verás, Ludovica no es solo la respuesta a todos mis problemas, la razón por la que no voy a pudrirme aquí, ni a morirme de hambre. También es mi billete de salida. Me iré de aquí y siguiendo sus pasos, fingiré mi muerte y nadie podrá encontrarme. Suerte explicando a las autoridades que una multimillonaria fallecida y yo hemos hecho todo esto juntos, justo antes de desvanecernos de la faz de la tierra. Ahora baja el arma.

Los ojos se me habían llenado de lágrimas.

—Hoy era una noche especial —dije sin mirarle, ni apartar la vista de los botes en llamas —. Una tradición sagrada que vas a cargarte dejando que toda esta desgracia caiga sobre Leganhyr. ¿Podrás vivir con ello?

Suspiró y miró hacia los botes. Lo que estuviera a punto de decir nunca lo sabría, porque no esperé a que contestara. Me agaché y golpeé con todas mis fuerzas su mano y el arma, lanzándola lejos. Sin ver siquiera a dónde. Estaba noventa y nueve por ciento segura de que le había roto la mano, pero no tuve tiempo de saborear la victoria. Khëd se dobló sobre si mismo en un quejido grave y ronco y tuve mi oportunidad. Podría haberle asestado un golpe en la cabeza y haber acabado con todo.

Pero no fui capaz.

No, sabiendo lo que el acero le haría a su cráneo.

En vez de eso le di con la empuñadura de madera tan fuerte como pude en la nuca. Un golpe seco que le hizo sangrar. Cayó hacia delante como un peso muerto y yo salí de allí tan rápido como pude. Con el martillo y las llaves en una mano y el teléfono en la otra. Con la esperanza de haber aturdido a Khëd lo suficiente como para tener una oportunidad. Las lágrimas se secaron en mis mejillas en cuanto la brisa nocturna acarició mis mejillas con una suavidad ajena a todo lo terrible que estaba viviendo.

—Si tu madre hubiera renunciado a ti tal y como estaba dispuesta a renunciar a tu padre, el mío no se habría visto en la obligación de dañar el *Ressence* y Beylan seguiría conmigo —dijo

Ludovica—. ¡Vinsen habría podido recordar que ese fue un regalo de Beylan y que modificarlo lo destrozaría! ¡Pero el amor lo cegó!

Fui muy rápida, más que eso. Terminé de subir las escaleras, le di al play a la grabación que acababa de hacer y dejé el móvil sobre la barandilla, sabiendo que tendría unos escasos tres segundos antes de que mi voz empezara a sonar.

—Oh, no, Ludovica. Tu padre sabía muy bien lo que hacía —mi voz hizo que la italiana girase su rostro en mi búsqueda, pero no lo hizo en mi dirección, sino a la de mi teléfono. Viéndola bien, a la luz de las llamas, su aspecto era del todo aterrador. Su mirada estaba perdida y sus ojeras tan marcadas que la piel no solo se le había oscurecido, sino que también se le había hundido. Despeinada, excesivamente delgada… sí parecía una muerta. Corrí, más sigilosa que nunca. Dejé caer las llaves al suelo y las pateé hacia Darien en el momento justo—. Lo cierto es que era un gran hijo de puta y el mundo está mejor sin él —añadió mi voz—. Igual que estará mejor sin ti.

Ella gritó enrabiada con el arma alzada caminando en dirección al teléfono y yo corrí hacia ella. Empujarla por la borda, ese era el plan. Perdería el arma y con suerte se ahogaría en la oscuridad de las aguas. ¿Si no? Bueno, nos compraría el tiempo suficiente a Darien y a mí como para salir de aquí. Hubiera sido un gran plan, si no fuera porque no llegué a tocarla. Estaba muy cerca de ella, mi mano libre casi había tocado su espalda, pero un instante después estaba en el suelo con un gran peso encima, aplastándome.

—Eso no ha estado bien, bonita. —Khëd me clavó las uñas de la mano buena al arrancarme el martillo y lanzarlo lejos de mi alcance.

Todo pasó muy deprisa. Ludovica gritó de furia, como si acabara de entender lo que me proponía. Lanzó mi teléfono por la borda y se volvió la personificación de la locura. Hablando palabras inconexas y sin sentido, mientras se tiraba del pelo con fuerza. Entonces alzó el arma en mi dirección, pero Khëd la detuvo.

—¡No dispares! La necesitamos.

—¡No la necesito!

—Sí, sí la necesitamos. Ludovica, ¡escúchame! ¡Es Annika Collymore!

—¡Ese nombre no me dice nada! —Se acercó a nosotros tirándose de nuevo del pelo y puso el arma a un palmo de mi sien.

La línea de agua de sus ojos estaba roja y no tenía pestañas, sus labios estaban tan secos y

llenos de heridas que hablar debía ser un gran sufrimiento. Uno del que no parecía darse cuenta.

—Sus padres trabajaron con Beylan Fond, también eran biólogos —mintió Khëd hablándole con cautela. Como a una niña con un cuchillo o a un gato con un mechero en un tanque lleno de gasolina. La temía, igual que yo—. Gracias a todo el dinero que donó a sus investigaciones, ella tiene muchas historias que contarte sobre Beylan. Podrás matarla después, si quieres. Pero no todavía.

Khëd no me estaba devolviendo el favor por no haberle matado cuando tuve la oportunidad. Una persona como él, capaz de sacrificar a Darien después de todo lo que había hecho por él, no tenía valores, ni principios de ningún tipo. Eso solo podía significar una cosa. Se había dado cuenta de que el barco estaba en movimiento. Darien. Darien había llegado al timón. Y si eso era cierto, significaba que en estos momentos estábamos alejando el peligro del resto de Leganhyr incluso estando parcialmente en llamas. Esa era una muy mala noticia para Khëd, porque no iba a tener escapatoria. Pero una vez más, esa no era la verdadera razón tras sus acciones.

Mantenerme con vida era la única forma que tenía de distraer a Ludovica con tal de que no pensara en que la razón que la había traído hasta aquí, no estaba esposada al ancla.

Es evidente que una mala noticia así acabaría matándonos a todos, Khëd incluido.

Capítulo 39

Ludovica había sido quien le había hecho la oferta a Darien. La dueña de la carabela portuguesa. Y Khëd había sido su contacto. Él había sido quien le había dado el mensaje a Maeve, que creyendo ser portadora de buenas noticias y oportunidades, fue la última pieza del puzzle. Desconocía si los momentos de lucidez habían acabado para Ludovica en el preciso instante en que vio a Darien, pero la mujer que tenía delante no parecía ser capaz de contestar una llamada telefónica. Tal vez eso nos diera una oportunidad.

—Si le conociste, cuéntame algo de él —ordenó Ludovica, quien no había entendido la mentira de Khëd.

El calor era cada vez más insoportable y el humo más asfixiante. Pero tenía una forma de morir más inminente apuntándome a la cara, así que lo dejé para después.

—Era muy inteligente y generoso —empecé tratando de recordar lo que había leído sobre él.

—Lo es, es muy bondadoso y generoso —soltó una carcajada toqueteándose el pelo de forma coqueta—. Beylan es un ser extraordinario.

—Sigue —me ordenó Khëd mirando discretamente en la dirección en la que ya no se encontraba Darien, a lo que maldijo en voz aún más baja.

—Él siempre ha querido beneficiar a la ciencia con su dinero y hay mucha gente que se lo agradece —seguí intentando que no me temblara la voz al ver sus huesudos dedos moverse por encima del gatillo mientras aplaudía contenta.

Estaba sucia, además de ida. Tenía moretones por los brazos y unas heridas muy pequeñas que gritaban agujas por todas partes. La situación empeoraba por momentos y yo no recordaba absolutamente nada más de la víctima de Vinsen Ancciatto. El inocente muchacho que perdió la vida tras haberse relacionado con el mismísimo diablo. *Qué pena que Vinsen no siga vivo porque verlo pudrirse en la cárcel habría sido justo. Aunque la justicia no siempre tenía cabida en el mundo real.*

—…por eso voy a casarme con él —Ludovica se rascó la mejilla con la mano libre y se

arañó—. Para agradecerle todo el amor que me da.

—Bien, bien, eso es muy bonito —respondí y pese a que esperaba que su reacción fuera positiva, guardó silencio.

Cuando la miré vi que sus ojos se entristecían y sus labios se sellaban. *Oh, no.*

—No puedo respirar, Khëd —mentí en un intento de quitármelo de encima.

—Quieres irte. —Los ojos de Ludovica habían caído sobre los míos justo antes de abrirse en exceso—. ¡No puedes irte!

—¡No! ¡No quiere irse, Ludovica! —aseguró Khëd—. Ella quiere hablar de…

Ludovica volvió a gritar haciendo que el pánico se vertiera en mis venas, puro y gélido. Uno que aseguraba que había jugado muy mal mis cartas. Entonces oí los disparos. Uno, dos y tres, a nuestro alrededor. No sentí dolor irradiar A expensas de haberle dado a Khëd.

—No pasa nada —le dijo Khëd a Ludovica, respirando de forma abrupta contra mi espalda —, todo va a salir bien. Beylan estará contigo dentro de poco.

La reacción de Ludovica fue una carcajada. La cosa cambió en un instante. Khëd se movió deprisa. Se levantó de encima y yo aproveché mi momento para poner distancia. Dos o tres pasos más cerca del martillo. Algo que no le pasó desapercibido a Khëd, pero sí a la italiana que miraba los agujeros de bala en la madera como si fueran una obra de arte.

—Sigue, Annika ¿Qué más sabes de Beylan Fond? —preguntó Khëd.

Dio una zancada en mi dirección con tal de acercarse al arma con la que no le había quitado la vida y de paso, tapar el lugar en el que había estado Darien del campo visual de Ludovica. Mi momento. *Ahora o nunca.* Si él se hacía con el martillo, no tendría nada con lo que defenderme si Ludovica decidía dejar de jugar conmigo.

Pero no llegué a correr. Sonó un fuerte estruendo. Como si el barco se hubiera partido por la mitad. Perdí el equilibrio y me agarré a la barandilla. Estuve a punto de caerme por la borda. En una fracción de segundo, la vela mayor que se había impregnado de las llamas del mástil se nos vino encima. Y no solo ella, también gran parte de la estructura. Pero yo dejé de estar contra la barandilla. Darien me rodeó la cintura y tiró de mí. Corrimos. El lugar que habíamos ocupado segundos atrás pasó a estar inundado por el fuego.

—¿Estás bien? —habló con dificultad, como si le costara separar los dientes para articular palabra.

—¿Qué te ha hecho?

—No lo sé, ni ella tampoco —su iris habló de una sentencia que detuvo mi corazón.

—Vas a ponerte bien —dije adelantándome.

Endureció la mandíbula y miró a la más absoluta oscuridad sobre la que estaba el barco.

—Tienes que saltar y nadar hasta el muelle, ¿vale? —Acto seguido puso una mano en mi espalda.

Oí a Ludovica gritar en un llanto. No estaba segura de si de dolor o porque íbamos a hundirnos. Darien tiró de mí con fuerza desequilibrada. Dejamos atrás el timón y me puso contra la barandilla más cercana. Ya no había ni una sola vela en pie de la carabela. Las llamas pronto lo engullirían todo. El humo apenas nos permitía ver lo que había a nuestra espalda.

—Salta —ordenó encarando el mar, igual que yo, pero con una mano en mi espalda—. Ahora, Annika.

—¿Y tú? —pregunté, pues no parecía tener intención de saltar conmigo.

—Yo iré detrás de ti.

Le miré y todo mi cuerpo supo que era mentira. No hubo ni una sola fibra en mi organismo que no gritara en alarma.

—Entonces salta tú primero.

—No. —Negó despacio—. Vamos, salta lo más lejos que puedas y nada.

—No voy a irme de aquí sin ti. —Me cogí a él con fuerza por si pensaba tirarme.

Soltó el aire con fuerza. Y lo dijo, dando luz a todos mis miedos.

—No puedo nadar. —Se miró el cuerpo—. No puedo moverme con normalidad.

—Entonces yo te arrastraré.

—No podrás conmigo, te hundiré y no voy a dejar que eso pase. Salta, Annika.

Estaba débil, lo notaba en sus manos y en todo su ser. Me tranquilizaba pensar que lo bastante como para no poder empujarme por la borda, pero me horrorizaba saber que lo suficiente como para no poder defenderse.

—He pedido ayuda. —Miré hacia el muelle, a penas podía ver nada por culpa del humo—. Estarán a punto de llegar.

—No puedes esperar aquí, no hay tiempo. Nos estamos hundiendo desde hace rato. Por no hablar del peligro que suponen ellos dos.

—Hay tiempo suficiente. —Ignoré el estruendo que siguió mis palabras. Era una suerte que Darien estuviera mirando en mi dirección y todo el escenario quedara a su espalda porque sino

convencerle habría sido tarea imposible. El fuego era aterrador. La escena, desalentadora. Jamás había sentido tanto miedo. Tuve una idea—. Espérame aquí, recuperaré el martillo y nos ocultaremos hasta que vengan a por nosotros. Todo saldrá bien, no nos encontrarán y si lo hacen estaremos preparados.

Darien llevó la mano hasta mi mejilla y me besó. Con la intensidad que venía de la mano de la muerte. *Donde sea, pero juntos. Incluso si es aquí.* Mis pies dejaron de estar en contacto con el suelo. Con mucha más fuerza de la que hubiera imaginado que le quedaba en el cuerpo, Darien me empujó. Un grito salió de mi garganta cuando me arqueé sobre la barandilla. Pero no consiguió lo que se proponía. Estuve a punto de tirarle a él conmigo, pero acabamos de vuelta en el barco.

—Eso ha sido muy estúpido, bonita —la voz de Khëd llegó hasta nosotros en el peor momento posible—, en serio, eres una crack en desperdiciar oportunidades únicas en la vida.

—No soy una asesina y tú tampoco. Baja el arma —pedí.

—Me parece que no. —Sonrió mirando cómo Darien se ponía en pie con dificultad—. Es sorprendente que aún te tengas en pie con lo que te ha dado.

—¿Sabes lo que es? —pregunté interponiéndome en su camino hacia Darien, dándole la espalda a pesar de que eso significara que no tendría nada a lo que agarrarme si volvía a intentar tirarme por la borda.

—Una variante de xilacina —sedante para caballos—. En serio, eres un capullo resistente. —Khëd se acercó a él con el arma alzada—. Aunque no sé de qué me extraño, tú siempre lo has tenido todo.

—Si hablamos de desgracias, sí, estoy de acuerdo —le respondí con asco al tiempo que la mano de Darien se alzaba despacio hasta mi cintura, con suavidad.

Le apreté con las manos deseando que no lo intentara de nuevo. Que mi cerebro me diera una idea válida que no acabara con alguno de los dos con un tiro en la cara. Puede que incluso rezara a los dioses celtas para que no permitieran que se quedara aquí arriba mientras yo acababa allí abajo. Oí gruñir a Darien a mi espalda y encorvarse hacia delante, hacia mi. Dejando que su peso reposara sobre el mío de forma involuntaria.

—Bien, eso ya está mejor —dijo Khëd—. ¡Ludovica!

Maldije por no tener nada a lo que aferrarme, ninguna solución a la vista, ni una sola mano dispuesta a ayudarnos.

—¿Por qué haces esto? —La voz de Darien salió desde detrás de mí.

—¿Que por qué…? —Khëd se rio—. Será una broma.

—Nunca lo he entendido.

Mi visión se volvió borrosa. ¿Le estaba matando? ¿Iba a tener que verle morir sin poder hacer ni una puta cosa al respecto?

—Tú lo tenías todo, una madre cariñosa, un padre que te llevaba de pesca, un futuro brillante por delante, estabilidad económica —se rió—. ¿Y qué tenía yo? Una madre que se largó sin mirar atrás, un padre alcohólico y violento, y una larga lista de deudas. ¿Y qué? ¿Tenía que apreciarte solo porque quisieras compartir conmigo tus migajas?

—¿Migajas? —El tono de Darien sonó tres octavas más furioso—. Mis padres te acogieron. Estuvieron a punto de adoptarte.

—Pero no lo hicieron —la frialdad en el rostro de Khëd me lo susurró al oído. Iba a hacerlo. La rabia iba mucho más allá de lo que creía, el dolor era tan profundo que nada podría curarlo—. Y yo seguí recibiendo palizas. ¿Pero sabes qué? Que esa no va a ser mi vida nunca más. —Khëd bajó la pistola dejarla a la altura de la rodilla de Darien—. Antes de irme me aseguraré de que nunca te olvides de mí.

Pasaron muchas cosas en una fracción de segundo. Entre el sonido de las llamas y la madera resquebrajándose, oí una sirena. La carabela dio otra sacudida y recé porque la suerte estuviera de nuestra parte. Empujé a Darien hacia un lado y luego a ambos hacia atrás. Sonó un disparo, pero caímos por la borda. Mi estómago se encogió con miedo de que el disparo hubiera sido certero, con pánico de que Darien tuviera razón y estuviera condenándolo a una muerte segura, con terror de que no recibiéramos ayuda a tiempo… Pero ya estaba hecho.

Caímos al océano, frío y oscuro, y nos hundimos en él.

Capítulo 40

Me hundí mucho más de lo que esperaba y hubo algo con lo que desde luego no contaba: el frío. Fue como caer sobre una piscina de hielo. Tenía a una mano invisible frenando el movimiento de mis brazos y piernas, ralentizándolos. Evitando que llegara a la superficie tan rápido como necesitaba. Inspiré con fuerza.

—¡Darien! —grité tragando agua—. ¡Darien! —Le busqué a mi alrededor.

El fuego hacía que un ligero reflejo iluminara la oscuridad absoluta del océano, pero no me sirvió para encontrarle. Las luces de los barcos que nos buscaban y venían a nuestro rescate, sí. Se movía. Poco, con dificultad y mal pronóstico, pero lo hacía. Nadé tan rápido como pude y me hundí al llegar a él. Colocando mis manos en su cintura, nadando con fuerza hacia arriba. Era deprimente lo insignificante que resultábamos los humanos en el mar, lo pequeños y débiles que éramos. *Nadie puede luchar contra el océano.*

Las olas no ayudaban. La oscuridad no ayudaba. Darien contestó que no cuando le pregunté si la bala le había alcanzado, pero no estaba segura de que hubiera entendido la pregunta. La ausencia cada vez más grande de su voluntad y consciencia inundaron de adrenalina mis venas. Volví a sumergirme. El agua fría me taladraba los oídos y no me dejaba llenar mis pulmones en una respiración profunda. Lloré un poco mientras trataba de dar con una solución mejor, pero no la encontré y cuando salí a respirar, le oí pedirme que le soltara. *Una madera,* pensé ignorándole, igual que el ardor en los ojos. Una cualquiera, lo bastante grande como para que se pudiera agarrar a ella y mantenerse a flote. La carabela se estaba desmoronando, así que había cientos de pedazos. Pero conseguí uno demasiado tarde. Cuando Darien ya no tenía fuerza suficiente como para agarrarse a nada. Entonces entré en pánico de verdad. *Yo te he hecho esto. Yo te he empujado. Debí haber hecho otra cosa, cualquier otra cosa. Interponer mi mano en el disparo de Khëd. Tratar de tirarlo a él por la borda.* Pero no había hecho ninguna de esas cosas y ya no había vuelta atrás.

—¡Socorro! ¡Ayuda! ¡Ayuda por favor! ¡Socorro! —grité con todas mis fuerzas sintiendo que su cuerpo era un ancla y aunque desearía hundirme con él antes de soltarlo, no iba a poder.

Iba a escaparse de entre mis dedos. Lo puse boca arriba, en un intento de que se mantuviera a flote, pero las olas echaron a perder mi esfuerzo. Ni siquiera podía prestar atención a la amenaza que representaba la carabela en llamas que teníamos tan cerca. La marea nos sacaría hacia la orilla, si tuviéramos tiempo, pero para entonces ya estaríamos muertos. Volví a sumergirme para mantenerlo a flote, pero esa vez él lo hizo conmigo. Pataleé con todas mis fuerzas, pero no conseguí sacarnos a la superficie. Centenares de agujas se clavaron en mis pulmones a medida que descendíamos. Mi corazón se rompió al saber que estaría ocurriendo lo mismo en los suyos. *El final. No iba a poder evitarlo.* Lo apreté contra mí con fuerza, pero mis músculos no respondieron como deberían. Mi agarre empezó a soltarse de forma involuntaria. *Tá mé i ngrá leat,* dijo su voz en mi cabeza cuando mi pecho empezó a moverse de forma espasmódica. *Tá mé i ngrá leat, Annika. Yo también te quiero, Darien.*

Dejé de sentir frío. El latido de mi corazón era lo único que escuchaba y cada vez era más lento. Creí que a esta profundidad lo único que veríamos sería la nada más absoluta, pero sí vi las burbujas de oxígeno. No las mías, ni tampoco de Darien. Otras. *No lo entiendo. ¿De quién son?* Mis ojos se cerraron en contra de mi voluntad, pero un rato después vi un gancho gigante pasar por debajo del brazo de Darien. *No es un gancho, es una pértiga de rescate.* Sentí algo empujándome hacia la superficie, aunque no vi a nadie a mi lado. Darien ascendía conmigo, pero tenía los ojos cerrados. Reconocí a Niall tras él. Estaba segura del todo de que había perdido el conocimiento, pero el dolor abrasador que me rompió desde dentro en el instante que tomé la primera bocanada de aire de mi nueva vida, mis pulmones me aseguraron que no lo estaba. Fue Maeve la que me ayudó a subir a la lancha a motor, justo antes de ayudar a subir a Eyna, que estaba empapada. Vi que se movían sus labios, pero no conseguía oírlas. Hasta que Maeve me cogió las mejillas y me dijo algo que me atravesó el corazón como una flecha de fuego.

—Si no nos dices qué le ha pasado, se va a morir.

—Tranquilizante de caballos —dije dos veces seguidas—. O una variación. Pero una muy fuerte. Ha ido afectándole cada vez más. Perdiendo más movilidad y fuerza. No podía nadar apenas… —mis ojos se llenaron de lágrimas y mis pulmones avivaron las llamas.

No sentía que pudiera respirar, aunque lo estaba haciendo.

—¿Zheian? —preguntó Eyna desde alguna parte en tono desesperado.

—…carbón activado por la boca y un soporte respiratorio —oí decir al médico, en quien no había reparado. Se había movido muy rápido—. Atrae y retiene a su paso fármacos y toxinas,

evitando su absorción sistémica.

—¿Funcionará? —preguntó Maeve.

—Sí, si no es demasiado tarde —respondió.

«Demasiado tarde» dijo Zheian en mi cabeza. «Si no es demasiado tarde». ¿Y si lo era? ¿Y si por mi culpa, lo era? ¿Y si después de todo no había un futuro para nosotros? Alguien me atrajo hacia su cuerpo y no opuse resistencia. Aparté la mirada de Darien cuando Zheian le abrió la boca y él no se inmutó. Porque no estaba ahí, no había vuelto en sí.

La carabela se había convertido en un navío fantasma venida del mismísimo infierno del que ahora nos alejábamos. Y entonces la vi, a Ludovica. Estaba caminando por el borde, por una de las barandillas que aún se tenían en pie. Una sombra oscura y pequeña en un fondo rojo y vivo. Su risa resonó en mi cabeza. Volví a ver la locura en sus ojos frente a mí. Creí que saltaría al agua, hacia alguno de los botes de rescate que se habían acercado. Todo pasó muy deprisa. Ella extendió los brazos, como quien está a punto de hacer un ángel en la nieve, y entonces se dejó caer hacia atrás. Perdiéndose en el fuego. Dejando que se la tragaran las llamas.

Acabando con todo para siempre.

Capítulo 41

Horas después, me encontraba a las puertas de la sala en la que estaba Zheian con Darien. Había necesitado dosis múltiples, pero Zheian nos había dicho hacía cuarenta y un minutos que había observado remisión de la sintomatología de la intoxicación. Una mano apretó la mía con fuerza. Cairenn. Se había sentado a mi lado desde que llegamos y todavía no había dicho nada. Lo único que había hecho era darme la mano y apretármela cada vez que mis sollozos se volvían algo menos silenciosos.

—Se pondrá bien, lo ha dicho Zheian —empezó—. Pero de no ser así, también te estaría agradecida.

La miré horrorizada. Como si acabara de darme las gracias por casi matar a su nieto.

—Lo empujaste en un momento de desesperación con tal de salvarlo —aclaró.

Y aunque ella no parecía ser capaz de culparme de ello, yo sí lo hacía.

—No debería haberlo hecho. Él me lo advirtió, debería haberle escuchado.

—¿Acaso tienes la seguridad de que Khëd hubiera parado después de dispararle en la pierna? Sabemos que quería dejarlo vivo, pero no hasta qué punto, ni en qué condiciones. —Cairenn dio luz a un escenario espantoso en el que ni siquiera había reparado. Las lágrimas descendieron por mi rostro sin descanso—. Y Maeve me ha dicho lo que vieron en el agua. Ibas a morir. —Hizo una pausa—. Por él. Elegiste un destino juntos o ninguno en absoluto. Eres valiente, Annika Collymore. La clase de persona que Darien se merece a su lado… y viceversa.

Me pasé la mano por la cara en un intento de secármela un poco, pero las nuevas no paraban de llegar. Las palabras de Cairenn no lograron frenarlas. Ni tampoco lo hicieron las de la policía hace dos horas, cuando nos notificaron que Khëd McCarthy había sido detenido y se lo llevaban en avión a Dublín para juzgarlo por intento de asesinado. Eyna, Lyka y Márthia seguían hablando con la policía todavía. ¿Todas las traiciones de Khëd en Leganhyr? Estarían en su expediente antes de que saliera el sol. Así el juez sabría la clase de persona que era. Cairenn había conseguido que me dieran hasta las seis de la mañana, antes de tomarme declaración. Lo cierto era que todo lo sucedido había pasado ante mis ojos tantas veces que podría haberlo

narrado al detalle sin esfuerzo.

—Nunca lo he dudado —dijo Cairenn.

—¿El qué?

—Que no había roto mi vajilla en balde.

Esta vez fui yo quien apretó su mano, pero sin dudar ella me devolvió el gesto. Un equivalente al mar celta en lágrimas después, Zheian salió al pasillo justo cuando las tres hermanas llegaban hasta nosotras.

—Está consciente, pero entrad de uno en uno, no conviene alterarlo. Está bastante débil todavía.

Volví a sentarme, pero no duré demasiado.

—¿Qué estás haciendo? —Cairenn me miraba desde las alturas con el ceño fruncido—. No soy yo el amor de su vida. —Sacudió la cabeza hacia la entrada de la sala.

Eyna me dio un suave empujón y empecé a andar. Odié la visión borrosa que me impidió ver con claridad al chico tumbado en la camilla cuando crucé el marco de la puerta. Me arrodillé junto a él obligándome a ser fuerte y dejar de llorar. La puerta de la sala se cerró y nos quedamos solos.

—Eh, ¿qué pasa cisne? ¿Alguien ha vuelto a tirar tu ropa a la calle?

La idea de no llorar salió por la ventana y me deshice sosteniendo su mano con fuerza. La misma que me había faltado en el agua. La que él había perdido, pese a sus esfuerzos y resistencia.

—Dios, Darien, yo… —*Me habría muerto.*

Si te hubiera perdido, habría acabado como Ludovica. Me acerqué más a él y lo abracé tan delicadamente como mi necesidad me permitió. No podía expresar con palabras el alivio que sentí cuando una de sus manos me presionó contra sí con fuerza. Una menor a la habitual, pero mucho mayor a la que tuvo en el agua.

—Tranquila, mi amor. Estoy bien.

Pero no conseguía tranquilizarme. Entonces sus labios llegaron hasta los míos, silenciando el dolor que acompañaba a mis lágrimas con lo mejor de este mundo. Le devolví el beso haciendo uso de todo mi control para no fundirme en un abrazo que hiciera saltar todas las alarmas de la sala. No aparté la mirada de sus ojos, ni él de los míos. Pasamos un largo momento sin decir nada.

—¿Por qué no me dejaste? —preguntó.

El dolor atravesó mi pecho al sentir la impotencia de no poder sacarlo a la superficie, la culpabilidad de haber desobedecido su advertencia, el pánico previo al más puro terror que jamás había experimentado.

—Tú lo dijiste. Donde sea, pero juntos. —No sonrió, pero no me importó. Añadí—: Si no quieres que vuelva a ponerme en peligro, no te pongas tú en peligro. ¿Irte sin avisar? Eso estuvo mal. —*Si no se te hubiera caído el móvil yo… no habría llegado a tiempo.*

Su pecho se hundió igual que si alguien le hubiera pegado un golpe seco obligándole a soltar todo el aire. Volvió a besarme y el latido de su corazón aceleró aun más la velocidad de lo que lo había hecho cuando entré en la sala.

—Te quiero.

—*Tá mé i ngrá leat* —respondí.

Puede que hubiera más besos.

—Tu madre no lo hizo —sentí la necesitad de decir—. Habrá tiempo para que sepas todos los detalles, pero intentó salvar a tu padre. No fue una asesina.

Se tomó un segundo muy largo. Uno en el que dudé si había hecho bien en hablar. En el que sus ojos brillaron de manera distinta y su expresión no me dio demasiadas pistas acerca de sus emociones.

—Me lo has dado todo —dijo haciéndome pedazos.

—Gracias por volver conmigo —susurré cerca de sus labios antes de volver a besarle.

Cuando se separó para decir algo que, con toda seguridad derretiría mi alma en esta y todas mis siguientes vidas, el destino se interpuso y Darien no llegó a hacerlo. Aunque quien habló sí fue una Boyle…

—No le va a poner nervioso que entre a verle, soy su abuela, no un demonio. —Cairenn abrió la puerta de la sala y entró con el ceño fruncido—. ¡Vuelve a hacerme algo así y seré yo la que te ahogue en el mar! ¿Entendido? —Levantó la mano como si fuera a pegarle, pero se agachó para besarle la frente.

Cuando se volvió a erguir, lo hizo con ojos vidriosos. Eyna, Lyka y Márthia entraron después. La voz de Zheian sonó en mi cabeza. «La sustancia que Ludovica le proporcionó no era un tranquilizante común. Sus efectos se manifestaban con una mayor lentitud, pero eran mucho más severos. La cantidad que le inyectó fue mínima, pero sin duda lo habría matado si no

llegamos a actuar con rapidez». Sacudí la cabeza alejándolo todo por ahora. Nada de eso importaba ahora, solo él y sus preciosos pulmones hinchándose con normalidad. Su increíble y seductora boca articulando cada palabra a la perfección.

El resto del mundo podía esperar hasta mañana.

Capítulo 42

Varias semanas después.

—¿Lo tienes todo? —pregunté al chico que cargaba con la única maleta que habíamos traído.

Darien entrelazó su mano con la mía y la determinación brilló en su mirada al asentir. Mi corazón se hinchó con expectativa. *Está aquí, conmigo. Boston, te presento al amor de mi vida.* Pensábamos pasar por mi apartamento primero, pero el vuelo se había retrasado así que fuimos a Ocean Gold directamente.

—Dichosos los ojos. —Se levantó de su escritorio nada más vernos salir del ascensor.

—Buenos días, Donna. —Los presenté y se estrecharon la mano.

Donna no pudo ocultar su sorpresa, pero sus codos permanecieron en su sitio. *Cuánto te he echado de menos.* Vi a Dimas sentado en la mesa de mi despacho, mirándonos con curiosidad. Cogí aire, pero se me escapó cuando sentí que Darien me soltaba.

—Esperaré aquí.

—No es necesario.

—Es tu mentor, no el mío. —Darien me besó en la mejilla y dijo en voz baja—: Tómate tu tiempo, cisne. Yo estaré aquí, esperándote. —Y dicho esto fue a ocupar el sofá de cuero negro que había frente a la mesa de Donna.

Sabía que eso haría las cosas más fáciles, pero dejar a Darien me costaba horrores. *Como si estuviera dejándolo para siempre.* En ese momento lo tuve más claro que nunca. No podría volver a mi vida de antes ni aunque quisiera porque yo ya no era la misma. Las cosas que tanto me importaban, ahora me parecían absurdas. Él le había dado un sentido a todo sin el que ya no podría vivir.

—No tardaré, ¿vale? —pregunté en voz baja.

Darien sonrió relajado. Miraba las vistas a través de los ventanales, el mobiliario (y todo en general) con curiosidad y cierta admiración. *¿Quién sabe? Tal vez esto consiga que pongamos*

persianas automáticas en nuestra nueva casa.

—¿Te has traído un souvenir de Irlanda? —me preguntó Donna en voz baja cuando caminó a mi lado recorriendo el pasillo previo a la puerta de mi despacho.

—No, será mi acompañante en tu boda y el novio en la mía. —Le guiñé un ojo y sonreí saboreando la sorpresa que desencajó su mandíbula y entré en el despacho.

—La hija pródiga vuelve a casa —dijo Dimas levantándose de mi silla.

—Por poco tiempo, me temo —cerré la puerta del despacho más que lista para tener esa conversación.

La extracción con éxito de la *Nihafryta* no tenía nada que ver con la felicidad que vio en mi rostro y cuando se lo hice saber, creí que llamaría a la policía asegurando que una secta me había lavado el cerebro. Pero no fue así. Al parecer Dimas percibió el cambio paulatino en mí durante las semanas que pasé en Irlanda. Pero lo que le dejó claro del todo que ya no había vuelta atrás, fue mi llamada. Esa que le hice cuando creí que mi corazón no volvería a recomponerse. No sabría determinar cuánto tiempo pasé ahí dentro, pero llegado un punto…

—¿Puedo? —preguntó señalando la puerta de mi despacho y asentí.

Se levantó de mi silla, pues yo había ocupado la de invitados, y fue a buscarle. Pudo haberle pedido a Donna que lo trajera, pero no lo hizo. Como no quería excluirla, la llamé por el interfono.

—Donna, ¿puedes venir a mi despacho?

—¿Del siglo quince, en serio? —preguntó Dimas con las cejas alzadas.

—Sí, fue un trabajo duro, la verdad —contestó Darien—. Pero todos quedamos satisfechos con el resultado.

—¿Estamos de celebración? —preguntó Donna contoneándose detrás de ellos, caminando hasta mi escritorio con su precioso vestido naranja.

Lo quiero. Dimas tenía pensado ir al grano, así que la conversación fue tal que:

—Así es Donna, Annika Collymore va a mudarse a Leganhyr de forma permanente.

—¿Quién va a hacer qué, dónde? —repitió Donna y las cejas por poco se salieron de su cara.

—Ella, se muda a Irlanda. Solo ha tenido la delicadeza de venir hasta aquí en vez de mandarnos un email —dijo Dimas antes de soltar una carcajada analizando el rostro de Donna—, empiezo a saber por qué.

—¿Qué puedo decir? Empiezo a disfrutar del trato personal de un modo antes desconocido —sonreí.

—¿Aquí trabajabas? —me preguntó Darien—. ¿Estás segura de que te lo has pensado bien?

Solté una carcajada y Donna y Dimas se me quedaron mirando como si me hubieran salido dos cabezas. *Sí, ahora me rio más.*

—Segura del todo. Pero me alegra que aprecies la decoración moderna, recuérdalo cuando lleguemos a casa.

—¿A casa? —repitió Donna en voz baja mirando a Dimas.

Entonces entendió lo en serio que iba todo lo que había dicho hasta el momento.

Teníamos mucho de qué hablar. Mi decisión afectaba a todos los presentes, pues el trabajo de Donna también cambiaría de ahora en adelante. Para mi sorpresa, no lo rechazó. Desde que me había subido al avión había contado con las posibilidades de que Dimas no quisiera aceptar tenerme en Irlanda trabajando para él y de que Donna no quisiera trabajar para mí desde la distancia. Pero no fue eso lo que sucedió. *La suerte está echada.*

♥

—Hola, Rhoger. —Le había citado en la entrada sabiendo que hoy sería su último día de trabajo y no estaba en absoluto preparada para decírselo.

—Buenos días, señorita. —Rhoger sonrió y su mirada viajó hasta nuestras manos unidas y no pudo disimular su alegría, lo cual sacudió mi corazón porque sin duda era buen tipo.

—Te presento Darien Boyle.

—Un placer conocerle, señor Boyle.

Darien le estrechó la mano sin poder ocultar su sorpresa porque lo tratara de usted, sonriendo con una amabilidad y desconcierto que casi me hizo imposible no empezar a repartir besos por toda su cara.

—No hay una forma sencilla de decir esto —carraspeé. *Sobre todo si se te da tan mal como a mí hablar de sentimientos*—. Pero voy a mudarme a Irlanda. Trabajaré desde allí para Ocean Gold a partir de ahora.

—¿Es eso cierto? —preguntó atónito.

Asentí. *Ojalá pudiera llevarte conmigo.* Iba a echarle mucho de menos. Le expliqué algunos de los motivos, siendo todo lo sincera que se merecía que fuera, dejando el mejor de todos para el final.

—Y también… —miré nuestras manos unidas, pero era difícil hablar sin ponerme a llorar.

Era tan extraña la sensación de estar expuesta, permitirme ser vulnerable ante los ojos de aquellos que me importaban. Entonces Darien decidió echarme una mano.

—Ha perdido una apuesta —dijo levantando nuestras manos unidas—, no puede soltarme el resto de su vida, así que va a tener que vivir conmigo. Si hubiera ganado ella habría tenido que tatuarme el logo de Starbucks en la frente.

Rhoger sonrió entendiendo todo a la perfección. *Su inteligencia emocional siempre presente, como no.*

—Le quiero —me atreví a decir, sorprendiéndolos a ambos—. Además, Irlanda es un lugar precioso. Y podré seguir trabajando de forma compulsiva, aunque he de admitir que esa idea ya no me parece tan atractiva.

—Me alegro muchísimo —Rhoger alcanzó mi mano libre—, es su momento de vivir como se merece.

Le di un breve apretón gritándome que no podía llorar, que no podía dar el espectáculo aquí, en mitad de la entrada de Ocean Gold. Que tenía una reputación y… *argh, al cuerno.*

—Siento avisarte con tan poca antelación, pero estoy segura de que antes de que llegue mañana ya se habrá corrido la voz y Harvey McCoy te llamará para hacerte una oferta. —*Ese tío siempre ha querido todo lo que tengo.*

—No tiene de qué preocuparse, usted váyase tranquila. —Trató de disimular la emoción que se mezclaba con sincera y pura alegría que me hacía querer abrazarlo bien fuerte.

—Lo haré, porque sé que lo dejo en buenas manos —dije mirando a mi tesoro aparcado en la acera—. Es tuyo.

—¿Cómo dice?

—A donde voy no podría usarlo —admití—. Así que lo mejor es que te lo quedes tú.

—¿Quiere que se lo cuide mientras no está?

Volví mis ojos hasta él, intentando tragarme la ternura que me producía su confusión.

—No, Rhoger. Te lo regalo. Puedes venderlo si quieres. O usarlo. Es mi forma de agradecerte todo lo que has hecho por mí estos años.

—No tiene por que… señorita, yo solo hacía mi trabajo.

Pero hacía mucho más que eso. Era amable, era divertido, se preocupaba de que hiciera todas las comidas del día, me preguntaba por Dean, me regañaba cuando trabajaba demasiado, se comía las galletas de chocolate que le traía con un delirio contagioso… había hecho mis días mucho mejores sin saber hasta qué punto.

—Es un regalo con dos condiciones, Rhoger. No es gratis, quiero que hagas algo a cambio.

—Lo que desee, señorita.

—La primera condición es que me llames Annika. Y la segunda —cogí aire—, que en tu cumpleaños y en el mío me escribas explicándome cómo va tu vida, la de Mary-Jane y la de Layla. Yo haré lo mismo.

Sus ojos brillaron con emoción y asintió.

—Dalo por hecho, Annika.

♥

Nos encontrábamos en mi apartamento mientras terminaba de recoger lo imprescindible. Habíamos hecho algunas compras (*¿alguien ha dicho protector solar?*), pero no habríamos llegado tan tarde si no hubiera sido porque la visita al parque de bomberos se alargó hasta que se hizo de noche. *¿Qué puedo decir? Dean no quería soltar a Darien. Aunque, sinceramente, no puedo culparle. Yo tampoco quiero.* Decir que habían hecho buenas migas era quedarse corto. Y a pesar de la distancia que iba a separarnos ahora a mi hermano y a mí, había asegurado con una actitud confiada que los vuelos no le asustaban. Me encantaba la idea formar parte de dos mundos y que hubiera seres tan queridos en ambos. Mi corazón no dejó de tiritar en toda la tarde.

Nuestro vuelo salía en dos horas y debíamos irnos ya al aeropuerto. Aún así nos encontrábamos mirando a través de los enormes ventanales de mi apartamento como si tuviéramos todo el tiempo del mundo. Darien me atrajo hacia sí, acunándome en su abrazo, meciéndome. Boston no fue lo que captó mi atención, sino nuestro reflejo. Sus brazos rodeando mi cuerpo… *joder, tal vez sí morí en el agua aquella noche. Tal vez esto sea mi cielo personal y perfecto.*

—No lo vendas —dijo a mi espalda—. Este apartamento, no lo vendas.

Me giré despacio en su abrazo para mirarle antes de preguntar.

—¿Por qué no?

—¿Dónde dormiremos cuando vengamos a visitar a Dean y al resto?

Sonreí y un cosquilleo sacudió mi estómago ante la idea.

—En el hotel que más te guste —respondí acariciando su cuello, hundiendo las manos en su pelo.

—¿Y si echas mucho de menos esto y necesitas que vengamos aquí de vez en cuando? No solo de visita.

Tú sigue hablando en plural que vamos a tener un problema. Sentir las piernas débiles de forma perpetua es algo a lo que todavía me estaba acostumbrando. ¿Pero el latido espasmódico de mi corazón y sus suspiros de órgano en peligro? A eso jamás podría.

—No lo haré.

—¿Cómo lo sabes?

—El lugar no me importa, Darien. No voy a necesitar…

—Me pones muy difícil respetar el hecho de que vamos a tener que irnos de aquí en menos de tres minutos —habló cerca de mis labios, despegando mis pies del suelo y dejando que le rodeara la cintura con las piernas—, ¿piensas torturarme así mucho más tiempo?

—Estaba considerándolo —balanceé la cabeza y el me besó el cuello.

Inclinándose hacia mí, inspirando con fuerza cerca de mi piel. *Aaaay, Darien.* A pesar de que ese apartamento había sido mi hogar durante años, no sería el lugar en el que me gustaría vivir con Darien en caso de mudarnos a Boston en algún momento de nuestras vidas. Mi apartamento estaba inundado de la antigua Annika, una persona que ya no me representaba. Y aunque sabía que Darien se amoldaría a él con facilidad, no quería que lo hiciera. Si la vida nos devolvía a la ciudad, entonces compraríamos nuestro propio hogar, juntos. Pero había comprobado con creces que había mucho que todavía no era capaz de decir con palabras. (No sin llorar como una niña pequeña, quiero decir). Así que deseé que fuera paciente conmigo.

Tanto como lo había sido hasta ahora.

—¿Y si nos quedáramos unos días? —preguntó caminando conmigo encima.

—¿Qué? —Uní las cejas—. ¿Por qué?

—Me gustaría entrar en ese *Starbucks* del que tanto he oído hablar, y saber mucho más de este lugar. Todo, en realidad.

—¿Todo? —repetí sin aliento.

Se agachó y besó la punta de mi nariz.

—Sí. Todo lo que ha formado parte de tu vida aquí, en Boston.

Habíamos dejado las instrucciones para los de la mudanza en la encimera, pero al parecer se lo podríamos decir nosotros en persona mañana. Salir a cenar, poder llevarle al mejor restaurante de la ciudad, compartir eso con él… La idea me hizo cosquillas por toda la piel. Sin duda, lo segunda mejor opción que se me ocurría de lo que podíamos hacer con nuestro tiempo. ¿La primera?

Caímos sobre el sofá.

Epílogo

Un año después, durante la réaltaí oíche.

Dudamos si repetir el ritual del año pasado. *Nuestra propia tradición.* Llegar tarde por entretenernos con nuestros respectivos cuerpos necesitados de amor y luego ir a ver el final a la montaña. Pero las chicas habían insistido que la *réaltaí oíche* era una experiencia que merecía la pena vivir. *No quiero tenerle miedo al mar. No quiero que el recuerdo de Khëd y Ludovica estropeen esto. Puedo pasar página. Puedo poner flores frescas sobre hierba quemada. Al fin y al cabo, la calma llega después de la tormenta. Si eres lo bastante paciente como para esperarla.* Así que al final, nos convencieron. ¡Y menos mal! Las vistas eran espectaculares. Tanto que no me paraban de sacar sonidos de admiración. Darien se rio.

—¿Qué? —arrugué la nariz.

—Nada, por favor, continúa —agachó la cabeza con una tímida sonrisa y quise besarle, pero me contuve.

Solía tener que contenerme mucho. Esa era la única razón por la que mi cara no estaba pegada a la suya las veinticuatro horas al día.

—Bueno, búrlate si quieres —empecé—, pero este lugar es un regalo.

—No está mal —dijo atravesándome con la mirada diciendo más de lo que las palabras podían transmitir.

Él era mi regalo. Cada día a su lado lo era. Verle sonrojarse o abrazarme desde la espalda, oírle hablar con pasión sobre sus buques o gruñir al descubrir que la hierba húmeda de la mañana me había traicionado. Cada pieza del puzzle que formaba a Darien Boyle, cada maldito detalle era un diamante un millón de veces más valioso que la *Nihafryta*. Uno que me enriquecería el alma para siempre. *Joder, no puedo respirar de lo cursi que soy y cuantísimo me encanta.* La música empezó a sonar, acompañando al sonido de las olas del mar que mecían los botes.

—Huele a ti —solté sin más—, esto cada vez me gusta más.

—¿Cómo dices?

—Tú siempre hueles a mar y a hojas quemadas. —Señalé nuestro alrededor con el índice —. Huele a ti. —No a la inversa, pues él era el principio de todo.

Me pregunté de dónde provenía el olor a hojas quemadas. ¿Tal vez de las velas? ¿Quizá estaban hechas de lo mismo que su champú? ¿Se me había perdido alguna neurona?

—Te amo, Annika Collymore.

Le miré bien. *Joder. Así sin más. ¿Quieres matarme?*

—¿A mí? Vaya, menuda suerte tengo —respondí en tono burlón, como si no me deshiciera de la mejor forma posible oírle decir las dos mejores palabras de la historia.

Entonces se inclinó y sacó algo de su bolsillo. Algo del mismo color plateado que su iris. Una joya. *¿Eso es un…?* Mi corazón dejó de latir. *Sí. Lo es. Oh, Dios mío.* Darien me cogió la mano con una delicadeza desmesurada, cargada de determinación y un rechazo visceral a soltarme. *Mi mezcla favorita.* Los ojos se me llenaron de lágrimas antes de que dijera una sola palabra.

—No puedo imaginarme mi vida sin ti. Y si lo intentara sería una pesadilla. Quiero despertar a tu lado el resto de mis días, oírte reír cada uno de ellos, besarte sabiendo que ninguno de los dos tendrá nunca suficiente. Quiero ver cómo tu cara se llena de más pecas y dentro de muchos años, de arrugas. Quiero vivir cada capítulo sosteniendo tu mano, donde sea, pero juntos. Annika, ¿quieres casarte conmigo?

—Sí, Darien. Sí quiero.

Nota de la autora

¡Hola! Gracias por leer **Corazón de Irlanda**, espero que hayas disfrutado con la historia de Darien Boyle & Annika Collymore. Mi nombre es **LMR** (Laura Moreno Romero) y es un placer conocerte. No te olvides de dejar una opinión en **Amazon**, las reseñas me encantan :D

♥ ♥ ♥ ♥ ♥

A continuación te dejo ***un regalo muy especial*** porque me has caído bien. Pero primero… **¿hablamos de libros?** En Amazon puedes encontrar tanto mis novelas de romántica contemporánea, como de fantasía romántica. Pero si necesitas ayuda para elegir cuál debería ser tu nueva lectura… ¡estoy aquí para ayudarte!

R O M Á N T I C A C O N T E M P O R Á N E A

♥Si quieres cuatro historias independientes de cuatro amigas muy divertidas, únicas y aventureras que caen en las garras del amor sin protección, ni coraza alguna… ¡estas son tus chicas! **Aiden** (historia de **Dásya**, una abogada que sueña con ser actriz y trabaja en un resort de lujo durante el verano para conseguir el dinero que necesita), **Timothée** (historia de **Sley**, una bioquímica que se ve obligada a trabajar con el que todavía considera el amor de su vida), **Atlas** (historia de **Bloom**, una astrónoma enamoradiza que buscará el ascenso que merece mientras encuentra lo último con lo que esperaba toparse: él) y **Theros** (historia de **Vívica**, una alocada geóloga que descubrirá que pese a sus creencias, hay alguien capaz de hacer que todo su mundo tiemble). Puedes leerlas en el orden que te parezca, pero este fue en el que fueron escritas.



♥A continuación, tenemos a tres nuevas chicas: **Kártia, Sayka y Daena.** Los mundos de esta escritora, actriz y bióloga marina, tal vez se relacionen con los de nuestras queridas chicas de purpurina… (O sin el "tal vez") La historia de Kártia, (la escritora) y la de Sayka (la actriz) ya están disponibles en Amazon. Se llaman **Kander McLoen y Denley Axon respectivamente.** De aquí a muy poco tendréis la historia de Daena, (la bióloga marina) :D



♥¿Y en caso de que te apetezca leer una novela rápida, fresca, con giros inesperados y con mucho, mucho romance? Entonces **Ingeniería Romántica** es para ti. Es una novela autoconclusiva de ***enemies to lovers*** nueva que está teniendo muy buena crítica.¡Y me alegra mucho hacerte saber que acaba de publicarse **Armonía Romántica**. Una novela autoconclusiva de **best friends to lovers** con personajes como Beethoven, Mozart y Salieri entre ellos. ¿Qué esperabas? Tiene lugar en el mejor conservatorio del mundo.

Puedes leerlas de forma independiente, ya que las historias no están relacionadas.



F A N T A S Í A R O M Á N T I C A

Oh, caray, la cosa se pone interesante…

♥Si quieres adentrarte en el mundo de la fantasía romántica, pero no estás preparadx para una trilogía, no te preocupes: Beso de Dragón es tu novela. Autoconclusiva, con mucho romance, es una historia independiente con final propio que te dejará con ganas de más. Donde la adrenalina y las traiciones te harán devorar cada una de las páginas.



¿Y qué pasa con lxs valientes? Oh… en ese caso…

♥TRILOGÍA FAWERGHONE:

1.- DEKLON: Amor y flechas de sangre.

2.- CRYNN: Un último te quiero.

3.- ZYOR: El beso de la muerte.

Amor, amistad, traiciones, un futuro incierto, retos constantes, misterio y mucha, mucha,

mucha emoción. (**No me hago responsable de la adicción que pueda suponer leerla**).



♥TRILOGÍA LA LUCHA CONTRA EL TIEMPO

1.- KAL-RHAYDES: El beso del desierto.

2.- BALDERSKO: Arena de fuego.

3.- PRIAMOS: Infierno en llamas.

Trepidante, con mucha acción, un triángulo amoroso pasional, un destino demoledor y una amistad inquebrantable. (**AY-AY-AY**)



♥BILOGÍA DRAGÓN

1.- VYSSELDUR: Alas de dragón y tú.

2.- CELESTIAL: Tú y el reino de dragones.

Dragones, adrenalina, lealtad, honor, amistad, aventura y romance, (**¿he dicho ya que tiene dragones?**).



De acuerdo, eso es todo por ahora.

♥Puedes encontrarme en **Instagram** si quieres contarme algo sobre la historia o si te interesa estar al día de mis próximas publicaciones: **@lmr_author_** (*Sí, soy de la clase de persona que pone un _ al final, mis disculpas).*

♥Y también puedes escucharme en **Spotify** como **LMR**. Corazón de Irlanda ya tiene su canción propia se llama: Speed the Rhythm (Darien) y puedes encontrarla en Spotify. Todas mis novelas tienen su canción propia que he compuesto y encontrarás allí y puedes escuchar si te apetece.

Si bien acabas de llegar o llevas desde el principio conmigo: gracias, gracias, gracias, gracias, gracias… ***Habrá más historias. Muchas más.***

LMR♥

Darien & Annika

Menciones literarias

· Adam Carlsen - La hipótesis del amor **(Ali Hazelwood)**
· Aaron Blackford - Farsa de amor a la española **(Elena Armas)**
· Ana de las Tejas Verdes - **(Lucy Maud Montgomery)**
· Beth y Meg March - Mujercitas **(Louisa May Alccot)**
· Atlas y Neptuno - Atlas **(LMR)**
· Darcy y Wickham - Orgullo y prejuicio **(Jane Austen)**
· Bella y Edward - Crepúsculo **(Stephenie Meyer)**
· Dásya Darnon - Aiden **(LMR)**
· Jonathan Smith-Turner - La teoría del amor **(Ali Hazelwood)**
· Santiago y el Alquimista - El Alquimista **(Paulo Coelho)**
· Lucas Martín y Rosie Graham - Un experimento de amor en Nueva York **(Elena Armas)**
· Ada y Andrew - Renacer en la oscuridad **(Antonia Romero)**
· Ariel, Tauriel y Doriel - Los 7 Guardianes de Poder **(LMR)**
· Katy Swartz - Saga Lux **(Jennifer L. Armentrout)**
· Katniss Everdeen - Los Juegos del Hambre **(Suzanne Collins)**

¡Regalo!

Aquí te dejo algunos fragmentos de **Armonía Romántica,** una novela que te dejará con el corazón temblando por las dificultades de sus protagonistas. **Te presento a Elisabeth García y a Henry Parker.**

Por si te apetece… **Es gratis. :D**

ARMONÍA ROMÁNTICA

Era de noche y estábamos solos en las oficinas. Habíamos venido aquí con un fin (o yo lo había hecho, en realidad él solo me había seguido porque dejarme a mi suerte iba contra su naturaleza). Pero maldije. Varias veces. Porque no había nada parecido a lo que había venido a buscar.

—¿Has acabado? —preguntó apoyado en el marco de la puerta de brazos cruzados y con una expresión a medio camino de ser solemne.

—Esto es una mierda —gruñí en voz baja.

—¿Qué esperabas, *melocotón*? —preguntó con ternura en los ojos.

¿Melocotón? ¿Acaba de llamarme melocotón? ¡¿Y encima en español?!

—¿Henry qué…?

—Que parece que esperabas encontrar todos sus trapos sucios aquí expuestos encima de sus mesas de trabajo.

Le miré. ¿Se había vuelto más alto en estos últimos segundos? ¿Parecía más alto?

—¿Acabas de llamarme melocotón?

—Hoy hueles a melocotón. —Ladeó la cabeza—. Cambias de colonia casi cada día, apuesto a que debes tener al menos cincuenta.

Cincuenta y dos. Pero baratas. La mayoría, al menos. Ahora tengo una favorita. Una que no voy a poder volver a usar en tu presencia siguiendo con la lista de cosas que hago para sobrevivir a tu lado. Me tragué mis emociones de golpe y contesté a la primera pregunta.

—Sí, esperaba dar con toda clase de pruebas incriminatorias. Insultos impresos y plastificados dirigidos a nuestra plantilla y con su firma a pie de página. En serio, ¿no hay nadie a quien le parezca sospechoso todo lo que ha estado pasando últimamente en la compañía?

Henry no llegó a contestar. Todo ocurrió a la velocidad de un compás 2/4. Oímos el

ascensor, Henry tiró de mí y salimos de esa zona de trabajo que no estaba ni remotamente cerca a la nuestra.

* * * *

Sentada al borde de una fuente, cerca de la salida de los jardines *El Cascanueces: vals de las flores,* esperé a que Henry asimilara la noticia.

—Joder, Lisa. —Se paseó frente a mí con alucinación en la mirada.

Durante un segundo tuve que pararme a asimilar la sacudida que sentí en el pecho por contar con él en una situación como esta. *O igual lo que hago es romantizar tener una arritmia cardíaca.*

—Tenemos que hablar con Claudia —dijo, ya que Henry siempre había tenido una muy buena relación con Debussy.

No sabía bien por qué, pero el aprecio era mutuo. Henry nunca hacía comentarios al respecto e intentar sacarle información cuando se negaba a dártela era como tratar de derribar un muro de hormigón a golpes de algodón de azúcar.

—¿Y cómo sabemos que no está metida? —pregunté.

—Confío en ella, no lo estará.

Las palabras que iba a decir murieron en mis labios antes de ser pronunciadas. *¿Basta con eso, dadas las circunstancias? ¿Tenemos otra opción, dadas las circunstancias?* A final de mes el proyecto acabaría y volverían a despedir a tanta otra gente de forma injusta para ocultar lo que… se nos escapaba de las manos con cada segundo. Si para entonces no teníamos algo contra ellos, se acabó. *Así que supongo que, dadas las circunstancias, tal vez deberíamos darnos prisa.*

—Dame un día. Pensaré una forma de poner a Claudia a prueba sin delatarnos. Si responde como esperamos, le contaremos lo que sabemos. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

* * * *

—En resumen —dijo Henry tras la explicación sobre los avances de su proyecto—, tiene pinta que a partir de mañana, las cosas dejarán de ser cuesta arriba.

—¿Eso significa que empezarás a irte a una hora normal a casa? —pregunté en el típico tono alegre encendido por la llama de la esperanza.

—No, pero quizá una hora antes que hoy. —En ese momento su mirada reparó en la mancha de su brazo y gruñó—. Maldita tinta de Schrödinger.

La misma que podías verter sobre el interior de un prototipo para que iluminara los conectores que funcionaban mal. *La existencia de una solución, al igual que la del gato, no se demuestra hasta que podemos verla con nuestros propios ojos.* Algo vibró en mi pecho. Una necesidad que creí tener ya dominada. Pero era evidente que lo que acababa de pasar me había desestabilizado porque en el preciso instante en que su rostro volvió a mirar en mi dirección, mi mano llegó hasta su mejilla. Mi pulgar rozó su piel repetidas veces hasta que la mancha de tinta desapareció. Fácil, gracias a que él se había quedado muy quieto.

Inmóvil, casi.

Deseé tener algún motivo para no romper el contacto esta vez. Deseé que él me lo pidiera. El dolor, el rechazo y el anhelo se mezclaron con otra emoción mejor y más poderosa que animó a mis ojos a viajar hasta los suyos. Lo que vi me contrajo el estómago. Todos y cada uno de los tonos de azul en su iris se habían vuelto líquidos. Brillantes y peligrosos. Petrificada, así me quedé. Incapaz de moverme o de hacer lo que llevaba años deseando. Entonces su mandíbula se endureció bajo mis dedos y lo supe. Que no iba a apartarse. *No vas a hacerlo. Porque no estás incómodo. Porque tal vez mi miedo ha estado jugando en mi contra y tú sí quieres esto.* La sorpresa, el deseo y la casi tangible necesidad me sacudió devolviéndome a la vida.

* * * *

La adrenalina zumbaba en mis oídos. No dudé. Apoyándome en la pared en la que aún se leía el cartel *técnico de mantenimiento*, me subí a la mesa vieja y sucia. Aparté la placa oxidada

que cubría el techo parcialmente (porque estaba rota) y la dejé sobre los barrotes que sujetaban la estructura metálica que lo formaba. *Aquí no solo habrá ratas. Desgracia la mía que sea mi única escapatoria.* Los pasos sonaron más cercanos todavía. Hice tanta fuerza como pude sin gritar, pero mi cuerpo hizo ruido sobre la estructura. En un intento de que fuera mi coartada, le di una patada al cartel, que cayó al suelo y retumbó en un estruendo. Iba a necesitar toda la suerte de este y todos los demás mundos. Tapé el hueco del techo por el que había entrado y esperé sin mover un músculo.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó una voz femenina reconocida.

La traición sabía amarga en mi paladar, como un trago de limón. Pero debía mantener la mente en calma o todos mis planes se irían al traste. No debía perder de vista la peligrosidad de lo que tenía entre manos. Había sido impulsiva y temeraria y eso podía traer muy graves consecuencias. Segundos después, le vi desde las alturas. Al que pertenecían los pasos del que me había obligado a subir aquí. Él. Saber que le encontraría aquí no me preparó en absoluto. Me tapé la boca sintiendo que mi pecho se hundía con la amarga y dolorosa sensación de traición. Mi visión se volvió borrosa. miró a su alrededor y luego volvió a colocar el cartel.

—Nada, el cartel de Stiff —dijo antes de alejarse de mi posición.

Me obligué a moverme antes de que lo que me mantenía alejada del suelo se derrumbara, acabando con la oportunidad que me quedaba entre manos.

La última.

